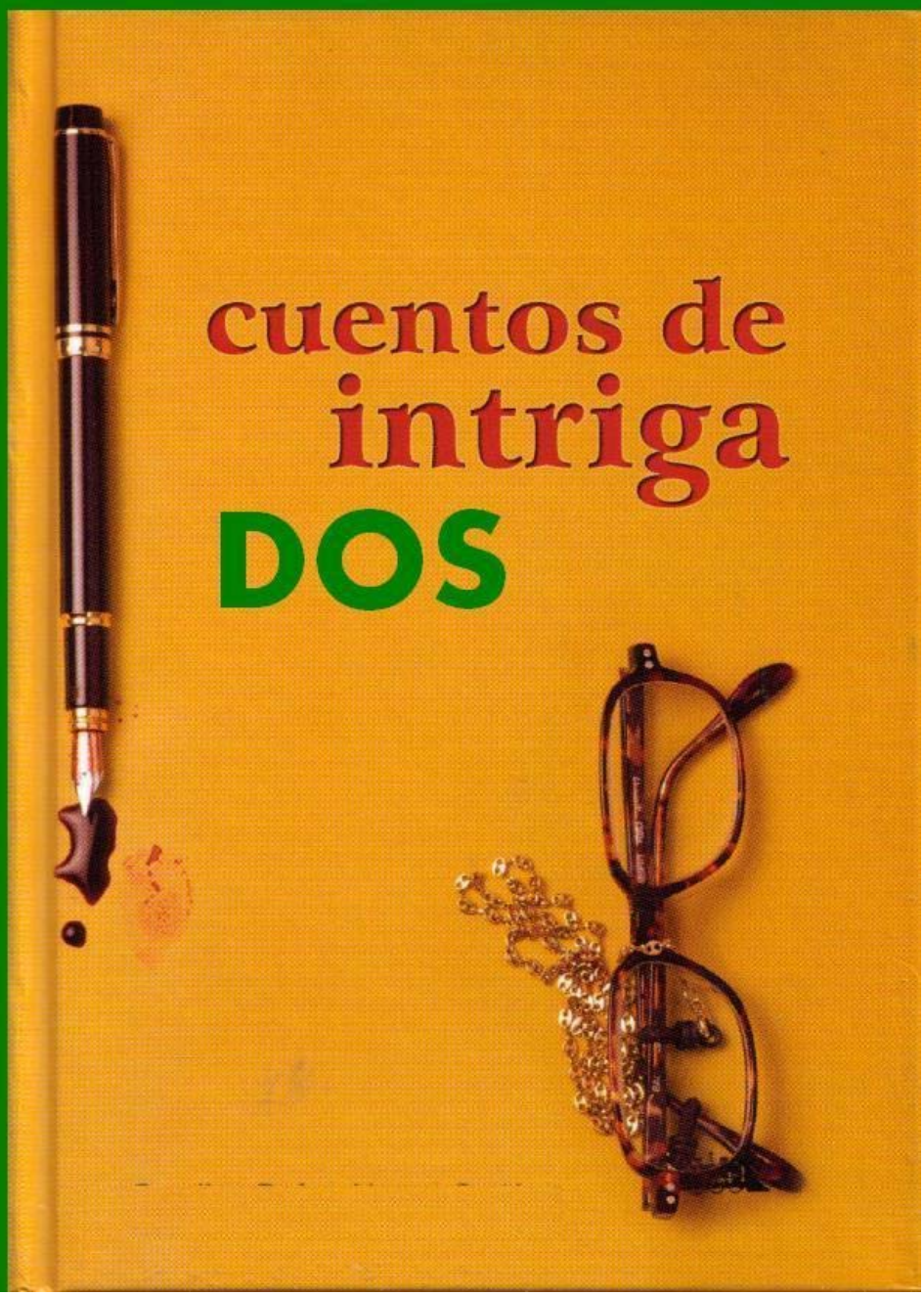
Carolina-Dafne Alonso-Cortés



KnoSSoS

Carolina-Dafne Alonso-Cortés

CUENTOS DE INTRIGA DOS:
Relatos para todos los días.

Prólogo de Paloma Lázaro.

KnoSSoS, Colección de Misterio.

© 2013, Carolina-Dafne Alonso-Cortés
Avda. Ciudad de Barcelona 110, Bº A
28007 Madrid
www. knossos. es
alonsocac@ono. com
ISBN 978-84-941403-0-3
Depósito Legal: M. 10594-2013
Printed in Spain.
Diseño de cubierta: Paloma Lázaro

PRÓLOGO AL PRIMER VOLUMEN DE “CUENTOS DE INTRIGA”

Qué extraña afición es la que nos lleva a los humanos a sufrir como entretenimiento.

Nos fascinan los sobresaltos, y los perseguimos, a fin de elevar el espíritu más allá de nuestras propias carencias. De ahí los espeluznantes ingenios mecánicos que llenan nuestros parques de atracciones; en algunos sólo falta que, al final del trayecto, el empleado de turno se nos marque con un descabello, poniendo fin a nuestro suplicio con pericia torera.

O esas películas que nos invitan a deleitarnos con hígados sangrantes, brazos cortados y ojos fuera de las órbitas... saludable ejercicio para mentes y estómagos blindados.

Algunos disfrutamos con emociones más sutiles, como las que inspira la lectura de relatos de intriga. Son auténticas píldoras de inquietud que nos incitan a una cierta impaciencia por conocer las eternas respuestas: ¿Quién? ¿Cómo? ¿Por qué?

Nos apasiona morder el anzuelo, dejarnos arrastrar por la curiosidad, hacia un desenlace que responderá a nuestras preguntas. Jugar a detectives mientras observamos los hechos, bien acomodados en nuestros asientos, con la certeza de que al final tendremos la solución, nos guste o no. Pero la tendremos, eso es seguro.

Qué extravagante es el ser humano.

El relato de intriga nos hace un doble favor, pues nos conduce a olvidar la realidad presente, con la ventaja de no prolongar nuestro sufrimiento más allá de unas breves páginas.

El cuento de intriga es refrescante. Como lo es el crimen presentado amablemente, si eso es posible...

¿Lo es?

ÍNDICE.

Prólogo al primer volumen

Noticia
La amputación
La diadema
La enfermera
La peluquería
El cine
La niña
El telegrama
Un chico pelirrojo
El preso
El jabón
Gajes del oficio
El vaso
Los crisantemos
La pared
El abrigo
La verja
Culpable
Belleza infantil
El musical
Un caso sonado
El andé
La cuna
Culpabilidad
El retrato
La camarera
El curandero
La escopeta de caza
El pantano
La antigua bodega
La caseta del perro
El pintor
El mendigo
Un disparo en la sien
El papá
La nota
La lentilla
La pluma
El tren
La novela
La residencia
Las tijeras

El ahorcado
El caramelo
La vendimia
El profesor de vela

NOTICIA

Llevaba veinte años empleado en aquel diario local. Todos sus compañeros más jóvenes se habían visto promocionados, y algunos ocupaban puestos destacados en las televisiones regionales.

-Hay que tener más viveza, amigo -indicaba el director. -Hoy en día, las noticias no vienen a las manos. Es necesario ir a buscarlas.

-¿No habrá ascenso este año? -preguntó, esperanzado.

-Eso no puede ser. Usted no es más que un cuerpo muerto en este periódico.

Por fin, había logrado una noticia interesante y exclusiva. Trabajo le había costado, pero nada realmente valioso se hace sin trabajo en esta vida.

"Un atracador se ha llevado el dinero de la sucursal número dos de la Caja Rural. Extrañamente, el dinero ha aparecido en un buzón de correos. No faltaba ninguno de los billetes de quinientos que el ladrón había logrado sustraerle al cajero."

Estaba rumiando su victoria, cuando sintió que una mano recia se posaba en su hombro.

-Está usted detenido -oyó. Él saltó en el asiento.

-Pero... ¿qué es esto? Ustedes deben estar mal informados. Yo no he hecho más que dar la noticia...

-Y usted, demasiado bien informado. El dinero no había sido hallado todavía, hasta que usted ha indicado el lugar. El servicio de correos iba retrasado.

-¿Cómo?

-El cartero de la zona estaba de boda. Se casaba su hija. Además, ¿cómo sabe que el robo fue hecho íntegramente en billetes de quinientos euros?

LA AMPUTACIÓN

No puede ser -musitó el hombre, mientras notaba que su garganta se cerraba en un nudo angustioso. La doctora lo observó con una mirada grave en sus ojos oscuros.

-Te aseguro que sí. No te lo hubiera dicho si no la hubiera reconocido bien, y no supiera sin ninguna duda que se trata de un tumor maligno en la rodilla. -Él se dejó caer en el asiento.

-Pero, ¿desde cuándo lo sabes? -dijo tensamente. La doctora no contestó en seguida. Luego, lo hizo en tono afectuoso.

-No hace mucho. Pero era de suponer, teniendo en cuenta los síntomas y sus antecedentes familiares.

Él se inclinó hacia delante. No era capaz de dominar el caos en que se habían convertido sus propios pensamientos.

-Es terrible-pronunció entre dientes. -¿Qué será de los niños?. Ella movió la cabeza.

-No hay que ser tan pesimista-sonrió. -No quiere decir que no haya un remedio... quirúrgico. -Él alzó la mirada.

-¿Un remedio quirúrgico? ¿Qué clase de remedio?.

Ella hojeó unos papeles que tenía sobre la mesa.

-Una amputación -carraspeó. -Se está haciendo todos los días.

Él dio un respingo en su butaca.

-Eso es horrible -gimió. Ella lo observo de nuevo.

-Hay que aceptar los hechos. Actualmente, existen prótesis muy perfeccionadas. -Él parecía confuso.

-Pero... significaría, de por vida, la silla de ruedas. - La doctora denegó.

-De ninguna manera. Hoy las prótesis de miembros inferiores son apenas perceptibles, y el paciente puede llevar con ellas una vida normal.

El hombre se puso en pie. Comenzó a recorrer el despacho a largos pasos, y se detuvo ante la mesa.

-Ella no aceptaría nunca la amputación.

-Tendrá que aceptarla. El apego a la vida es la más importante de las tendencias naturales. -El hombre frunció el ceño.

-Pero, ¿y los niños? - Ella bajó la mirada.

-De momento ni se apercibirían, son demasiado pequeños. Luego, lo asumirán como algo natural. -Él aspiró hondo y pareció resignado.

-Bien, parece que no hay más remedio. Por mi parte, tienes mi aprobación-añadió tristemente. -Ahora falta que la dé ella.

La doctora se puso en pie.

-Ella ya me la ha dado-dijo, mostrando un folio en que había una firma escrita con trazos vigorosos.

LA DIADEMA

–La diadema es falsa -dijo el dueño de la joyería, moviendo gravemente la cabeza. Se trataba de un establecimiento lujoso, adornado con macizas vitrinas y gruesas alfombras. Él era un hombre pequeño, y vestía un traje veraniego, pero bien cortado. Sostuvo la joya en la mano, y sus agudos ojos grises la estudiaron detenidamente.

El cliente se volvió con brusquedad. Se trataba de un individuo alto, delgado, y de pelo oscuro.

-¿Cómo, que es falsa? -replicó. -El joyero levantó una ceja.

-No podemos darle nada por ella.

El hombre se humedeció los labios. No, no había una explicación normal para lo que estaba sucediendo.

-No puede ser. -Respiró profundamente y siguió hablando despacio: -Ustedes me dijeron que era una joya histórica. Yo mismo la traje para que la tasaran -afirmó, sacando una nota del bolsillo de su chaqueta. -Aquí dice, firmado por ustedes, que valía cien mil euros.

El joyero tamborileó con los dedos sobre la vitrina donde estaba apoyado.

-¿Y usted formalizó la compra?

-Así es. Él también me dijo que valía cien mil, pero me la dejaba en la mitad. -El comerciante se pasó una mano por la afeitada mejilla.

-Esa era otra diadema -aclaró. -Esta no es más que una burda imitación.

El ciente se mordió los labios, pero no dijo nada. El otro sonrió, burlón.

-Le faltó tiempo para quedarse con la joya, ¿verdad? -dijo, con una risita ahogada.

La cara del hombre estaba roja. Los músculos de su mandíbula se habían contraído de un modo extraño, y el sudor bañaba su cara. El joyero le preguntó, mientras se incorporaba:

-¿Cuánto pagó por esto? -Él se pasó de nuevo la lengua por los labios.

-Le pagué los cincuenta mil -dijo, mirándolo. -El otro pareció divertido.

-Creyó que había hecho un buen negocio -sonrió.

–Claro está.

El dueño de la tienda se encogió de hombros, y recalcó:

-Eso es problema suyo.

El hombre se enjugó el sudor del rostro. Empezó a sentir la necesidad de beber algo.

-No puede ser -masculló.

Las cosas empezaron a dar vueltas a su alrededor. Tenía la cara gris.

–Le han dado el cambiazo con una imitación -dijo el joyero, tratando de no sonreír. El cliente parecía cansado, casi enfermo. Su voz fue como el gruñido de un animal.

-No puedo creerlo. Parecía una persona honrada.

El joyero se volvió de espaldas y sonrió a sus anchas. Resultaba irónico que fuesen precisamente los hombres de mundo quienes solían caer en esta clase de trampas. El timador ofrecía una joya auténtica a la víctima, producto de herencia, de hallazgo e incluso de robo. Le indicaba que entrara en una joyería para que le dijeran

el precio. Salía, formalizaba rápidamente la compra, pero ahora le cambiaban la pieza.

-¿Le dijo cuál era el origen de la diadema? -preguntó el joyero.

Él hombre se quedó pensativo. Empezaba a comprenderlo todo.

-Dijo que la había heredado. Al parecer, estaba en apuros. -El otro estuvo a punto de echarse a reír.

-Ese era un pájaro de cuenta -afirmó. -¿Sabe lo que le digo? Seguramente, la diadema original era robada.

El caballero cerró los ojos y respiró hondo. Decidió que lo más prudente era marcharse. El joyero le tendió la mano, y él la estrechó; vacilando, se dirigió hacia la puerta para abandonar el local. Momentos más tarde, había desaparecido

Afuera, los rayos del ardiente sol caían, marchitando el césped de la plaza.

LA ENFERMERA

Era casi de noche y, por unos minutos, hubo un ligero alboroto a la puerta del hospital, que a esta hora tenía las luces encendidas.

Había una mujer cerca de la entrada, de unos treinta años. Se la veía muy pálida, como si estuviera a punto de desmayarse.

-Por favor, necesito ayuda -gimió.

Varias personas formaron un corro alrededor. Salieron del hospital dos enfermeros y uno de ellos, alzando el brazo, llamó a un policía que pasaba. Él consiguió quitar de enmedio a los curiosos.

Mientras, el compañero había sujetado a la enferma.

-Señora, ¿qué le ocurre? ¿No se encuentra bien?

Sin decir nada, ella se desplomó hacia adelante y cayó al suelo, desvanecida.

-Se ha desmayado -dijeron varios a la vez.

La introdujeron en el hospital y la echaron sobre la única cama vacía que había en urgencias. Allí quedó tumbada, ajena a lo que sucedía alrededor.

-Con la hora que es, habrá que internarla -dijo la médico de guardia. -Efectuaremos las pruebas más precisas, y mañana veremos.

Poco después, a excepción del vestíbulo donde vigilaba el conserje nocturno, el edificio se quedó oscuro y silencioso, tan sólo alumbrado con las pequeñas luces de emergencia a lo largo de los pasillos.

Ante la zona de urgencias, la joven enfermera de guardia, acomodada en un sillón, estuvo vigilando un rato. Pronto empezó a dar cabezadas, hasta que se durmió profundamente.

Las pequeñas habitaciones, donde reposaban más de una docena de personas aguardando que pasara la noche y llegaran los médicos, estaba sumida en un silencio absoluto. Fuera no había luna, pero las estrellas difundían una tenue claridad.

La enfermera durmió hasta las cinco de la mañana. De pronto, algo la sobresaltó. Dentro seguía estando oscuro, y aún así le pareció distinguir una sombra, y luego un pequeño chasquido. Algo iba mal, pero no sabía qué. Se irguió en el asiento.

-¿Qué ha sido eso?

Se encaminó al vestíbulo, que estaba en parte iluminado. El vigilante la saludó con un gesto desde la cabina. Ella abrió la puerta de salida y vio que no había nadie por allí: también la calle estaba oscura, y hacía un frío horroroso.

-Lo habré soñado -se dijo, estremeciéndose.

A la mañana siguiente, cuando ya entraba luz por las ventanas y no habían llegado los doctores, una mujer mayor de las que estaban ingresadas masculló entre dientes:

-Maldita sea, me han robado mis cosas.

Las manos de la anciana se crisparon sobre su bolso, que estaba vacío. La señora, con la voz entrecortada por el llanto, apenas podía articular palabra. Pronto se corrió la voz por la zona de urgencias.

Minutos después, otra mujer de mediana edad con el cabello teñido de rubio, y una joven rolliza estaban sentadas en sus camas. La chica abrió unos ojos como platos.

-¡Me han robado mi sortija! -exclamó. La compañera asintió, angustiada.

-A mí me han robado el dinero del cajón de la mesilla. Además, las alhajas que traía puestas y me quité por la noche han desaparecido.

La enfermera había acudido al oír el alboroto. Al parecer, habían desvalijado a todas las enfermas de la sección.

-Nos han quitado hasta los audífonos -dijo una mujercita menuda.

La cuidadora se quedó de piedra. La chica gordita se encaró con ella.

-¿Pero usted no oyó nada? -le preguntó, agresiva.

Ella estaba boquiabierta. Intentaba controlar el temblor de sus piernas.

-No, no. ¿Qué tenía que oír?

-Estaba usted durmiendo -la increpó la rubia teñida.

Ella trató de poner orden y tranquilizarlas, pero no lo consiguió.

-Llamaremos a la policía -sugirió, cabizbaja.

El vigilante había abandonado su puesto, y vino a la sección. Estuvo cambiando impresiones con ella, y con varias de las pacientes.

-Poco antes de las cinco, una enfermera me dijo que tenía que salir por un asunto urgente -empezó a decir. -Era la primera vez que la veía, pero llevaba su uniforme, y me dijo que estaba sustituyendo a una compañera. ¿Usted no la vio?

La muchacha negó con la cabeza. La anciana la miró, con expresión de reproche.

-¿Cómo iba a verla, si estaba como un tronco? -gruñó. -Así que, después de robarnos a todas la ladrona ha escapado, vestida de enfermera. Pero, ¿qué clase de hospital es éste?

Denunciaron el caso a la policía, pero ya era demasiado tarde. A la mujer que se había desmayado fuera la noche anterior, no la hallaron por ninguna parte. Nada de lo robado pudo recuperarse.

Y, en el ropero, faltaba un uniforme.

LA PELUQUERÍA

El hombre se detuvo en la acera y dudó un momento. Dio media vuelta, y entró en una peluquería de caballeros. A esa hora, el local se hallaba casi vacío, y el peluquero estaba sentado leyendo un periódico.

El recién llegado permaneció inmóvil un instante, luego se inclinó para dejar un maletín en el suelo. El peluquero se puso en pie y se le acercó.

-Usted dirá lo que desea -indicó, con una ligera inclinación de cabeza. -¿Cómo lo quiere? -sonrió.

-Lo dejo a su gusto -contestó su cliente.

Su voz era áspera y profunda. Se arrellanó en un sillón, ante el espejo, miró hacia adelante y añadió:

-Esmérese, porque tengo que ir de viaje.

-Ah, eso está muy bien.

Inspirando profundamente, el otro añadió:

-Esta noche he dormido muy mal. Me duele la cabeza, no sé si podré soportarlo mucho tiempo.

El peluquero pareció confuso. Contestó:

-Lo siento, lo siento muchísimo.

Lo observó con atención, y pensó un instante en lo que acababa de oír. Luego, se dijo que parecía un hombre atormentado. Bajo el cabello canoso su frente, inteligente y amplia, estaba surcada por hondos pliegues y brillaba por causa del sudor. Su nariz era recta y sus labios finos. Vestía un traje gris, camisa blanca y corbata negra. El recién llegado trató de sonreír.

-Son gajes de la edad. Recuerdo que antes dormía siempre bien, pero por entonces yo era joven... -El barbero sonrió afablemente.

-Bueno, eso le pasa a todo el mundo, ¿no cree?

Él no contestó, y hubo un largo silencio, que se prolongó durante todo el tiempo en que el peluquero llevaba a cabo con todo cuidado su trabajo. No levantó la vista hasta que hubo acabado.

-Empieza a hacer calor -comentó, intentando entablar conversación, pero el otro tampoco dijo nada.

Otros clientes entraban. Él echó un vistazo al reloj para consultar la hora.

-Bueno, ya está. ¿Qué le parece?

Le tendió un espejito de mano, y el hombre se miró por detrás, en el espejo grande. Finalmente suspiró, y dijo:

-Muy bien, está muy bien.

Se incorporó en el sillón, pagó su cuenta y se levantó para marcharse.

-Encantado de conocerlo -dijo.

-Hasta la vista -asintió el peluquero. -Que tenga buen viaje

El cliente recogió el maletín. Una sonrisa lenta le surcó la cara.

-Hasta la vista, pues.

El dueño del local e abrió la puerta, y el hombre caminó despacio por la acera, en dirección a su casa.

Tardó casi media hora en llegar. Era una urbanización bastante modesta, de alquileres bajos&&&&&&&&&&&&, un patio con edificios de ladrillo de dos plantas,

con escaleras de hierro exteriores, cornisas sin pintar y descascarilladas y senderos de cemento tan resquebrajados por las raíces y el tiempo que cada paso constituía un peligro.

Nada más subir, ordenó unos libros y bajó las persianas del despacho. Luego, estuvo revisando los cajones de su dormitorio. La cama era maciza, de madera, y tenía una colcha hecha con pequeños trozos de telas multicolores.

En los cajones encontró lo de siempre: tijeras, pañuelos doblados, mezclados con infinidad de objetos pequeños e inútiles. Suspiró.

-Cuánto trasto inservible -pronunció en voz alta.

Entró un momento en la cocina, y comprobó que el gas estaba cerrado. Volvió al comedor solitario. Miró un momento fuera, y también bajó las persianas.

Una vecina, que vivía debajo, oyó un gran estruendo. Avisó a su marido, subieron al piso de arriba y, al no recibir contestación, echaron abajo la puerta.

Entraron en el comedor, y encendieron la luz. Había tres sillas arrimadas a la mesa, de la misma madera que ésta, y tapizadas de gris. Pero faltaba la cuarta silla. Dieron un vistazo al comedor, y no la vieron por ninguna parte.

Luego entraron en el dormitorio. La alfombra, que cubría casi toda la habitación, había sido retirada hacia el lado de la cama, sobre la que estaban las sábanas y la colcha revueltas. El hombre estaba colgado de la lámpara, y una silla se había volcado a sus pies. Encima de la mesa de noche había dejado una nota:

“Este será mi último viaje. Por cierto, que esta mañana he salido a caminar un poco, y el paisaje era hermoso. La primavera lo había cubierto todo de un verde brillante... ”

EL CINE

El día había transcurrido con una lentitud agonizante. Había llovido durante toda la tarde: las primeras gotas comenzaron a mojar la acera y, después de unos minutos, las ropas del hombre estaban ya empapadas. Se trataba de un tipo flacucho, pelirrojo; era joven, de unos treinta años, pero parecía mayor.

Entró en un cine y se dejó caer en una mullida butaca. Terminado el pase, para evitar la lluvia, se demoró unos minutos más.

Cuando salió, el chaparrón había amainado, convertido en una lluvia suave. Él fue hasta su casa corriendo, y pocos minutos antes de las diez llegaba al aparcamiento de la esquina.

Cuando estuvo frente al edificio, halló un barullo de gente en la calle. Rápidamente, buscó la llave en su bolsillo.

-Pero, ¿qué pasa aquí?

En la lejanía, se produjo el centelleo de un relámpago y el débil retumbar del trueno. Echó una ojeada a su reloj: eran las diez en punto de la noche.

Unos policías le cerraron el paso. Se identificó y entró en la casa, tambaleándose, al tiempo que trataba de organizar sus pensamientos. Cuando llegó al salón, un gemido surgió de sus labios delgados.

-¡Dios!

Vio a su novia tirada en el suelo, enmedio de un charco de sangre; sin duda, la chica estaba muerta. Un inspector de policía alto, sin afeitar y con los ojos enrojecidos como de no haber dormido en dos días, se inclinaba sobre el cadáver.

Ella había sido una mujer menuda y vivaracha, pero actualmente parecía una muñeca rota, un despojo sangriento de lo que fue. Al recién llegado le latía fuertemente el corazón, y sintió que se le doblaban las piernas.

-¿Me quieren decir qué ha ocurrido?

Sus labios se contrajeron en una mueca de dolor, y se estremeció: al parecer, la habían matado con su propio martillo de carpintero.

-Ha muerto hace dos horas -dijo el inspector, observándola atentamente. -Bueno, el forense tendrá la última palabra.

Cuando llego el médico, hizo la misma afirmación.

-¿Puede saberse dónde estaba usted? -oyó que le preguntaban. El hombre, aturdido, sacudió la cabeza, pero no contestó. Parecía que la lengua se le hubiera pegado pal paladar.

-¿Puede decirnos dónde estaba? -insistió el policía.

Siguieron haciéndole preguntas, sin ningún resultado. Tenía las palmas de las manos húmedas, y se esforzaba por permanecer sereno, aunque no lo conseguía.

Pareció que iba a hablar, pero después cerró la boca, tragó saliva y no dijo nada. El inspector, gruñendo, sacó su agenda. .

-Bien, estoy esperando -Él aspiró hondo.

-He estado en el cine -explicó.

El policía frunció el ceño.

-¿En el cine?

El hombre asintió. El otro le pidió que le mostrase la entrada, pero él dijo que la había tirado. El policía retuvo un gruñido de desdén.

-¿Y espera que yo me lo crea?

Luego frunció el ceño, y añadió:

-Varios vecinos aseguran que los habían oído discutir por la mañana.

Él movió negativamente la cabeza. Su rostro huesudo y pálido, se volvió de un gris ceniciento.

-¿Quiere decir que no habían discutido? -Él se estremeció de nuevo.

-Es posible -dijo, con un hilo de voz. -Pero yo no la he matado, se lo juro.

Explicó que, después de la discusión, él había salido, y no había vuelto a casa en toda la tarde.

Se oyó un golpecito en la puerta y una policía de uniforme entró en el salón, con un fuerte taconeo. Le entregó al inspector unos datos. Él hizo una mueca y se quedó mirando a la ventana.

-Está bien, gracias.

El sospechoso apretó los puños; el sudor le brotaba de cada uno de sus poros. Dijo qué película había visto, pero el otro denegó con un gesto.

-Eso no prueba nada -afirmó. -No es una coartada suficiente, ha podido ver esa película cualquier otro día.

El hombre trataba de aparecer tranquilo, pero no lo estaba en absoluto.

-Por favor, ¿podría mudarme de ropa? Estoy empapado -rogó.

-Hágalo, pero no cierre la puerta.

Él hubiera querido gritar, pero tenía que controlarse. Se puso ropa seca, y dejó la chaqueta sobre la silla.

De pronto, sus ojos se iluminaron. La chaqueta tenía una mancha, y el hizo memoria. Aspiró hondamente, y se sintió invadido por una sensación de alivio, mientras observaba la mirada del inspector concentrada en su rostro.

-Vengan ustedes conmigo, por favor -dijo, volviéndose a los otros. -Voy a mostrarles una cosa.

Salió a la calle seguido de cerca por los policías, y se dirigió al cine, que estaba a tres manzanas de distancia. Nadie pronunció palabra durante todo el camino. La tormenta ahora estaba más lejos, y una ráfaga de viento arremolinó los desechos de la calle. Él se detuvo de pronto.

-Aquí he estado -indicó.

Entraron en el cine, y vieron que estaban ahora en el descanso de la proyección. El hombre buscó su asiento, mientras el inspector lo observaba.

Nadie se había sentado en la butaca, y todavía estaba húmeda. La tapicería era de un azul brillante, recién estrenada. Entonces, el policía comprendió.

-La lluvia lo ha salvado -pronunció despacio. -Usted ha pasado aquí gran parte de la tarde. Realmente, en menos de dos horas, el tinte de la tapicería no ha podido pasar a su ropa.

-¿Lo ve?

Pese a todo lo que había ocurrido en aquella terrible jornada, él sintió ganas de echarse a reír. Por suerte para él, había llovido. Y, con la ropa húmeda, se había sentado inadvertidamente sobre el asiento azul, que había desteñido, dejando su marca en la chaqueta.

LA NIÑA

Una hermosa mujer de unos treinta años viajaba en el asiento posterior del lujoso automóvil. Lucía ropa cara y un peinado a la vez elegante e informal. A su lado, una preciosa niña que no habría cumplido los cuatro, jugaba con una muñeca.

La niña tenía unos grandes ojos negros, asombrados. Su tez era oscura, algo aceitunada, y sus labios muy rojos.

En su corta vida, era la primera vez que subía a un vehículo como éste. De tiempo en tiempo examinaba con ojo crítico a la mujer, con la cabeza un poco inclinada hacia un lado.

-¿Te encuentras bien? -le preguntó ella, insinuante. La pequeña respondió sin dudar.

-Sí, señora, muy bien. Pero me acuerdo de mis hermanitos. También me acuerdo de mi casa.

La dama suspiró. El automóvil rodaba velozmente, conducido por un hombre maduro.

-Estarás contenta -le dijo a la mujer, sin volver la cabeza. Ella hizo un leve gesto de asentimiento.

-Naturalmente. ¿Y tú?

Las manos del hombre se crisparon sobre el volante. Apretó el acelerador a fondo.

-Por supuesto, si tú lo estás.

-No puedo estarlo más. Me siento feliz -dijo ella, en tono solemne.

Estuvo recordando su reciente entrevista con los padres de la pequeña. Él era un hombre pequeño, también de tez oscura, como la de un gitano. Tenía el pelo negro, liso y grasiento.

-Un pobre drogadicto -pensó.

En cuanto a la madre, acababa de salir de la cárcel por tenencia y venta de drogas. Ahora, la niña se vería libre de tan perniciosas influencias, y la idea la reconfortaba. Al fin y al cabo, se trataba de un pequeño fraude legal, que beneficiaría a la chiquilla durante toda su vida.

El hombre que conducía se quedó un rato silencioso. Luego habló calmosamente:

-Espero que todo salga bien.

-Claro que saldrá bien. Será maravilloso -contestó ella con decisión. Él carraspeó.

-Quizá le cueste adaptarse, ¿no crees? -Ella casi saltó en el asiento.

-¿Cómo le va a costar? Sabes muy bien de dónde viene -argumentó. -Con esos padres que tiene.

-Siempre será su propia familia...

-Ni hablar de eso -dijo ella, sin dejarlo acabar. -Su familia somos ahora nosotros. Pronto los olvidará, y nos querrá muchísimo.

-Ojalá tengas razón -agregó el marido bajando la voz. -Y que no te arrepientas.

Ella lo miró, enojada. Estaba claro que nunca se volvería atrás.

-Pronto empiezas a preocuparte -le dijo. -Seré una buena madre, descuida.

La niña estaba vistiendo a la muñeca. De cuando en cuando daba un vistazo a la señora, que jugueteaba ahora con sus gafas de concha, como en una conversación

sin importancia a la hora del té.

-¿Sabes? -le dijo a la pequeña. -Yo soy actriz. Y tu nuevo papá, un cirujano muy famoso. -La niña la examinó con su serios ojos oscuros.

-¿Qué es ser un cirujano? -Ella casi se echó a reír.

-Un cirujano plástico es alguien que cambia la cara de la gente, y la pone más guapa. -La chiquilla frunció el ceño.

-Qué cosa tan rara. Y,¿qué es ser actriz? Nunca lo he oído. -Ella le sonrió.

-Bueno, ya lo verás. Es una cosa muy bonita -añadió, reflexiva. -Puede que tú también llegues a serlo.

Los árboles pasaban raudos a ambos lados, y el cielo se mostraba azul, surcado por algunas nubes. La señora había sacado unos papeles de su bolso, y los estuvo revisando.

-¿Está aquí toda la documentación? -le preguntó al marido. Él dijo que no con la cabeza.

-Falta un escrito.

-¿Qué escrito? -preguntó ella, mirando de nuevo los papeles.

-No te preocupes, no es más que una sencilla rutina.

La cosa había sido tan fácil que ella misma estaba sorprendida. Era lo que había deseado siempre.

Prestó atención a la niña, y vio que seguía tranquila. Luego, oyó una pregunta que la dejó sorprendida:

-¿Podrán venir a verme mis papás?-preguntó con timidez. La señora dudó unos momentos.

-Claro, nena.

Poco después, la niña se había quedado dormida. Su pelo oscuro contrastaba con el cuero blanco de la tapicería, y el sonido de su respiración llenaba a la mujer de ternura. Le acarició la mejilla.

-Por fin, estás aquí conmigo -pronunció en tono suave. -Te echaba tanto de menos... Nunca hubiera podido tenerte -concluyó.

El hombre se había detenido unos minutos en el arcén, y se volvió para verlas.

-¿Tienes su habitación preparada?

-Todo está dispuesto, no echará nada de menos. -Él se mordió los labios.

-¿No querías ampliar la casa? Ahora puedes hacerlo.

Ella movió afirmativamente la cabeza.

-Sí, puede que lo haga.

Él arrancó de nuevo. La señora entrecerró los ojos, y se sumió en agradables pensamientos. En aquella miserable casa no volverían a tener noticias de la niña. Durante algunos meses, ella quizá recordara a los suyos, pero al final los olvidaría.

En los bellos ojos de la actriz hubo una expresión triunfal.

-Serás tan sólo mía- dijo en un susurro.

Nadie volvió a hablar hasta que llegaron a su destino. Cuando, años más tarde, la pequeña recordara aquel viaje, nunca sabría que su madre, una expresidiaria, la había vendido la víspera.

EL TELEGRAMA

Era un viernes por la mañana, a primeros de mes. Se oyeron pisadas en las escaleras, y a poco llamaron a la puerta de la modesta vivienda. El recién llegado apretó el timbre y esperó. Se trataba de un chico delgado, nervudo y de rostro estrecho.

La dueña de la casa salió a abrir: era una corpulenta mujer de mediana edad, y llevaba rulos en la cabeza.

-Es un telegrama -le explicó el muchacho, tendiéndole un papel.

Ella pensó enseguida que sería de su hijo, que estudiaba en la capital, y estaba en una residencia de estudiantes. Se quedó mirando el telegrama con expresión preocupada.

-No sé qué pueda ser -pronunció en voz baja.

El mensajero aguardaba.

Perdona -dijo ella, sacando del bolsillo unas monedas.

El chico dio las gracias con una inclinación; después bajó las escaleras y salió del edificio, silbando.

La mujer torció la cabeza y abrió nerviosamente el papel.

-¿Qué es? -oyó por detrás. Ella se volvió y observó a su marido.

-Es de Javier -le contestó.

Él era un hombre de cabellos canosos, con gafas, y un gran lunar en el entrecejo. Los años había humedecido sus ojos, dejándolos sin brillo. Con un sonido ronco, manifestó su interés.

-Pero, ¿qué es? -Ella dudó un momento antes de contestar.

-Nos manda un telegrama diciendo que tiene una deuda, que pasarán enseguida a cobrar.

-¿Cómo?-La mujer agitó la cabeza.

-Ha necesitado un dinero para comprar libros, y otras cosas para sus estudios -se detuvo un momento. -Dice que lo explicará todo en una próxima carta. Y que, si no lo pagamos, puede intervenir la policía...

Él no estaba seguro de haber escuchado correctamente Echó una ojeada al pedazo de papel. Luego, frunciendo el ceño, leyó y releyó la nota.

Su esposa bajó la mirada.

-Es natural, hombre. Ya sabes lo que son los estudios. No tenemos más hijos que él...

-Y habrá que pagar esa deuda, ¿verdad?

-Creo que sí... -Él se encogió de hombros.

-Pues sí que estamos buenos -gruñó.

Almorzaron en silencio, y después él se quedó recostado en un sillón. Estaban viendo la televisión cuando llamaron de nuevo a la puerta, con un timbrazo corto y rápido.

La mujer abrió sólo un par de centímetros, y con ojos inquietos atisbó desde allí el descansillo. Hubo luego un sonido metálico, y la hoja se abrió de par en par. Enfrente, había un joven sonriente, de aspecto agradable. Ella le dirigió una mirada sorprendida.

-¿Qué desea? -preguntó.

Era un muchacho bien plantado, con un lustroso pelo rubio. Extendió la mano derecha, en forma amigable.

–¿Es usted la madre de Javier?

Ella lo miró con una expresión casi estúpida, como si no lo hubiera oído. Pero luego contestó:

-Sí, yo lo soy -dijo, tendiéndole la mano a su vez.

-Yo soy un compañero de su hijo. Ocupamos la misma habitación en la residencia de estudiantes. Además, estamos juntos en el grupo musical. Él es el cantante, tiene muy buena voz.

Ella se esforzó por sonreír con expresión cordial.

-Pasa -dijo, mostrándole el camino.

-Yo... no quisiera molestarla.

-No te preocupes, no es molestia. Se trata de mi hijo

Metiendo la mano en su bolsillo, él sacó una fotografía. Era la de un grupo musical, en pleno concierto de rock

-Tenga, aquí estamos juntos, me ha encargado que se la dé. Al parecer necesita dinero para cubrir algunos gastos. Como yo tenía que venir, me ha pedido que me pasara por su casa para recoger ese dinero. Parece que le corre bastante prisa. -Ella aspiró hondo.

-Sí, ya lo sé.

Él estudió el rostro ruborizado de la mujer.

-Tengo que volver, y no puedo entretenerme mucho... -Ella vaciló.

-¿No quieres pasar?.

Se oyeron unos pasos dentro, y apareció el padre, con las mangas de la camisa arremangadas. Echó una mirada sorprendida a su esposa por encima del hombro.

-¿Qué ocurre? -preguntó. -¿Quién es?

Ella pensó un momento antes de responder.

-Es el compañero de Javier. Asegura que él y nuestro hijo se llevan muy bien. Trae una foto suya, mira -mostró.

-Ya -admitió el hombre, disimulando su disgusto. El muchacho lo miró de hito en hito.

-Siento darles esta molestia -se disculpó. -Pero Javier me lo ha pedido...

–No te preocupes -dijo ella -¿No quieres tomar un café?

-No quisiera ser inoportuno -dijo el chico, en tono de disculpa.

-Al contrario -protestó ella. -Somos nosotros los que te estamos agradecidos.

-Está bien, gracias -aceptó él.

Mientras la madre entraba a preparar el café, el visitante se dejó caer en una silla de la pequeña sala. El padre entró en el dormitorio, y tardó unos minutos en salir. Respiraba pesadamente. Traía un sobre en la mano.

-De casualidad tenía este dinero en casa -se limitó a gruñir. -Acabo de cobrar mi pensión de este mes.

Se instaló en el sofá. La mujer volvió con el café, y se sentó a su vez en el borde de una butaca frente a ellos. Sirvió el café con mano temblorosa, y lo bebió a pequeños sorbos. Ahora, el muchacho la estaba observando con atención.

-Su hijo se parece a usted -indicó amablemente.

Mientras le hacía preguntas sobre sus estudios y la vida en la residencia, ella pensó que el compañero de Javier era una persona agradable. Sacudió la cabeza.

-Dile que nos acordamos muchísimo de él.

El muchacho asintió. Dejó su taza, con un ligero clic, en el platito, y se limpió la boca con el dorso de la mano. Se puso en pie.

-Bien, muchas gracias por todo -dijo, guardando el sobre en un bolsillo. -Ahora debo irme -concluyó.

Alzó una mano, despidiéndose, y salió de la casa. Ya en la calle miró a derecha e izquierda. Todavía conservaba el original del telegrama, que había enviado por la mañana, desde la capital.

Se quedó mirando el papel, y lo partió en trozos muy pequeños.

-Serán unas buenas vacaciones -sonrió en su interior.

El aire, en una ráfaga, hizo bailar los papelillos en el aire, voltiquear y luego desaparecer. Él había dado media vuelta y se alejó rápidamente.

Todo había resultado muy fácil. Lo cierto es que conocía muy poco a Javier, y él ni siquiera lo recordaría. Por medio de amigos comunes se informó de las señas de la familia, y de sus circunstancias. Puso el telegrama, acudió a la vivienda, y lo demás fue pan comido.

En la casa, el hombre conectó la televisión y se sentó a verla, mientras su esposa trasteaba en la cocina. Luego se levantó, y apagó el televisor.

Durante los días siguientes no hubo novedades. La carta con la explicación no llegó, y habían pasado dos semanas cuando supieron por Javier que todo había sido un timo.

La madre se sintió traicionada. Cerró los ojos y musitó:

-En estos tiempos, una no puede fiarse de nadie...

UN CHICO PELIRROJO

El teléfono de la policía comenzó a repiquetear. Era la tercera vez que sonaba, y un inspector estuvo atendiendo la llamada.

Era la mañana de un miércoles en pleno verano, y el día se presentaba claro, aunque se distinguían algunas nubes oscuras a lo lejos.

-Quizá llueva a la tarde -dijo su ayudante, y el otro no le contestó.

La oficina tenía las paredes recientemente pintadas de un blanco deslumbrante, y como toda decoración pendían del hecho unas sencillas lámparas en forma de bola de cristal, también blanco. Había pocos muebles, y eran también nuevos: varias sillas tapizadas de en skay de color gris, algunos ficheros, y un par de mesas con sus ordenadores. Había láminas de colorines pegadas a la pared del fondo.

-¿Qué ocurre? -preguntó luego el ayudante. El inspector aspiró hondo.

-Al parecer, una muchacha ha desaparecido.

–¿Y eso?

-La denuncia viene de una compañera de piso, que lleva varios días sin verla y sin recibir noticias suyas. -Se detuvo un momento. -Al parecer, la chica es una persona ordenada, y suele llamar cuando se ausenta por algún tiempo. Dice que la última vez que la vio fue el viernes pasado, antes de que se fuera a pasar el fin de semana con su novio, en una cabaña que él tiene a orillas del lago.

-¿Ha dicho algo más?

Dice que estaba seria, como si hubiera tenido un disgusto. Parecía tener un verdadero problema

-¿Se habría quedado embarazada? -preguntó el ayudante, y luego añadió: -¿No ha hablado con el novio? - El inspector movió la cabeza.

-Sí, que lo ha hecho. Al parecer, él estuvo pintándola durante todo el sábado. Naturalmente, el chico es pintor. Almorzaron en la cabaña, y por la tarde siguieron con su tarea, según dice.

El inspector se puso en pie.

-Habrá que hacerle una visita -indicó.

Después de ordenar unas cosas, ambos salieron a la calle. El pueblo era grande, y el sol bañaba las anchas aceras. Tomaron el coche y dieron la vuelta a una rotonda. Al llegar una explanada giraron de nuevo, y salieron a la carretera, camino del lago. Allí se detuvieron frente a una caseta de madera.

Llamaron a la puerta, y aguardaron unos instantes. Les abrió muchacho muy alto, con el cabello teñido de rojo y una pequeña barba castaña, que le daba cierto aire bohemio. El inspector le mostró su placa.

-Somos de la policía, y podrá imaginarse la razón de nuestra visita... Hemos recibido una denuncia... -El dueño de la casa asintió.

-Me imagino qué es. Se trata de mi novia, ¿verdad?

-Creo que usted estuvo pintándola este fin de semana, ¿no es así? -Inquirió el policía.

-Sí, así es. Pueden ver el retrato que le hice, se trata de un dibujo al pastel.

Abrió del todo la puerta, y los dos hombres ingresaron en el interior de la cabaña. Les ofreció un par de asientos, que no utilizaron. El inspector lo observó de arriba a abajo.

-¿Parecía preocupada por algo? -El otro denegó.

-De ninguna manera. Parecía tranquila y contenta. Les enseñaré su retrato.

Entraron tras él, y estuvieron observando una bonita imagen trazada sobre papel. La chica era agraciada y, en verdad, parecía risueña. Tenía una melena corta, y un flequillo le cubría la frente. Al pie del dibujo había una firma ilegible, y a continuación la fecha del último sábado, trazada a carboncillo. El policía se quedó pensativo, y el joven añadió:

-Ella salió a última hora de la tarde, y no la he vuelto a ver. En realidad, no quiso que la acompañara a su casa. Es una chica bastante independiente -sonrió.

El policía asintió con un gesto.

-Estaremos en contacto con usted -dijo con voz sorda. -Avísenos si sabe algo de ella, y nosotros haremos lo mismo.

***

Pasaron dos días y la muchacha seguía sin aparecer, de forma que la policía consideró prudente tomar algunas medidas.

-Lo primero será dragar el lago -indicó el inspector jefe a sus hombres. -Rastreamos toda la zona, sin excepción. Ya he pedido que envíen un equipo completo, con varios hombres-rana y todo lo que haga falta.

Se estuvo rastreando el lugar y, cuando se iba a abandonar la tarea, un submarinista encontró un cuerpo femenino enredado en la maleza del fondo.

Debe ser la chica que buscamos -indicó.

El equipo recibió una orden tajante:

-Icen el cuerpo, enseguida -indicó el inspector. -Con todo cuidado.

Luego, transmitió la noticia a sus superiores.

-Hemos hallado a la muchacha. El juez puede venir a hacerse cargo del cadáver.

Una vez que el cuerpo fue trasladado a la orilla, se llevaron a cabo las investigaciones de rigor. Se hicieron numerosas fotos del cadáver, y una lista completa de los objetos hallados cerca de la joven.

El inspector estuvo observando su rostro, ya desfigurado, que no habían respetado los peces. En parte, lo ocultaba piadosamente una melena castaña y lisa, donde se habían enredado algunas ramillas. Llevaba puesta una chaqueta roja, al parecer la misma con que salió de su casa el viernes por la tarde.

Se volvió hacia sus hombres.

-Sigan con esto, y aguarden al juez -indicó

A largos pasos alcanzó su automóvil, y volvió a la cabaña del chico pelirrojo. Aporreó la puerta, pero tuvo que repetir la llamada. Finalmente, el dueño apareció, envuelto en una toalla de colores vivos.

-¿Usted otra vez? ¿Hay alguna novedad?

Él dio un paso adelante y se introdujo en la cabaña. Mientras daba una rápida ojeada al cuadro, recordó los cabellos húmedos que piadosamente cubrían en parte aquel rostro deshecho.

-¿Dice que su novia no estaba preocupada cuando la pintó? ¿Asegura que estaba contenta? -Él pareció sorprendido.

-Sí, claro. -El hombre lo miró de frente.

-¿Afirma que la estuvo pintando durante todo el día? -El chico pareció confuso.

-Ya se lo he dicho. Ha visto la fecha que hay al pie del retrato. -Él movió la cabeza.

-Eso es imposible -afirmó.

-¿Qué cosa es imposible?

El hombre tardó en contestar, y lo hizo en tono seco.

-Ese retrato ya estaba hecho antes. La fecha de la pintura ha sido añadida después, por usted mismo.

-Pero, ¿qué está diciendo? -Él asintió con gravedad.

-En el retrato, su novia tiene el cabello corto, y un flequillo.

-Ya lo sé. ¿Qué tiene eso que ver?

Él dirigió la mirada a la ventana, desde donde podía verse el lago, y aspiró hondo:

-Tengo que decirle que la hemos encontrado en el fondo del lago. No ha sido agradable, se lo juro.

Se detuvo un momento, y luego prosiguió:

-Y le digo una cosa: la chica tiene el pelo largo, y sin flequillo, luego éste ha tenido que crecer. Que yo sepa, no puede haberlo hecho en un solo fin de semana.

Hubo un nuevo silencio, donde sólo se oyó la respiración del pelirrojo.

-No creo que su novia estuviera demasiado alegre el viernes por la tarde, como aparece en el retrato... -advirtió el policía. - ¿Acaso estaba embarazada, y se convirtió en un estorbo?

El muchacho estaba pálido, y movía las manos con gestos nerviosos. Permaneció callado unos segundos, y luego suspiró:

-Yo… Me explicaré…

-No tiene nada que explicar. Sólo falta la autopsia y, si no me equivoco, vamos a encontrarnos con alguna sorpresa…

EL PRESO

Acababa de quedar en libertad, y le parecía mentira. Días, meses, años aguardando aquel momento, y finalmente podía respirar a pleno pulmón, tras haber purgado un homicidio que cometió en su juventud, en un momento de ofuscación donde el alcohol y las pasiones se habían adueñado de su mente.

-Hoy es el primer día del resto de mi vida- se dijo a sí mismo, un tanto incrédulo.

Pasó la noche en una modesta pensión. Había ahorrado algún dinero, ganado con su trabajo en la lavandería de la cárcel.

-No lo malgastaré, hay que pensar en el futuro -masculló, palpando en el bolsillo la carta de recomendación que acababa de darle el director. -Es posible que tarde un tiempo en colocarme. Y he de sacar el billete del tren...

Cuando llegó a su vieja casa, en un suburbio de la pequeña población industrial, le pareció que nada había cambiado. Solamente, le llamó la atención que la herrumbrosa cerradura no chirriara al abrirse, como siempre había sucedido. La casa estaba igual, aunque muy polvorienta y desordenada.

-Habrá que arreglar todo esto -pronunció en voz alta.

La segunda sorpresa la tuvo al entrar en la pequeña sala que hacía las veces de dormitorio: allí, sobre una estera de color indefinido vio el cuerpo de un hombre, y no tuvo que tocarlo siquiera para saber que estaba muerto.

-No puedo creerlo -gimió, con un escalofrío.

Él mismo avisó a la policía desde una cabina cercana.

-Le juro que no conozco al individuo -dijo con voz tensa. -Es la primera vez que lo veo. Yo... -carraspeó-, acabo de salir de la cárcel, no sé que ha podido ocurrir...

-No toque nada -le dijeron. -Vamos para allá.

No tardó en acudir la policía judicial. Al mando del grupo iba un tipo robusto y no alto, con una chaqueta arrugada. Lo acompañaban tres hombres, uno de ellos de uniforme. El jefe le tendió la mano.

-Soy el comisario Román -dijo con voz ronca. -Vamos a ver qué pasa aquí.

Estuvieron una hora larga dentro de la casa; era una vivienda pequeña, de una sola planta, y tenía el aspecto de ser prefabricada. Los muebles eran pocos, y viejos. A continuación se registraron los alrededores: la edificación estaba rodeada de otras semejantes, y de algunas chabolas. La calle estaba mal pavimentada, y de trecho en trecho se amontonaban cascotes, basuras y bolsas de plástico.

-No hay nada de particular-dijo el policía uniformado. El comisario se volvió hacia el dueño de la casa.

-Lo siento -suspiró. -No me proponía... joderlo, pero tendrá que acompañarnos. -Él dio un respingo.

-Por favor, tengo que avisar a... alguien. Mis amigos saben que volvía, y alguno puede presentarse.

El comisario no parecía muy conforme, pero al fin cedió:

-Muy bien, dispone de una hora. Dejaré a un hombre para que lo acompañe, y luego irá con él a la comisaría. - Y añadió, suspirando: -Espero que no tenga que arrepentirme.

Seguido por el policía de uniforme, él hizo unas llamadas telefónicas desde la cabina, pero tan sólo una tuvo contestación.

-¡Ah, eres tú! -dijo una voz al otro lado. -Me has pillado porque estoy enfermo... Por cierto, ¿no estabas en la trena? -Él se sobresaltó nuevamente.

-Salí ayer de mañana. ¿No has recibido una carta mía? Te escribí hace una semana. -El otro soltó una risotada.

-No acostumbro a recoger el correo, hermanito. Para lo que hay... sólo denuncias y multas de tráfico...

***

Después de haber llevado a cabo unas cuantas gestiones, Román volvió al escenario del crimen, donde lo aguardaba un tipo del Juzgado.

-Ha estado el señor juez, y se han tomado huellas y fotografías -le dijo. -Hace ya media hora que se han llevado el cadáver al depósito. Aquí ya no hay nada que hacer.

-Está bien, gracias -dijo él. -De todas formas, voy a dar un último vistazo.

Estuvo dando una vuelta por la casa, sin ningún resultado, y de pronto algo llamó su atención, algo en lo que nadie había reparado antes: se trataba de una hoja de papel, muy doblada. Tiró de la punta, que asomaba bajo un tosco tapete, y la desdobló.

-Vaya, vaya... Todavía no estoy ciego, aunque algunos lo crean.

Extrajo del bolsillo unas gafas de cristal muy grueso y se puso a leer. La nota estaba escrita con un lápiz rojo, y fechada siete días antes.

“Hermano -pronunció en voz alta. -Por fin he cumplido mi condena, y en una semana estaré libre. Espero que nos veamos en mi casa. Si no estoy, utiliza tu llave y me esperas allí. ”

Volvió a doblar cuidadosamente el papel y regresó a la comisaría. Consultó varios datos en el ordenador y habló con un par de subordinados.

-Quiero los antecedentes de este sujeto -indicó, dando un nombre. Todo lo que haya relacionado con él. Debe ser un pájaro de cuenta.

Ahora lo veía claro: Al parecer, el recién liberado había escrito la misiva antes de salir de la cárcel, y nadie sino el destinatario pudo dejarla donde se encontró, puesto que tenía una llave de la casa. La puerta del despacho se abrió, y entró el subalterno con un impreso en la mano.

-Ese tipo ha sido detenido varias veces por posesión y tráfico de drogas -indicó, tendiéndole el papel. -Aquí tiene el informe completo. -Él asintió.

-Lo imaginaba -dijo. -Deténganlo inmediatamente, no lo dejen escapar.

Se dirigió a los calabozos de la comisaría, y dio una orden tajante:

-Suelten a ese hombre -ordenó. -Y tráiganlo a mi despacho, tengo que hablar con él. Hay que aclarar algunas cosas.

Sonaron unos golpecitos a su puerta y el hombre apareció, arrastrando los pies. Parecía confuso, como si todavía no hubiera digerido los últimos sucesos. Dentro de su cabeza los pensamientos se agolpaban sin orden, hasta hacerlo dudar de su propia cordura.

-¿Qué ocurre ahora? -preguntó, alarmado.

Román lo observó largamente. Presentaba un lamentable aspecto: su cara estaba pálida y tenía el cabello revuelto. De tiempo en tiempo su cuerpo se agitaba, con una sacudida espasmódica, y sus ojos parpadeaban, como heridos por la súbita luz.

-¿Qué ocurre? -insistió.

El comisario se había levantado de su sillón, giratorio, fue hacia él y le puso una

mano en el hombro.

-Tranquilo -le dijo. -Ha sido usted víctima de una trampa, una trampa cruel. Por cierto, ¿qué relación tiene con su hermano? -El otro dio un respingo.

-¿Qué ocurre con mi hermano? Y no es hermano, es hermanastro, y ni siquiera eso. -El comisario movió pesadamente la cabeza.

-Pues sepa que lo hemos detenido, acusado de asesinato. Al parecer, la muerte se ha producido por un ajuste de cuentas, y él lo ha planeado todo para culparlo a usted.

El hombre abrió unos ojos como platos.

-Así es, se ha aprovechado de su confianza -continuó Román. -No sólo ha utilizado su vivienda para su trapicheo con clientes y traficantes. El muerto es uno de éstos, según hemos podido comprobar. Él sabía que usted iba a salir, y ha querido colocarle el marrón.

El otro parecía haber recibido un golpe en la cabeza.

-No lo entiendo. No puedo creer que él me haya hecho una putada como ésta. ¿Cómo lo ha sabido?

El policía le tendió la carta y él la tomó, asombrado.

-Dijo que no la había recibido-musitó, y la boca de Román se torció en una sonrisa.

-Muy ingenioso -dijo. -Cometer un asesinato al día siguiente de quedar un preso en libertad...

EL JABÓN

El cielo estaba muy claro, iba a hacer calor. Las mujeres andaban por la acera con vestidos frescos y el sol deslumbraba sobre las azoteas. Cuando llegaron a la casa, el chófer de la policía detuvo el coche unos metros más allá de la entrada, y dos hombres abandonaron el vehículo; estaban en una calle ancha, delante de un pequeño restaurante en la zona residencial, y hasta allí llegaban las voces de unos niños.

El inspector era un hombre de mandíbula dura, cabellos que iban volviéndose grises y una nariz torcida y aplastada. Cruzó la calzada, atravesó una verja y se dirigió a la escalinata seguido de su compañero. Al otro lado del jardín había un campo de tenis, y oyeron el ruido de las pelotas.

-Debe ser esta casa -indicó.

Era un edificio rectangular, de muros desconchados. Se abrió una puerta en el entresuelo, y una mujer los saludó abruptamente con la cabeza. Era regordeta y parecía sudorosa. Él hombre notó cómo le temblaban las manos. Tenía los cabellos de un rubio teñido, y exhalaba un penetrante olor a perfume barato.

-Ella está ahí, en el baño... -titubeó. -Ha debido resbalar, al pisar el jabón, y se ha pegado en la cabeza...

El apartamento era un lugar cálido, íntimo y acogedor, con muebles de madera clara, helechos colgantes y una lámpara estilo Tiffany, que proyectaba un suave resplandor coloreado. Las fundas del tresillo estaban nuevas y flamantes. Un reloj de pared, de fuerte tictac, medía los segundos ruidosamente.

Cuando el policía entró en el baño se apoyó en la pared y miró alrededor. La dueña de la casa estaba caída al pie de la bañera y había una pastilla de jabón a su lado, en el suelo. La suya era una cara pálida, perfecta, en el marco de una melena oscura.

Parecía que se le habían agrandado los ojos, por las ojeras amoratadas. Se había puesto la toalla en torno a la cintura, dejando al aire sus bonitos pechos. La mujer observaba la escena, al tiempo que abría y cerraba nerviosamente las manos.

-Habrá tenido que forzar la puerta -observó el hombre, y ella denegó:

-No estaba cerrada por dentro. Cuando entré, la encontré como está. Se estaba llenando el baño, y el agua al caer hacía mucho ruido. No he tocado nada... sólo cerré el grifo y llamé a la policía.

El ayudante había salido. A poco volvió, trayendo una cámara, y una carpeta con papeles, que puso sobre una pequeña mesa. La mujer suspiró. Explicó que trabajaba como asistenta, y llegaba por la mañana.

-Hubiera preferido no verla -dijo, gimoteando. -Hubiera preferido no estar aquí hoy.

Estuvieron tomando fotos. El inspector observó los mil detalles insignificantes que lo rodeaban: lo examinó todo, tratando de grabarlo en la memoria, empezando por el cadáver. El golpe había dejado en su sien una huella oscura.

Los cajones de un pequeño mueble metálico estaban abiertos, y asomaban algunas prendas. Se volvió a la mujer.

-Dice que no ha tocado nada. ¿Es eso verdad?

-Sí, puedo jurárselo.

El ayudante había guardado la cámara. Él sacó su pitillera y le ofreció un cigarrillo.

El otro sostuvo la cerilla para encenderlo.

-¿Estaban solas? -preguntó él de improviso.

La chica lo miró inquietamente, pero no contestó. Fuera, se oyó el ruido de pisadas de varias personas.

-¿Estaban solas? -repitió. Ella pareció estremecerse.

-Pues... sí.

Se quedaron parados, y durante algunos minutos nadie dijo nada. Él miró al cuerpo caído, y el charco que se había formado en el suelo.

-Bien, tendrá que acompañarnos, mientras mis compañeros completan la investigación, y el juez lleva a cabo el levantamiento del cadáver.

-Pero yo no he hecho nada malo, señor...

Estaban en el vestíbulo, cuando el inspector comprendió que se le había escapado algo. Volvió a entrar en el cuarto de baño. Una jabonera de un verde brillante estaba caída en el suelo. Al lado estaba la pastilla de jabón.

-Algo no encaja -carraspeó. Luego volvió a donde estaba la mujer.

-Usted ha mentido -afirmó con voz sorda.

El reloj de pared continuaba con su tictac. Ella se humedeció los labios con la lengua.

-¿Qué dice? Yo, no... -dijo en un murmullo.

Parecía aterrada. Miró a su alrededor, como deslumbrada y sin comprender.

-Usted la ha golpeado, ¿no es cierto?

Hablaba en tono indiferente. Tenía la vista fija sobre su cigarrillo, y le daba vueltas entre los dedos.

-Si ella hubiera resbalado, el jabón hubiera salido disparado al otro extremo del cuarto de baño -terminó, observándola.

Al principio, la mujer pareció sorprendida. Luego, hubo en sus ojos un destello de odio. Rompió a reír, con una risa estúpida y forzada.

-La he golpeado, sí, no tenía más remedio que hacerlo.

Les había vuelto la espalda, y estaba mirando por la ventana, hacia el jardín. Tenía las manos cruzadas, y se clavaba las uñas en las palmas. Continuó hablando, con voz apagada y sin vida:

-Iba a denunciarme por robo, y me hubieran devuelto a mi país -gimió. -Todo me sale mal...

GAJES DEL OFICIO

Era de noche, y volvía de la feria en coche cuando distinguió a la mujer. La vio en la carretera, desde que dio la vuelta a la curva. Era alta, de cabellos rojos, piernas largas y prominentes senos. Su rostro le pareció agraciado. Llevaba puestos un jersey ceñido y una falda muy corta.

Tenía que reconocer que había bebido alguna copa de más; el ambiente festivo, la gran afluencia de turistas, tantas chicas guapas vestidas con trajes veraniegos, la música, el humo picante de las churrerías... Y aquel congreso, que coincidía con las fiestas de la localidad costera, al que había asistido solo, sin su pareja.

-Volveré tarde, a medianoche -le había advertido al besarla. -No tendremos tiempo de ir al teatro.

Su esposa tampoco estaba mal, tenía un aspecto bastante agradable, con cabellos rubios y ojos de un gris pizarra. Pero ahora, la que tenía a la vista era una mujer de bandera. Le gustó mirarla, y lo hizo a conciencia.

Un pequeño automóvil permanecía a un lado, caído en la cuneta, con la portezuela abierta. Se trataba de un modelo deportivo de color rojo y, sin saber por qué, pensó que hacía juego con su dueña.

Él se detuvo en el arcén, unos metros delante de aquel monumento. Los vapores de la manzanilla parecían sumirlo en una suave ingravidez. Estuvo guardando una guía y algunos objetos en la guantera, y apartó unos periódicos que llevaba a su lado, en el asiento delantero. Con la mano trató de alisarse el cabello. Luego bajó a la carretera.

-¿Sucede algo? -preguntó. Ella no parecía sorprendida.

-Es este trasto -dijo. -Nadie lo diría, pero es la segunda vez que me deja tirada esta semana. -Luego se quedó pensativa: -Bueno, quizá sea mi culpa. Hace poco que tengo el carnet y, la verdad, no soy ninguna maravilla conduciendo. -Él sonrió.

-También engaña, como el coche. Porque, ejém, la verdad... usted me ha parecido una verdadera maravilla.

Se veía un hermoso paisaje desde allí: a la luz de la luna llena, los árboles se entretejían como telarañas verdosas. En la hondonada corría un arroyo, entre lomas de yerba crecida. Desde una valla, un gorrión lanzó un chillido.

Ella le contó que se alojaba con una amiga en un hotel cercano. Estuvieron empujando el coche y bromeando al mismo tiempo hasta que, por fin, consiguieron sacarlo de la cuneta. La mujer rió alegremente, apartó de su rostro un mechón de cabello y él le devolvió la sonrisa.

-Bien, parece que ya está -le dijo. Ella se había aproximado, y lo rozaba con su cadera. Aprovechando la proximidad, él le rodeó el talle y acarició su hombro con la mano libre. La chica suspiró.

-No sabes cuánto te agradezco tu ayuda -musitó. -Procuraré no volver a salir sola a la carretera.

Él la sujetó de la cintura. Su busto redondo lo rozaba ahora, y el hombre sintió acelerarse los latidos de su corazón. Estaba sudando, y pensó que era a consecuencia de la manzanilla. Era como si los nervios de su cuerpo estuvieran ardiendo.

-Qué más quisiera yo que poder acompañarte... -dijo en un susurro. -Bueno, todo puede arreglarse, quizá...

También el cabello de la chica le rozaba la cara. Su piel tostada le pareció agradablemente lozana. A su izquierda pasó un gran camión cargado con cajas de cerveza, y el estruendo ahogó sus voces. Él le había preguntado su nombre y no pudo oír la contestación.

-Yo me llamo Gabriel -le dijo.

Pensó darle una de sus tarjetas de visita, pero tanteando no dio con la cartera. Seguramente, la había metido en la guantera del coche con los otros objetos. Ella se había deshecho de su brazo y le tendió la mano, mirándolo ardientemente a los ojos.

-No olvidaré lo que has hecho por mí. Espero que volvamos a vernos.

Con un ágil movimiento la muchacha entró en el coche rojo, se despidió alzando la mano y arrancó.

-Hasta la vista -dijo con un guiño.

Él se quedó con la boca abierta y la siguió con la mirada, hasta que se perdió en la primera curva.

-Yo también lo espero -se dijo.

Volvió a su coche y se instaló ante el volante, abrió la guantera, y revolvió entre los objetos: la cartera no estaba entre ellos. Al llegar a ese punto la sonrisa se desvaneció. Hubiera querido sentirse muy alegre y escuchar el murmullo del arroyo que corría muy cerca, pero no era capaz. Frunció el entrecejo.

-Mierda -masculló.

Bajó nuevamente del coche y estuvo buscando en el arcén, pero todo fue inútil. No halló más que una botella de plástico, toda abollada, dentro de la cuneta. Recordó lo que le había dicho la mujer:

-Gracias, has sido la providencia para mí...

Sentía una extraña zozobra. Todavía no podía creerlo, pero tuvo que rendirse a la evidencia: su cartera no aparecía por ninguna parte, luego ella tenía que habérsela robado. Notó que la sangre se le subía a la cabeza.

-Si seré animal, si seré pedazo de animal...

Un profundo malestar se había apoderado de él. Estuvo dudando qué hacer, pero en cuanto llegó al primer pueblo, sacó pecho y entró en el puesto de la guardia civil. El oficial de guardia estaba adormilado, y dos hermosas matas de pelos le salían abundantes de cada fosa nasal.

-¿En qué puedo servirle? -se sobresaltó.

Estaba decidido a denunciar el hecho, mal que le pesara. Tenía un nudo en la garganta, y el otro tuvo que arrancarle las palabras a duras penas. En el cuarto hacía un calor soporífero. Estuvo explicando lo ocurrido desde que vio a la mujer: su accidente, la ayuda que le había prestado, y la desaparición del billetero. Luego, describió el automóvil.

El guardia consultó el ordenador. Después de unos minutos levantó su abultada cabeza y lo miró.

-Era un coche robado, lo siento. Hemos recibido una denuncia. Al parecer, su dueño lo había aparcado cerca de una cafetería, junto a la carretera. Cuando fue a buscarlo, había desaparecido.

-¡No me diga!...

-Sí le digo -afirmó el guardia y, sin saber por qué, a él le pareció advertir en su voz un tono de burla. -Bien, firme la denuncia y veremos lo que se puede hacer, pero no confíe demasiado en encontrar su cartera.

-Maldita sea...

-Por cierto, además de la documentación, ¿llevaba algún dinero? -Él se estremeció. Las rodillas le empezaron a temblar.

-Era dinero de mi esposa-masculló. -Esta misma mañana lo saqué del banco para ella. Tenía que pagar a la modista o algo así... -El otro lo miró de reojo.

-Gajes del oficio -le dijo. -Ah, y procure no beber tanto la próxima vez. Lo olvidaré, teniendo en cuenta que estamos en ferias...

EL VASO

El hombre había caído de bruces sobre la rica alfombra persa. La amplia habitación, decorada con molduras de caoba, estaba profusamente amueblada, y una débil luz entraba por los altos balcones, cubiertos a medias por unas gruesas cortinas de terciopelo claro.

Hacía un buen rato que la policía judicial llevaba a cabo sus tareas, y varios hombres se dedicaban con ahínco a estudiar el escenario de un posible crimen. El comisario Román se volvió. Tenía ante sí a un hombre de unos cincuenta años, aunque de aspecto juvenil.

-¿Ha sido usted quien lo ha encontrado? -preguntó.

-En efecto, señor.

Era el ayuda de cámara, que después de avisar a la policía había permanecido silencioso. Vestía impecablemente, y era bien parecido.

-Espero que no haya tocado nada. -El otro lo miró con aire ofendido.

-Naturalmente, señor. No faltaba más.

El policía carraspeó. Advirtió que sobre la repisa de la chimenea había un reloj parado, y que en el hogar lucían unas pocas brasas, a punto de extinguirse.

-¿Había alguien más en la casa? -Él habló en tono grave.

-Estaba la cocinera, y también la doncella. La señora se ha ausentado unos días, al parecer viaja por Egipto con unas amigas.

-¿Han tratado de localizarla?

-Así es, señor, pero no lo hemos conseguido. Va a ser un golpe terrible para ella.

-Sí, va a ser un mal trago -admitió el comisario, y se volvió a observar de nuevo al caído. Parecía muy alto y desgarbado, con una frente amplia, y un pelo oscuro que blanqueaba en algunos puntos.

-Quiero ver de nuevo a la doncella -indicó. -No tenemos mucho tiempo, el juez ya está de camino.

-Lo sé. Para el levantamiento del cadáver...

-Así es.

El policía se quedó pensativo. Al parecer, la muerte había sido instantánea, o casi, y según todos los indicios la había provocado una bebida, ya que junto al cuerpo había un vaso de cristal tallado. Advirtió que el sirviente había abandonado la habitación, y se volvió a sus hombres.

Recojan el vaso. Tomen muestras de su contenido, y del líquido derramado en la alfombra -indicó. -Quiero un examen exhaustivo de todo. Ya veremos lo que dice la autopsia.

Se oyeron unos discretos golpes en la puerta, y entró el empleado seguido de una muchacha joven. Era rubia, de cara larga y labios gruesos, con el pelo muy corto. Llevaba una blusa blanca y una falda estrecha azul marino. Estaba muy pálida, y movía las manos con gestos nerviosos.

-¿Quién sirvió la bebida? -le preguntó directamente el comisario. Ella dudó un momento.

-Pienso que el señor mismo la sirvió -contestó con voz débil. Aspiró hondo para recobrar el aliento, y prosiguió: -No le gustaba que nadie se la preparara, ni siquiera éste -señaló al compañero, y él asintió:

-En eso era muy exigente, y calibraba cada gota que mezclaba en sus combinados. Hacía gala de ello, y hasta tenía fama entre sus amistades... –El comisario frunció el ceño.

-Bien, señorita, puede retirarse, y dígale a la cocinera que venga. Usted, por favor, quédese.

La chica le dedicó una triste sonrisa, y salió de la habitación. Hubo un silencio, roto por las pisadas que se retiraban. El comisario adoptó un tono confidencial.

-¿Tenía el caballero... problemas de algún tipo? -indagó. -¿Problemas... familiares? -El otro se sobresaltó.

-¿Cómo dice?

-Me refiero a si tenía problemas... de faldas. -El otro aspiró hondo. Había un extraño brillo en sus ojos grises.

-No, que yo sepa. Pero...

¿Pero... qué?

-Al parecer, su esposa había iniciado los trámites para el divorcio. No por cuestión de faldas, sino por motivos económicos. Últimamente, el señor había sufrido grandes pérdidas en bolsa.

-¿Parecía deprimido por eso?

-Naturalmente, sí.

-¿Se lo dijo a usted? -El otro denegó.

-Nunca me hacía confidencias. Pero no pude evitar oír una conversación telefónica...

-¿Qué conversación?

-En ella le explicaba la situación a un amigo, y le decía que había pensado suicidarse.

El policía no dijo nada. Mientras aguardaban, podía oírse su respiración. La puerta se abrió de nuevo, y apareció la cocinera.

-Pase, por favor.

El rostro enrojecido de la mujer no mostraba ningún asombro. Miró distraída a su alrededor.

-¿Deseaban algo? -preguntó.

El policía le estuvo haciendo una serie de preguntas, a las que ella contestó sin dudar.

-No puedo decirle nada más -indicó. -Llevo poco tiempo en la casa, y conozco poco a la familia.

-Está bien, pero no se muevan de aquí ninguno de los tres. Puedo necesitarlos en la comisaría.

***

Durante el lento camino de regreso, el policía se mostró taciturno. En las dependencias policiales se notaba un barullo especial. A última hora de la tarde, la puerta se abrió y apareció un hombre joven, con una bata que alguna vez había sido blanca. Traía una carpeta y un *pendrive*, y los dejó sobre la mesa. Él lo observó tras sus gafas de gruesos cristales.

-¿Se conoce ya el resultado del análisis? -El otro asintió con sorna.

-Cianuro, sin ninguna duda. En una proporción elevada. Todavía falta la autopsia, pero pensamos que coincidirá. -El jefe arqueó las cejas.

-¿Y el resto de las pruebas? Me refiero al análisis de huellas en el vaso. -El

subordinado señaló la carpeta.

-Aquí está todo -indicó. -Al parecer, las únicas huellas que había eran las del muerto.

-¿Cómo puede ser eso? -El otro habló despacio:

-Es natural, él mismo se sirvió la bebida. Si no me equivoco, tenía esa costumbre.

El comisario se puso en pie, empujando su silla tan bruscamente que casi la tira al suelo.

-¿Quién lavó el vaso, antes de ser utilizado? ¿Quién lo colocó en el bar? Tengo que hablar con los testigos -añadió, acalorado.

***

El primero en llegar fue el ayuda de cámara. Iba vestido de tal forma que nadie lo hubiera tomado por un criado. Llevaba un abrigo de corte impecable, bufanda de seda, y sostenía en las manos un par de finos guantes de piel. Correspondió al saludo del comisario, que lo invitó a sentarse.

-Usted dirá -indicó, mostrando al sonreír una bonita dentadura. .

El policía se quedó pensativo mientras él aguardaba, disimulando su impaciencia.

-¿Hay alguna novedad? -Román asintió:

-Había cianuro en la bebida. -El hombre se sobresaltó.

¿Cianuro?

El comisario había prendido una cerilla, para encender un nuevo cigarro. Cuando terminó de hacerlo, movió la cabeza a ambos lados.

-¿Quién pudo ponerlo ahí? -se preguntó. El otro alzó la mirada.

-Él mismo, supongo. -Román lo miró fijamente.

-Por cierto, ¿ha vuelto la esposa? -El empleado aspiró hondo.

-La señora está en camino, la aguardamos dentro de unas horas.

Román se había quitado unas gruesas gafas con montura de concha, y las limpiaba cuidadosamente, con un pañuelo a cuadros.

-Tiene una buena coartada -sonrió. -Pero no le valdrá de mucho.

El hombre no pareció entenderlo.

-¿Qué dice? -Él se puso serio.

-¿Quién colocó el vaso en el bar? -El otro contestó enseguida:

-Fue la doncella... ella misma lo ha dicho. La cocinera lo ha corroborado.

El comisario se puso en pie. Su rostro había enrojecido. Parecía a punto de perder la paciencia.

-Si es así, en el vaso tenían que haber estado sus huellas. -El otro lo miró, confuso.

-Así es.

-Sí, pero no estaban, y es porque usted me ha estado engañando -afirmó, y sus palabras eran aceradas. -Usted mismo le sirvió la bebida. Después limpió el vaso por fuera, y se encargó de imprimir varias veces las huellas del muerto.

Él se había levantado también, y en sus ojos claros apareció un destello de miedo.

-Yo, no... -Román lo observó con aire de triunfo.

-Pero borró las de la doncella -prosiguió. -Eso lo ha delatado.

Tambaleándose, el hombre se dirigió hacia la salida, donde un par de funcionarios aguardaban de pie. El comisario consultó su reloj: de nuevo, iba a llegar tarde al gimnasio.

-Mi trabajo es demasiado sedentario -suspiró. -Y tengo que vigilar mi peso...

LOS CRISANTEMOS

Había sido un verano caluroso. Las noches eran cortas, bochornosas, tachonadas de estrellas y bastante tranquilas.

Era mediodía. Estaban a últimos de agosto, y el inspector laboral aprovechó un desplazamiento para llevar a cabo una visita profesional, un control de rutina en un lugar de las afueras.

Se trataba de una casa de campo, donde vivía un hombre que había sufrido un grave accidente de automóvil, a partir del cual había quedado atado a una silla de ruedas. Por ello, en su trabajo le habían concedido una pensión por incapacidad total, equivalente al importe completo de su abultado sueldo.

Según constaba en la ficha, el hombre vivía solo, con una mujer que lo cuidaba. Era ella la que acudía cada mes para cobrar el sueldo, por medio de un poder que él le firmó ante notario, debido a su incapacidad para desplazarse.

-La persona indicada necesitará presentar su firma para hacer efectiva la nómina -lo informaron.

Por un momento, el inspector había considerado la posibilidad de anunciar su visita, pero, por razones obvias, lo último que deseaba era alertar al sujeto.

Llegó a la casa, y le abrió una mujer que lo observó con curiosidad Tenía un rostro débil, una mandíbula huida y los ojos de un azul acuoso. Él preguntó por el dueño, y ella pareció confusa.

-Pues... el señor no está -dijo, vacilando. El hombre habló con sequedad.

-¿Cómo, que no está? -observó, muy serio. -Tenía entendido que no podía desplazarse solo... -Ella estaba pálida y se retorcía las manos con gesto nervioso.

-Y así es.

-¿Cómo se explica eso?

El hombre se había quitado los lentes y los limpió por fuera y por dentro. Ella apartó la mirada y la hundió en lo alto de la iluminada escalera. Titubeó:

-Hace un par de semanas que han llegado unos parientes y se lo han llevado de vacaciones, no sé dónde... No han dejado señas, ni nada.

-¿Cuándo volverá? -Ella dudó un momento.

-No lo han dicho, pero no creo que tarden mucho -indicó. -Estará aquí a principios del próximo mes, creo yo. Es cuando se acaban las vacaciones... ¿no? -Carraspeó, y su garganta profirió un ruido áspero. -La víspera de irse, nos hicieron una foto. Aguarde unos minutos -añadió en un susurro.

Le dirigió una débil sonrisa y salió de la habitación, cerrando la puerta tras de sí.

Él estaba de pie en el centro de la alfombra y miró a su alrededor con ojos escrutadores. La habitación estaba en penumbra, y bastante fresca.

Ella bajó de nuevo los escalones, sin hacer ruido. Una vez a su lado le mostró una fotografía. En ella aparecían los dos juntos, muy sonrientes. La mujer parpadeó.

Nos la hicieron en el jardín -dijo, y respiró profundamente, quedándose luego muy quieta. -Pero siéntese, por favor.

En efecto, era el jardín que bordeaba la casa. Estaban sentados en uno al lado del otro, ella en una sillón de mimbre, mientras que él ocupaba su silla de ruedas.

-¿De cuándo es esta foto? -Ella habló en forma resuelta.

-En la trasera está escrita la fecha -señaló. -Nos la hicimos a primeros de mes.

El inspector se quedó pensativo. Miró la foto, y luego a la ventana de la habitación, a través de la cual se distinguía un cielo intensamente azul. Las tapias que circundaban el jardín estaban completamente recubiertas de macizos de hortensias, margaritas y campanillas trepadoras.

En cambio, en la fotografía, podían verse en el cielo algunas nubes. Todo el jardín estaba descuidado, y una enredadera de aspecto enfermizo trepaba por la fachada. El césped y el seto necesitaban podarse.

El hombre se puso de pie. No parecía muy convencido.

-¿Puede dejarme esa fotografía? –Ella frunció los labios en una sonrisa torcida.

-No crea que me hace mucha gracia, espero que no la extravíe -dijo con voz inexpresiva.

-No tenga cuidado. No deje de avisarnos cuando vuelva el señor, y entonces se la devolveré. Hasta la vista, señorita.

Traspuso una puerta de reluciente caoba, y salió al exterior; al cruzar la verja de entrada se detuvo un momento, se apoyó en la barandilla y evaluó la situación. Arrancó una hoja de un cuadernillo y garabateó unas palabras.

-Veremos qué cuentan los vecinos -se dijo.

Una hora después estaba de vuelta en la casa; tocó al timbre, y el repiqueteo de la campanilla sonó fuerte y sostenido. La mujer no pudo disimular su sorpresa. Le estrechó la mano con aturdimiento, y enseguida la retiró.

-¿Usted otra vez?

-Perdone la molestia, pero hay cosas que quisiera aclarar. ¿Podría repetirme su historia? Dice que no hace un mes que les sacaron esta foto -mostró. -Ella contestó con los ojos entornados.

-Naturalmente -dijo.

Hubo una pausa, tan prolongada que se oyó claramente el sonido de un reloj. Él comprendió que se trataba de ahora o nunca.

-Usted ha mentido -le dijo. -Su famosa historia estaba tan llena de agujeros como un colador.

Ella estuvo a punto de echarse a llorar. Se sentó en una silla, tras la mesa con superficie de cristal. Su cara estaba tan blanca como la panza de un pez. Miró a la izquierda, después a la derecha, y por último al frente. Él siguió hablando despacio:

-Usted ha estado cobrando la pensión del inválido pero, según acabo de informarme, hace mucho que los vecinos no lo ven. He estado haciendo preguntas en la vecindad -explicó. -También me han dicho que nunca tuvo parientes, de forma que ellos también estaban extrañados por su ausencia.

Se detuvo un momento, y continuó:

-Así que, sintiéndolo mucho, habrá que denunciarla como sospechosa de asesinato. Ella se puso rígida.

-¡Yo no he matado a nadie! -exclamó en tono chirriante.

Se mostraba acorralada, y temblaba como una criatura. El timbre del teléfono, que estaba la cocina, comenzó a sonar.

-Déjelo, no se mueva -ordenó el inspector.

Él aspiró hondo y tomó en la mano la fotografía. No deseaba una escena en estas circunstancias, y trató de suavizar la voz.

-Usted ha mentido, y está ocultando algo muy grave. Usted acaba de añadir la fecha que está en la trasera de la foto. -Ella abrió desmesuradamente los ojos.

¿Cómo sabe eso? Él la miró con impaciencia.

-Hay crisantemos en la foto, y éstos nacen en otoño -indicó.

-¿Qué?

-Es mejor que lo declare todo. De todas formas, vamos a rastrear los alrededores, hasta encontrarlo. Será mejor que colabore.

No tuvo que hacer el menor esfuerzo para convencerla. Ella parecía haber sufrido una conmoción cerebral.

-Voy a confesar -declaró. El hombre esbozó una sonrisa.

-Eso está mejor -dijo, y la mujer suspiró.

-En realidad, mi jefe murió en el mes de noviembre, seguramente de un derrame cerebral, o algo así, porque fue de repente. Lo mismo le ocurrió a mi madre, exactamente igual, y por eso sabía que estaba bien muerto, y no se le podía ayudar de ninguna manera.

-Y usted... -Ella lo interrumpió:

-Yo no sabía qué hacer. De pronto, se me ocurrió una cosa... -Él asintió con un gesto.

-Lo imagino. En lugar de dar parte de su muerte, de alguna forma se deshizo del cadáver. Cada mes, usted acudía a cobrar, falsificando la firma del muerto, que conocía de memoria. ¿Qué hizo para ocultar el cuerpo?

-Yo...

El inspector ladeó la cabeza y escuchó con atención, mientras ella le estuvo contando que había precipitado el cuerpo, junto con la silla, en una laguna cercana. Él asintió:

-Era de suponer. De hecho, ya hay varios hombres dragando por allí.

En los ojos de la mujer podía leerse una especie de arrepentimiento tardío.

-Pensé que no le hacía mal a nadie -lloriqueó. -He cuidado al señor desde que tuvo el accidente, y he pasado muchas noches en vela a su lado. Durante todo el tiempo, no he hecho más que cumplir con mi deber, y él me estaba muy agradecido. Por eso lo hice, ¿me comprende usted? Además, él no tenía ninguna familia...

El hombre la miró con expresión de crítica. Masculló:

-Claro, pensó que esa circunstancia la protegía. En realidad, no andaba muy descaminada: en este tipo de estafa, los casos descubiertos son los menos... Usted ha tenido mala suerte, podríamos decir.

LA PARED

Poco antes de las ocho, el viento despertó al jardinero. Se estuvo vistiendo despacio; era lunes, y tendría que dar una vuelta a los jardines de la urbanización.

-Para eso me pagan, aunque nunca me haré millonario aquí -se dijo, con una sonrisa torcida.

Meses antes, habían circulado habladurías no muy definidas en aquella barriada modesta, ocupada por familias de un bajo poder adquisitivo. Ocurrían pocos hechos destacables allí, y cualquier suceso llamaba la atención de los vecinos, y sobre todo de las amas de casa, que apenas se movían de la zona para otra cosa que para hacer sus compras habituales.

Una anciana había extendido un extraño rumor: según ella, un hombrecillo había decidido terminar con su mujer enferma, y la había hecho desaparecer de alguna forma misteriosa. Se trataba de un matrimonio de mediana edad, y la esposa había empezado a padecer los síntomas de una demencia senil, que iba de día en día en aumento. La anciana era una mujer con fama de habladora, y de inmiscuirse sin ningún empacho en la vida de los demás.

-Se nota que tiene poco que hacer -comentaban los que la conocían. -No hace más que husmear en lo que no le importa.

-Está muy sola, en algo se tiene en entretener -la disculpaban otros.

-Yo creo que es demasiado criticona. No me fío de ella ni un pelo.

Pero todo el mundo hablaba de lo mismo porque, en realidad, la enferma parecía haber desaparecido. La ausente era una señora pequeña, con aspecto de pajarito, con los hombros encorvados, y antes siempre la veían en la ventana de su casa, envuelta en un chal. Apenas hablaba con sus vecinos, y solamente la anciana chismosa conseguía romper la muralla que la separaba del mundo exterior.

-Es una buena mujer y se siente muy triste -solía decir. -Su marido no la trata bien. Sabe Dios lo que será de ella -suspiraba, poniendo los ojos en blanco.

Un día, de improviso, el hombre llamó a su puerta. Lo vio por la mirilla, y pensó no hacer caso, porque además estaba en bata y en zapatillas. Pero él insistía, así que no tuvo más remedio que abrirle. Con expresión preocupada, quitó la cadena de la puerta y la abrió del todo. Enseguida notó un profundo resentimiento en la mirada del recién llegado, que ni siquiera saludó.

-La denunciaré por difamación- le dijo él ceñudo. -Mi pobre esposa estaba empeorando por días, y yo no podía hacerme cargo de su cuidado. Por eso, hace un par de semanas, decidí trasladarla a un centro donde la cuidarán muy bien, y tratarán su enfermedad.

Ella lo miró de reojo, sin creerse lo que decía. No lo invitó a pasar y, en cambio, lo estudió con mirada aguda, como queriendo adivinar sus pensamientos. Era un individuo delegado, no mucho más alto que ella. El escaso cabello que le quedaba había sido repeinado y extendido, pero apenas ocultaba su incipiente calva.

-Puede hacer lo que quiera -dijo, y su voz sonó dolida y ligeramente temblorosa. Notaba un nudo frío en la base del cuello, que la inclinaba a tener cuidado. Ya había experimentado antes esa sensación, y no le gustaba. Él dio la media vuelta, y ella se apresuró a correr el cerrojo.

Luego, estuvo considerando los hechos y procuró hacerlo con calma, sin alterarse.

Aquella mujer se había ausentado, cosa que nunca hacía. Y, en el caso de que la hubieran internado en algún centro, sin duda una ambulancia la hubiera recogido, ya que él no hubiera podido introducir la silla de ruedas en su pequeño utilitario.

-Yo hubiera tenido que verla salir, ya que no me he movido de casa.

Y es que la vecina y ella eran verdaderas amigas, aunque no hablaran mucho. La enferma le había mostrado su álbum de fotos, donde aparecía muchos años atrás, cuando era todavía una muchacha menuda, de ojos vivos y claros.

-También me enseñó a la foto de su boda -le explicó a la costurera, mientras ella le tomaba medidas para hacerle una bata nueva. -Ya entonces él tenía una expresión que no me gustaba nada. -La costurera movió la cabeza y su voz sonó irónica.

-Mujer, tienes que estar equivocada. -La anciana señora la miró ferozmente y apretó sus labios en una fina línea.

-Sé que no lo estoy -afirmó con tozudez.

Mientras, el hombre habría contratado a un abogado para llevar a cabo la acusación.

-Un picapleitos -dijo la vieja, despechada.

No obstante, los tribunales le dieron la razón a él, y enseguida lo supo toda la vecindad. El hombre andaba pavoneándose, y relatando todos los detalles del proceso. Parecía crecerse con la nueva situación.

-La vieja ha sido condenada a una multa, por difamación -explicaba, accionando. -A ver si aprende que no se puede ir por la vida inventándose cosas raras.

Cuando los más allegados la interrogaron acerca del caso, ella habló con una nota de desdén.

-Tarde o temprano, se sabrá la verdad -sentenció.

Luego, todo se estaba olvidando. En general, los convecinos preferían la vida tranquila del barrio al movimiento agitado de los tribunales y juicios; y más, cuando la economía de la zona parecía prosperar a ojos vistas. No hacía falta ser un adivino para darse cuenta de que las propiedades se estaba revalorizando mucho, y algunos hacían planes para vender sus casas, o alquilarlas a precios ventajosos.

Los rumores cesaron por fin, y nadie volvió a comentar lo ocurrido. El verano se aproximaba, y con él creció la afluencia de turistas, que buscaban cualquier alojamiento que les permitiera pasar el verano cerca de la playa.

-Esto va para arriba -decían los vecinos. -A este paso, todos vamos a hacernos ricos.

Aquel lunes, el hombre tardaba en salir de su casa. El jardinero de la urbanización acababa de hacer la ronda; había vaciado las papeleras y barrido los caminillos, como era su obligación; cuando ya se marchaba vio la ventana abierta, y desde allí al hombre en su cama. Como era muy tarde, y día de diario, lo llamó.

-¿Es que no va a ir a trabajar? ¿Acaso se encuentra enfermo?

No recibió contestación por lo que, alarmado, saltó por la ventana baja a la habitación. Se acercó al hombre, y vio que en su cara se reflejaba la palidez de la muerte. Sobre una silla estaba revuelta la ropa que se había quitado por la noche, y sobre la mesilla una bandeja contenía aún los platos sucios de la cena. Miró alrededor, y vio un cúmulo de cachivaches esparcidos sobre los muebles, y hasta por el suelo. Decidió que había que llamar al médico, y así lo hizo.

-Venga enseguida -tartamudeó. Después de identificarse dio las señas del lugar, colgó el aparato y se dejó caer en una silla, de la que no se movió hasta que llamaron

a la puerta.

-Pase adentro-indicó. -El hombre está en su cama, y me parece que está... muerto.

El médico verificó la muerte y llamó a su vez a la policía judicial. Los estuvieron interrogando a ambos, y ellos contaron lo que sabían. Tras la investigación de rigor, trataron de localizar a la esposa, pero no hallaron documentos relacionados con su ingreso en ninguna entidad.

-Bien, la encontraremos -indicó el comisario.

-Pobre mujer -decían los vecinos. -De todas formas, en ella no debe estar para asistir a funerales.

Finalmente se celebró el entierro, al que no asistió ningún familiar. La casa era alquilada y, al fallecer el inquilino, su compromiso quedó roto con los arrendatarios. Una hija de los dueños tuvo que atravesar la ciudad en su coche para llegar hasta la zona. Aparcó el automóvil rojo junto al bordillo, delante de la casa y entró, seguida de un acompañante.

-Esto está desastroso -comentó. -Habrá que arreglarlo todo si queremos venderla. -Él asintió, pensativo.

-Cómo habrá gente tan descuidada y sucia -dijo, con un gesto de asco.

-Y que lo digas.

A la semana siguiente, llegó un equipo de albañiles para emprender los trabajos de reforma. El que parecía jefe, estuvo dando un vistazo.

-Qué cosa tan rara. Parece que alguien haya realizado obras por su cuenta, alguien que no tiene ni idea de la construcción.

-Fíjate en esto -dijo el compañero. -Está hecho con placas de yeso.

Dio unos golpes con la maza, y el tabique del vestidor cedió. Por el oscuro hueco salió una vaharada de aire putrefacto. Los hombres retrocedieron un momento, pero luego siguieron picando, hasta derribar por completo el tabique. Lo primero que vieron fue una silla de ruedas vacía, y al lado una gran caja de embalar.

-Mira esto-señaló el primero.

Abrió el envase, y ante ellos aparecieron los restos de una persona, al parecer menuda, que no habían terminado de descomponerse. Podía apreciarse en su frente una mata de pelo grisáceo. El compañero se asomó, y observó el espectáculo. Su rostro se había vuelto de un blanco ceniciento.

-Dios, Dios -musitó.

-Hay que avisar a la policía, enseguida -le dijo el compañero, y él se encogió de hombros.

-Hazlo tú, yo no tengo fuerzas para tenerme en pie.

EL ABRIGO

Como todos los sábado por la noche, el restaurante estaba muy concurrido. Además de ser el último del año, aquel sábado había sido indudablemente el más frío de todo el invierno.

Se trataba de un elegante y exclusivo local, donde constantemente entraban y salían parejas muy bien trajeadas. Fuera, las ramas de los árboles estaban peladas. Nada más entrar, en el vestíbulo y al lado de los vestuarios, se había colocado un pedestal de mármol blanco, con la estatua también de mármol blanco de una mujer.

En el salón de entrada, la gran chimenea estaba encendida, llena de leños que crepitaban. Al fondo, unas amplias escaleras comunicaban la planta baja con los comedores del primer piso. Alrededor de la escalera había esa noche serpentinas desplegadas y globos , de diversos tamaños y vivos colores, y en el suelo una lluvia de confetis. Los suelos de mármol estaban tan pulidos que reflejaban la luz, como si acabaran de pasar sobre ellos una enceradora eléctrica, y ocupaba el centro una bonita alfombra azul.

En el vestíbulo se había formado un pequeño alboroto. Una dama de cabello rubio estaba de pie, mirando a ambos lados. Era una mujer madura, pero muy bella, y había una gran dignidad en sus hermosas facciones. Estaba discretamente maquillada, y sus abundantes cabellos castaños se recogían en un artístico moño sobre la nuca.

La muchacha del guardarropa estaba muy colorada. Tenía los ojos achinados, una finas cejas oscuras y todos sus rasgos eran orientales. Llevaba el negro cabello muy largo, cayéndole sobre la espalda hasta casi la cintura. Vestía una blusa de raso negro y una falda de terciopelo a juego. Miraba a la señora como si no lograra entender.

-No sé qué ha podido pasar -titubeó.

El corro iba aumentando, y lo mismo las voces y los comentarios. Algunos, se limitaban a escuchar y sonreír.

El encargado del local se abrió paso entre todos. Era un hombre alto, bien vestido, de frente despejada y expresión muy viva. Se precipitó hacia los vestuarios.

-¿Qué ocurre aquí? -La señora se había vuelto con gesto de desolación.

-Era un abrigo de visón -le dijo. -Se lo entregué a la chica, aquí tengo la chapa.

El hombre la observó muy serio. Tomó la chapa en la mano.

-Explíquese, señora. -Ella hizo una larga inspiración.

-El abrigo no está -se quejó, casi lloriqueando. -Era un abrigo nuevo, me lo acababa de regalar mi esposo. ¿Qué voy a decirle?

Él miró a la muchacha, que estaba a punto de sufrir un ataque.

-¿Cómo se explica eso?

-Es cierto, recuerdo el abrigo -contestó ella, disimulando su consternación. -Han tenido llevárselo mientras yo atendía al teléfono.

El encargado la miró, incrédulo.

-Pero, ¿cómo es posible?

-No me retiré más que un momento -añadió la chica, que se había puesto pálida.

Ya hablaremos de eso -dijo él, dedicándole una dura mirada. Luego se dirigió a la cliente.

-Señora, por favor, venga a mi despacho.

–No me muevo de aquí -saltó violentamente ella. -Quiero mi abrigo de visón.

El director lanzó a su alrededor una mirada angustiada. Los clientes se habían arremolinado, y había rostros conocidos. Otros era la primera vez que venían, y tal vez sería la última. Aquella mujer era capaz de organizar un escándalo. Incluso, alguien de entre los presentes podría enviar una queja a los periódicos.

-Por favor -insistió él, con un leve carraspeo.

-Está bien -cedió la mujer, con expresión de enojo.

Él se le adelantó, y el público comenzó a desfilar. Realmente, no merecía la pena tener un alboroto en una noche como aquella. Tomando a la derecha, entraron en un confortable saloncito enmoquetado, con grandes asientos tapizados en tela clara. Había allí una bonita colección de muebles chinos, con hermosas taraceas y lacados, formando motivos florales con pájaros de colores; entre las diversas maderas brillaban pequeños trozos de nácar y de metal. Ella se dejó caer en el asiento más cercano.

-¿Qué intenta proponerme? -le dijo.

Él dudó un momento: la expresión que veía en sus ojos lo hizo sentirse incómodo. De nuevo carraspeó, y habló con voz entrecortada:

-Podremos llegar a un... acuerdo -comenzó a decir, pero ella lo interrumpió.

-No hay acuerdo que valga. Yo quiero mi abrigo.

Se echó hacia atrás en el asiento, lo miró inquisidoramente y remachó:

-Quiero *ese* abrigo, y no otro.

-Al parecer, eso no es posible -le contestó él. -Es imposible, puesto que alguien lo ha robado. -Luego, hablando en tono grave, añadió:

-Aguarde un momento. Ese abrigo, ¿cuánto le costó a su marido?

Ella contestó, un poco sorprendida:

-Y yo, ¿cómo voy a saberlo? No suele contarme lo que le cuestan sus regalos -dijo, con expresión de tristeza.

Él se dirigió a la mesa, abrió un cajón y sacó un talonario de cheques. Desprendió uno, y estuvo garabateando algo. Volvió junto a la señora, y se lo tendió. Su mano temblaba.

-Es un talón bancario -indicó fríamente. -¿Le parece bien? -Ella le dirigió una mirada rápida.

-Creo que será bastante -suspiró. -No sé si encontraré otro igual, era un modelo exclusivo -Él habló con dignidad:

-Lo siento. Yo no puedo hacer más. Y presente mis disculpas a su marido.

Ella alzó desdeñosamente las cejas.

-Lo haré.

Luego, al despedirse, se estrecharon la mano con gravedad. No habían pasado cinco minutos cuando abandonaron el despacho, y algunos camareros aún comentaban lo ocurrido. La chica del guardarropa estaba en su puesto, y atendía a varios clientes con expresión ausente y una sonrisa forzada.

-Déme mi abrigo, por favor -le dijo un caballero, sacando una ficha del bolsillo.

-Está bien, señor. Ahora mismo se lo doy.

-El siguiente se había acercado y murmuró algo a su oído. Ella denegó vivamente.

-Lo siento, señor, pero no puedo moverme de aquí. Hable con el encargado.

La mujer ya había salido a la acera, y parecía buscar con la mirada su automóvil. Hacía mucho frío, y ella iba a cuerpo. Se estremeció.

-Dónde se habrá metido -pronunció en voz baja.

Echó a andar sobre sus altos tacones, sujetando con fuerza un pequeño bolso de

fiesta donde llevaba el cheque. Por fin vio un coche de modelo antiguo parado en la esquina, y allí se dirigió. .

Un hombre joven estaba sentado al volante. Era guapo, con unos ojos profundos y verdes. Abrió la portezuela y ella se acomodó en el asiento delantero. Se besaron.

-Me estoy pelando de frío -le quejó la mujer.

-Toma, pónte el abrigo -dijo él.

Él le tendió la prenda, que iba en el asiento de atrás, y ella la acarició amorosamente. Miró al compañero, radiante.

-Creí que no lo conseguiría -rió. -Pero no resultó un tipo duro de pelar.

Él no pudo disimular una sonrisa.

-Pues la muchacha no era tonta -afirmó. -Gracias a que llamaron al teléfono.

-Vamos a casa -le dijo ella, bostezando.

Él asintió con gesto cínico. Luego, obligándola a alzar el rostro, la besó de nuevo.

-Eres genial -suspiró la mujer.

Cuando el auto arrancó, mil luces de neón se reflejaron en la carrocería. La ciudad exhibía sus innumerables restaurantes, y un público festivo caminaba por las amplias aceras.

Muy lejos de allí, miles de personas no tan agraciadas se adentraban por estrechas callejas, alumbradas por melancólicas bombillas.

LA VERJA

El nuevo inspector de policía era un hombre rubio, de veintitantos años, algo desgarbado y pecoso. Su frente y su nariz se pelaban, a causa de una recientes quemaduras del sol. Aquel día se había prestado voluntariamente a sustituir a un compañero, cuya mujer estaba de parto. Un aviso urgente había llegado hacia las diez de la mañana, a través del centro de comunicación.

Estuvo anotando los datos de una manera rutinaria, dobló la nota, y se la guardó en el bolsillo de la chaqueta.

-Muy bien, veremos qué ha pasado -se dijo.

Se hizo acompañar de un subinspector y dos policías, y enfiló el camino que conducía hasta la casa. Al llegar frente a ella, dirigió el coche al lugar de aparcamiento.

La fachada de la vivienda estaba muy deteriorada, y apenas se habían hecho modificaciones en ella. No obstante, había construido delante una piscina pequeña y cuadrangular. Cerca vio un par de hamacas, y al otro lado pudo distinguir una reja recientemente pintada de un verde brillante.

Junto a ella había una escalera doble de metal, y al pie, con la cabeza sobre el borde de un escalón de cemento, yacía el cuerpo de un hombre.

Cuando se acercó vio que era de edad avanzada, y pudo constatar a primera vista que tenía las uñas sucias y llevaba puesto un delantal grasiento, manchado de pintura verde. Estaba medio calvo, tenía ojos pequeños, y le sobraban muchos kilos. Permanecía tendido en el suelo, en el mismo lugar donde había caído, al parecer.

-Parece que ha resbalado -le dijo el compañero, y él asintió.

-Cabe la posibilidad. Es natural, con ese peso...

Una mujer robusta se acercó, pisando el mullido césped. El policía alzó la cabeza.

-Buenos días, señora -dijo, tendiéndole la mano.

Ella no devolvió el saludo. Permaneció inmóvil, mirando sin ver, como si no hubiera comprendido todavía lo ocurrido. <luego dijo:

-Esto es horroroso...

Estaba demasiado sobrecogida. Se quedó mirando el cadáver, como si fuera la primera vez que lo veía.

Los policías habían comenzado su actividad: estuvieron buscando indicios y haciendo fotografías, del hombre y la escalera, y de un bote de pintura verde colocado junto a la pequeña plataforma superior, del que sobresalía el mango de una brocha, también manchado de verde.

-Esperaremos a que llegue el juez, y ordene el levantamiento del cadáver -indicó el jefe. -Más tarde, habrá que recorrer el lugar interrogando a los vecinos.

Se volvió en redondo y observó a la mujer que llevaba puesta una blusa blanca y unos pantalones de color rojo oscuro.

-¿Le importa si echo un vistazo por la casa?, -preguntó, y ella pareció despertar.

-No, por supuesto. Pase, pase.

Ella entró delante. Iba descalza, y sus tobillos parecían sucios. Tenía una cintura ancha, y piernas cortas y redondas. Le dirigió una fugaz sonrisa.

-Tome asiento -indicó, y volvió a sumirse en el silencio.

El inspector se acomodó en una silla. La mujer le ofreció un refresco, que él no rechazó.

-Gracias, se agradece -dijo, saboreándolo.

Se había sentado frente a él, y el policía observó que se esforzaba en disimular su inquietud.

-¿Es usted quien nos ha avisado? Ella asintió.

-Sí, en cuanto lo he visto caído en el jardín. -Él carraspeó.

-¿Es... era usted su esposa? -La mujer estrujó un pañuelito entre las manos.

-Sí, claro.

-¿Llevaban mucho tiempo casados?

-Pues... mire, no. Nos casamos el año pasado.

El inspector echó un vistazo al pasillo para asegurarse de que estaban solos; no quería que nadie los interrumpiera.

-Bien, veamos. Va a contarme todo desde el principio.

Veinte minutos más tarde, él dio por concluido el interrogatorio. Había estado pendiente de todas y cada una de sus contestaciones y, al terminar, pudo hacerse una idea general de lo ocurrido en el jardín.

Pero había descubierto algo que lo tenía muy preocupado. Hizo girar el vaso sobre la deteriorada superficie de la mesa, y dejó transcurrir un espacio de tiempo.

-Usted ha mentido -pronunció despacio. Ella se quedó un momento inmóvil, parpadeando.

-¿Cómo dice?

-Que no creo nada de lo que me ha dicho.

Observó a la mujer, e intentó leer la expresión de su rostro. Hasta ahora, su aspecto de víctima le había permitido obtener ciertas ventajas. Había enlazado los dedos de ambas manos, y sus ojos de un azul desteñido adquirieron un brillo muy desagradable.

-Perdón, ¿qué está insinuando?

-¿Dice que su marido estaba pintando la verja cuando resbaló, y cayó de espaldas contra el borde del escalón?

Ella sacudió la cabeza y le lanzó una mirada furiosa.

-¡Pues claro que sí!

El policía aspiró hondo, y trató de dominar su disgusto. Luego, tomó una decisión: había llegado el momento de exponer el tema con toda crudeza.

-Señora, su marido no cayó de la escalera, fue usted misma quien lo golpeó. Al recibir el golpe, él perdió el equilibrio y cayó al suelo. Luego, usted misma lo arrastró hasta el lugar en que lo hallamos. Por desgracia para usted, han quedado huellas de aplastamiento en el césped.

La observó un momento, y vio que ella se mordía los labios.

-¡Huellas en el césped! ¿Se da cuenta de que se manejan herramientas en el jardín? La propia escalera ha podido dejarlas... –El movió la cabeza a ambos lados.

-Entonces, el bote hubiera caído también, la pintura se habría esparcido, y el pincel hubiera salido disparado hacia cualquier lugar, ¿no le parece?

Tamborileó sobre la mesa, mientras aguardaba la respuesta de la mujer.

-Ya he dicho todo lo que sabía -chilló. -¿No es suficiente?

Todo su aspecto pareció experimentar una súbita transformación. No era extraño que aquella mujer hubiera asesinado a alguien más en épocas pasadas. El inspector siguió hablando despacio:

-Las manos del muerto no estaban muy limpias, que digamos... Pero, en cambio,

no había en ellas el menor rastro de pintura verde. No pudo tener en ellas la brocha con pintura antes de morir.

Ella tragó saliva y no dijo nada. Quedaba, sin embargo, una pregunta cuya respuesta sólo ella conocía.

-¿Por qué se casó con él? ¿Por qué lo mató?

La dama se puso dificultosamente en pie, como si le costara mucho esfuerzo. Después pareció mostrarse deseosa de hablar. Reflexionó unos instantes, y explicó:

-Cuando lo conocí, él era soltero de toda la vida, y el único pesar que lo angustiaba era pasar solo la vejez.

-¿Por eso se casó? Y, ¿por qué lo mató?

-Ella prosiguió, como lo hubiera hecho una sonámbula:

-Lo había preparado todo con tanto cuidado... para mí era muy importante -dijo con un suspiro. -Lo primero que iba a hacer era buscarme una nueva vivienda. Tal vez, me comprara un elegante piso de soltera...

Se detuvo un momento, y siguió hablando despacio.

Me hubiera gustado viajar un poco, y ver cómo viven otras personas - declaró. -Ya había empezado a hacer las maletas...

CULPABLE

El comisario Román miró el reloj antes de entrar en el bar, donde a última hora de la tarde se reunía a veces con algunos amigos, después de salir del trabajo. Iba a cumplir cincuenta años y no era alto, pero sí vigoroso; tenía la piel de un color tostado, una calva morena y un poblado bigote, y sus ojillos eran invisibles detrás del grueso cristal de sus gafas.

Hoy cerrarían pronto el bar, y él echaba de menos a su hija, que pasaría la Nochevieja fuera. Entró en el local y vio que sus amigos, el farmacéutico y un juez ya jubilado, se le habían adelantado y ocupaban una mesa al fondo.

El farmacéutico alzó la mano en signo de bienvenida. Era un tipo pequeño y menudo, algo más joven que Román, con el pelo gris y unos rasgos poco acusados.

-Pensé que no venía -sonrió.

Se echó atrás en la silla y lo dejó pasar. Él se acomodó en el asiento.

-Vaya un día que he tenido -se quejó. -El otro asintió con la cabeza.

-Me lo imagino. Por estas fechas, las cosas suelen complicarse.

El barman ya conocía sus gustos, y sin preguntarles les sirvió a cada uno. En el pequeño local flotaban volutas de humo. El juez carraspeó.

-He leído en la prensa ese asunto tan desagradable del bebé. ¿Qué ha sucedido en realidad? Los periódicos lo han comentado mucho.

Era un hombre bastante delgado, con una nariz aguileña y algo prominente. Llevaba traje y corbata de color oscuro y una camisa blanca. Sus ojos azules parecían escrutar, dentro de dos profundas cuencas. El comisario carraspeó.

-Demasiado -concedió, y siguió hablando despacio. -Cuando los periodistas meten las narices en algo, todo se complica. -El farmacéutico arqueó las cejas.

-¿A qué se refiere?

Román miró por la ventana baja. En la calle había ambiente festivo, pero la gente comenzaba a retirarse para la fiesta.

-Nos referimos al caso del bebé aparecido en un contenedor.

Vio que su amigo lo observaba, y él aspiró hondo.

-Lo contaré desde el principio. Estaba yo el otro día en mi despacho cuando uno de mis hombres entró, muy alarmado. Me dijo que se trataba de una mujer. Se había presentado en la comisaría, y había confesado haber abandonado en un contenedor a su hijo recién nacido. Según ella, el niño estaba muerto ya cuando lo dejó.

-Vaya papeleta -comentó el farmacéutico. El comisario asintió.

-Ella aguardaba fuera, y yo salí a su encuentro. Le habían indicado que se sentara, y pude observarla bien. Era una mujer joven, con aspecto enfermizo, aunque no mal parecida. Llevaba el cabello negro y liso recogido atrás en una coleta, y tenía los rasgos típicos de una mujer andina. Sus ojos eran oscuros y tristes, y había en ellos un punto de temor.

-¿Cuál fue su explicación? -preguntó el juez con interés. El comisario se pasó una mano por la cara.

-Había llegado al país tres meses antes, con unos parientes, y no había encontrado trabajo. Los parientes la habían puesto en la calle, y ella sobrevivía a base de limosnas, y con las sobras que le daban en algunos restaurantes. Mientras explicaba todo esto permanecía cabizbaja, y pude fijarme en su figura desmedrada, envuelta en

unas pobres ropas. Tengo que confesar que sentí compasión.

Se detuvo un momento, y prosiguió:

-Yo estaba confuso, ya que teníamos una antecedente. No hace mucho, una menor se acusó de haber dado a luz un niño, haberlo matado y enterrado debajo de un árbol. Cuando acudimos, comprobamos que todo era verdad.

-¿Dónde ha abandonado al bebé? -le pregunté. Ella bajó la mirada y su rostro se crispó.

-Ya se lo he explicado a estos hombres. No sé qué calle es, yo no soy de aquí -dijo parpadeando, como si le molestara la luz. Nunca había visto yo a nadie tan retraído y tímido.

-Bien, veremos -le dije. -Usted va a esperar aquí. -Ella me miró fijamente, con expresión de angustia.

-Está bien envuelto y arropado -gimoteó. -Lleva una toquilla de color azul, y un trajecito tejido en lana blanca. Tiene una mancha roja en la frente y los ojitos cerrados. Pero yo no lo maté.

-¿Dónde ha dado a luz? -le pregunté. Ella hizo un gesto vago.

-En un hospital. No recuerdo cómo se llama, he dicho que no conozco la ciudad.

Había algo raro en todo aquello. La mujer no tenía domicilio fijo, y hasta carecía de papeles. En comisaría estamos acostumbrados a recibir a maníacos o débiles mentales; más de una vez una muchacha ha acudido diciendo que la habían violado, sin ser cierto. No hay que rechazar una autoacusación, pero sí tomar precauciones.

El farmacéutico se acordó en la mesa.

-Y, ¿qué ocurrió luego? -El comisario resopló.

-En esta ocasión buscamos al niño, y lo encontramos donde ella decía. El policía que me acompañaba lo vio sin mucha dificultad.

-Aquí está -lo mostró, alterado.

Era un recién nacido, muy pequeño y moreno, y también tenía el pelo muy negro. Todo coincidía con la descripción: el lugar, y que el pequeño estaba envuelto en una toquilla de color azul pálido.

El comisario aspiró hondo.

-No cabía duda, se trataba del pequeño. La mujer parecía culpable, y dí orden de que la detuvieran de inmediato.

-Así que era verdad -suspiró el farmacéutico. El comisario movió la cabeza.

-Sólo que a veces, las circunstancias engañan y las cosas no son como parecen. Lo primero que me extrañó fue dónde pudo conseguir aquella mujer la ropa que llevaba el bebé: no sólo era nueva, sino que tenía verdadera calidad. No era propia de un hospital. El niño estaba limpio y parecía bien cuidado, y ella no tenía medios de subsistencia.

-Pero, ella conocía todos los detalles... -El comisario asintió.

-En principio, temí que existiera parricidio. La madre pudo padecer un shock traumático corriente en el posparto, y deshacerse del hijo. Pero cuando recibí el informe forense, respiré con alivio: en la autopsia del bebé pudo comprobarse que había muerto por ingestión del propio meconio, y no presentaba ningún signo de violencia.

-Ha sido muerte natural, sin duda ninguna -me aseguró el facultativo.

La expresión del juez se había hecho aguda.

-No obstante, el abandono de la criatura constituye un delito. -Él sonrió.

-Hay algo que no he dicho. La sorpresa vino después. En la prisión, una doctora

reconoció a la mujer y, ¿ pueden creerlo? La chica era virgen.

-¿Qué dice?

-Lo que oyen. Totalmente virgen. En su país, y en un ambiente rural, a esa edad parece ser algo corriente, a no ser que la muchacha se haya casado muy joven.

-Hay algo que no entiendo. ¿Cómo sabía tanto detalles del pequeño?

Román dio un largo trago a su cerveza.

-La mujer lo había encontrado, cuando buscaba en el contenedor algún objeto que le fuera útil. -El juez movió la cabeza, pensativo.

-Es curioso -gruñó. El comisario se limpió los labios con una servilleta de papel.

-Ella confesó luego que se sentía enferma y desesperada. No tenía dinero para volver a su país, y tampoco quería hacerlo. Prefería permanecer aquí, aunque fuera en la cárcel: quizá, pasado un tiempo, alguien se compadecería de ella.

El juez asintió. Le dio una chupada apreciativa al cigarrillo.

-He conocido a personas que, quizá sin saberlo, tratan de engañar a la justicia. De esta manera se cometen la mayor parte de los errores judiciales. Por eso, en mi profesión hay que estar siempre sobre aviso.

El farmacéutico estaba pensativo. Se quitó una pelusa imaginaria de la manga del jersey.

-¿Cómo pudo pensar que pasaría un reconocimiento médico? El policía se encogió de hombros.

-Se trata de un ser primitivo, que ignora los trámites que seguimos en este país, como en cualquier otro desarrollado. -Él insistió:

-Aparte de el análisis de ADN, que hubiera excluido su maternidad.

El comisario dobló cuidadosamente la servilleta de papel.

-¿Usted cree que muchos en el mundo conocen esa circunstancia? Aún en nuestro ambiente, hay quien no la conoce. Y estamos hablando de países poco desarrollados.

-¿Qué ocurrirá ahora?

-El caso está pendiente de juicio. Quizá el tribunal mande internar a la mujer en alguna institución benéfica. Está demasiado débil para volver a su país. Como poco, la considerara un débil mental.

-O sea que, al final, puede salirse con la suya. Yo, personalmente, no lo sentiría- afirmó el farmacéutico.

El juez disimuló una sonrisa.

-No sólo un ignorante, sino también un experto, cuya honradez no es discutible, puede cometer errores que falsean el curso de la justicia.

Aplastó el cigarrillo en un cenicero metálico y agregó:

-Sé por experiencia que algunos testigos honrados deforman la verdad con la mejor voluntad del mundo.

El policía asintió; su experiencia le decía que así era.

-No se rechaza la declaración, pero se le piden detalles concretos que no vengan en la prensa. La persona más inocente puede acusarse de un crimen que no ha cometido. Se trata de maníacos o débiles mentales que quieren llamar la atención. Algunos dicen haber matado de varias cuchilladas, cuando en realidad no existe más que una.

Con sus huesos zapatos, el comisario rascó un momento el suelo bajo la mesa. Habló muy despacio.

-También hay miedosos, que se asustan de la policía y reconocen las acusaciones. -El juez suspiró.

-Y no digamos nada, en algunos lugares del mundo, donde suelen ser víctimas de las brutalidades policiacas...

-Es cierto, por desgracia -admitió Román.

Arrugó la servilleta de papel y la metió en el vaso vacío. Las luces se apagaron momento, indicando que era hora de cerrar. No debían demorarse más, y el farmacéutico pidió la cuenta.

-Hoy invito yo -dijo, levantándose. -Al fin y al cabo no voy a tener muchos gastos. Pasaré la noche solo, y después de comer las uvas me meteré en la cama -afirmó, con cierta tristeza.

BELLEZA INFANTIL

-Una preciosidad -dijo la mujer joven, pellizcándole la mejilla a un niño pelirrojo, regordete y sonrosado.

Era la tercera visita que hacía aquella mañana, y aún le quedaban otras dos. Todas eran a hogares donde había algún bebé.

Éste era hijo único y, según todos los indicios, sus padres estaban muy bien situados. La madre era una mujer menuda y vivaracha, y ambas se estrecharon las manos, despidiéndose.

-Tendrá noticias mías -le dijo la muchacha, entregándole una tarjeta. -Espero que tenga suerte en el concurso, su hijito lo merece.

Su voz era dulce y convincente. En aquel instante sonó el teléfono, y la mamá se disculpó.

-Bien, hasta la vista -dijo, sonriendo. -Téngame al corriente.

Para entonces, el niño ya estaba echado en el suelo, viendo dibujos en la televisión.

Ella cerró la puerta, y la joven bajó ágilmente los escalones que la separaban del portal. Siguió hasta la acera y miró a ambos lados, buscando el auto de su compañero. Alcanzó el vehículo, ocupó el asiento junto al conductor, se retrepó contra el respaldo y encendió un cigarrillo.

-Otro asunto resuelto -dijo con un mohín.

Estuvieron consultando el anuario de un colegio elegante. Al lado del nombre y la foto de cada pequeño, venía la dirección de los padres. Ella señaló con el dedo:

-Esta niña queda en la zona -indicó

-Podemos ir ahora -asintió el compañero, un chico corpulento, con la tez morena. Ella se encogió de hombros.

-Cuando tú quieras -contestó. -Cuanto antes, mejor.

No tardaron en hallar el lugar, en otra urbanización de lujo. La chica se bajó del coche, y pasó algunos minutos curioseando los alrededores. La casa era moderna, y estaba construida enmedio de un jardín. Llamó a la puerta y le abrió una mujer bastante alta, sin duda cercana a la treintena.

Observó a la chica de pies a cabeza, y vio que llevaba colgada del hombro una gran cámara de fotos.

-¿Qué desea? -Ella le dio una tarjeta, y un pequeño folleto.

La mujer lo leyó: se trataba de un concurso de belleza infantil. Miró a la joven, estupefacta.

-¿Qué es esto?

Ella se lo estuvo explicando. El concurso era a nivel nacional, y estaba patrocinado por unos grandes almacenes. Tan sólo tendrían los padres de pagar una pequeña cantidad por las fotografías.

Bueno, pase -le indicó la dueña de la casa. -Pase, y siéntese.

El interior de la vivienda era de un lujo sin estridencias, con anchas puertas correderas que daban paso a un patio interior, y a una piscina.

-¿Tiene algún niño pequeño? -preguntó la recién llegada. Sus facciones eran atractivas y estaban llenas de cordialidad y simpatía. -Seguro que sí, quizás tenga una niña... -aventuró.

La mujer se volvió, con el asombro reflejado en su rostro.

-Sí, tengo una. -Ella sonrió, complacida.

-Tiene que ser muy guapa. Si se parece a la madre... -La dama se esponjó.

-Pues... sí. Aunque tiene cosas del padre. Los ojos... los tiene verdes, como él. -La chica pareció entusiasmada.

-¡Tiene los ojos verdes! Será la más bonita del colegio, ¿verdad? -Ella meditó durante unos instantes.

-Pues... sí. Todas las profesoras lo dicen.

-¡Es estupendo! ¿puedo verla?

-Pues... ahora... -La muchacha la interrumpió, persuasiva:

-Si gana el concurso, su foto estará expuesta en los principales almacenes de objetos infantiles. Saldrá en televisión. Todo eso, además del premio en metálico.

La mamá abrió la boca para decir algo; luego pareció arrepentirse. Miró el folleto que tenía en la mano.

-Aquí dice que hay que pagar... -La joven asintió con la cabeza.

-Es por la inscripción, y el material de fotografía -explicó. -Si sale premiada, habrá que hacer grandes posters, y luego están las sesiones de televisión. -Ella levantó la mirada.

-¿En televisión tiene que salir sola? -La chica hizo un mohín.

-Eso depende de los padres. Usted podría acompañarla. -La señora movió la cabeza.

-Tendría que comprarle ropa nueva. -La otra denegó.

-Estoy segura de que tiene de sobra. Además, ella estará bien de cualquier forma -dijo. -Eso sí, la maquillarían.

La mujer estalló en una divertida carcajada.

-¿Maquillar a la niña? ¡Por Dios! -Ella se explicó, algo confusa:

-Allí maquillan a todos, pequeños y mayores -carraspeó. -Es por causa de las luces, ¿comprende?

-Bien, espere un momento, ahora se la traigo.

Dirigió una sonrisa a la recién llegada, y salió, cerrando la puerta.

Cuando estuvo sola, la chica se puso en pie; dio unos pasos alrededor del salón, contemplando apreciativamente todos los objetos.

-Los muebles han debido costar una fortuna -murmuró.

Se detuvo ante un bonito retrato, donde estaba la señora con la pequeña en brazos: la niña, de unos tres años, tenía el cabello rubio, con unos bonitos rizos que le caían sobre la frente.

Minutos después la puerta se abrió, y entró la chiquilla. Cruzó la habitación y se detuvo.

Por un momento contempló a la intrusa, intensa y fijamente.

-¿A qué has venido? -preguntó.

Ella la observó a su vez, y pensó que el retrato no la favorecía.

-He venido a hacerte fotos muy bonitas. ¿Te parece bien? -Ella pareció dudar.

-No sé -dijo, con un gracioso gesto. La madre se había adelantado.

-Espere un momento, por favor. Tengo que peinarla, y cambiarla de ropa.

Los ojos de la pequeña se abrieron.

-¿De verdad me vas a hacer fotos? ¿Me las harás delante del espejo?-La mujer volvió a reír.

-Claro, mi amor. Por eso ha venido, para que ganes un concurso.

-Y, ¿qué es un concurso? -La joven la observó, divertida.

-Es una cosa muy bonita, como un juego. -Luego, se dirigió a la mamá. -La niña es una preciosidad. Tendré que tomar varias fotografías.

Ella aprobó con un movimiento de cabeza.

-No se preocupe. Haga las que sean necesarias -asintió.

Levantó la pequeña y la sacó en brazos de la habitación.

-No tardaré -dijo, volviéndose.

Ella pudo oírla hablar con su hijita, y luego subir las escaleras. Tardó veinte minutos en volver. Por fin, con ella de la mano, entró en el salón. La niña tenía las mejillas sonrosadas y los ojos relucientes.

-¿Le parece que está bien así?-le preguntó a la joven. -Ella asintió.

-Así estará muy bien. -La pequeña intervino, mimosa.

-Este vestido no me gusta, prefiero el de color de rosa.

-Anda, no seas tonta -le dijo la mamá. Ella empezó a hacer pucheros, pero obedeció sin rechistar.

Su madre sonrió, mientras le sacaban la primera foto.

-Vamos a ver, ahora de perfil.

-Y una delante del espejo -insistió la joven. -Luego, te haremos una con mamá. Esto va a subir un poco más...

La madre seguía sonriendo. Hicieron muchas fotos. Al final, la chica consultó su reloj de pulsera.

Creo que con éstas bastará. -Se detuvo un momento. -Son seiscientos euros -le dijo a la mamá.

Ella abrió los ojos, sobresaltada.

-¿No es demasiado dinero? -La joven se echó a reír.

-El premio es de seis mil euros, no lo olvide. -La otra pareció conformarse.

-Aguarde un momento, por favor.

Cuando volvió, la chica había cogido a la pequeña en brazos; le había dado un una chocolatina, y la niña se había manchado el vestido, pero la madre ni lo notó. Estaba emocionada.

-¿Cuándo conoceré el resultado? -preguntó ansiosamente.

-No se preocupe. Saldrá en los periódicos, lo dirán en la televisión.

Miró a la pequeña, embobada.

-¿Cree que ganará?.

-Tiene muchas posibilidades. Es la más guapa que he retratado. Y con esos ojos...

-¿Podrá darme copia de las fotos? -Ella asintió con un movimiento de cabeza.

-Cómo no -admitió. -Se las enviaremos por correo.

-Está bien -aprobó la mamá. -Y tú, despídete de la señorita -le dijo a la pequeña.

Sonriendo atravesó la puerta del salón y salió al vestíbulo que cruzó, seguida por la chica.

La acompañó hasta la puerta y se despidieron en el descansillo. Se estrecharon las manos. La madre le dio un sonoro beso en la mejilla.

-Mi niña es la más guapa, ¿verdad? -dijo. Ella se limitó a sonreír y asintió con la cabeza, como confirmando un hecho sabido.

De nuevo vio el coche de su compañero, que se había detenido junto a la acera. Parecía estar consultando otro anuario, semejante al anterior. Ella se dejó caer su

asiento, sonrió y le dijo:

-Otra más. ¿Qué te parece? -Metió la mano en el bolso para sacar unos billetes. -¿Estás contento?

Él no levantó la mirada.

-Ha sido una buena idea -gruñó.

Aquello no era ninguna respuesta, de forma que la chica insistió:

-¿Vamos, qué te parece?

-Una idea muy buena, en realidad -dijo el chico, muy serio. ¿Qué quieres que te diga? -Ella contestó, indiferente:

-La idea ha sido mía, por si no lo recuerdas.

-Bueno, digamos... de los dos. -La joven se le quedó mirando

-Muy bien, como tú quieras -cedió.

-¿Dónde vamos ahora? Aquí he visto algunas visitas muy interesantes -señaló. Ella denegó con un gesto.

–¿No te parece que está bien por hoy? Estoy reventada. -Él frunció el ceño.

-Como quieras, mujer.

Finalmente, encauzaron la conversación por otros derroteros.

-¿Dónde quieres que vayamos a comer? Me han hablado de un sitio que está bastante bien. -Ella lo miró, sonriente.

-Tú mandas.

El lugar indicado no estaba lejos. La pareja bajó del automóvil, entraron en el restaurante y se acomodaron en una de las mesas. Llegó el camarero, y ellos pidieron el plato del día. Prendieron sendos cigarrillos, y ella exhaló una larga bocanada de humo.

-Ya lo hago sin ruborizarme -comentó. -Él la miró con las cejas enarcadas.

-¿A qué te refieres? -Ella se inclinó ligeramente hacia adelante, mientras jugueteaba con la cámara de fotos. Una sonrisa iluminó su rostro.

-¿A ti qué te parece?

Apretó un botón, y sonó un pequeño *clic*. La máquina no tenía carrete, estaba descargada.

EL MUSICAL

Todos los que habían asistido a la representación, tanto en el patio de butacas como en los asientos más altos, coincidieron en que la primera cantante había estado soberbia. La actriz había recibido un cerrado aplauso, como ocurría a diario, cuando acababa el musical.

En aquella ocasión se hallaba tan impetuosa y bella como siempre. Llevaba un elegante traje largo, que no era el mismo de todos los días. Aquella noche lució un vestido rojo muy escotado que se pegaba a su esbelto cuerpo lo mismo que un guante, y le acentuaba cada curva. Se adornaba con una pulsera de brillantes que, según se decía, le había regalado el director.

A diario desfilaban por la salida de los camerinos los pocos que lo conseguían, para felicitarla, o para darse el gusto de cambiar unas cuantas palabras con ella, y poder presumir luego ante los conocidos.

Después de la función se había duchado y perfumado, como siempre hacía. Se disponía a salir con un grupo de amigos. Se había puesto para cenar un traje de lino blanco, y apenas se había maquillado.

***

El inspector jefe que estaba de guardia aquella noche era un hombre maduro, delgado, con una desconcertante mirada. Su ayudante le tendió el teléfono, pero él no lo cogió.

-Llama el conserje de no sé qué teatro -indicó. -Han asesinado a la protagonista de un espectáculo, en pleno escenario. -El jefe se quedó boquiabierto.

-¿Cómo? -El otro contestó con suavidad.

-Al parecer, representan un musical. Media hora después de acabar la función, la secretaria del director ha encontrado a la actriz muerta de una cuchillada en el pecho, caída sobre la tarima y desangrada.

-¿En el escenario?

-Sí, detrás de unos decorados, al fondo. Parece que ya se había bajado el telón. El último tipo al que vieron por allí era un hombre rubio, con barba, que llevaba puesta una túnica verde.

-Que no dejen salir a nadie -indicó el jefe, y el subordinado transmitió la orden al que estaba al otro lado de la línea. El inspector movió la cabeza.

-Iremos hacia allá, avisa a alguien para que nos acompañe. -Él asintió.

-Enseguida lo haré.

Cuando llegaron al lugar del crimen, el conserje los estaba esperando. Enseguida acudieron varias personas más. Los condujeron al escenario, por donde había que pasar para llegar a los camerinos.

-¿Ha salido alguien después de descubrirse la muerte? -El conserje negó con un gesto.

-No, señor, me he encargado de cerrar con llave la puerta. Nadie ha podido salir.

El escenario estaba muy iluminado por unos focos amarillos. El inspector miró alrededor: el suelo, las paredes, todo estaba teñido del mismo tono amarillento. Lo mismo las ropas del cadáver. Se inclinó sobre el cuerpo: la mujer yacía boca arriba, con los brazos extendidos sobre la tarima.

La misma luz inundaba su rostro, dándole un aspecto fantasmagórico. Vio que

no lucía ninguna joya, y que en el pecho tenía clavada una daga muy fina.

-Quizá la hayan robado -murmuró.

Sobre el escenario se dibujaban las siluetas, teñidas de amarillo.

-¿No pueden apagar esos focos? No hay quien aguante este tipo de luz.

Examinó con sumo cuidado el cadáver sin tocarlo, así como la ropa, que ahora resultaba de un blanco impoluto. Luego, a sus espaldas, una voz femenina lo sobresaltó. Se volvió, y vio a una chica joven, con el pelo castaño y liso.

-Yo he encontrado el cadáver. ¡Ha sido horrible! -dijo, casi con un gemido.

La acompañaba un hombre alto y enjuto, cercano a la cuarentena, con una cuidada cabellera oscura. Iba vestido con un traje completo de calle.

Estrechándole la mano como si fuesen grandes amigos, el recién llegado saludó al inspector.

-Soy el director de la obra, y ésta es mi secretaria -los presentó. El policía frunció el ceño.

-¿Dónde estaban todos ustedes cuando ocurrió? -El hombre contestó sin dudar:

-Yo estaba en mi despacho ordenando algunos papeles. Estaba tomando un café, que mi secretaria me había llevado. No pensará que yo la maté... -El inspector lo miró de frente.

-¿Por qué iba a pensarlo? -La secretaria murmuró, pensativa:

-Vi que la puerta del camerino estaba abierta, y entré... Ella no estaba, y me extrañó, sobre todo porque sus alhajas estaban sobre el tocador.

El inspector asintió con un gesto.

-Ya he notado que la muerta no lleva puesta ninguna -afirmó. -Sin embargo, dado lo que usted dice, podemos descartar el robo como móvil del asesinato. -Se detuvo un momento. -Por cierto, quisiera hablar con el electricista.

El director lo buscó con la mirada y lo vio arreglando unos candeleros.

-Por favor, venga -indicó, con un gesto.

El hombre pareció sorprendido. No podía evitar sentirse un poco nervioso.

-Aquí estoy. ¿Qué desean? -El inspector se volvió hacia él.

-¿Es usted quien encendió esos horribles focos? -Él asintió, mientras sus pequeños y abultados ojos se posaban en el cadáver.

-Tuve que hacerlo -protestó, aturdido. -Uno se había averiado, y son muy importantes en la función. Esperé a que terminara el último acto, y los estuve revisando. Luego, olvidé desconectarlos.

El escenario bullía ahora de policías con uniforme y otros de paisano, que tomaban fotografías del cuerpo tendido en el suelo. El forense llegó detrás, y observó el cadáver desde varios ángulos: presentaba una magulladura en la mandíbula, pero la causa de la muerte había sido la puñalada en el corazón.

-El golpe que sufrió fue asestado no mucho antes de la muerte -aseguró el facultativo. -Hubiera sido fácil ocultar el arma del crimen, pero no lo hicieron. Imagino que han tomado las huellas, aunque seguramente no las habrá. -Aspiró hondo, y agregó: - Cuando le practique la autopsia, tendrán el informe completo.

El juez había acudido por fin, y después de hacer varias preguntas ordenó el levantamiento. Se volvió a los otros.

-Pueden llevarse el cuerpo de la mujer al depósito de cadáveres.

Después de un primer interrogatorio a todo el personal, vino el subsiguiente registro del camerino por la policía. El armario estaba lleno de trajes de la artista. Y, en

efecto, sus alhajas estaban sobre el tocador.

El director se dirigió a una de las actrices.

-¿Echan alguna joya de menos? -Ella negó con la cabeza.

-No falta nada, estoy segura. Las conozco muy bien, porque las vemos todos los días.

El inspector parecía confuso. Estuvo hablando con un subordinado.

-Al parecer, después de acabar la función el conserje estuvo consultando algo en su ordenador, por lo que no pudo controlar a cualquiera que entrara en el teatro. Después, según las órdenes de usted, la puerta se cerró.

-¿Y el resto de los empleados, y actores? -El otro agregó:

-Han visto un hombre en el escenario, con cabello rubio y una túnica verde. El acomodador lo vio pasar desde el patio de butacas, y el electricista cuando estaba arreglando los focos. -Se detuvo un momento, y emitió una risita ahogada. -Por cierto, juraría que el director ha tenido algo con la actriz. Por lo menos, le ha hecho buenos regalos... -El jefe sonrió.

-Eso puede ayudarnos mucho.

Pero más tarde, durante el interrogatorio, el hombre no dejó traslucir ni el más mínimo indicio de culpabilidad. Era, o el más hábil de los criminales, o un dechado de inocencia.

Todos los que estaban por allí, incluidos los tramoyistas, coincidieron en que habían visto cruzar a un hombre rubio con una barba muy tupida, también rubia. Y en que su túnica era verde.

-Busquen esa túnica -ordenó el inspector. -No puede estar muy lejos. Y busquen la peluca, y la barba -añadió. -Tienen que estar también.

En efecto, hallaron la peluca; pero no era rubia, sino de pelo blanco.

-Estaba en el contenedor de basura que hay junto a los camerinos -mostró el conserje, como queriendo congraciarse. -También una barba, pero no hay una túnica verde. Sólo hay ésta azul.

El inspector arrugó el ceño.

-Enciendan de nuevo las luces amarillas -indicó. -El electricista pareció sorprendido.

-¿Las amarillas?

-Sí, por favor.

-¿No le molestaban antes?

-Antes sí, pero ahora no. Hágalo, por favor.

Los focos se encendieron, y la luz que inundó el escenario hacía que el azul de la túnica pareciera verde. Por otra parte, la peluca y la barba ofrecían un brillante tono dorado.

El policía se encaró con el director.

-¿No será usted el asesino?. -Él soltó una risita desdeñosa.

-¿Pero, qué dice?

-Si lo es, pronto podremos demostrarlo.

Le tendió al subordinado las tres prendas, y él las guardó en una bolsa de plástico. Le indicó:

-Hay que llevarlas al laboratorio, para que comprueben el ADN, sobre todo en la peluca. Ha tenido que quedar en ella algún cabello del culpable -explicó. -Quienquiera que sea, se ha tenido que disfrazar con el cabello y la barba postiza, y además con la

túnica.

Se detuvo un momento, y miró alrededor. Prosiguió:

-Estuvo vigilando a la víctima mientras estaba en el camerino, pero no pudo hallarla sola. Luego la vio salir, quizás a encontrarse con un nuevo amigo, que puede ser cualquiera de la compañía, y la siguió -añadió mientras todos lo escuchaban, inmóviles.

Los recorrió con la mirada, y continuó:

-El hombre que todos vieron, iluminado por los focos, tiene que ser el asesino. -El director se mordió los labios.

-Parece que está muy seguro. -Él asintió, tranquilo.

-Claro que estoy seguro. Luego, protegiéndose tras el decorado, se abalanzó sobre ella y la mató. Salió del escenario, se quitó las prendas y las arrojó al contenedor

Pese a su sangre fría, el hombre se había quedado mudo. Él lo miró de frente.

-Por cierto, le aconsejo que se cambie de traje. El que lleva no es adecuado para el viaje que tiene que hacer -se burló. -Esta vez, sus vacaciones van a ser largas, y a la sombra.

Minutos después al hombre lo habían esposado y se lo llevaban, escoltado por dos agentes de uniforme. Todos los policías se marcharon, excepto el inspector y un subordinado.

-La noche va a ser larga -indicó el jefe. -Me apetece tomar un café. ¿Vienes? -El otro aceptó sin dudar.

-Estoy a la orden, señor -se cuadró.

-Eso fue hace mucho, y han pasado muchas cosas desde entonces -dijo el farmacéutico. -Fue un caso sonado en la comarca.

Estábamos reunidos en un bar, ocupando una mesa, alrededor de unas copas y una botella de coñac, que ahora estaba vacía.

-Es cierto -dije yo. -Ha pasado mucho tiempo desde que se cometió ese crimen. Aunque nunca se pudo condenar al culpable. -El farmacéutico arrugó el ceño y me miró, con una extraña expresión en la cara.

-¿De veras piensa que fue un crimen? En realidad, el veredicto del jurado fue de muerte accidental. En todo caso, se pudo tratar de un suicidio.

El dueño del bar intervino:

-Recuerdo la primera vez que vi a aquella mujer, unas semanas antes de su boda. Los dos estuvieron aquí tomando una copa. -El farmacéutico asintió vivamente.

-Yo también la conocí por entonces. Lo primero que me llamó la atención fue su belleza: era rubia, y tenía unas piernas preciosas. Recuerdo sus facciones, muy finas, y que tenía un raro acento al hablar.

Todos estuvimos de acuerdo. El dueño del bar pareció rememorar, y habló con los ojos entrecerrados.

-Cuando se casaron, él era ya viudo, y bastante mayor. Y aunque tenía el pelo completamente blanco, su aspecto era agradable. -Yo afirmé con la cabeza.

-Es cierto. Y tenía dinero, mucho dinero.

-Se casaron en una gran fiesta, según creo -siguió el dueño del bar. -Por entonces yo pasé en la ciudad varias semanas, y no sé muy bien lo que pasó. Usted tiene que saberlo -dijo mirándome, y yo asentí.

-Lo recuerdo todo como si hubiera sido ayer. Estaba yo en la comisaría tomando café, cuando sonó el teléfono. El oficial de guardia informó inmediatamente al jefe, el comisario Román. Hacía poco que lo habían trasladado aquí, y estaba un poco... nervioso. En fin, yo tenía el turno desde las cuatro de la tarde a medianoche, y me tocó acompañarlo. -El farmacéutico dio una chupada al cigarrillo.

-Yo también me acuerdo -intervino. -El hombre fue hallado muerto un domingo, a media tarde, en el dormitorio de su esposa.

Yo entorné la mirada.

-Todo eso es la pura verdad. Según explicó la mujer, solían dormir la siesta después de almorzar. No acostumbraban a echarse juntos. Pero ese día ella se despertó, sobresaltada, y lo vio tendido a su lado, con la cabeza caída hacia atrás. Le pareció que no respiraba.

-Qué curioso -dijo nuestro amigo. El farmacéutico habló despacio.

-En un primer momento, en lugar de usar el teléfono, ella salió a la calle gritando, para que fueran a ayudarla. Yo la vi desde la farmacia, pero estaba solo y no podía alejarme. Fue un vecino quien llamó a la policía, y el resto de la gente se fue arremolinando en el lugar, a medida que se enteraban de lo que había pasado.

Mis recuerdos coincidían con los suyos.

-Así fue. Como digo, yo estaba de servicio y fui con el comisario a la casa. Enseguida nos dimos cuenta de que el anciano estaba muerto. Luego llegó el doctor y estuvo reconociéndolo.

-Lo siento, señora -le dijo. -Yo no puedo hacer nada.

Ella salió, llorando. Mientras, el médico nos dijo que no sabía con certeza la causa de la muerte.

-Habrá que hacer la autopsia -indicó. -Tan pronto como lo averigüe, lo comunicaré.

Apuré mi copa de coñac, mientras los otros no me quitaban ojo. Carraspeé.

-Estuvimos llevando a cabo las comprobaciones de rigor. Al examinar el cuarto de baño, encontramos en la repisa del lavabo un frasco vacío de digitalina. Al parecer, el viejo padecía del corazón, y estaba familiarizado con esta medicina. Eran casi las diez de la noche cuando el juez ordenó el levantamiento del cadáver, y su traslado hacia el depósito. Pareció tomarse a la ligera aquel asunto, y a mi jefe no le sentó nada bien.

El dueño del bar alcanzó una nueva botella y fue a servirnos otra copa. Yo retiré la mía.

-Gracias, pero no quiero beber más. -Él se encogió de hombros.

-Como quiera, amigo. Por cierto, ¿qué resultó de la autopsia? -Yo aspiré hondo antes de contestar.

-Se halló en el cuerpo una dosis letal de digitalina.

El farmacéutico frunció el ceño.

-Pero nadie podía demostrar que ella se la hubiera administrado -carraspeó. -La muerte de su esposo la había afectado mucho, y cuando la vi estaba más pálida que de costumbre. En realidad, el comisario Román, no sabía qué hacer con tal de echarle mano a algún sospechoso. Quizá, el ser nuevo aquí lo condicionaba demasiado. -Yo me sentí molesto por la insinuación.

-Cumplió con su deber -dije secamente, y proseguí: -Al día siguiente, fuimos a la casa para entrevistar a la viuda. Ella era una mujer muy lista, y en cuanto nos abrió supe que habría dificultades. Era una mujer muy lista: juró y perjuró que había encontrado el cuerpo sin vida en la cama, a su lado.

-No sé lo que ha podido ocurrir -trató de convencernos. -Sé que quedaba medicina en el frasco, y puede que él se equivocara de dosis. Yo nunca se la administraba, él no lo hubiera consentido -añadió, limpiándose los ojos con un pañuelito. -Le gustaba hacer las cosas por sí mismo, eso le hacía sentirse joven. -El jefe se mordió los labios.

-Se explica usted muy bien -observó, pensativo. Ella lo miró, extrañada y durante un momento su rostro no sufrió lal menor alteración. De pronto cambió y soltó una carcajada estridente.

-Está seguro de que yo lo maté -profirió con aspereza. -Trata de impresionarme. Bien, presente pruebas de que soy culpable.

Román no contestó. Antes de irnos le tendió la mano, y ella no correspondió al saludo.

-Tengo buenos amigos -masculló. -Él la miró a los ojos.

-¿Por qué mató a su marido, señora? -insistió. Ella pareció crecerse.

-¿Le gustaría saberlo? -contestó, agresiva. -Me casé con él por dinero, y él se casó conmigo porque era una bonita adquisición. ¿Le gusta así?

Nos dio con la puerta en las narices. El jefe estaba furioso. Había tratado de presionarla, hasta el punto de hacerla confesar. Pero ella no cayó en la trampa, no había perdido los nervios.

-Aún así, se la detuvo como sospechosa de un crimen -intervino el dueño del bar.

-Tanto mi jefe como yo creíamos en su culpabilidad, estábamos persuadidos de

ella. Había que hacer algo para demostrarlo, pero a Román no se ocurría nada. Tan enfadado estaba aquella tarde, que casi le da algo.

-Volveremos a la casa -indicó. -Hay que interrogar a los criados.

Nos abrió la sirvienta. Era una muchacha menuda, morena y bonita. No pudo disimular su simpatía por la señora, y hasta la alabó de tal manera que más bien parecía defenderla de nosotros.

-No es una ambiciosa, y menos una criminal -aseguró. Mi jefe movió la cabeza.

-Pues le encantan las cosas caras, y viste muy bien. Dígame, ¿cómo era el... difunto? -Ella pareció entristecida.

-La señora lo quería de veras. La verdad es que era un hombre simpático, y además muy aseado. Ya sabe lo que son las personas mayores... -trató de aclarar. -No todos los viejos son así.

En la pared, por encima del piano, estaba colgado un retrato del muerto. Ella lo miró.

-Ese era él. ¿No les parece que era un tipo agradable? Y hasta pienso que había sido guapo. A pesar de la diferencia de edad, hacían buena pareja...

Román le preguntó por el hombre que cuidaba el jardín, y ella nos dijo que estaba en el invernadero. Se ofreció a acompañarnos, pero el jefe se negó.

-Siga con sus obligaciones -le dijo. -Ya vamos nosotros.

Subimos unos peldaños para ir a su encuentro, y lo sorprendimos silbando una canción. Era de buena estatura y tenía los hombros anchos y el rostro curtido. Me fijé en que tenía la camisa manchada de sudor.

-¿Qué desean? -preguntó, volviéndose.

-Quisiera hacerle unas preguntas -le dijo Román.

El tipo enarcó las cejas. Él no sabía nada, al parecer. Abandonó la vivienda el sábado, y no había vuelto hasta el lunes por la mañana. Cuando llegó, se enteró de lo ocurrido.

-Era un hombre enfermo -gruñó. -Yo tenía poco trato con él. -Román disimuló una sonrisa.

-Claro, es ella quien se ocupa del jardín.

-Así es. Ella se ocupa de todo -afirmó. Nos miró con expresión seria y, sin que nadie le preguntara, aseguró de ella que era una *verdadera señora.*

-Puede decírselo cualquiera -dijo encogiéndose de hombros, y añadió con voz ronca: -La señora no mató a su marido, por varias razones. Estaba desahuciado por los médicos, hubiera sido cuestión de esperar...

Me quedé tan sorprendido que tuve que tragar saliva. El comisario se volvió en redondo.

-Vaya, sí que está enterado del tema.

-Váyase al infierno -bramó el hombre.

Nos dirigimos a la verja de salida y yo miré hacia atrás. Detrás de un visillo, la doncella nos observaba y alzó su pequeña mano diciendo adiós.

-La señora es culpable -dijo Román, como si pensara en voz alta. -Pero no puedo demostrarlo.

Entonces, yo recordé las palabras que había aprendido en la Academia:

-No se puede condenar a un sospechoso por simples suposiciones -observé, pensativo.

***

Seguíamos en torno a la mesa, y el farmacéutico no se daba por vencido. Movió la cabeza.

-En el juicio, el abogado defensor no tuvo demasiado trabajo -pronunció despacio. -Alegó que el hombre padecía una grave enfermedad, por lo que pudo, incluso, tomar a sabiendas una dosis excesiva. Asistí al juicio, y me impresionó ver a la mujer vestida de negro, con aquella expresión de tristeza... -Sonreí, sin querer.

-Yo diría que iba muy bien arreglada -intervine, mordaz. Él pareció no haberme oído.

-Recuerdo lo que dijo -siguió-: “He sido una buena esposa, lo juro. Tienen que creerme, o me volveré loca... ” -Yo lo miré de frente.

-Es natural que hablara así. -El farmacéutico insistió:

-No obstante, las pruebas no convencieron al juzgado.

Tuve que darle la razón. Era cierto, el comisario no pudo hallarlas, aunque estuvo revisando los hechos con toda exactitud. Cuando terminó el juicio, estaba hecho polvo. En el vestíbulo nos cruzamos con ella.

-Esa mujer es una asesina -me dijo él en voz baja. Yo hice un gesto vago.

-Legalmente, no.

-Pero la realidad es otra cosa -musitó. -La próxima vez... -Yo sonreí para mis adentros.

-No sea optimista -le dije. -No habrá próxima vez.

EL ANDÉN

Aquel día, hasta los actos más nimios los llevó a cabo como si en ellos le fuera la vida. El reloj marcaba las siete menos cuarto cuando acudió a la cita, en el andén de una estación del *metro*. Notó que el corazón le golpeaba fuertemente en el pecho. Era un hombre delgado y alto, y el cabello le escaseaba en las sienes. Vestía de oscuro, un traje de buen corte, pero estaba pálido, y con aspecto preocupado. Se ayudaba a caminar con un bastón de puño de plata.

-Perdone- le dijo una mujer, que casi tropezó con él. La miró momento.

-No ha sido nada -pronunció en voz baja, y siguió andando con dificultad.

Tenía bolsas debajo de los ojos, como si pasara las noches sin dormir desde que aquella maldición había caído sobre su casa.

La familia era conocida de antiguo en la ciudad. Su esposa podía llamarse una mujer acaudalada, y su hija única ocupaba un puesto de responsabilidad en la administración. Numerosas fotografías suyas aparecían a menudo en periódicos y revistas de sociedad. Por supuesto, ninguna de las dos estaba al tanto de su problema: sólo él sabía que lo estaban extorsionando hacía tiempo.

Habían transcurrido cuatro años desde su primera relación con aquel chantajista y, cada día que pasaba, él se volvía más introvertido y taciturno. En ese tiempo, incluso, se había planteado la idea del suicidio. No podía explicarse cómo aquel hombre pudo descubrir su oscura y secreta afición: sí sabía que algunos *jackers* se dedicaban a entrar en internet, en las páginas ajenas, pero nunca pudo sospechar que le ocurriera a él, ni que alguien sería capaz de sacar provecho de aquella información.

Maldita sea- masculló.

En un principio, había entrado en las páginas prohibidas casi sin darse cuenta. Era la lírica inocencia con que muchos ancianos daban caramelos a los niños en los jardines, siendo luego explotados por los chantajistas. Algunos buscaban la evasión por el suicidio; muchos, antes de esto, denunciaban al chantajista. Pero él no estaba dispuesto a asumir el escándalo.

Luego, poco a poco, se había aficionado al inconfesable placer. Trató de recordar la primera llamada: su reacción fue en un principio de sorpresa, luego vinieron el miedo y el odio.

Estaba furioso por la situación en que aquel hombre lo había colocado. Y ahora, además de entregar su dinero, tenía que entregar el de su esposa. Mientras nadie supiera lo ocurrido, era un secreto que compartían él y otra persona. Sabía muy bien que entre el chantajista y su víctima se desencadenaba a veces un duelo a muerte, pues con la posición social crecía la debilidad de la víctima.

Cartas, fotografías, podían ser reproducidas. Sabía que el descubrimiento de la esfera sexual constituía la mitad de los casos de extorsión, y era la angustia de hombres casados ante sus mujeres y su familia. En algunos casos, el chantajista disimulaba la escritura, hacía ilegible la firma, cambiaba el lugar de remisión. En el suyo, simplemente, había una llamada telefónica. Hacía una semana que recibió la última y, para empezar, había hecho cambiar las cerraduras de su casa.

-He perdido mis llaves -le dijo a su mujer. -Nunca se sabe quién puede encontrarlas.

El progreso técnico había abierto al chantajista nuevos campos, y lo llevaba a

cabo incluso por medio del correo electrónico. Utilizaba fantasmas familiares, pecados ocultos, y la amenaza de extorsión podía remontarse a sucesos muy antiguos, alcanzando los más ocultos pliegues de la vida y de la estructura social. Y el motivo más grave era la pedofilia en la red. Aquí, los chantajistas eran como agudos detectives, que montaban la guardia sin horas de oficina ni vacaciones; aún así, llegaban al juez muy pocas denuncias. En fin, según sabía ahora, el chantaje era tan frecuente como las arenas en el mar.

Algunas víctimas realistas llegaban a mantener con su extorsionador relaciones cordiales, lo que no era su caso.

-Hijo de puta... -masculló.

Habían quedado en verse en el andén: tanto el uno como el otro estaban interesados en no llamar la atención. Ya en otras ocasiones lo habían hecho así; era indispensable que el lugar estuviera muy concurrido. De esa forma, podían evitar el ser observados.

Lo aguardó en un extremo, que estaba abarrotado de público. No tendría más remedio que hablar con aquel hombre, aunque no fuera más que unas palabras: tenía la esperanza de conseguir que se volviera atrás en su pretensión de cobrar el dinero, una cantidad que crecía cada vez.

Se quedó muy quieto, apretándose con el brazo el costado, donde notaba el bulto del sobre en un bolsillo interior. La sensación de ahogo le resultaba insoportable. Pasaron diez minutos, y reanudó sus paseos. Había transcurrido ya casi media hora cuando, de pronto, lo vio.

-Vamos, vamos -pronunció, casi en voz alta. El otro se abría paso a través del gentío, con la mirada escrutadora. Era un tipo vulgar: tenía el pelo oscuro y rizoso, y una calva brillante. Cuando el recién llegado lo distinguió, le dedicó una sonrisa y lo saludó con la mano.

Su corazón de nuevo pareció saltar; toda la angustia indecible de la noche anterior volvió a apoderarse de él. El tren había partido hacía un par de minutos; mucha gente se apeó, y varios grupos arremolinaban, interceptando el paso. Unos obreros trataban de alcanzar la salida y, en dirección opuesta, una maestra con una fila de niñas intentaba tomar posiciones. Varios estudiantes llevaban carpetas bajo el brazo y se hablaban a gritos.

-¡Pásame los apuntes, cabrón!

Vio que el hombre se había detenido, como si no tuviera prisa. Aquella espera lo mataba.

¿Por qué no terminará de una vez? -se preguntó.

Luego, el hombre le hizo una seña y se aproximó. De nuevo lo vio sonreír, con aquella expresión cruel: no se había afeitado, y parecía haber estado bebiendo. Al fin llegó a su altura.

-Así me gusta, que sea puntual -pronunció broncamente, tendiéndole una mano que él ignoró. Sostuvo la respiración: estaban juntos y echaron a andar por el borde del andén. Mientras él se apoyaba en su bastón, los ojos del hombre no se apartaban de su rostro.

-Vamos más allá -señaló.

En ese momento, de nuevo, un tren entraba en la estación, acortando la marcha. Casi sin percatarse, una súbita idea se adueñó de la víctima. En su frente se marcó una arruga profunda, y pensó que era su oportunidad.

-Se trata de ahora o nunca- se dijo.

En un instante de descuido, con un movimiento hábil introdujo el bastón entre las piernas del recién llegado. El hombre dejó de sonreír.

-¿Qué?...

Entonces empezó a comprender; se notó en la expresión de su rostro. Tropezó y cayó hacia atrás, al tiempo que el primer vagón se acercaba. Nadie se había percatado de lo ocurrido, y el conductor no pudo hacer nada para evitar el atropello. Hubo una exclamación unánime.

-¡Niñas, no miréis!

La profesora trataba de reunir a sus alumnas, mientras comenzaba a formarse un grupo de gente para contemplar el espectáculo. El ruido de las voces era más fuerte que antes, y una mujer se había desmayado.

-Por favor, hace falta un médico -gritó alguien.

El caballero miró hacia el otro lado, donde un policía de uniforme, alertado por los gritos, se abría paso hacia el lugar. De inmediato, el guardia obligó a los viajeros a retroceder, formando un semicírculo. Había dado orden al conductor de que no se moviera. Un vigilante se aproximó también, y soltó un juramento.

-¿Cómo ha sucedido? -preguntó. La maestra adelantó un paso.

-Había mucha gente. Yo estaba muy cerca, pero no pude ver bien lo que ocurrió. Es posible que se mareara, o que perdiera el equilibrio.

Un mocetón rubio intervino.

-Puede que quisiera suicidarse -afirmó. -Traté de sujetarlo, pero no pude hacerlo.

El cuerpo del hombre yacía entre las ruedas, hecho un amasijo de ropas sangrientas. Un joven que dijo ser médico saltó entre dos vagones y, con dificultad, se aproximó al caído. Estaba allí tumbado, flojamente, con la cabeza vuelta. Él le buscó el pulso y movió la cabeza.

-No hay nada que hacer -dijo, levantándose. -Está destrozado, es demasiado tarde.

El caballero rehuía mirarlo. Había retrocedido con el resto y permaneció en pie, desconcertado pero inmóvil. Su mano, larga y huesuda, estrujaba convulsivamente el puño del bastón. La excitación le había hecho romper a sudar, y tenía la frente húmeda.

-Aparten, aparten -indicó el policía. -despejen el andén. Habrá que ver la documentación de la víctima -le dijo al compañero.

El caballero salió, arrastrando los pies. El corto y sombrío corredor danzaba ante sus ojos. Subió lentamente la escalera, peldaño a peldaño; tenía la cabeza aturdida y le ardían los ojos. Al llegar cerca de la calle respiró a pleno pulmón: un viento frío entraba a oleadas por las puertas abiertas.

Pasaban ruidosamente los autobuses en ambas direcciones. Uno paró en la esquina, y lo tomó. Una vez que abandonó el lugar, notó aflojarse la terrible tensión. No había motivo para preocuparse, pensó.

-Todo ha terminado -se tranquilizó a sí mismo.

Recordó al hombre caído; se apretó los ojos con la mano, pero seguía viéndolo. Cuando bajó del autobús, esperó en la acera a que el semáforo le diera luz verde.

En el bolsillo llevaba el grueso sobre, que nadie había tocado. No sabía si llorar o reír, y trató de justificarse: en realidad, pensó, todo lo ocurrido no fue más que un acto reflejo. Realmente, había actuado por debilidad, y contra su propio deseo.

Estaba rendido de cansancio, como si llegara de una marcha de muchos

kilómetros. Se estremecía todavía al recordarlo y se abrochó la chaqueta, porque estaba tiritando. Encendió un cigarrillo y su cara, al débil resplandor del mechero, parecía la de un fantasma. Caminó sin rumbo; le parecía huir así de su conciencia, y se sintió aliviado.

Después de un rato le había vuelto el color a la cara, y apareció en ella una leve sonrisa. Había cometido el crimen perfecto.

-Nadie lo sabrá nunca -se dijo, suspirando.

LA CUNA

El comisario Román dio un vistazo alrededor de su despacho, y luego fijó la mirada en la mujer que acababa de entrar: Lloraba ahora silenciosamente, sentada en un pequeño sillón ante su mesa. Iba vestida de negro de pies a cabeza, tenía el cabello castaño revuelto, y sus delegados hombros se estremecían de cuando en cuando. Alzó la cabeza y sus ojos pequeños, redondos y brillantes, le dirigieron una mirada vacía.

-Yo... quiero hacer una confesión. -El policía observó a través de los gruesos vidrios de sus gafas la oscura silueta. La mujer llevaba una alianza de oro en el dedo anular de su mano izquierda.

-Está bien -carraspeó. -Usted dirá.

El comisario encendió un cigarrillo. Tenía una calva brillante y oscura, y sus pocos cabellos eran negros, agrisados hacia las patillas. Tenía barba de un par de días y vestía chaqueta de paisano, bastante descuidada. La mujer se puso de pie; daba muestras de estar muy nerviosa, o muy desconcertada.

-Cálmese -le dijo él, tratando de esbozar una sonrisa agradable. -Y vamos por partes.

Le hizo unas preguntas de rutina, antes de comenzar la declaración. Ella se había vuelto a sentar rígidamente, y hablaba con los ojos vidriosos y las manos extendidas, como si buscara algo.

En lugar de ir directamente al asunto que la atraía allí, le estuvo contando su vida. Dijo que se había casado muy joven, y su marido la había abandonado con un niño pequeño. Luego hizo una pausa, como si le costara proseguir. Su labio inferior temblaba, y se lo mordió.

-Yo... he matado a mi hijo. Lo he hecho por su bien.

El hombre la miró, atónito. Su sonrisa desapareció.

-¿Cómo dice? -Ella habló despacio.

-Yo lo quería, era mi único niño. Pero no tuve más remedio que hacerlo.

Muy a su pesar, el comisario sintió un escalofrío. Se puso de pie.

-Pero, ¿qué me está diciendo? ¿Que usted misma lo mató? Eso es... monstruoso.

Ella asintió tristemente, y su boca se torció de un modo desagradable. Luego guardó silencio. Su respiración era una sucesión de rápidos jadeos, y su voz se había convertido en un susurro.

-Yo misma lo hice -repitió con desmayo. -Lo... lo asfixié en su cuna.

Aquello era increíble. En sus largos años en la policía, el comisario nunca había visto nada semejante. Permanecía en pie, apoyando las manos en el tablero de la mesa.

-Pero no es posible -dijo sordamente. -No es tan fácil hacer algo así. -Ella asintió con la cabeza.

-Lo sé muy bien- murmuró. Él apagó cuidadosamente el cigarrillo en un cenicero de cristal. Estaba confuso.

-¿Puede decirme qué hizo con el... cuerpo? -ella alzó la mirada. Sus ojos se nublaron, y movió una mano ligeramente por encima de su rostro.

-No sabía qué hacer. Al final, lo cubrí y lo dejé en su cuna. Allí está desde ayer.

El hombre se enjugó el sudor de la frente con un pañuelo, y lo dejó luego sobre

la mesa. La miró con los ojos entrecerrados.

-Tendrá que firmar esa declaración -dijo sordamente. -Redactaremos un informe completo.

Se sentó ante el escritorio, se quitó las gafas y las limpió con el mismo pañuelo, que guardó en el bolsillo del pantalón. Luego siguió hablando despacio.

-Bien, veremos. Hay que poner en claro algunas cosas. Haremos averiguaciones... interrogaremos a los testigos. Necesitaré las llaves de... su casa. -Ella buscó en el bolso y las dejó sobre la mesa.

-¿Qué haré yo mientras tanto? -Él contestó sin mirarla.

-De momento aguardará aquí, en la comisaría, mientras comprobamos los hechos. Si su declaración se confirma tendremos que arrestarla, y le buscaremos un abogado de oficio. Es posible que tenga que acompañarnos a su domicilio. -Ella suspiró.

-Me parece normal.

El comisario pulsó un timbre, y poco después alguien llamó a la puerta con los nudillos.

-Pase, por favor -indicó.

La puerta se abrió unos centímetros y un policía de uniforme permaneció ante ella. Le hizo seña de que se acercara, y estuvo hablando en voz baja. Luego le entregó una nota escrita en un papel, y le tendió las llaves que ella había dejado sobre la mesa.

&&&&&&&&&&&&&&

-Es urgente -indicó. - Que vayan a la casa y redacten un atestado. -El otro asintió.

-Lo haremos cuanto antes, señor.

Luego, giró sobre sus pies. Ignorando a la mujer, el comisario estuvo consultando las últimas denuncias llegadas a la comisaría. Ella no le quitaba los ojos de encima. Se estremeció y comenzó a restregarse nerviosamente las manos.

-¿Qué van a hacerme? -Las cejas del hombre se arquearon.

-¿Usted qué cree?

Luego siguió mirando la pantalla, hasta que algo llamó su atención. De nuevo repasó las denuncias mientras ella lo observaba, inmóvil. De pronto, el policía tuvo un presentimiento.

-Me ha dado una dirección falsa, ¿verdad? -Ella pareció sobresaltarse.

-¿Qué dice? -chilló. El hombre la aplacó con un gesto de la mano.

-Digo que usted no vive actualmente en esa casa.

Ella pareció haber recibido un golpe. Un destello de temor apareció en su mirada, pero lo disimuló con una extraña sonrisa.

-Está usted loco -masculló.

El comisario consultó el reloj. El tiempo pasaba lentamente, con demasiada lentitud. Por fin, alguien llamó a la puerta de nuevo.

-Sí, pase.

Era el policía de uniforme, que adelantó unos pasos y se detuvo ante la mesa. Él lo interrogó con la mirada.

-¿Y bien? -El otro aspiró hondo.

-La casa está... desocupada. No hemos encontrado ningún niño, y no hay ningún cadáver. Ni ninguna cuna vacía, señor. -El asintió.

-Ya -dijo en tono seco. -Lo imaginaba. -El otro prosiguió:

-Los vecinos declaran no haber visto a nadie en varios meses, después del

accidente que hubo. -Él habló con lentitud.

-No han podido encontrar el cadáver, porque ese cadáver no existe. Bien -añadió, poniéndose en pie y dando por terminada la reunión. -Ahora, la señora va a acompañarnos.

La tomó suavemente del brazo y ella no se resistió. Luego, el comisario dio unas rápidas instrucciones a su subordinados, y se dirigió con ella a la salida. Fuera, un policía de paisano aguardaba dentro de un viejo modelo de coche. Él le indicó unas señas.

-Vamos a hacer una excursión -dijo con un guiño.

Se dirigieron hacia las afueras; era un hermoso día, y el sol brillaba al otro lado de las ventanillas. El policía observó un momento el paisaje: dejaron atrás varios grupos de chalés, y edificios de varias plantas rodeados de jardines, hasta tomar una desviación que los llevó hasta una gran construcción de ladrillos. Se detuvieron ante una verja, de donde salían dos mujeres con uniformes blancos de enfermera. Una de ellas se acercó y miró por la ventanilla. Era una rubia pechugona, de unos treinta años.

-Vaya, la han encontrado -dijo, con una amplia sonrisa. La mujer de negro parecía nerviosa. La miró, alucinada.

-Sabía que me descubrirían -gimió.

Como si no la oyera, el comisario abandonó el vehículo.

-¿Es ésta la paciente que se había fugado? -La enfermera asintió con un gesto.

-Gracias a Dios que la han encontrado.

El director que lo recibió en el centro psiquiátrico era un hombre muy alto y delgado, vestido de gris, y con unas gafas de fina montura de oro. Miró al comisario desde arriba, y éste se empinó como si quisiera ponerse a su altura.

-Le devuelvo a su paciente -indicó el policía. -Procuren no volverla a perder.

Había tendido la mano en plan amistoso, pero el director no la tomó.

-Por supuesto -dijo secamente.

Estuvo firmando unos papeles y luego, sin despedirse, desapareció en el interior. La enfermera rubia acompañó al comisario hasta la salida, donde aguardaba el coche policial.

-El director ha dado orden de que le devolvamos su cuna -dijo. Él giró sobre sus pies, y se la quedó mirando con ojos de asombro.

-¿Cómo dice? ¿A qué cuna se refiere? -Ella sonrió.

-La señora se consuela con eso. Al parecer, tenía un hijo pequeño que murió con su padre en un accidente de automóvil. Iban a buscarla al trabajo, por lo que se consideró culpable, y se hundió en una terrible depresión que terminó en locura. -Se detuvo un momento.

-¿Qué ocurrió luego? -La mujer estaba pensativa.

-Hubo que ingresarla. Se negaba a separarse de la cuna del niño, así que trasladamos a su habitación la cuna vacía.

En el rostro del comisario había una muda pregunta. Ella siguió hablando en voz baja:

-Ha tenido la cuna en su cuarto desde que llegó, hasta que nuestro director aconsejó que la retiráramos. Fue el sábado pasado. El domingo, aprovechando la hora de visita, ella se escapó del hospital. No sé cómo logró escabullirse. Así que denunciamos su desaparición. -El hombre asintió.

-Ella misma se presentó en la comisaría. Parecía agotada, y... se acusó de haber

matado al niño. Visitamos su domicilio, y allí no había nada. Como es lógico, no se encontró el cadáver, y los vecinos declararon no haberla visto en varios meses. En el fichero policial figura la denuncia del psiquiátrico, y yo he atado cabos. -La mujer movió la cabeza.

-Qué complicada es la mente humana. Esta desgraciada no puede librarse del sentimiento de culpabilidad. -El policía frunció el ceño.

-Aún dentro de su locura -resopló. -Hay tendencias autodestructoras en la población. Se han llegado a presentar varias personas acusándose de un mismo crimen. -Ella asintió despacio.

-Sé de una madre que aseguraba haber arrojado al agua a su bebé recién nacido, a quien ni siquiera había dado a luz. Lo malo es que no todos los casos tienen un final feliz.

Antes de entrar en el coche, él se volvió por última vez.

-Trátenla con afecto -indicó con suavidad.

-Descuide, es nuestra obligación.

CULPABILIDAD

Aquella noche, el comisario jefe estaba en su oficina cuando sonó el teléfono. Eran las 23,45 de una larga jornada, a primeros de otoño. Un par de personas desaparecidas, varias algaradas... Finalmente iba a llegar la medianoche, y con ella el final de su turno.

Un policía de uniforme se volvió hacia él, y le dijo:

-Hay un aviso urgente, señor. -Se detuvo un momento. -Preguntan por la Brigada Criminal.

El inspector jefe, que estaba a su lado, suspiró. Luego tomó el auricular con desgana.

-Habla con el departamento de policía del distrito -carraspeó. -¿Qué desea?

Una agradable voz femenina sonó al otro lado:

-Es que... mi esposo está muerto. -Hizo una pausa y murmuró después: -Está muerto, y lo he matado yo.

-¿Cómo dice? -Ella tardó en contestar.

-Sí, soy culpable de su asesinato, y quiero entregarme -sollozó.

El inspector lanzó una maldición.

-Pero, ¿qué me está diciendo, señora? Por favor, indíqueme su nombre y dirección.

Salió acompañado de dos agentes de uniforme, y a toda velocidad acudieron a la casa: las señas correspondían a una urbanización a las afueras de la ciudad, y no les fue difícil hallarla. A ambos lados, las mansiones se erguían alejadas unas de otras, en el centro de verdes jardines, ahora casi a oscuras.

El conductor dejó el paseo principal y entró en la avenida que conducía al domicilio. Un par de perros empezaron a ladrar.

-Maldita sea -masculló el inspector.

A sus cincuenta años estaba todavía de buen ver, con un cuerpo robusto, pero sin un gramo de grasa. Dio un vistazo a su acerado reloj de pulsera: eran las doce y cuarto pasadas.

Dentro de la casa, la mujer aguardaba en tensión. Estaba sentada en su cama, y el sonido del timbre la hizo proferir un grito.

Se levantó bruscamente, y el libro que sostenía en las rodillas cayó al suelo con un golpe seco.

Trató de rehacerse, miró por la ventana y vio luces encendidas en las casas vecinas. Cruzó a rápidos pasos la vivienda, se dirigió al vestíbulo y abrió la puerta sólo a medias.

-Policía -le dijo el inspector, mostrando un carnet.

Cuando abrió del todo, él entró seguido de sus hombres.

-Usted dirá, señora. ¿Ha sido usted la que ha llamado? -Ella evitó mirarlo a los ojos.

-Sí, así es. Por favor, pasen por aquí -dijo, temblorosa.

Era una mujer esbelta, bastante guapa. Él la observó un momento y le calculó unos cuarenta años, aunque su cabello, muy corto, la hacía parecer más joven.

-Explíqueme lo que ha sucedido -indicó el policía. Ella vaciló.

-Mi marido es... era muy anciano -explicó. -No hace mucho que nos hemos

casado, y dormimos en distinta habitación.

Se detuvo un momento. El policía sacó su cuaderno de notas y un lápiz.

-Siga, por favor -indicó.

Ella encendió un cigarrillo. Según había dicho por teléfono, era interiorista de profesión, y aquello se notaba en la estancia. Habló muy deprisa:

-Estaba yo en mi cuarto, echada en la cama intentando dormir, pero no podía. Estaba demasiado tensa, por varias cosas que habían ocurrido.

-¿Qué cosas? -Ella se volvió.

-Mi marido era muy celoso. Se enfadaba mucho conmigo, pero esta tarde se puso más furioso que nunca.

Se quedó pensativa, y se mordió los labios. Luego dijo que él la había abofeteado.

-No era la primera vez -aseguró.

-Y usted... ¿le daba motivos? -Ella replicó con brusquedad:

-De ninguna manera. Pero cada vez lo odiaba más.

-Y, ¿cómo dice que lo ha asesinado? -Ella aspiró hondo.

-Esta noche, cuando le dí la medicina para el corazón, estaba tan harta que es posible que le suministrara una dosis excesiva.

-¿Cómo, que es posible?

-Sí, eso creo, porque no podía soportarlo. Era una forma muy sencilla de acabar con él.

-Y luego, qué pasó?

-En la oscuridad, fui hasta la cocina para limpiar el vaso. Luego, al cabo de un rato, volví a su lado. La habitación estaba a oscuras, alargué la mano y, a tientas, conecté la luz

-¿Y?...

Ella dio un respingo, como aterrorizada por el recuerdo.

-Entonces me di cuenta de que estaba muerto, y de que lo había matado yo...

Por un momento, el hombre temió que ella se desmayara.

-Bien, vamos a verlo -indicó.

Entró en el dormitorio. El propietario de la casa era un anciano con el rostro bastante arrugado, y le calculó unos setenta años. Parecía muerto, y pudo comprobarlo tomándole el pulso.

-¿Mantenían ustedes... relaciones sexuales? -preguntó de improviso y ella lo miró, sorprendida.

-¿Usted qué cree? -Él era demasiado mayor para eso. -El policía movió la cabeza.

-Bueno, nunca se sabe...

Observó al anciano con detenimiento. Luego se apartó del cadáver y paseó la vista por la amplia estancia, donde todo estaba dispuesto con un orden minucioso. Observó:

-Su marido era cuidadoso, ¿verdad? -Ella asintió tristemente.

-Era demasiado ordenado, como puede ver. No toleraba un fallo -suspiró.

Él echó regresó junto al cadáver y escribió algunas palabras en una hoja de su bloc. Luego alzó la mirada.

-¿Dice que lo ha envenenado con su propia medicina? -Ella se estremeció.

-Claro que lo digo, porque es la verdad.

Él se dejó caer en una silla.

-Bien, el forense no tardará en llegar. De momento, usted va a venir con nosotros,

a prestar declaración por escrito.

-Haré lo que usted diga.

Llegaron los especialistas y se llevaron a cabo las formalidades de rigor. Mientras, en el salón, la mujer hizo una pregunta directa:

-¿Iré a la cárcel? -El policía se encogió de hombros.

-No soy yo quien decide esas cosas, para eso está el juez.

La mujer suspiró. Cruzando la sala, se acercó hasta la ventana que daba a la calle. Bruscamente, bajó las persianas.

-Los vecinos van a divertirse con esto -afirmó.

Habían llegado un par de detectives acompañando al médico forense. Se tomaron huellas, y se hicieron fotografías. Más tarde, el cadáver fue trasladado en una ambulancia a la sala de autopsias.

El inspector se dirigió a la amplia cocina, donde la señora se estaba preparando un café.

-Tendrá que acompañarnos -le dijo.

Ella aplastó su cigarrillo en la taza.

Lo sé, pero tengo que recoger unas cosas. Aguárdeme aquí, por favor.

La espera le permitió reflexionar. No estaba convencido de la culpabilidad de la señora. Pero, si el diagnóstico del médico era el de muerte por sobredosis del medicamento, ella carecía de coartada. Además, estaba su propia confesión.

Ella había vuelto, y preguntó:

-¿Me dejarán volver a mi casa?

El agente no respondió. Se dirigió a la puerta y ella lo siguió, con el rostro demudado.

***

Después de prestar declaración formalmente en Comisaría, la habían permitido que regresara. Entró en su hogar y cerró la puerta con llave. Al día siguiente, casi estaba cayendo la noche cuando llamaron al timbre. Ella, que había aguardado nerviosa durante toda la jornada, se puso en pie de un salto y abrió. Se trataba del comisario en persona, y se identificó con su carnet.

El policía esperó hasta que ella se hubo sentado en el sofá, y lo hizo enfrente, en un sillón.

Por unos minutos, ambos guardaron silencio. Luego, él habló en tono natural:

-Se ha llevado a cabo la autopsia -afirmó. -La muerte de su esposo fue debida a causas naturales.

Ella alzó la mirada. Se había cruzado de piernas, y en un gesto reflejo se estiró la falda.

-¿Por causas naturales? ¿Entonces, yo?... -Él la miró con gravedad.

-Ha fallecido de muerte natural -insistió. -Usted le había administrado la dosis correcta de su medicina. -Luego fue más concreto: -La muerte ha sido producida por un infarto de miocardio. -Ella vaciló unos instantes.

–¿Ataque al corazón?.

-Así lo asegura el forense -contestó el comisario. -Usted no ha hecho absolutamente nada -añadió con aire pensativo.

-¿Así que no estoy fichada por la policía? -El hombre denegó.

-Tiene un historial completamente limpio, no tiene de qué preocuparse. Ni tan siquiera ha robado nunca una manzana a un vendedor ambulante -añadió, bromeando.

La señora emitió un hondo suspiro.

-Yo... le agradezco que haya venido en persona a decirme...

Se interrumpió, y el comisario le dio unas palmaditas en la mano.

-Era mi obligación -sonrió.

Guardó silencio unos instantes, y luego levantó ambos brazos en un gesto de tolerancia.

-No es muy raro lo que le ha sucedido, ya he visto otros casos. Se trata de una culpabilidad sentida a causa de los deseos de asesinar a alguien, aunque el acto no se lleve a cabo -explicó.

Se había puesto en pie, y se inclinó ligeramente.

-Ahora va a perdonarme, señora. Es tarde, y me quedan varios asuntos por resolver.

La mujer se había levantado también.

-No faltaba más. Y, de nuevo, le reitero mi agradecimiento.

Cuando volvió a su dormitorio un hombre joven la estaba aguardando, sentado en su cama. La miró y soltó una risita.

-Eres admirable -dijo él. -Cualquiera diría que no has roto un plato en tu vida... -Ella frunció el ceño.

-Tienes que marcharte de aquí. Tienes que ser discreto, al menos por un tiempo...

El joven sonrió. Parecía muy divertido.

-Existen muchas formas de asesinar a un hombre, ¿verdad? -Ella no dijo nada, y el otro prosiguió:

-Si eres un viejo, y estás muy enfermo, no es fácil aguantar que la esposa de uno trate de asfixiarlo, aunque sea con un cojín de plumas... Habría que tener el corazón muy fuerte para eso, ¿no crees?

La noche había caído, envolviendo el paisaje con un velo de oscuridad. Arriba, algunas luces centelleaban fugazmente y abajo, en el césped, las hojas susurraban agitadas por el viento nocturno.

EL RETRATO

Ocurrió un martes, a principios del mes de noviembre. El inspector jefe estaba adormilado, y un timbrazo del teléfono lo sobresaltó. Sobre la mesa de su despacho, un montón de papeles se derramaban de varias carpetas. Cogió el auricular, y la voz de un subalterno sonó al otro lado.

-Hay aquí una señora, que quiere denunciar la desaparición de su hija. Dice que es viuda, y parece muy afectada. -Él carraspeó.

-Que pase.

Se trataba de una mujer menuda, de mediana edad, pero con el rostro muy ajado. Sus manos se movían nerviosamente, y tenía la mirada fija en la tarima.

-Siéntese -indicó el policía, y vio cómo lo hacía en el borde de la silla. -Bien, explíqueme lo ocurrido.

-Mi hija ha desaparecido -empezó, con voz temblorosa. Él cerró la carpeta que tenía sobre el escritorio.

-Antes de nada, dígame algo de la chica.

Ella empezó a hablar en tono cansado. Al parecer, la joven no había cumplido los dieciocho años todavía. Había nacido en el pueblo, y allí se crió, sin que hiciera nunca más viajes que los esporádicos a la ciudad.

-Somos una familia humilde -explicó la señora. -Ella estudia en el instituto, y está a punto de terminar. No es porque yo lo diga... -se ruborizó-, pero es una chiquilla muy bonita, quizá demasiado...

-¿Su hija tiene novio?

-Bueno... desde niña ha estado encariñada con un muchacho de aquí. Él se quedó huérfano, y vive en casa de unos tíos. Trabaja en el campo, pero según dicen tiene facilidad para el dibujo, y esas cosas. Quiere ser pintor pero... compréndalo, no tiene medios para estudiar en la capital.

-Pero, ¿son novios? -Ella titubeó.

-Sí... sí, señor. En realidad, lo eran hasta que...

-¿Qué? -De nuevo, la mujer dudó:

-Fue hasta que el verano pasado llegó aquí el hijo de los señoritos.

-Siga. -Ella asintió con la cabeza.

-A mí no me gustaba nada que saliera con él. Está muy consentido, lleva una vida de mucho lujo, y esas cosas. Desde el principio, le sorbió el seso a la muchacha: le dijo que la llevaría a la ciudad y le presentaría a sus amigos...

-Y, ¿qué ocurrió luego? -Ella suspiró.

-Pasó el verano y él se fue, para continuar sus estudios en la universidad. Mi hija estaba rara, y hablaba muy poco. Se pasaba la tarde en la biblioteca, donde tienen ordenadores. Según me dijo, se dedicaba a chatear, o algo así, con gente de otros lugares, a los que no conocía. A mí no me gustaba eso, pero parece que todos los chicos lo hacen ahora. -El policía sonrió:

-Los chicos, y también los mayores... -Ella continuó, como si no lo hubiera oído:

-Se vestía de una forma rara, y hasta parecía despreciar a sus compañeras de instituto. Además, empezaba a tener unas notas muy malas...

El policía tamborileó sobre la mesa.

-¿Qué ha ocurrido este fin de semana? ¿Durmió ella en su casa la noche del

sábado al domingo? -La mujer asintió:

-Sí, señor. El domingo se levantó temprano y salió a primera hora. No me pareció que iba lejos, porque sólo llevaba lo puesto. Un vestido rojo, que aunque ya estaba un poco usado, era muy elegante. Lo había estrenado en una boda...

El policía se levantó de su asiento.

-Muy bien, no la retengo más. No se preocupe, haremos lo que esté en nuestra mano -añadió. -De todas formas, es demasiado pronto para alarmarse.

La mujer se había levantado también. Fue hacia la puerta, y desde allí se volvió.

-Lo que me preocupa es que, al parecer, al señorito lo vieron el sábado pasado en el pueblo.

***

Lo primero que hizo el policía fue interrogar al antiguo novio. Lo citó en la oficina, y él acudió nada más recibir el aviso. Parecía consternado.

-Usted dirá... señor.

Le pareció un tipo bastante anodino. No tendría más de veinte años y era delgado, de tez pecosa y finos rasgos. Al inspector le llamaron la atención sus ojos marrones y tristes, y sus manos curtidas, con dedos vigorosos y largos.

-Por favor, cierra la puerta -indicó.

Pudo comprobar que el muchacho se había encerrado en un extraño mutismo. A todas las preguntas que le hizo, él contestó con monosílabos.

-Yo... no sé nada -repetía. -Las pobladas cejas del inspector se fruncieron.

-Está bien, puedes irte. Volveremos a vernos -gruñó.

Pero era ya jueves, y la chica no había aparecido. Se preguntó a los empleados en la estación de ferrocarril del pueblo, sin ningún resultado concreto.

-Aquí todos la conocemos -dijo el encargado. -Y nadie la ha visto, señor.

Lo mismo declaró el conductor del coche de línea, que trasladaba a los vecinos a las ciudades próximas. Se investigó a los pocos forasteros que habían acudido al pueblo aquel fin de semana, y se tomó nota de sus vehículos.

-No ha sido difícil, estamos en temporada baja -indicó el alcalde. - La afluencia ha sido poca, y los visitantes pueden contarse con los dedos de la mano.

Todos hablaban de la muchacha desaparecida. Se enviaron sus datos y una fotografía a todos los hospitales y casas de socorro de la región, y lo mismo a los aeropuertos. El resultado no fue alentador.

-Nadie puede dar noticia de ella -se comentaba en el casino. -La chica tiene que estar por aquí, escondida en algún lugar, viva o muerta...

Localizaron al estudiante en la ciudad, y lo citaron en la comisaría, donde acudió acompañado de sus padres. Su bronceada tez denotaba su afición a los deportes al aire libre. Vestía ropas caras, aunque un tanto chillonas.

-Hace ya meses que no la veo -afirmó con seguridad. -No fue más que una... aventura de verano. -El policía lo observó: era un muchacho guapo, y parecía muy extrovertido y seguro de sí.

-Yo tengo otras noticias. ¿No llegaron a hacerse novios? -El otro pareció molesto.

-Nosotros... habíamos roto, y no tengo ni idea de dónde puede estar.

La familia apoyó sin fisuras su declaración: habían pasado en el pueblo el último fin de semana, pero él no se había movido de la casa familiar. Su padre aclaró:

-Sufría un esguince, y el médico le aconsejó reposo. De hecho, no se encuentra bien todavía -agregó, en tono de reproche. -Por cierto, ¿No han interrogado a ese...

pintor?

En su voz hubo un punto de desprecio. El inspector se recostó el sillón y apretó los labios.

-Eso a usted no le incumbe.

***

Después de una semana, la chica seguía sin aparecer. Rastrearon el río y, tras muchas horas de agobiantes pesquisas, cuando iban a abandonar la operación, los buceadores de la policía hallaron algo en lo más profundo de una poza.

Dentro de la comisaría, sonaron unos golpecitos en la puerta del jefe, que alzó la cabeza.

-Pase. Pase, no se quede ahí.

-Hay novedades -le dijo un funcionario. -Han encontrado a la muchacha. El juez ya está con ella.

La habían trasladado al depósito. El cuerpo, muy deteriorado, yacía sobre el mármol blanco, apenas envuelto en unos jirones de tela, de un rojo brillante. Costaba creer que aquel rostro hubiera sido bonito alguna vez. La boca se había petrificado en una mueca permanente.

-Los peces han hecho lo suyo -comentó el forense. Él asintió:

-Lástima de criatura. ¿Se sabe la causa de la muerte?

-Ha sido golpeada en la cabeza con un objeto contundente, hasta morir. Seguramente, una piedra del río, que luego han sujetado al cuerpo para que no flotara. -El hombre no pudo evitar un estremecimiento.

-¿Alguna huella?

-Nada especial. Pero sí que tenemos una noticia bomba: estaba embarazada, al menos de tres meses.

El policía no pudo disimular su sorpresa. Observó al forense, que tenía un rostro inexpresivo y largo.

-Eso explica la causa del asesinato. Además, un simple análisis puede favorecer la investigación. De todas formas no va a ser nada fácil, hay que andarse con pies de plomo.

El inspector abandonó el lugar, y volvió caminando a la oficina. Entró, y se sentó ante su escritorio. Estaba a punto de llamar al alcalde, pero decidió esperar. No obstante, no había pasado una hora cuando el teléfono interior sonó de nuevo.

-Es el chico del otro día. Dice que hay algo que quiere confesar. ¿Lo hacemos venir?

-No, que espere en su casa.

El policía se hizo acompañar de dos agentes, y abandonó a pie la oficina. El muchacho los aguardaba en casa de sus tíos, que se quedaron sorprendidos ante la inesperada visita.

-Pasen, está arriba -dijo un hombre colorado y robusto.

Se trataba de una modesta vivienda a las afueras del pueblo. El chico parecía no haber dormido en varios días, y estaba muy agitado. Los hizo pasar a una habitación pequeña, abuhardillada y muy revuelta. Sobre una mesa baja había varios bocetos a carboncillo, y un retrato en colores, hecho a pastel. Era una adolescente de aspecto sano, con las mejillas sonrosadas y unos preciosos ojos castaños.

-Es ella -señaló.

-¿Tu novia? -El muchacho se estremeció.

-Fue... mi novia. Pero ya no lo era.

El hombre estuvo observando el retrato. En él, la chica se mostraba risueña. Tenía el pelo de un castaño oscuro, y el flequillo sobre la frente. Llevaba un vestido floreado y un pequeño collar de coral. Luego, el hombre se fijó en la fecha, que estaba escrita a carboncillo, y arrugó el entrecejo. No cabía duda: era el mismo domingo en que la joven desapareció. Algo lo puso en guardia.

-Has dicho que querías confesar... ¿A qué te referías? -él se mordió los labios.

-Soy culpable -gimió. El hombre se volvió en redondo. No había ejercido la menor presión, y él mismo se vio sorprendido.

-¿Culpable de qué? Vamos, siéntate y habla.

Mansamente, el otro obedeció. Parecía a punto de echarse a llorar.

-Yo la maté -pronunció despacio. -Pasamos el domingo juntos. Ella había roto con el otro y acudió a mí, como siempre había hecho. Estuvimos aquí toda la tarde, y le estuve haciendo el retrato. A última hora intenté besarla, y ella se negó. Entonces, perdí los estribos. Me había despreciado por otro... -El policía asintió con un gesto.

-Sigue. -Él habló con dificultad.

-No quise matarla, pero sucedió. Cuando me percaté de lo que había hecho, pensé tirarla al río... -El inspector se puso en pie.

-Está bien, vas a acompañarme.

Cogió el retrato, lo enrolló con cuidado y ambos abandonaron la casa, acompañados de los dos policías. No había nadie por las calles, y llegaron a la comisaría sin ningún tropiezo. Entraron en el despacho y los otros se quedaron fuera. Uno de ellos cerró la puerta. El hombre se volvió de espaldas y fue hacia la ventana.

-No has dicho la verdad -gruñó.

Sacó un cigarro del bolsillo, y lo estuvo manoseando. Se quedó pensativo. Recordó el suave cabello oscuro de la muerta, sucio de lodo, y donde se habían enredado algunas ramillas. En el retrato la chica tenía el pelo corto, y cuando la encontraron llevaba melena. Entretanto, tenían que haber pasado varios meses.

Tras un largo silencio, giró sobre sus pies, con el cigarro apagado entre los labios.

-Tú no la has matado -afirmó con convicción. -Fue otro el que lo hizo, y no tardaremos en demostrar su culpabilidad. Ni siquiera creo que la vieras aquel fin de semana. De hecho, creo que hace meses que no la veías. La fecha del retrato la has añadido después, ¿no es así?

El chico estaba mudo. El inspector encendió el cigarro y habló con voz ronca.

-¿Sabes una cosa? Cuando la hallamos, pudimos comprobar que tu antigua novia estaba embarazada.

El muchacho se estremeció. Parecía haber recibido un puñetazo.

-No me lo creo, eso es imposible. -El otro insistió:

-Puedes creerlo, la autopsia lo ha confirmado. Y voy a decirte algo más: el bebé denunciará al asesino, que es al mismo tiempo su padre. El ADN no puede engañar. Si se confirma lo que pienso, no harán falta más pruebas...

Hubo un largo silencio, en que se oyó el tictac de un reloj.

-Yo la quería -afirmó él con un quejido. El inspector aspiró hondo.

-¿Tanto la querías? ¿Tanto como para declararte culpable de un crimen que no has cometido?

Se detuvo un momento, y siguió:

-Te diré lo que pienso de ti: me pareces un tipo inestable, con demasiadas ansias

de protagonismo. Y a mí no me vas a engañar.

LA CAMARERA.

Lo habían condenado por asesinato. La víctima fue una camarera, una morenita de rostro angelical. Tenía veinte años, y hacía sólo uno que había acudido al lugar, un pueblo turístico de una costa de moda.

Todo empezó entre la una y media y las dos de la madrugada, cuando su casera se percató de que la chica no había vuelto del bar. La vivienda estaba en un pequeño barrio obrero, y ella era muy popular entre sus vecinos.

-Jugaba con los niños, y hasta los sacaba de paseo -comentaron después.

Al parecer, su novio la había recogido en el bar, y luego no los volvieron a ver. Ambos se habían esfumado. A los dos días, la policía lo encontró a él en un lugar a muchos kilómetros, donde al parecer había llegado haciendo *auto stop*.

El chico tenía fama de ser una persona callada, que casi no hablaba más que en monosílabos. Era delgado y no carecía de un cierto atractivo. Lo hallaron sentado en una piedra, junto a la carretera, acariciando un perro flaco de color canela. Debían haberse hecho amigos: mientras lo detenían, el perro tenía las orejas gachas y los miraba con ojos de súplica. El muchacho mostraba arañazos recientes en sus brazos y piernas, quizá causados por la chica, o por haber huido a campo través.

Un pescador declaró que la pareja le había alquilado aquella noche su barca para ir a remar. Luego, él mismo encontró la barca atada al muelle, pero no vio a nadie. Él reconoció que decía la verdad.

-Pero no la he matado, lo juro. Volvimos al pueblo, y desde esa noche no la he vuelto a ver. Luego supe que la buscaban y huí, por temor a que me culparan de algo.

En el primer interrogatorio se contradijo varias veces, mostrándose violento. Además, hallaron en su poder las pequeñas alhajas de su novia.

-Ella misma me las dio -estuvo explicando. - Se despidió muy cariñosa y, sin saber por qué, tuve el presentimiento de que nunca volvería a verla.

Tenía unos ojos marrones y lúgubres, como los de un sabueso, y continuó hablando, con una voz apagada y sin vida:

-Supe que ella tenía un problema: se estaba aburriendo de mí. Así que desapareció.

Ante el jefe de policía, se resistió a declarar. Al cabo de un rato, cuando terminó con la historia, estaba tan llena de agujeros como un colador. No había explicación posible para la desaparición de la chica.

-Es el mayor cuentista que me he echado a la cara - comentó el jefe, disgustado.

Decidieron interrogar a los vecinos de la chica. Aquel barrio olía a cáscaras de naranja y pescado podrido. La casera resultó ser una mujer alta, de complexión más bien masculina. Estaba limpiando la única habitación de alquiler que había en su casa.

-Era una chica muy ordenada -dijo. -Solía ayudarme en la cocina, y fregaba los platos. Nunca tuve que llamarle la atención, todo lo contrario -suspiró. -La última mañana se la pasó canturreando; parecía que le hubiera tocado algún premio de la lotería. Y luego... mire usted.

Su marido, un hombre gordo de aspecto grasiento, estuvo muy locuaz. De tiempo en tiempo bebía un trago de vino de un porrón.

-Aunque tenía aspecto de señorita, no era nada orgullosa. Ninguno podremos olvidarla -afirmó broncamente. - Sólo hace unos meses que apareció por aquí, y era

amiga de todos.

Su mujer asintió. Buscó una servilleta de papel y se sonó la nariz.

-Era una chica seria, no soportaba que nadie se aprovecharan de ella -dijo, y sus finos labios se torcieron con una sonrisa de orgullo.

Llegaban hasta allí las voces de unos niños, que jugaban al fútbol. Al salir, el inspector dio una palmada en el cogote al más cercano.

-Buen chico, serás un gran jugador.

Otra vecina aseguró que, al día siguiente de la desaparición, había visto de lejos al novio de la chica.

-Menudo mangante -comentó. -Nunca me gustó ese muchacho.

En efecto, después de algunas indagaciones, la policía comprobó que tenía antecedentes por robo y tráfico de drogas. Esta vez lo detuvieron por sospechoso de homicidio.

-Tienes derecho a un abogado, y a permanecer en silencio -oyó.

De nuevo fue interrogado por el juez. Parecía muy excitado y hablaba con una voz descompuesta y extraña. La luz del foco parecía cegarlo, y miraba nerviosamente alrededor.

-Yo no he hecho nada malo, lo juro. No quiero volver a la cárcel.

-Eso ya lo veremos.

Continuó exculpándose, alzando la voz cada vez más. Intercalaba exclamaciones y se clavaba las uñas en las palmas de las manos.

Quiero que me suelten -insistió.

Aquel inesperado torrente de palabras le había causado el efecto de un mazazo: de repente calló, y apretó los labios, como si se arrepintiera de lo dicho. A partir de entonces no lograron sacarle una palabra.

Es un tipo raro -dijo el oficial. -Es como si estuviera resentido contra todo el mundo.

Cuando lo trasladaban a la cárcel parecía haber perdido la razón: hacía extrañas muecas con la cara, y se agarraba nerviosamente a cualquier cosa que tuviera a mano.

La prisión era un edificio de tres plantas, grisáceo. Entró en la celda y la puerta se cerró ruidosamente tras de él. Entonces se volvió con el rostro enrojecido.

-Sois todos unos hijos de puta -gritó.

El guardia lo oyó, pero no dijo nada. Salió, dándole la espalda y dejando la puerta cerrada con llave y candado.

Fue condenado por asesinato. Los diarios publicaron la historia, y hubo numerosas versiones acerca de lo sucedido.

-Está claro que tuvo que ser él -comentaba la mayoría. Otros opinaban lo contrario.

-Antes ha cometido errores, y ahora los está pagando.

En cuanto a él, se sentía sin fuerzas para seguir luchando. Cuando miraba a través de los barrotes, hacia el exterior, no distinguía más que una gran extensión de terreno, y al fondo una pequeña casa abandonada.

-Siempre he tenido mala suerte -repetía en forma obsesiva.

En sus sueños, creía hallarse ante la vieja casita de su infancia. Pero allí la chimenea humeaba y las ventanas estaban abiertas de par en par. A veces se veía, a la edad de doce años, pescando con su padre. Más tarde, todo cambió: las malas amistades lo indujeron a beber y a drogarse. Pasando el tiempo, cayó tan bajo que

llegó a pedir limosna; se estaba rehabilitando, y ahora...

-Mi mala suerte -se decía.

En su primera temporada en la cárcel, protagonizó varias escenas de violencia y tuvo conatos de suicidio. Se vieron obligados a internarlo en una celda de seguridad.

Luego, había contraído el *sida*.

-Habrá que trasladarlo a un centro hospitalario -indicó el director. -No puede quejarse, no todos en sus condiciones tienen esa suerte.

Una mañana se despertó temprano, y se asomó a la ventana de la enfermería. Ya no veía la pequeña casa derruida, sino tan sólo un muro gris. Suspiró, y volvió a la cama, desmadejado y exhausto.

Ni siquiera me queda ese consuelo -pensó tristemente.

Sólo deseaba hundirse en el sueño y despertar al otro lado. Llamó al enfermero, pero nadie contestó.

-Amigo, no eres más que un cadáver -se dijo.

De madrugada estaba muerto. Era primavera; el aire estaba fresco, y la brisa venía perfumada con aromas de flores.

***

Habían transcurrido diez años desde la misteriosa desaparición, y nadie recordaba ya lo ocurrido. Estaban construyendo un lujoso hotel en la costa, y convocaron entrevistas para seleccionar personal a todos los niveles. Como el hotel aún estaba en obras, instalaron la oficina de contratación en el tercer piso de un edificio comercial. Por la zona podían verse jóvenes, y no tan jóvenes, aspirantes a alguna de las plazas disponibles. Solían reunirse en un bar cercano, y desde el exterior se oían sus conversaciones y risas.

Entonces sucedió lo inesperado. Un mediodía se detuvo un automóvil en la carretera: era moderno, tenía matrícula extranjera y lo ocupaban un hombre y una mujer. Él iba sentado al volante, fumando un cigarrillo. Era un tipo recio, de mediana edad, que vestía una camisa a cuadros; iba remangado hasta los codos, mostrando en el antebrazo izquierdo un complicado tatuaje.

Ella iba muy maquillada, y su cabello relucía bajo el cálido sol.

-Es allí enfrente -indicó sin dudar. -Tengo sed, vamos a entrar en ese bar.

La pareja bajó del automóvil y caminaron juntos, bordeando un alto muro. Él miró el reloj.

-Es hora de almorzar -dijo, con acento extranjero. -Comeremos ahí.

La mujer se había asomado al local y lo recorrió con la vista. Al fondo, detrás de la barra, vio a un hombre de unos cuarenta años. Era rubio y atlético, tenía la barbilla hendida y las orejas recortadas, sin lóbulos. Ella se aproximó.

-¿No me conoces? -preguntó con voz insinuante. -¿Es posible que no me recuerdes? -Él la observó, sorprendido.

-Dios mío, eres tú -musitó.

Parecía hipnotizado por su presencia, y se quedó momentáneamente sin habla. La miraba como si no acababa de comprender. Ella sonrió.

-Parece que vieras a un fantasma. ¿Tan cambiada estoy?

El hombre se humedeció los labios con la lengua. De pronto se había dado cuenta del grave significado de aquella aparición.

-Pues... sí -dijo sinceramente. Ella señaló a su acompañante.

-Es mi marido, y mi representante a la vez. Hemos venido al nuevo hotel, para

trabajar en la discoteca -explicó. -Nos hemos puesto en contacto con ellos, y me han admitido, pero falta firmar el contrato. Así que hemos concertado una cita para hoy. Y a ti, ¿qué tal te va? -Él hizo un gesto vago.

-Ahora soy el dueño de este bar, y tengo la concesión del nuevo bar del hotel. -ella palmoteó.

-¡Es estupendo! Te felicito, lo mereces.

Él la miraba, como quien observa un milagro que no acaba de comprender.

-¿Qué te pasa? ¿No vas a invitarnos a una copa? -sonrió ella maliciosamente. Él asintió con viveza.

-Por supuesto, eso ni se pregunta.

-¿Dónde podemos sentarnos para comer?

Él les indicó una mesa. Les sirvió unas copas y se marchó, mientras ellos comían y bebían en silencio. Un camarero sirvió el postre, y luego dos tazas de café.

-Invita la casa -indicó.

-Muchas gracias -dijeron a la par. El dueño del local se acercó; parecía más relajado.

-Espero veros por aquí -dijo. Luego sacó una tarjeta del bolsillo, escribió un teléfono y se la tendió. Ella se puso en pie y lo besó en la mejilla.

-Por los viejos tiempos -rió. Él no pareció sorprendido.

-Sí, por los viejos tiempos.

***

A última hora de la tarde, ya había llegado la noticia al casino.

-Y luego dicen que existe la justicia -gruñó el más veterano. -¿Se dan cuenta de condenaron a un hombre por un crimen que no había cometido?

-Yo todavía no me lo creo, tiene que ser un error -gesticuló un tipo menudo. -Esas cosas no pueden pasar.

En la comisaría, rompió el silencio la llamada aguda del teléfono. El oficial de guardia, un tipo de mediana edad, recogió el aviso.

-¿Pero, qué me está diciendo? Eso es imposible.

Colgó el auricular de golpe y se levantó del escritorio. Entró en el despacho de su superior.

-Se trata de la camarera que desapareció hace años. Al parecer, está bien viva -aseguró. -La han visto en el pueblo.

Hubo una pausa. El jefe se puso lívido, y el subordinado se adelantó a sus pensamientos.

-La hemos cagado -gruñó. -Si eso es verdad, mañana saldremos en todos los periódicos del país...

EL CURANDERO

La gente del lugar solía quejarse de que no estaban bien atendidos por sus médicos.

-Nos tratan sin consideración, porque saben que nos tienen seguros -comentaban algunos en el bar.

En ciertos casos, como no confiaban en el doctor que les correspondía, recurrían a alguno de la capital. Eso sucedía con varias personas mayores, algunas bastante adineradas.

-Me habla como si fuera un número, sin ninguna delicadeza. Ni siquiera sabe cómo me llamo, ni cómo soy, porque nunca me mira a la cara -suspiraba una anciana. -Se limita a recetarme siempre lo mismo, y no me sirve para nada -añadía, resentida.

Todo comenzó en julio, durante las fiestas de la localidad. Muchos vieron a un tipo bajito y calvo, que recorrió el pueblo trabando conversación con algunos vecinos. Luego había entrado a comer en un típico local: era un restaurante familiar, y estaba abarrotado de gente. Había allí viejos, hombres con mujeres y niños, y algún adolescente.

Se sentó a una mesa y le sirvieron una buena ración de estofado.

-¿Conoces a ese que está comiendo en el rincón? -le preguntó una señora gruesa a su marido. Él denegó.

-No tengo ni idea, no debe ser de aquí. Es la primera vez que lo veo.

En efecto, no había nacido en el pueblo, pero lo cierto es que lo había elegido para establecerse. Lo primero que hizo fue alquilar un modesto local, y montó allí un discreto despacho. Ocupaba una planta baja y, junto al pequeño vestíbulo, había instalado una sala de espera.

Dentro, separado del despacho por una cortina, había un pequeño cuarto. Y, cosa extraña, en él había una camilla de reconocimiento al lado de un armario, donde se guardaban una serie de objetos metálicos.

Pronto el boca a boca funcionó, y se hacían colas a la puerta de su casa. Aunque todos lo frecuentaban, nadie se atrevía a usar la palabra *curandero*. Lo cierto es que era un buen profesional, una persona afable, que curaba los achaques de sus vecinos por poco dinero. Sobre todo, trataba de conocerlos a fondo, desde el primer día.

-La encuentro mucho mejor que la semana pasada, señora -sonreía, y la dama se esponjaba:

-Es cierto, y a usted se lo debo. Duermo mucho mejor, y se me han pasado los dolores de espalda.

Llegó a un punto en que de toda la comarca acudían a su consulta, de forma que un día instaló sobre su puerta un pequeño rótulo, indicando:

CLÍNICA ACUPUNTOR.

Sus curas eran milagrosas. Uno de sus pacientes, al que trajeron en silla de ruedas, aseguraba que estaba paralítico desde joven, por un accidente de moto. Media docena de facultativos lo habían examinado, y dado su diagnóstico.

-Ellos me llaman *parapléjico* -indicaba, resignado. -Y dicen que no tengo remedio.

El primer día, el *acupuntor* estuvo un buen rato charlando con él.

-Veremos qué se puede hacer. Mejor dicho, veremos lo que *usted mismo* puede hacer -se corrigió. -¿De acuerdo?

Después de varias semanas, el hombre había mejorado considerablemente. Hacía cuatro meses que había ido por primera vez a la consulta, cuando una mañana entró por su pie.

-Vengo a darle las gracias -expresó, emocionado. -No hay nadie como usted.

El hombre negó, sonriendo.

-De ninguna manera. Yo no he hecho más que ayudarle, eso es todo.

Cundía la fama de sus curaciones. Llegó un momento en que su clientela era tan numerosa que tuvo que cambiar de local. Los médicos estaban atónitos.

-No es más que un curandero de mierda -decían, envidiosos y a la vez alarmados.

Sus consultas estaban medio vacías. Cuando por fin los doctores decidieron reunirse en un salón reservado del casino, estaban llegando al lugar los primeros fríos del otoño.

-Llevamos así más de un año -intervino el decano. -Ustedes dirán lo que vamos a hacer.

El compañero más cercano le dirigió una torva mirada.

-Lo denunciaremos al Colegio -indicó. -No podemos tolerar este fraude. -Uno muy delgado asintió:

-Sobre todo, con nuestra apatía estamos poniendo en peligro la salud de nuestros vecinos. Mañana mismo lo haremos, pero habrá que advertírselo antes. -El decano asintió.

-Yo me encargaré, si les parece bien -dijo categóricamente.

Todos delegaron en él y, cuando acabaron de conversar, entraron a cenar al comedor. Más allá de la ventana, el pueblo aparecía silencioso. Se distinguían arriba unas pocas estrellas, acompañadas de una luna brillante.

***

El médico elegido por sus compañeros de tertulia acudió al día siguiente a la consulta del acupuntor. Estaba abarrotada, llena de mamás y niños alborotadores. Él pensó que debía ganar mucho dinero.

-El doctor todavía no está -le dijo una chica menuda. El recién llegado carraspeó.

-Eso del doctor... dirá el curandero -aclaró.

-Bueno, lo que usted quiera -sonrió la muchacha. -Al menos, a mí me está curando.

-¿Usted está enferma?

La chica afirmó, con convicción:

-En realidad, estaba enferma. Ahora estoy casi bien. -Él se encogió de hombros.

-Vaya una ilusa -pronunció en voz baja.

Cuando el dueño de la consulta entró, él se adelantó, sin tenderle la mano.

-Espero no interrumpir sus... intervenciones ilegales -le espetó con aire de triunfo.

El otro se quedó callado, y él prosiguió:

-Usted está engañando a esta pobre gente, y voy a denunciarlo -amenazó. -Lo echarán del pueblo, porque es un impostor.

Un silencio incómodo se apoderó de la consulta. Los rostros de varias mujeres reflejaban un profundo asombro. Aún así, él parecía tranquilo.

-¿De qué me está hablando?

-Sabe muy bien de qué le hablo. Usted va a ser acusado de ejercer ilícitamente la medicina

Él no pareció inmutarse, y el otro le dirigió una mirada iracunda.

-¡Va a acabar en la cárcel! -Él lo miró con extrañeza.

-¿Me está amenazando? -El médico se encogió de hombros.

-Llámelo como quiera. Allí, quizá lo dejen ejercer en la cárcel de mujeres -agregó con sarcasmo. -Pero no diga que no se lo hemos advertido.

Había varias personas a su alrededor, y continuaban guardando silencio. Él habló con dignidad.

-Puede hacer lo que quiera -respondió, tranquilo. El otro lo miró.

-Lo haré, por supuesto -dijo con insolencia.

Luego se fue, sin despedirse. En realidad, la denuncia ya estaba redactada, y se envió al colegio de médicos. Iba dirigida al presidente y mencionaba el nombre del que, según decían, se había introducido en el pueblo para ejercer la medicina de manera fraudulenta.

Por fin llegó una carta con la respuesta de la entidad sanitaria, y el decano la abrió ante sus colegas. Rasgó el sobre nerviosamente.

-Vamos a ver -dijo con impaciencia. Luego, su rostro se ensombreció.

-¿Cómo es posible?

Durante unos instantes evitó seguir la lectura. Más tarde prosiguió, con un fruncimiento de cejas.

-Pero, ¿qué dice? -lo apremiaron sus compañeros, intranquilos.

Él no contestó. Le entregó a un colega la carta, que fue pasando de mano en mano. Ante la sorpresa de todos, contenía una información inesperada. Entre otras consideraciones, decía:

"El individuo al que se refieren es médico, y está colegiado".

Pronto se extendió la noticia: en realidad, el curandero era un verdadero médico, e incluso había hecho el doctorado.

-Y estaba colegiado -decían sus pacientes con orgullo.

-¿Por qué no lo había dicho?

El barbero del pueblo, el único que conocía la verdad contestó, sonriendo:

-Como en un principio no tenía éxito como doctor, se estableció como curandero, y entonces su clientela subió como la espuma

. -¿Eso hizo? -Él asintió.

-Yo lo supe desde el principio, pero él me rogó que guardara el secreto.

-Y, ¿qué piensa él ahora, después de lo ocurrido?

-Al principio, lamentaba haber pisado este maldito pueblo -afirmó el hombre, suspirando. -Pensó en largarse, y no volver por aquí nunca más.

-¿Y?... . El otro continuó despacio.

-Pero luego se lo pensó mejor -añadió. -Estaba renegando, cuando se apaciguó de pronto, y me dijo:

-"No pienso cambiar de profesión. Yo me instalé aquí como curandero, y así seguiré".

LA ESCOPETA DE CAZA

–Yo lo he matado -dijo ella, en un susurro.

Hablaba en forma tan natural que resultaba convincente. Era pequeña, casi delicada. Su pelo comenzaba encanecer, pero el rostro aún conservaba unos rasgos suaves y juveniles.

El suyo había sido un matrimonio sin hijos, de costumbres conservadoras y una economía saneada, aunque nunca disfrutaron de grandes lujos. Al parecer, él pertenecía a una buena familia, y era muy considerado por sus convecinos.

-Es un hombre importante -se jactaban ante sus amistades.

-¿Y es amigo vuestro?

-Lo es.

Últimamente, él había empezado a alternar más de lo que tenía por costumbre; se había unido a un grupo de su mismo nivel social, con una particularidad: todos eran hombres solteros. Lo habían visto últimamente a altas horas de la noche saliendo de algún club nocturno, y se comentó con extrañeza que su esposa no lo acompañara. Por supuesto, ella permanecía en casa, como siempre había hecho, sólo que ahora estaba sola.

El inspector encargado del caso era alto y desgarbado, con una frente amplia. Entró en el comedor, y se puso a curiosear el gran aparador con cristales esmerilados. La mesa no estaba puesta, pero había sobre ella un frutero con naranjas, manzanas y plátanos, y una bandeja blanca con varios vasos y una jarra. Luego pasó al cuarto de estar. Encontró allí a la dueña de la casa, acompañada de una mujer algo más joven, que resultó ser su hermana. El hombre dio unos pasos dentro de la habitación.

-Bueno, vamos a aclarar esto. No me ha dicho todavía como ocurrió todo -le dijo a la viuda.

Ella habló muy poco, después de su extraño testimonio. Siguió mirando al frente, y no hubo forma de sacarle ninguna explicación.

-Vamos, hable ya.

De pronto, pareció decidirse. Había entrelazado las manos en su regazo, pero su cuerpo estaba rígido.

-Tenía amantes -fue lo único que dijo.

-Su marido ha muerto por un disparo de su arma de caza. Vamos a ver, ¿habían discutido?

Ella lo miró con fijeza.

-Claro que habíamos discutido. Lo hacíamos a diario, últimamente.

-¿Con qué motivo? -le preguntó él.

Ella enrojeció un poco. Sonrió tristemente.

-Por cosas normales. -Él preguntó, extrañado:

-¿Cómo, cosas normales? -La mujer asintió.

-Sí, cosas normales.

Después de mucho insistir, pudo arrancarle algunos detalles. La víspera, al parecer, la víctima había proyectado salir de caza muy temprano. Solía hacerlo los sábados, y partía con sus compañeros antes de amanecer. Le había pedido a ella que le tuviera las cosas preparadas, como siempre había hecho.

-Y usted, ¿qué hizo?

-Hice lo que él me pedía. Pero esta mañana lo estaba aguardando... y le disparé.

Su hermana cerró los ojos y se estremeció.

-Está muy nerviosa -indicó en voz muy baja. -Creo que ha perdido la cabeza. -Se detuvo un momento, y suspiró. -En todo caso, ella es una mujer resignada, y no creo que pueda llegar a ese extremo. -El inspector habló abruptamente.

-¿A qué tenía que resignarse? -Los ojos de la hermana se llenaron de lágrimas. Continuó con voz monótona:

-Últimamente, la gente comentaba. Sólo eran habladurías, que incluso han llegado hasta nosotras. Es que, ¿sabe? La gente no tiene caridad. Incluso, hay quien goza con el sufrimiento ajeno...

-¿Qué habladurías son esas, si se puede saber?

La mujer se irguió un poco en la silla.

-Se ha dicho en el barrio que mi cuñado tenía una amante. ¿Sabe usted? Esta es una zona de gente acomodada, que no tiene otra cosa que hacer más que dedicarse al chismorreo.

El hombre atendía, con el ceño fruncido. La habitación daba al jardín y comunicaba un ambiente de paz, con las cortinas blancas tamizando la luz, y las hojas de la palmera recortándose contra el luminoso exterior.

-Éste pudo ser un buen móvil -observó, pensativo, y ella continuó, como si no lo hubiese oído:

-Mi hermana ahora está muy trastornada, y por eso se acusa del crimen. Pero yo sé que es inocente.

***

En cambio, el inspector había llegado a la conclusión de que ella era, verdaderamente, la asesina. No había necesidad de seguir con las indagaciones, ni de hacer demasiadas preguntas. Llevaba demasiado tiempo aguardando un ascenso, y consideraba este caso como un éxito personal. Ésta era su ocasión, y pensaba aprovecharla. Se dirigió a la hermana.

-¿Usted oyó la disputa?

-Sí, es cierto que estuvieron discutiendo, pero... -Él intervino con voz firme.

-Lo siento mucho -le dijo. -Pero me veo obligado a detener a la señora, como presunta culpable de la muerte de su esposo.

La aludida pareció encogerse. Comenzó a reír en forma estridente.

-¡Claro que soy culpable! -chilló.

Un sobrino del muerto acababa de llegar, justo cuando los camilleros se llevaban el cadáver. El policía le comunicó lo ocurrido. Él parecía indignado con su tía política.

-Esto echará más leña al fuego -pensó el inspector.

***

En el pasillo de comisaría, se había formado un pequeño grupo de varios policías que comentaban lo ocurrido en las últimas horas. Todos, incluido el comisario, aguardaban el informe del médico forense. El inspector encargado del caso se dirigió a sus compañeros.

El asunto está claro -dijo con voz altiva. -El hombre ha muerto por un disparo, y la esposa se ha declarado autora. ¿Queréis algo más?

Sonó el timbre del teléfono. El superior se había acercado al aparato, y cogió el auricular. El forense habló al otro lado, y él arrugó el ceño.

-¿Cómo dice? ¿Está seguro de que ella no lo mató?

El forense le estuvo explicando unos datos, mientras él afirmaba con la cabeza. La luz gris del exterior, que se filtraba por dos ventanas pequeñas y tristes, caía cerca de la pared interior. Él apoyó la palma de la mano contra el frío cristal de la ventana.

-Bien, gracias por todo. Nos mantendremos en contacto -pronunció entre dientes.

Colgó el teléfono, y se volvió a sus hombres.

-Traigan a la mujer a mi despacho -ordenó. -Tengo que hablar con ella.

Cuando la tuvo delante, se preguntó cuál sería su edad. Ella entrecerró los ojos y se estremeció. Siguió un silencio de varios segundos.

-Señora, su marido tropezó en el umbral cuando se disponía a salir de caza. Entonces, el arma se disparó y lo hirió de muerte. -Ella pareció sorprendida.

-Ah, no -El comisario la miró con fijeza.

-Así es, señora, y las pruebas son concluyentes.

-Entonces, ¿yo no lo he matado? -preguntó la mujer, y por primera vez se advirtió en su voz una nota de alivio.

-No señora, no -insistió el policía.

Ella sacó algo del bolsillo. Era un papel doblado y, por lo visto, lo llevaba guardado allí todo el tiempo.

-Entonces, ¿esto? -vaciló.

El comisario cogió el papel. Estaba escrito en letras mayúsculas, y lo leyó en voz alta:

-Ojalá te mueras... -Ella habló suavemente.

-Eso lo escribí yo. -El hombre pareció desconcertado.

-Pero, señora... Eso no quiere decir nada.

Fuera, todos seguían aguardando. Cuando la mujer abandonó el despacho, varios la siguieron con la mirada.

Mientras, el comisario se dirigió al inspector encargado del caso, y lo invitó a entrar con un gesto. Luego se acomodó de nuevo tras la mesa, en su silla giratoria.

-Ha sido un accidente -dijo en forma severa. –El hombre tropezó en el umbral, y se le disparó la escopeta de caza. El tiro le entró por la parte baja del mentón.

Se hizo un largo silencio. El inspector se había quedado de piedra.

-¿Es posible? -El comisario estaba jugando con sus gafas.

-No sólo posible, sino seguro. El disparo fue accidental.

-Pero ella misma ha declarado... -El jefe asintió.

-Sé lo que ha declarado.

El inspector se quedó inmóvil, y uno de sus párpados comenzó a latir.

-¿Cómo se explica? -El jefe habló en tono cortante.

-Lo que haya dicho no tiene ningún valor -Hubo un silencio tenso, y el inspector aspiró hondo.

-No entiendo nada -dijo.

El jefe se había levantado y habló de pie, junto a la mesa.

-Según el forense, ella llegó a la convicción de que era la asesina, subjetivamente culpable a causa de sus deseos íntimos. Era desgraciada en su matrimonio y deseaba la muerte del marido.

El otro frunció el entrecejo.

-¿Eso puede ser?

-Sí, aunque no suceda a menudo -explicó el comisario. -Después de que ambos discutieran, a él se le disparó el arma y lo mató. De esta forma, ella llegó a la convicción

de que era la asesina. -Se detuvo un momento y prosiguió, despacio: -De hecho, después de lo ocurrido deberán someterla a un severo tratamiento psiquiátrico.

Miró al subordinado con expresión adusta.

-Espero que no vuelva a equivocarse -dijo torvamente. - Y no olvide nunca que las confesiones deben ser apoyadas por circunstancias objetivas.

EL PANTANO.

-No creo en el crimen perfecto -había dicho ella. -En realidad, el argumento me parece una tontería.

Era una chica alta, de cabello oscuro y una esbelta figura. Tenía largas piernas, y una alegre sonrisa. Había empezado en compañías modestas de teatro, y ahora había triunfado en un importante *casting* para un musical. Eran muchas las que aspiraban al trabajo

Hablaban del tema de la obra. Su compañero la observó: la chica vestía ceñidos vaqueros blancos y un top, y llevaba un pañuelo anudado a la cabeza. Pensó que tenía el aspecto de alguien que acostumbra a salirse con la suya.

-A mí el argumento me parece muy bien -dijo él, sonriendo. -Tiene mucha garra.

Charlaron de las últimas pruebas. Ambos tenían buenas voces, y los habían escogido para los papeles principales. Luego vinieron los ensayos.

Ella lo observó a su vez: el muchacho tenía el pelo de un color rubio dorado, peinado hacia atrás, con rizos que le llegaban hasta los hombros. El cabello, la cara, los ojos, todo contribuía a una perfecta combinación.

-Es guapo, quizá demasiado -se dijo.

El director artístico era un ser extraño, y había dado que hablar por sus inclinaciones sexuales. Tenía cuarenta años. Se trataba de un hombre menudo, de rostro triangular y fino, con unos ojos intensos y grises. Había sido actor; era a la vez guionista y maestro de baile. Desde el primer momento, el muchacho lo había impresionado.

-Tú puedes llegar -le había dicho. -Tienes verdadero talento.

-Parece que le gusta -decían las chicas entre risas.

Se ensayó duramente y, después del estreno, la obra llevaba varias semanas representándose en uno de los mejores teatros. El musical fue un verdadero éxito, y el protagonista contribuyó en gran parte. Las actrices se lo disputaban.

-Está de dulce -comentaban. -Quién lo pillara.

Él era muy consciente de su atractivo y tonteaba con todas. Pero ahora parecía haberse fijado en su compañera de reparto.

-Es una actriz genial -expresó en voz alta. El director se encogió de hombros.

-Te estás enamorando -le dijo con tristeza, y el muchacho se echó a reír.

-Pero ella no me corresponde -bromeó. El hombre parecía disgustado.

-Y a mí me provoca y me pone en ridículo.

La obra iba viento en popa. Al principio todos estaban nerviosos, pero ahora los nervios se habían transformado en cansancio. El director había propuesto aprovechar el descanso de un lunes para ir todos juntos de excursión.

-Celebraremos el éxito, y al mismo tiempo podremos relajarnos. Estamos agotados. Saldremos temprano por la mañana, y volveremos por la noche.

Habían alquilado un microbús y la chica se sentó junto a su compañero. Llevaba el oscuro cabello recogido en una pequeña trenza, vestía pantalones y una blusa color melocotón

-Estás guapísima -le había dicho él.

Almorzaron en un en un parador, cerca del pantano. Después de comer, las chicas estuvieron charlando.

-Ven con nosotras al pueblo -le dijeron a la protagonista. Ella movió la cabeza.

-No me encuentro muy bien -contestó. -Además, me apetece estar sola.

Pasaron un rato en el pueblo y la vuelta la echaron de menos

. -¿Dónde está María? -El director levantó la vista del periódico que estaba leyendo.

Después de comer, dijo que iba a dar una vuelta por el pantano. Dijo que quizá se diera un chapuzón. -La más menuda frunció el ceño.

-No es conveniente bañarse después de comer, y menos si has bebido cosas frías. -Otra se encogió de hombros

-Vamos, no seas tonta. Eso ya no se lleva. Eran cosas de nuestras abuelas.

-Habrá salido con el Rubio -indicó una tercera. La compañera lo negó.

No, acabo de verlo. Está dentro del parador.

Cuando se lo dijeron, él pareció alarmarse.

-Iré a buscarla -dijo, poniéndose en pie de un salto.

La estuvieron buscando por los alrededores. Él se alejó y tras tardó un buen rato en volver.

-No la veo por ninguna parte -dijo.

Alarmadas, salieron todas en su busca, acompañadas del muchacho. Tan sólo el director se quedó, leyendo el periódico. Al rato apareció el Rubio; traía el pelo revuelto y el rostro congestionado. Tenía rosetones escarlata debajo de los ojos

-La hemos encontrado en el pantano: estaba boca abajo, en la orilla. Llevaba puesto el bañador, y estaba muerta. Su cuerpo apenas sobresalía del agua y no había señales de violencia. Parece que se ha ahogado.

Durante unos momentos ambos permanecieron callados.

-Hay que avisar a la policía -dijo el hombre. -Será mejor que llames tú, que la has encontrado.

Una amiga lo acompañó al teléfono. Pidió hablar con el jefe.

-Aguarde un momento -oyó.

Aquel fin de semana, el inspector de policía había pasado unos días especialmente malos. Contestó al teléfono, entre aburrido y somnoliento.

-Voy para allá -indicó. -Iré con un médico.

El doctor era un hombre de baja estatura, rechoncho y calvo, con un chaleco sobre la camisa. Tenía la cara sonrosada y la voz untuosa. Mientras el policía observaba el escenario del suceso, él se arrodilló y estudió el cadáver. Lo estuvo examinando durante unos minutos

. -¿Saben si la chica tenía problemas de corazón? -preguntó.

-Creemos que no. -El médico siguió hablando despacio.

-Por la posición del cuerpo, no es difícil imaginar lo que ha ocurrido: se ha mareado, ha caído de bruces y se ha ahogado. Luego se dirigió al inspector. -El cadáver está todavía caliente, fláccido, si livideces. Todo lo más, hace tres horas que ha muerto.

El policía observó el cuerpo y el rostro de la joven. Aparentaba unos veinte años y tenía las orejas y las uñas cianóticas.

-Seguramente, menos de tres horas -indicó. - Voy a sacar fotografías. -El médico asintió con la cabeza.

-Hágalo, aunque no veo nada sospechoso. Es la segunda forma más común de accidente. -El inspector asintió.

-De todas formas, habrá que interrogarlos a todos.

-Eso es cosa suya -dijo él.

La muerte de la chica había dejado pasmada la pequeña comunidad. Los rostros estaban demudados por el calor y el nerviosismo.

-Estamos a su disposición -dijo el director, inclinándose.

El inspector era un hombre de unos cincuenta años, alto, musculoso y de curtida tez casi marrón. Vestía sandalias de cuero, pantalones cortos color caqui y camiseta marrón, manchada de sudor por las axilas. Estuvo haciendo preguntas, y todos contestaron lo mejor que pudieron. Hubo testimonios para todos los gustos. Todos coincidían en que la chica no se encontraba bien.

-Dijo tener molestias, posiblemente por la digestión

El Rubio se mostraba abrumado. Sus altivas facciones estaban descompuestas, y el pelo revuelto le caía sobre la frente.

-¿Sabe algo de lo sucedido? -interrogó el policía. -Creo que eran ustedes buenos amigos.

Él se humedeció los labios con un gesto nervioso.

-Llevábamos poco tiempo saliendo. Pero el otro día me dijo que nadaba muy bien. -El inspector hizo un gesto vago.

-No importa, a veces los buenos nadadores pueden ahogarse. -El médico asintió.

-El fenómeno se llama baño frío -afirmó. Hubo un leve centelleo en los ojos grises del director.

-Entonces, ha sido muerte natural. Imagino que extenderán el certificado de defunción. -Se detuvo un momento. -Habrá que decírselo a la familia, creo que viven fuera -añadió, suspirando. El médico pensó un momento.

-Usted lo está diciendo todo -indicó en tono seco. -Las cosas no son tan fáciles... -El Rubio lo miró.

-¿Qué quiere decir?

-Quiero decir que no hay que sacar conclusiones precipitadas. Habrá que hacer la autopsia... -El director pareció sobresaltarse, y se puso en pie.

-¿Podemos hacer algo más? -preguntó. El policía negó con la cabeza.

-No, por ahora es suficiente. Pueden irse, pero nos mantendremos en contacto.

A última hora de la tarde se reunieron en la explanada, y encendieron una hoguera: habían traído los ingredientes necesarios para hacer una barbacoa, pero nadie tenía ganas de comer.

Finalmente, decidieron tomar la furgoneta, y volver. Una vez en la ciudad se despidieron hasta el día siguiente, antes de la función.

***

La televisión local ofreció información sobre el cuerpo hallado la víspera. El testimonio del forense fue categórico.

-La autopsia, aunque necesaria, no ha dado ningún resultado sospechoso. Autopsia blanca la llamamos -le dijo al inspector. -No había contusiones en el cuero cabelludo, ni hematomas en el cuerpo. He hallado en la sangre un nivel medio de anfetaminas, estimulantes del sistema nervioso. -El otro lo miró

-¿Señales de estrangulación? -Él contestó sin dudar.

-Negativo. Había espuma en los bronquios y en la tráquea. Además, he hallado restos de arena, limo y partículas alimenticias en los pulmones. Características del ahogamiento, digamos... normal. Y ausencia de lesiones que indiquen una muerte

violenta. -El inspector entrecerró los ojos.

-Tampoco se ha hallado ningún arma. Entonces, ¿la causa de la muerte?

-La chica ha fallecido de muerte natural. Con toda seguridad no ha sido suicidio, y tampoco homicidio ni accidente. Tenía el estómago lleno; además, según los restos de alimento, debió tomar unas cervezas. Se llama síncope por corte de digestión, y la muerte ocurre de manera fulminante.

-¿Hay circunstancias que la favorezcan? -El otro dudó.

-Puede ayudar un gran esfuerzo físico, o bien la fatiga, o... el coito.

- ¿Usted cree que... ?

-No en esta ocasión. No había restos de relación sexual

-¿Entonces?

-Este es mi diagnóstico oficial: Sumersión con inhibición. Se trata de un caso de ahogado azul. -El policía alzó las cejas.

-Los ahogados azules han muerto en el agua -siguió explicando el médico. -Se produce cianosis en cara y orejas, el agua penetra con fuerza y produce espuma. Entra incluso en la sangre arterial.

***

Comunicaron el diagnóstico al director de escena, y el hombre respiró, aliviado.

-Es lo que esperaba -sonrió tristemente. -De todas formas, ha sido horrible: una terrible experiencia para todos nosotros...

Él se encargó de transmitir el diagnóstico al resto de los compañeros.

-Muerte accidental por ahogo -les dijo. -En resumen, la investigación ha resultado negativa.

El periódico local le dio mucho bombo a la historia. El funeral tuvo lugar el jueves por la mañana, y a él acudió la familia acompañada por algunos amigos, todos ellos consternados.

El director permaneció muy serio durante la ceremonia. Luego, a solas, sonrió.

-Pudo haber ocurrido exactamente como dicen, pero no fue así -pronunció en voz baja.

Pensó en el chico rubio. Él lo había descubierto entre otros muchos candidatod, y desde el principio decidió ayudarlo. Más tarde, por desgracia, se dio cuenta de que lo estaba perdiendo.

-No puedo hacer nada -se dijo, consternado.

Pero luego llegó la ocasión, y él la había aprovechado. Aquella presuntuosa no volvería a burlarse de él.

Había sido tan fácil... Cuando la vio nadando en el pantano, pensó primero en invitarla a dar un paseo en barca. Podía cogerla por sorpresa y darle un empujón, simulando una caída accidental. Pero la muchacha nadaba muy bien. Por otra parte, ella se adelantó.

-¿Me acompañas un rato?-propuso, mordaz. -El agua está muy buena.

Estuvo nadando al lado de la chica; luego se zambulló, y tiró de ella por los pies. Durante varios segundos, un estallido de burbujas había surgido de su boca abierta.

-Hasta que se ahogó -rió el director para sí.

Estuvo recordando la historia de aquel famoso asesino, que asfixió a varias mujeres en una bañera. Él le había proporcionado la idea.

-Casi un crimen perfecto integral, porque no voy a reincidir -sonrió. -Ni siquiera ha sospechado nadie que de que se tratara de un crimen...

LA ANTIGUA BODEGA

Era viernes, y habían dado las diez de la noche, cuando en Comisaría sonó el teléfono. La llamada la hizo un hombre, que parecía muy nervioso: al parecer, su esposa había salido sobre las cinco de la tarde; dijo que volvería en una hora, pero no lo había hecho. Él no se había movido de casa.

-Habían pasado tres horas cuando comencé a preocuparme -dijo el hombre. -Por eso les llamo.

-¿Qué le preocupa? -La voz al otro lado sonó insegura:

-Vivimos en una finca y, aunque era mayor, ella estaba fuerte y le gustaba salir sola a pasear. De todas formas, nunca había tardado tanto en volver. Temo que le haya pasado algo.

El policía carraspeó.

-Todavía puede llegar esta noche. Si no es así, iremos mañana por la mañana -dijo, arrojando sobre la mesa una revista que había estado leyendo.

Por la mañana ella no había vuelto, y el inspector jefe, encargado del caso, se personó en la finca con dos de sus hombres

Se trataba de una hermosa finca de recreo. La casa estaba situada en el centro de una ladera, y se accedía a ella a través de un jardín formado por varias terrazas, sembradas de césped intercalado con macizos de flores y piedras de formas diversas.

El alero del tejado era ancho, y sus vigas estaban pintadas de rojo oscuro. Había macetas con geranios en las ventanas de la planta superior. Un rosal trepador, con flores rosadas, remontaba a la tapia. El cielo estaba azul. Al olor de las rosas se mezclaba el perfume penetrante de jazmín, el aroma del tomillo y la menta, de la albahaca y la lavanda. Encima de la puerta colgaba un farol, y había árboles en el patio que remontaban la tapia y el tejado. Al fondo, un arco en el muro encalado daba paso a la parte trasera de la finca.

El inspector jefe de la policía judicial era un hombre delgado, moreno, con el pelo canoso, que se expresaba con arrogancia.

Llamó a la puerta con un timbrazo, y un hombre de mediana edad salió a abrir. Tenía los ojos pequeños y una nariz de caballete, pero el conjunto de su fisonomía era armónico. Vestía una camisa de tergal de un tono verdoso, y por el escote desabrochado asomaba un vello dorado.

-Venía por su llamada -dijo el policía. El hombre movió la cabeza con preocupación. Sus ojos, surcados de finas arrugas, observaron al recién llegado.

-Se lo agradezco mucho -repuso, estrechando su mano.

Hizo pasar a los tres hombres a una habitación con muebles sencillos, pero señoriales. En una vitrina de cristales y madera se lucía una bonita vajilla de porcelana blanca. En el centro de la pieza había un hermoso velador macizo, de patas torneadas, y alrededor cuatro sillas de la misma madera, y de línea elegante. Sobre la mesa, un jarrón blanco sostenía claveles también blancos, y ramos de finas flores amarillas.

-Vengan por aquí, estaremos más cómodos -indicó.

Al patio interior se accedía por una puerta de dintel redondeado. El suelo era de grandes losas de piedra rosada. Hacía calor, el sol se metía de plano entre los muros encalados.

Les indicó que se sentaran, pero él permaneció de pie, y comenzó a pasearse por

la habitación. No podía disimular su inquietud. Le estuvieron haciendo preguntas, a las que contestó con vehemencia.

Repitió lo que había dicho horas atrás. Añadió que su esposa era viuda, y dueña de unas famosas bodegas. Su primer marido había sido senador.

-Yo había estado empleado en la bodega, al tiempo que en mis horas libres hacia de jardinero en la finca -explicó rápidamente. -Luego ella enviudó. Siempre me había apreciado, y se encontraba tan sola que me propuso que nos casáramos.

-Ese era su marido, y esa es ella -indicó, volviéndose hacia un gran retrato al óleo que había en la pared, y que representaba a un hombre vestido con uniforme de marino.

Enfrente, una pintura semejante mostraba a una mujer con una larga cabellera rizada, quizá poco apropiada para una señora de su edad. Sus facciones eran regulares, aunque un tanto toscas, y llevaba los labios demasiado pintados. Vestía un traje azul de seda, con el escote pronunciado.

Alguien había tocado con los nudillos a la puerta, y el hombre se volvió. Entró un sirviente, y se detuvo. Él le indicó que trajera unos vinos.

-Ahora mismo, señor -terció el sirviente por detrás de su hombro. El policía alzó las cejas con desagrado.

-¿No es demasiado pronto? -objetó. El dueño de la casa hizo un gesto vago.

-No tome nada, si no quiere...

El inspector estuvo observando la maciza librería. Era, indudablemente, un mueble antiguo y muy pesado. Tenía puertas de cristal, y dentro una serie de objetos de cerámica: jarrones y diversas clases de animales, perros y patos de distintos tamaños y actitudes. También contenía unas cuantas docenas de libros, todos encuadernados con pastas lujosas en piel sobredorada.

-¿Ha tratado usted de encontrar a su esposa? -preguntó, volviéndose. El hombre lo miró con ojos ausentes.

-Ayer, cuando vi que no volvía, avisé a unos vecinos. Todos estuvimos buscándola, pero sin ningún resultado -suspiró. -Como saben, eran más de las diez cuando decidí avisarlos a ustedes... y ya ven, seguimos lo mismo, ella no ha aparecido. No he pegado ojo en toda la noche... -añadió, bajando la voz.

El criado entraba con botellas y varias copas en una bandeja. Él estuvo sirviendo el vino, y tomó su bebida, cosa que los otros no hicieron. Acercó una silla a la del policía, y apoyó la mano en su hombro.

-¿Qué ha podido ocurrirle? -inquirió. Antes de que el otro pudiera contestar agregó, moviendo la cabeza: -No quiero ni pensarlo...

Hubo un largo silencio, en que se oyeron fuera los sonidos del campo. El hombre aspiró hondo.

-Comprendan, estamos muy enamorados -confesó, con la mirada baja. -Poco antes de que ella saliera, estuvimos un rato paseando por el jardín -El inspector se mordió los labios.

-Eso está bien -dijo con frialdad. -En fin, ya es hora de que hagamos algo. Acompáñenos, por favor.

Los tres policías se pusieron en pie, y el dueño de la casa los imitó. Apuró de un trago su segunda copa.

-No faltaba más -admitió.

Al salir al exterior, el policía se fijó en el piso de arriba, en una ventana reducida

que parecía de un antiguo granero. Había en la parte superior una polea de hierro, y le faltaba la cuerda.

-¿La han buscado ahí? -señaló. El hombre contestó, tajante:

-La hemos buscado por toda la casa, y también en la antigua bodega.

-Claro, claro -se excusó él, con una ligera sonrisa.

El inspector miró alrededor. Más allá de la pradera de césped, un largo muro de piedra cercaba la finca, y en él se abría un portón redondo, remontado por un tejadillo en dos vertientes. Descendieron varios escalones. Fuera, el camino era de tierra blanca, con trocillos menudos de piedra, y ofrecía un aspecto abrupto y seco. Al otro lado de la tapia empezaba el espacio oscuro de los árboles, hasta llegar a la orilla de un río.

Estuvieron rastreando el lugar, sin dejar un solo rincón. Las copas de los árboles eran de un verde lujurioso. No lejos, el camino se internaba entre las laderas, donde las hierbas y matojos habían comenzado a secarse. Cuando el policía se volvió hacia sus hombres, llevaba el traje oscuro manchado de polvo.

-Habrá que dragar el río -indicó. -Vamos, tendremos que pedir refuerzos.

***

Unos vecinos se habían reunido en torno a varios hombres-rana, que acudieron con sus equipos. El marido se había cambiado de ropa y llevaba ahora unas botas muy altas, con unos pantalones de pana, y una camiseta. A la mujer la hallaron tras un par de horas de búsqueda; al parecer, se había ahogado en el río. Cuando lograron sacarla, su aspecto era penoso: llevaba puesto un vestido muy sucio, remangado casi hasta la cintura, y el cieno del fondo ensuciaba sus cabellos rizosos, donde se habían enredado algunas hierbas y pequeñas raíces.

A su vista, todos los presentes sintieron un estremecimiento. En cuanto al esposo, parecía haber recibido un fuerte golpe.

-Es imposible, no puedo creerlo -repetía una y otra vez, con expresión compungida.

Una vecina que acudió estaba inconsolable, y tenía el rostro bañado en lágrimas.

-Pobre, pobre mujer...

El marido parecía absorto, como fuera de sí. Lo ayudaron a bajar de la barca y lo acompañaron a la casa. Por el camino, el policía lo observó con gesto preocupado.

-Habrá que hacer la autopsia -le dijo. -Es mejor que usted permanezca en su casa, y en cuanto sepamos algo le daremos noticias.

***

Ya en Comisaría, el inspector se sentó ante su mesa, con el ceño fruncido.

-Veremos qué nos dice el forense -gruñó.

Transcurrieron dos horas, que se le hicieron eternas, antes de que contestara el equipo del laboratorio. Por fin llamaron a la puerta y uno de los agentes entró, con un sobre en la mano.

-Es el informe provisional. La mujer se ha ahogado, al parecer, pero faltan las pruebas forenses. Mañana tendrán los resultados.

El agente permaneció aguardando mientras él encendía un cigarrillo.

-Está bien, gracias -le dijo, después de leer el informe.

Al día siguiente, a primera hora, el forense comunicó por teléfono que tenía listos los datos completos de la autopsia. De nuevo llamaron a la puerta del despacho y entró el mismo agente, que se inclinó hacia el jefe:

-El marido está fuera -murmuró a su oído. -¿Qué hacemos con él? -El policía entrecerró los ojos.

-Que pase. Él solo, por favor, y que se vaya todo el mundo.

Así se hizo. El apretón de manos fue breve. Las mejillas del hombre habían

empalidecido, y tenía unas profundas ojeras.

-Siéntese -le indicó el policía.

Sirvió dos tazas de café y tomó un sorbo de la suya. Sacó una libreta y un lápiz, mientras el otro lo observaba. Cuando habló, su voz era solemne.

-Voy a detenerlo por el asesinato de su esposa -le dijo. El otro dio un respingo en su asiento.

-¿Qué dice?

El inspector jefe no levantó la mirada de la libreta.

-Ella fue asesinada -pronunció despacio. Una expresión de alarma cruzó el rostro del hombre.

-Yo no salí de casa -vaciló, y sus labios trataron de abrirse en una tensa sonrisa.

-Usted la mató -añadió el policía. El hombre se irguió.

-¡Eso usted no puede probarlo!

El inspector dejó sobre la mesa la libreta y el lápiz. Luego aspiró hondo.

-Ella no murió ahogada en el río -pronunció despacio.

Los ojos del hombre se abrieron. Estaba rígido, con el codo apoyado en el brazo del sillón. Tardó un minuto en recobrar su aplomo.

-¿Dónde quiere llegar?- El policía siguió hablando con lentitud:

-El río está lleno de hierbajos. El agua está estancada. -El hombre frunció el ceño. Hubo una pausa, y se incorporó.

-¿Cómo dice? -preguntó, incrédulo.

El otro terminó de tomar el café, se levantó y fue hasta la puerta.

-En los pulmones no había hierbas, sino jabón de tocador -indicó, volviéndose.

Las palabras del hombre sonaron tensas:

-¿Pero, qué esta diciendo? Usted...

-Ella ha sido ahogada en la bañera. - dijo el inspector, cortándolo en seco.

Las pruebas eran concluyentes, y acusaban al marido. Cuando lo trasladaron a las dependencias judiciales, ya había oscurecido. El inspector aspiró hondo.

-En un par de meses, todo este asunto se habrá olvidado -comentó, y un policía de uniforme se encogió de hombros.

-Seguramente -dijo. Él continuó:

-Los periódicos habrán dejado de escribir sobre esta historia, la televisión no volverá a trasmitir la noticia, y la ciudad regresará al viejo tema de los escándalos de corrupción dentro del gobierno... así es nuestra vida.

LA CASETA DEL PERRO

El circo Monet llegó al pueblo antes de las ferias. Se trataba de un pueblo grande con gran atractivo turístico, y la temporada de verano se hallaba en su cenit.

Sus componentes acampaban en un bosquecillo a las afueras, un lugar acondicionado a tal fin por el municipio. La gran afluencia de turistas desaconsejaba que el grueso de las caravanas y carromatos se aproximaran más al centro de la población.

Llegado el momento de la actuación, los animales serían desplazados hasta la carpa en recios vehículos de seguridad, y, una vez ejecutado su trabajo, volverían en los mismos camiones a las robustas jaulas donde serían convenientemente acomodados.

Durante el día, mientras las mujeres y los niños aguardaban en el improvisado campamento, todos los hombres habían acudido al lugar de actuación provistos de lonas, cuerdas y toda clase de herramientas, a fin de levantar la gran carpa y situar las jaulas y otras instalaciones en su lugar correspondiente.

Se había previsto un área de descanso para el personal, una gran tienda de plástico con varias mesas y una máquina de café, junto a un gran depósito de agua potable. Todos los trabajadores del circo habían contribuido durante el día a la ejecución de los trabajos, mezclándose acomodadores con vendedores de tickets, carpinteros y montadores, y mientras los vendedores de souvenirs limpiaban la “carpa de servicios”, los taquilleros acomodaban los asientos, que tendrían que estar colocados antes de finalizar la jornada. Hasta Benito, el chimpancé, contribuía al barullo con sus saltos y piruetas.

-Un día te levantas para ser payaso, otro para contorsionarte o ser equilibrista - bromeaban entre ellos.

Llegada la noche, comenzaría el espectáculo precedido de la venta de entradas, y luego unos cuantos jóvenes, ellos y ellas, servirían refrescos o acomodarían al público en sus localidades.

El circo les facilitaba las piezas del uniforme de trabajo, que consistían en chaleco negro y pajarita, además de pantalones negros, y zapatos del mismo color. Tan sólo el pianista vestía un traje completo de color verde oscuro, con camisa de un blanco impecable.

Pero aquel día de estreno no sería como los otros. Una hora antes de la función, después de una jornada agotadora, un recepcionista alto, de unos treinta años y completamente vestido de negro, telefoneó a la policía.

Dijo que había llegado por la tarde a la roulotte donde vivía con su esposa, y la había encontrado muerta, degollada, en su silla de ruedas. Después fue al tocador, miró los cajones, y vio que estaban vacíos.

-Estaban abiertos, todo revuelto, y han desaparecido sus joyas. Tenía bastantes, porque su padre es el dueño del circo y solía regalárselas. -Se detuvo un momento. - Últimamente le había comprado un pastor alemán que no se apartaba de ella... y ahora ha aparecido envenenado a unos cincuenta metros, entre la hojarasca. Lo encontró uno de los payasos.

La policía no tardó en llegar, con el inspector Martín al mando. También los componentes del circo habían acudido en masa: había allí payasos, enanos, y todo un

grupo variopinto, de forma que el terreno estaba pisoteado alrededor de la roulotte.

-Despejen el lugar -indicó el inspector.

A Martín le llamó la atención el aspecto del marido. Era apuesto y joven, y llevaba el cabello largo, de un rubio oscuro. Tenía los ojos completamente azules, un cuerpo delgado y facciones angulosas.

-Me llamo Ricardo. Esa es... era, Lara, mi esposa. -vaciló un momento. -Su padre no sabe nada todavía, porque está en la ciudad haciendo unas gestiones.

La muchacha era muy joven. Parecía ahora una muñeca rota, bañada en su propia sangre, que surgía de una profunda cortadura en el cuello. Tenía el pelo claro y rizoso, y las piernas como las de una niña. Sus facciones eran delicadas, y su boca entreabierta dejaba ver unos dientes menudos y blancos.

-Salí a mi trabajo de mañana temprano, junto con los compañeros -prosiguió el marido. -Teníamos que montar la carpa y acondicionar las jaulas de los animales, para la hora de la función, esta noche. -Aspiró hondo, y continuó: -Ella se quedó en la roulotte. Le había dejado, como siempre, los alimentos del día preparados en la nevera, para que no tuviera más que calentarlos en el microondas.

En efecto, dentro del fregadero podían verse algunos platos, manchados y vacíos.

A las preguntas del inspector jefe, contestó que ella era inválida, por causa de una caída que tuvo cuando era muy joven. Ocurrió mientras practicaba la doble voltereta, conocida como doble salto mortal, en el pequeño trapecio volante.

-A pesar de su corta edad era la estrella del circo, dominaba como nadie el trapecio, del que quedaba prendida tan sólo de una mano, o con los dos empeines, e incluso suspendida en el aire -explicó. -El día del accidente cayó en mala postura sobre la red, lo que le produjo algunas lesiones faciales y traumatismos múltiples. Una caída sobre el suelo hubiera resultado mortal.

Añadió que él se había casado con ella a poco de entrar como empleado en el circo. Por entonces, no era más que un estudiante necesitado de dinero.

-Empecé vendiendo refrescos y palomitas durante un tiempo -sonrió tristemente.

Había sido luego friegaplatos, camarero y ayudante de cocina, hasta que el suegro lo ascendió a su puesto actual.

-Ella era bastante celosa -añadió tristemente. -Pero nos queríamos y éramos felices, a pesar de todo.

El inspector giró en redondo.

-Quisiera ver al perro -indicó. - Espero que nadie lo haya movido. -Él denegó con un gesto.

-Por supuesto, nadie lo ha hecho. Está como lo encontramos -carraspeó un momento. -Esta mañana estaba bien, yo mismo le puse la comida en el plato que tiene en la caseta, antes de salir para el trabajo. Se trata de un pienso especial, de buena calidad, y estaba en perfectas condiciones.

Encontraron al animal al extremo del bosquecillo. Era un buen ejemplar de pastor alemán, de unos cinco años, de pelaje grisáceo y aspecto lobuno.

-La hija del amo lo quería mucho -intervino un hombre menudo y renegrido.

Al policía le gustaban los perros y este parecía robusto y flexible, con un cuerpo musculoso y potentes mandíbulas. Tenía uñas fuertes y de color oscuro.

-Debía pesar cincuenta kilos -pronunció en voz alta. -Un mal enemigo.

-Y tanto que lo era -dijo el hombrecillo.

Se comprobó que estaba bien muerto. De su boca había salido una espuma amarillenta que estaba seca ahora. Sus ojos eran almendrados y oblicuos, y todavía sus orejas aparecían puntiagudas y erectas. El viudo estaba pensativo, y comentó:

-Siempre acompañaba a Lara, y la hubiera defendido con su vida. Pero también

necesitaba practicar ejercicio de un modo continuo; por eso lo dejábamos salir por los alrededores y correr a su antojo.

Hubo en su boca un rictus doloroso. Luego habló como para sí:

-No sé cómo alguien ha podido llegar a la roulotte, y hacer lo que hizo.

Todos corroboraron lo dicho por Ricardo. Todos estaban en el pueblo, montando la carpa, y las mujeres aseguraron no haber oído nada raro en el campamento. Al policía le llamó la atención una muchacha joven, muy bella, que mostraba en los ojos huellas de haber llorado. La chica llevaba el pelo tirante peinado hacia atrás, en una larga y única trenza de color castaño que le alcanzaba la cintura. La llamaban Verónica.

-Todavía no puedo creerlo -sollozó. -Éramos tan buenas amigas...

***

Por supuesto, la función de la noche en el pueblo no se realizó.

Antes de personarse el juez, el inspector estuvo rastreando el escenario de la tragedia, desde la plazoleta ocupada por los carromatos y roulottes, hasta las inmediaciones del lugar donde había aparecido el perro. Ordenó a sus ayudantes que reconocieran en detalle el terreno, tratando de hallar un dato nuevo que los ayudara en sus pesquisas. Él mismo rodeó de nuevo las improvisadas viviendas.

-Saquen fotografías de todo, sin omitir nada -indicó.

Le costó localizar en la ciudad a Moneo, el dueño del circo. Por los datos que obtuvo , pudo deducir que el padre de Lara era un hombre de pasado oscuro, temido por sus empleados, por causa de sus repentinos brotes de cólera. Mientras aguardaba su llegada, ya muy tarde, dio un nuevo vistazo

Fue hacia la plazoleta que ocupaban los distintos carromatos, mal alumbrada por unas cuantas bombillas eléctricas. Desde el exterior, vio que la entrada a la roulotte permanecía oculta, hacia la parte trasera.

-No es extraño que nadie haya visto nada -pronunció en voz alta.

Dentro permanecía la víctima, en la misma postura, frente a los cajones abiertos, y rodeada de las ropas y disfraces que seguían esparcidos por el suelo. Su rostro delgado parecía de cera. En contraste, de una grieta oscura en su cuello surgía una sangre también oscura, que manchaba el cuerpo de su vestido blanco, bajaba por la falda y llegaba al suelo, formando un pequeño charco. Las luces inciertas procedentes de fuera prestaban a su cuerpo una lívida claridad.

Se dirigió de nuevo a la caseta del perro. Era grande y de construcción tosca, pero sólida, y estaba pintada de colores vivos. En la penumbra, casi tropezó con el plato de la comida, que estaba a la entrada. Era un cuenco grande, lleno hasta los bordes de pienso, y al lado había un cubo de plástico con agua. El suelo aparecía bien barrido. Todo le pareció muy limpio y ordenado y, a diferencia de las jaulas de otros animales, que despedían un olor nauseabundo, aquí no se notaba ninguno especialmente desagradable, como si alguien hubiera fregado hacía poco.

Tanto el juez como el forense se estaban demorando demasiado, y tampoco llegaba el padre de la víctima. Martín se reunió con los suyos, y llamó con un gesto a un subordinado.

-Dos de ustedes van a quedarse aquí, hasta que la autoridad judicial se haga cargo del cadáver. Mañana temprano seguiré con los interrogatorios, no quiero que nadie abandone el campamento, por ningún motivo.

-Está bien, señor. No se preocupe, que así se hará.

Mientras caminaba, no dejaba de pensar en cada detalle del caso. Había algo que no cuadraba en aquella historia, y no sabía qué. Cuando se iba, casi tropezó con una mujeruca que llevaba la cara pintarrejeada. Ella lo observó con curiosidad.

-No todo es trigo limpio en el circo -dijo con voz cascada. -Él se sobresaltó.

-¿Qué quiere decir?

-Lo que está oyendo. Si no, que le pregunten a esa tal Verónica.

-¿Qué tiene que ver ella? -La mujer soltó una risita.

-Lleva aquí poco tiempo, y ya quiere ser primera trapecista. Dicen todos que es guapa, pero yo digo que es más ambiciosa que guapa... Juraría que tiene una aventura con Ricardo. No me extraña que tuviera celos, la pobre...

El inspector se quedó de hielo, mientras ella desaparecía en la oscuridad. Se detuvo un momento, con el ceño fruncido, y estuvo dudando si seguir su camino, o volver. De pronto, sus ojos cobraron un brillo especial.

-Demonio...

Volvió a la zona. Hizo señas a uno de sus hombres, y le habló en voz baja. El otro afirmó con un gesto.

-Ahora mismo -le dijo, y salió apresuradamente hacia el campamento.

Antes de dos minutos había vuelto con Ricardo. El inspector se dirigió al recién llegado y lo miró de frente.

-¿Dice que le puso al perro la comida antes de salir de mañana hacia el pueblo? -Él asintió, confuso.

-Sí, fue lo último que hice. Tuve que darme prisa, porque me estaban aguardando.

-Antes, se la había preparado a su mujer, ¿no es así? -El hombre se volvió.

-Sí, claro.

-Sí, claro -repitió el policía. -A mediodía, ella la calentó, y consumió. Por eso los platos estaban vacíos. -El otro parecía haber recobrado su anterior seguridad.

-Ya se lo he dicho.

El inspector se quedó pensativo, y luego su mandíbula se cerró en un gesto decidido.

-Sí, pero el perro no había tocado la suya. Un perro grande, con tanta energía... debe consumir mucho.

-Por supuesto que sí.

-Lo que quiere decir que, a la hora en que se la pusieron, ya estaba muerto.

El hombre no contestó. Su mirada era opaca, y sus labios temblaron. Martín prosiguió:

-¿O fue la tal... Verónica quien limpió la caseta y puso la comida? -El otro se sobresaltó.

-¡Qué dice! ¡No la meta a ella! -El policía disimuló una sonrisa.

-La comida del perro no se puso por la mañana, sino después de envenenarlo, a primera hora de la tarde. La misma hora en que debió morir su esposa, el forense lo comprobará.

Hubo un silencio tenso, y él siguió hablando despacio:

-Usted pensaba haber cometido el crimen perfecto y, si no llega a ser por ese pequeño descuido, lo habría logrado, quizá...

Se dirigió a sus hombres y ordenó, tajante:

-Esposen a este hombre, bajo acusación de asesinato. Vendrá con nosotros, y mañana tendrá que explicarse ante el juez. Veremos cómo se defiende.

Se detuvo un momento, y luego prosiguió:

-En cuanto a la señorita Verónica... Es lástima, tan linda, y con tantas ambiciones... -El otro reaccionó como si hubiera recibido un puñetazo en pleno rostro.

-¡Le he dicho que la deje tranquila! Le juro... que ella no sabe nada de esto.

-Más vale así. De todas formas, lo mismo usted que ella van a tener un buen abogado de oficio...

EL PINTOR.

Aquella tarde, el pintor se había sentado a leer el periódico en el saloncito de su casa: era una habitación agradable, con paredes claras y grandes balcones a una terraza. No contenía muchos muebles, y eran sencillos, pero señoriales: un gran armario antiguo de recia madera y líneas clásicas resaltaba en el conjunto, y en una vitrina de cristales se lucía una bonita vajilla de porcelana blanca.

La pieza formaba parte de una vivienda alegre, moderna y ordenada. Todos sus amigos coincidían en que no se trataba de una casa corriente, ya que estaba concebida como una bella estructura de piedra y cristal.

No en vano el dueño era un artista reputado, y sus cuadros habían tenido un indudable éxito. Gracias a ellos había ganado bastante dinero, y tanto él como su familia lo habían gastado más que alegremente.

Hoy, como otras veces, se había arrellanado en un sillón de madera clara y aspecto macizo. Era un hombre enjuto, alto, de recia constitución, y el traje que llevaba revelaba que lo vestía un excelente sastre. Sus cabellos eran grises en las entradas. Estaba casado, y tenía un hijo de más de treinta años sin oficio ni beneficio, que aún vivía con los padres, y una hija de veintidós, que estaba también en la casa.

Siempre corrió la voz de que encantaba a sus amigos y exasperaba a sus enemigos. No obstante ahora, quizá por causa de una crisis generalizada, y aunque la familia lo ignorara, los tiempos habían cambiado. Las tendencias artísticas no eran las mismas. De hecho, el artista no encontraba inspiración para su obra, y hacía tiempo que no vendía ningún cuadro. Su carácter se había agriado; últimamente, solía permanecer durante horas inactivo en su estudio, fumando y recordando los tiempos en que era muy solicitado y todos lo halagaban.

El hijo era un tipo bastante simpático. Tenía que haber pertenecido al cuerpo diplomático, si hubiera seguido los deseos del padre, que puso a su disposición todos los medios y contactos posibles; pero en lugar de eso no hacía nada, más que andar con malas compañías. Era guapo, pero no en exceso. No se le había conocido ninguna novia y, aunque nunca lo había declarado abiertamente, sus inclinaciones eran homosexuales.

-Pero nunca se atreverá a *salir del armario,* -decían los amigos, que lo conocían muy bien. -Se juega demasiado y, conociendo al viejo, podría llegar a desheredarlo.

La muchacha había asistido a un buen colegio, y conservaba sus amistades, casi todas de la alta sociedad. Su mirada era directa y franca, incluso ingenua. Vestía muy bien, viajaba y tenía gustos caros: le encantaba la ropa de marca, y también los coches deportivos.

En cuanto a su novio, un mocetón que hacía gala de su buena planta, se dedicaba a los deportes, y tenía aspiraciones de campeón.

-Pero no son más que aspiraciones -observaba el padre, suspicaz. Ella fruncía el ceño, enojada.

-Papá, qué cosas tienes. No lo conoces bien. -Él le acariciaba tristemente la mano.

-Lo siento, pequeña. -añadía. -Ojalá tengas razón...

Aquella tarde la chica había entrado en el saloncito, luciendo un alegre conjunto. Era tan ligera como un muchachito. Llevaba unos pantalones cortos azul claro, una

camisa amarilla y una gorra también azul, que le daba un aire infantil. Se detuvo un momento junto a una mesa baja, donde había una bandeja de plata con varias copas y un par de botellas de cristal tallado. Miró a su padre y sonrió.

-Padre, necesito dinero -indicó, mimosa. -He invitado a pasar el fin de semana a unas cuantas amigas, y tengo que hacer muchas compras, como es natural... .

Algo brilló durante un breve instante en los ojos castaños del hombre, mientras contemplaba a la esbelta muchacha de cabellos negros y lustrosos. Para su padre era, sin duda, la chica más bonita en muchas leguas a la redonda. Y, sin duda, se parecía a él.

-Pero hija, te dí bastante dinero la semana pasada...

-Lo sé, papá, pero ya lo he gastado. Anda, por favor...

Se había sentado a su lado, y se quitó la gorra. Él acarició su pelo rizoso.

-Está bien, está bien... -cedió, como siempre.

Ella hizo ademán de desperezarse. Luego se puso en pie de un salto.

-Te quiero, papá. ¿Puedes dármelo ahora? Si no te importa -añadió, sonriendo.

El hombre se incorporó a su vez.

-Ven conmigo arriba -indicó, levantándose.

***

Luego, cuando bajaba la escalera casi tropezó con el hijo, que volvía de jugar un partido de tenis. Tenía los cabellos de un rubio dorado, como su madre. Calzaba unos exclusivos zapatos de deporte, usaba la ropa adecuada y estaba muy curtido por el sol.

-Hola, papá. ¿Va todo bien? -Él miró de arriba a abajo el musculoso cuerpo.

-Sí, ¿cómo no? -El muchacho levantó la raqueta en un gesto triunfal, y mostró al sonreír una dentadura perfecta.

-¡Fantástico! -exclamó. -Voy arriba a mudarme de ropa, tengo que salir.

Se detuvo un momento, volviéndose.

-Al parecer, mamá tiene esta noche una de sus famosas reuniones de amigas -añadió, con una mueca despectiva. -Vendrán las cotillas de siempre, y para entonces espero estar lejos de aquí.

El hombre suspiró. Había olvidado la reunión semanal de su esposa, y no le agradaba la idea. Es más, la detestaba.

-Ojalá yo pudiera hacer lo mismo -dijo entre dientes.

En efecto, la esposa lo estaba esperando en el salón. En el centro de la extensa pieza había un hermoso velador macizo, de patas torneadas, y alrededor cuatro sillas de la misma madera y de bonita línea. Vio que habían dispuesto sobre la mesa un hermoso centro con flores amarillas.

Ella estaba tendida en el sofá, y al oír sus pasos se enderezó. Sus largas piernas se desplazaron con elegancia y volvió hacia atrás un rostro que llevaba impreso el orgullo que da el dinero.

-Ah, querido, te estaba buscando.

-¿Ah, sí? -Ella lo observó.

-Quería recordarte que esta tarde vendrán mis amigas -se detuvo un momento. -Además, va a venir hoy algún marido, amigo o algo así...

El hombre sostuvo su mirada. Tal vez con los años ella perdiese su atractivo, pero ahora estaba espléndida. Se había puesto una bata de casa, de raso color fucsia, y sujetado el pelo con una cinta del mismo color. Parecía más joven de lo que en realidad era.

-¡Vaya! Podrían traer también a los niños -bromeó. Ella lo miró con asombro

-¿Qué dices? Sabes que nunca me gustaron los niños...

Él suspiró. A veces ella se mostraba inteligente, casi demasiado, y en cambio otras...

Su esposa tenía amistades adineradas, y además era aficionada a jugar con las amigas a las cartas. Casi siempre perdía, y, como era lógico, tenía que pagar. Ella cruzó las piernas y entrelazó las manos sobre las rodillas.

-Espero que nos acompañes -sugirió, y alisó con coquetería sus rubios cabellos.

Él dio una ojeada alrededor. No tardaría en anochecer y, una noche más, su casa estaría llena de gente, que charloteaba y reía sin ton ni son. Se disculpó alegando que no se hallaba bien, y que subiría a su estudio.

-Iremos a la playa este fin de semana- propuso. -Iremos los dos solos, ¿de acuerdo?

Ella lo miró con el ceño fruncido. Sus gruesos labios se abrieron, coquetos.

-Pero, ¿qué estás diciendo? ¿Ir solos los dos?

Eran las siete de la tarde cuando los primeros invitados detuvieron su coche delante de la casa, rodeada de un bonito jardín. Llamaron al timbre, y la anfitriona salió a recibirlos, impecablemente vestida y taconeando con sus zapatos altos. Siempre le había gustado estar guapa, y hoy lo estaba de verdad.

-¿No está tu marido? -Ella miró hacia arriba.

-Él... no se encuentra bien.

-Vaya, cuánto lo siento. Pero no será nada, ¿verdad?

***

Se quedó solo en su despacho, hasta que todo el mundo se hubo ido. Nadie subió a avisarle, ni a preguntarle como se encontraba.

Finalmente, había decidido salir. Quería tomar un poco el aire, y bajó silenciosamente la escalera. Abajo, la casa permanecía sumida entre las sombras, y él encendió la luz. Al mirarse en el espejo del vestíbulo no pudo menos que pensar que estaba envejeciendo: sus canas se hacían cada vez más evidentes, y lo mismo los surcos de su cara.

-Estoy hecho una ruina -pensó.

Era de madrugada cuando salió a la calle, que estaba oscura y desierta. Rodeó el ala izquierda de la casa y se alejó. Los edificios estaban bien espaciados entre sí: había por allí apartamentos, residencias privadas y unas cuantas tiendas, pero todas las luces estaban apagadas.

En la esquina próxima había una parada de taxis, pero sin ninguno aguardaba a esta hora.

Poco a poco, las calles se tornaban más tenebrosas y siniestras, y las casas más altas se recortaban contra el cielo resplandeciente de estrellas. Algunos mendigos refugiados en los portales, ni siquiera levantaban la cabeza para verlo pasar.

-Otros que están solos -pensó.

Empezó a caminar un poco más aprisa, y vio un local iluminado. Era un motel donde solían parar los camioneros. Lo conocía, porque había estado un par de veces en el bar.

-Es posible que ahí encuentre al alguien con quien pueda hablar -murmuró.

Y tanto que lo halló. Había dos sujetos completamente borrachos, y él se acercó a su mesa.

-¿Puedo sentarme? -Ambos lo miraron.

-Claro... claro... Puede sentarse ahí.

Él accedió. Pasaría con ellos un rato, y se marcharía a su casa después.

***

De madrugada, su esposa había encendido la lámpara de la mesa de noche. El dormitorio que ocupaba, frente al de su marido, era espacioso y claro. La alfombra de moqueta cubría gran parte de la habitación, y en las paredes había varios cuadros con tema *naïf*.

-Vaya, qué sed tengo -gruñó. -Ha debido ser el pâté, estaba algo salado.

Pensó levantarse a beber. Saltó de la cama, se encajó unas babuchas de raso y se dirigió al baño. Cogió el vaso de dientes y lo llenó en el grifo del lavabo.

-Ah, que gusto -pronunció en voz baja. -Lo necesitaba.

Recordó que no se había despedido de su esposo; atravesó el pasillo y lo echó de menos en su dormitorio. Lo buscó por toda la casa, y al no hallarlo subió las escaleras del estudio. Tampoco estaba allí, y optó por meterse de nuevo en la cama.

-Probablemente, estará en la casa de la playa -suspiró. -Vaya aburrimiento, y encima quería llevarme con él.

Pero él no estaba allí. Después de un par de horas, había bebido tanto, que un camarero conocido se ofreció a llevarlo a casa en su coche. Pero él se negó.

-Prefiero caminar -contestó, al tiempo que dejaba una buena propina.

Estuvo durante un buen rato recorriendo la ciudad sin rumbo fijo. En la calle seguía sin haber nadie, sólo unos pocos coches aparcados. Las luces era muy escasas y se hallaban bastante separadas unas de otras, de forma que casi tropieza contra una barandilla.

-Ah, vaya -se sobresaltó.

Un par de horas después, alguien muy joven pasaba por allí en bicicleta. Lo encontró estrangulado con su cinturón, colgado del puente, sobre las turbulentas aguas del río. Podía verlo perfectamente a la luz de la luna.

-¡Dios!... -gimió el muchacho, estremeciéndose.

No había amanecido aún, cuando los vecinos del pintor oyeron las sirenas de la policía. La primera en salir a su encuentro fue una viuda de mediana edad que vivía en la casa contigua.

-Es ahí -señaló hacia las sombras. -¿Qué ha pasado?

Después de llamar al timbre, el inspector se retiró unos pasos. La puerta se abrió y la silueta atlética de un hombre, que llevaba despeinado los rubios cabellos, se recortó contra la luz del interior. Al ver al agente, se mostró contrariado.

-¿Qué es lo que quiere? -bostezó con fastidio. -¿Es que no van a dejarnos dormir?

EL MENDIGO

Nadie hubiera podido imaginarse aquel lugar como el escenario de un crimen. Bajo el brillante sol de mediodía, a orillas de un mar azul y tranquilo se extendían numerosas tiendas de campaña, y algunas *roulottes* sobre plataformas de cemento, rodeadas de macizos con flores. No obstante, entre el camping y un lujoso hotel de verano, una muchacha había aparecido muerta, brutalmente golpeada.

Sobre las doce, al otro lado de la verja que rodeaba el camping se oyeron chillidos. Pronto se reunió un grupo de gente, más allá de las puertas correderas que separaban el hotel de la playa.

Alguien había encontrado a la chica tendida en la arena, con la cabeza destrozada y la mirada vacía; llevaba puesto un vestido rojo y unos zapatos rojos de tacón.

Desde un chiringuito cercano llamaron a la policía. Minutos después el inspector jefe, sentado al volante, observaba la gente que paseaba por el muelle paralelo a la carretera. No se encontraba bien; había tenido mucho trabajo últimamente, y el estrés parecía reflejarse en su estómago. Cuando llegó al lugar, media docena de personas lo rodearon y comenzaron a hablarle a voces, muy agitadas. Mientras trataba de calmarlos, vio a una pareja de jóvenes policías al extremo de la verja. Parecían dos chicos del campo, esbeltos y fuertes.

-Vengan conmigo -indicó. -Vamos a comprobar lo que ha pasado aquí.

En efecto, detrás de unas rocas hallaron a la chica. Era bonita, tal vez un poco vulgar a causa de su atuendo. Algunos la habían visto por allí.

-Es la animadora del hotel. Vino hace algún tiempo, y vivía desde hace una semana con un compañero en el camping.

Ahora mismo, él acababa de llegar del pueblo vecino. Era un hombre joven, de largo y descuidado cabello, y un pendiente de oro en el lóbulo de la oreja izquierda. Todos coincidieron en que hacían una buena pareja, aunque demasiado original. El joven parecía deshecho.

-Habíamos pagado un mes de alquiler por una *roulotte* -explicó, con un fuerte acento extranjero. -Nos habían contratado a los dos y éramos buenos amigos, pero nada más. Ella actuó anoche y yo la acompañé en el espectáculo, como todos los días. Luego estuvo hasta muy tarde sin dormirse, porque le dolían las muelas. No teníamos aspirina, ni tampoco teníamos tabaco. Y ahora... -se estremeció.

Al parecer, hacía dos horas que la muchacha había salido del camping, sin decir nada a nadie. Cuando notó su ausencia, el compañero pensó que habría ido a comprar un paquete de cigarrillos en el chiringuito.

-Entonces fui a buscarla, pero no la encontré. Quería hacer algunas compras y llegué andando hasta el pueblo.

Según dijo, su primera parada fue en la farmacia, donde invirtió unos diez euros en una medicina para el dolor de muelas.

-Tengo la factura -mostró. Luego he pasado por la oficina de correos para comprar unos sellos y enviar una tarjeta. Aquí tengo los sellos que sobraron -añadió, tendiéndolos al inspector.

Se detuvo un momento y siguió hablando sordamente.

-Cómo podía yo saber que ella... Todavía no puedo creerlo.

Uno de los dos policías estuvo en el pueblo comprobando los hechos: eran tan

recientes que, tanto en la farmacia como en la oficina de correos, los confirmaron sin ninguna duda.

-Sí, lo conocemos. Ha venido varias veces esta semana, aunque acompañado de una chica. Parecían llevarse muy bien... ¿Pasa algo?

Mientras, el inspector había pedido refuerzos. En el lugar se presentaron un médico forense y el juez, acompañados de un fotógrafo de la policía. Estuvieron reconociendo a la muchacha, sacando fotos y recogiendo huellas. Cerca del cuerpo hallaron una piedra de mediano tamaño, ensangrentada. El inspector se hizo cargo de ella y la guardó en una bolsa de plástico.

-¿Puede ser el arma del crimen? -El médico asintió.

-Casi seguro. Incluso, pueden verse huellas de dedos. Va a ser fácil dar con el autor. -El inspector movió la cabeza.

-En cambio, las huellas en la arena son inservibles. Todo el mundo ha andado por los alrededores.

-No puede evitarse -sonrió tristemente el forense.

-De todas formas, cuando se retire el cadáver vamos a preservar el lugar. Nunca se sabe...

-Es conveniente -afirmó el juez. -Y que uno de sus muchachos no se aparte de aquí. -El inspector asintió.

-Mientras, a ver qué saco en limpio.

Se encaminó al hotel, tomó el sendero de la entrada y se halló por fin en la zona de recepción. El director no era demasiado joven, y era evidente que procedía de la ciudad. Se mostró desolado.

-Pero, ¿qué me está diciendo? ¡Si anoche mismo estuvo actuando aquí! ¿Cómo ha sucedido?

Ni él, ni ninguno de los empleados se habían movido en toda la mañana del lugar: aguardaban a un numeroso grupo de turistas.

-Estamos a tope, no tenemos ni un minuto que perder. Aún así, vamos a vernos mal. Y por si fuera poco, ahora esto... ¡Qué desastre!

El inspector se encogió de hombros. Habló con voz lenta y natural.

-Hay quien ha perdido más, ¿no cree? Y, por favor, lo necesito disponible. Podemos llamarlo a declarar. -Él hizo una mueca de disgusto.

-Vaya, qué contratiempo. En fin, estoy a su disposición.

El inspector jefe se dispuso a marcharse.

-Nos veremos -se despidió, alzando la mano.

Varios curiosos habían acudido al lugar, mientras el policía más joven vigilaba. Entre todos le llamó la atención un mendigo harapiento, que se protegía del sol con un gorro costroso. Llevaba un pantalón muy viejo, cortado por encima de las rodillas. Estuvo merodeando un rato, y se quedó mirando fijamente el lugar que había ocupado la chica.

-¿Quiere algo? -le preguntó el agente. Sus ojos marrones parpadearon nerviosamente.

-No... no. ¿Yo qué voy a querer? Ahora mismo me voy...

-Aguarde un momento.

Él giró sobre los talones y se echó a correr. El otro lo alcanzó sin dificultad.

-He dicho que aguarde. ¿Tanta prisa tiene? -El hombre parecía asustado, y jadeaba.

-Yo no he hecho nada, se lo juro. Yo no la conocía...

Era una voz inexpresiva y débil. Su rostro estaba pálido, y su frente chorreaba sudor.

-Muy bien, pero me vas a acompañar.

En la comisaría, le hicieron esperar en una pequeña sala de interrogatorios. Avisaron al inspector jefe, que se había ido a su casa a descabezar un sueñecito. Volvió, atajando por la plaza, y pensó que así debía sentirse uno al mediodía en el Sahara. Entró en su despacho limpiándose el sudor.

-Este hombre está indocumentado -lo informaron. -Y ha bebido mucho. Bueno, hablando en plata, está como una cuba. Según dice, iba paseando por la playa cuando oyó un grito de mujer. Estaba tan borracho que no sabe ni lo que hizo. -El inspector tenía la vista fija sobre su cigarrillo, le daba vueltas entre los dedos.

-¿Han tomado sus huellas? -El policía asintió.

-Sí. Y, ¿sabe una cosa? Coinciden con las de la piedra. Son las únicas que hay y, al parecer, la sangre es de la muchacha.

***

Todas las sospechas recayeron sobre él; lo detuvieron, como presunto autor del homicidio.

-Soy inocente -afirmaba el tipo, con la vista todavía nublada.

No hubo dificultades en el juicio. Comparecieron varios testigos, que afirmaron haber visto al hombre en los alrededores del camping, momentos antes del asesinato. Él estuvo escuchando con mucho interés, pero sin decir nada.

Fue un juicio rápido. El fallo fue de culpabilidad, con el atenuante de ebriedad y locura transitoria. Voces excitadas susurraban preguntas y explicaciones. En la comisaría, un funcionario joven sacó la página que había recortado del diario, y se la entregó al inspector.

-Mire, hablan de nosotros. ¿Qué le parece?

-Ya.

La historia era parecida a otras que recordaba, de los años en que había trabajado como policía. Un crimen llevado a cabo sin motivo, un asesinato brutal. Habló con tristeza.

-El juez ya ha decidido, al parecer.

Cuando el abogado de oficio le comunicó la sentencia, el hombre no entendía nada. Sus ojos se abrieron en una mirada de asombro.

-¿Qué me está diciendo?

Él abogado trató de explicárselo: no iría a la cárcel, y lo internarían en un centro psiquiátrico. El acusado movió lentamente la boca. Pareció que iba a decir algo, pero antes de hacerlo se detuvo, y se puso a cantar a pleno pulmón.

***

El director del hotel había asistido al juicio, sentado entre el público. Sonrió. Aquella especie de *Lolita* se creía muy lista, y con sus argucias lo había enredado como a un colegial. ¿Era la perversidad de aquella relación lo que en realidad lo atraía? -pensó. Le había rogado que la contratara como animadora en el hotel donde, según ella, podía conocer a un importante manager, o a algún empresario de cine. Pero luego la chica se había convertido en una pesadilla, y hasta quiso hacerle chantaje. Eso no podía consentirlo.

Tuvo que encontrar a alguien que hiciera el trabajo sucio, y al mismo tiempo

recobrara una valiosa joya que él le había regalado en un momento de debilidad.

No le fue difícil hallarlo, a cambio de una buena cantidad de dinero: se trataba de un muchacho extranjero, que había actuado con algunos grupos musicales en su local.

-Te alojarás con ella en el camping. Ya hablaremos de los detalles. Pero, sobre todo, quiero que recuperes la sortija. No es que tenga demasiado valor, pero puede comprometerme -trató de explicar. -Cuando la tengas, la guardas en un sobre y la metes en mi buzón.

***

Todo había transcurrido sin ningún tropiezo. En su despacho, sacó un pequeño estuche de un cajón y lo guardó en el bolsillo. Luego se dirigió a la ciudad, hasta su vivienda, que estaba en las afueras. Era una gran casa rectangular, cubierta de hiedra, y él detuvo el coche frente a la verja, sin entrar al jardín. Tenía que salir nuevamente, lo estaban aguardando en el hotel.

-Y este hotel, como otros, pertenece a mi suegro -pensó, con un escalofrío.

Halló a su esposa junto a la piscina. Era una mujer esbelta, casi tan alta como él; tenía una buena figura, sobre todo en traje de baño. Le brillaban los ojos, como si tuviera una gran noticia que contar. Ella lo besó.

-¿Sabes? Mi padre nos regala su yate. ¿Qué te parece? -Él disimuló su sorpresa.

-¿Y eso?

-Es por nuestro aniversario, tonto. ¿O es que lo has olvidado? -Luego reconoció: -Bueno, es que además va a comprarse uno nuevo. -Él la besó en el cuello, y no dudó más que un instante.

-Vaya, yo también te he traído esto -mostró en tono indiferente. -No tiene ninguna importancia, pero no he tenido tiempo de otra cosa. Elegiremos otro los dos juntos.

Ella abrió el pequeño estuche de carey y miró el anillo, extrañada.

-¿De dónde lo has sacado? -Él se echó a reír.

-Me lo he encontrado -bromeó. -Se lo olvidaron unos turistas.

Ella aceptó la sortija sin demasiado entusiasmo. Juntos entraron al vestíbulo y desde allí al salón, que era grande y lujoso. Había en él costosas alfombras y muebles antiguos, y un perro de lanas se rascaba una oreja detrás del sofá. Ella besó a su marido en los labios.

-Te quiero, porque eres distinto a los demás -susurró. Él rió otra vez, divertido.

-¿Tú crees?

Luego se quedó pensativo; no pudo menos que recordar el juicio, que no fue más que el final de un hecho desgraciado.

-¿El crimen perfecto es un mito?-se preguntó, con una amarga sonrisa. -Eso dicen pero no es así. ¡No! Es un crimen llevado a cabo de tal forma que escapa a la justicia.

Luego aspiró hondamente.

-Por eso, nadie lo descubre. Por eso, nunca leemos en los periódicos: ese ha cometido un crimen perfecto -pensó. - La justicia se considera satisfecha, y el caso se cierra.

Sí, era un hombre diferente a los demás. Él sabía planear las cosas.

***

El muchacho estuvo haciendo el equipaje, mientras una vaga sensación lo abrumaba. En cierto modo, estaba arrepentido.

-En fin, ya está hecho -murmuró, y guardó un montón de billetes en el doble fondo

de su maleta.

Recordó la voz de la chica, ligeramente gutural y sus grandes y bonitos ojos oscuros, que contrastaban con su blanca piel. Estuvo recordando aquel día. Habían quedado en caminar un rato y le indicó a ella que saliera primero.

-Aguárdame cerca de las rocas -le dijo. -No tardaré mucho.

La halló de pie, mirando al mar, y se aseguró de que nadie los veía. Buscó una piedra de un tamaño mediano y la cogió, ayudándose con un pañuelo. Quería sorprenderla por detrás y se acercó, descalzo.

Ella se volvió, y había en su rostro una expresión de sorpresa.

-Vaya susto que me has dado. ¿Qué haces?

Él no contestó y la golpeó una y otra vez, con todas sus fuerzas. Notó cómo ella rechinaba los dientes, pero no se detuvo.

-Vamos, vamos -decía.

Luego la chica se desplomó sobre sí misma, y finalmente quedó tendida en la playa. Sus brazos colgaban, fláccidos, junto al cuerpo.

-En fin, ya está. Lo siento -jadeó.

Recuperó el pañuelo y dejó a un lado la piedra. Tenía compasión de la chica, había llegado a sentir afecto hacia ella. En general, pensó, se consideraba incapaz de mostrarse abiertamente cruel. Pensó en la época en que su conducta era bien diferente.

Luego habían encontrado el cadáver, y todo lo demás. Estaba claro que había sido un crimen, pero no estaban sus huellas, ni había testigos.

Se pasó la mano por el largo cabello y rozó el pendiente en su oreja.

-La vida nos la juega a veces -murmuró. -No nos permite elegir.

Creyó percibir un ligero quejido a su espalda y se volvió, asustado.

-Eso, si la casualidad no lo saca todo a la luz -le pareció escuchar. No pudo evitar un estremecimiento

-Vaya, me estoy volviendo loco. Tengo que marcharme de aquí.

UN DISPARO EN LA SIEN

Cuando la policía llegó al apartamento hallaron a la chica tendida en su cama, rodeada de almohadones. Dos ojos enormes con la pupila dilatada miraban desde el fondo de un rostro blanco como la cera, y sus cabellos rubios estaban esparcidos sobre la almohada. Llamaba la atención un bonito lunar junto a la comisura derecha de su boca.

Parecía haberse suicidado. En el centro de su sien derecha destacaba, oscuro y redondo, el agujero de una bala, y había una pistola caída en el suelo, al pie de la cama. Sobre la alfombra estaba un almohadón, salpicado de gotas oscuras. Un gran charco de sangre empapaba las sábanas, calando hasta el colchón.

El inspector jefe dio un vistazo a la habitación que había ocupado la muerta. El dormitorio era espacioso y claro; la cama grande, a juego la cómoda y dos mesas de noche. Sobre éstas había dos lámparas con pantalla blanca, una de ellas encendida, pese a que por las ventanas entraba la luz a raudales. Vio sobre una mesa baja una bandeja con un juego de café.

El hombre giró sobre sus pies y se encaró con la muchacha que lo había recibido. Era robusta, y tenía los ojos enrojecidos de haber llorado.

-¿Es usted quien la ha encontrado?

-Sí, señor, esta mañana cuando he vuelto a casa.

Ella estaba sin arreglar, y casi sin peinar. Llevaba una blusa blanca, desabrochada, que casi le hacía mostrar los grandes senos. Añadió, con expresión abatida y llena de tristeza:

-Me ha extrañado no verla desayunando en la cocina, y he entrado en el cuarto. Yo hago el turno de noche y ella me sustituye por el día, ¿sabe usted? -Se detuvo un momento y continuó hablando despacio: -Las dos pertenecemos a una empresa de seguridad.

Él pareció interesado. Levantó la mirada y la observó con atención.

-¿Una empresa de seguridad? ¿Por eso tenía la pistola? - Ella asintió.

-Éramos las únicas compañeras, los demás son hombres -suspiró. -Era muy buena amiga, y muy responsable, demasiado quizá. En su trabajo era escrupulosa, se lo tomaba todo muy a pecho.

-¿Tenía muchas amigas? -Ella dudó:

-Pues... no es que fuera muy sociable, si es eso lo que quiere decir. Yo... no le conocía ninguna.

-Supongo que tendría novio -dijo secamente el policía. La dureza de su voz sobresaltó a la chica, que se ruborizó.

-Bueno... sí que lo tenía. Ella me lo dijo, aunque no hablaba mucho de sus cosas. Ya lo he avisado, no creo que tarde en venir. En el momento en que ustedes llegaban, acababa de colgar el teléfono.

-Ah, eso está bien. Nos ahorra trabajo.

-Por cierto, que... no demostró sorpresa, aunque tratara de fingir lo contrario -dijo, pensativa.

-¿Ah, sí?

Él estaba serio, y dijo sin volverse:

-No me gustan los suicidios. En cuanto hay uno, todo el mundo desvía la mirada.

Sin embargo, la muerte voluntaria de alguien merece que se la tenga en cuenta...

-¿Se ha encontrado con muchos? -preguntó tímidamente la mujer. Él sacó una pipa del bolsillo y comenzó a llenarla. Miró a través de la ventana una nubecilla que se dibujaba contra el cielo, completamente azul.

-Más de los que quisiera. En nuestro país, cada año se suicidan miles de personas. La prensa no suele dar cifras, pero la situación es grave. En realidad, las muertes por suicidio superan en mucho a los accidentes de tráfico, pero se habla mucho menos porque resulta más incómodo...

Se detuvo, mientras consultaba unas notas. Luego prosiguió, como si hablara consigo mismo:

-Parece que el suicidio molesta, como si la sociedad tuviera vergüenza de lo que ha hecho de ciertas personas. -La chica asintió con tristeza:

-Eso es verdad. Es una especie de deshonra para los que hemos vivido junto a ellas, y no fuimos capaces de impedírselo. -Él movió la cabeza.

-Nadie tiene la culpa de eso. Por cierto,¿puede firmar aquí? -Ella lo miró.

-¿Es necesario? -El inspector se encogió de hombros.

-Es una formalidad.

Continuó con varias preguntas más, meramente rutinarias, mientras los otros tomaban huellas y hacían fotografías.

-Su amiga tenía la pistola en la mano derecha, con la que hizo el disparo en la sien -observó el inspector. -El arma debió caer entonces. Pero no tanto como para salir despedida hasta el suelo, fuera de la cama -añadió, pensativo. -Así que... ¿Estaba ella sola?

Uno de los policías dio un paso adelante.

-Hemos estado interrogando a los vecinos, pero ninguno sabe nada. Nadie oyó nada, ella debió ahogar el sonido del disparo con un almohadón. Por cierto, en la pistola hay dos clases de huellas.

-Yo me voy fuera con la señorita, sigan con su tarea -indicó él. -No muevan nada de su sitio, hasta que venga el juez. Y acaben lo antes posible.

Escogió para sentarse un gran sillón tapizado de blanco, que se desplazó bajo su peso. Otro oficial le entregó las fotografías, y las estuvo estudiando con detenimiento. Había algo fuera de lugar, y no sabía qué. Luego miró el reloj.

-El juez se retrasa -gruñó.

Un oficial con aspecto de novato acababa de entrar en el salón. El jefe lo miró.

-¿Qué ocurre? -Él dudó un momento.

-Hay un joven fuera, parece que es el novio de la víctima.

-¡Vaya! Que pase enseguida.

La puerta se abrió nuevamente, y entró un muchacho de unos veinticinco años, con el cabello rizoso y claro.

-Pase, pase, no se quede ahí.

No hubiera podido definir qué clase de persona esperaba encontrar, y se sorprendió al verlo. Sus facciones no eran correctas, pero tenían un gran encanto.

El inspector se había quitado la pipa de la boca, y no le quitaba la vista de encima. Se había preparado para actuar con firmeza, y aún con autoridad.

-Siéntese, por favor. Sabrá lo que ha sucedido.

-Sí, yo...

-Ya sé que lo han llamado -le dijo secamente. -Lo hubiéramos avisado nosotros,

de todas maneras. ¿Qué me puede decir acerca de lo ocurrido?

-¿Qué quiere saber?

-Lo que sea. Pero siéntese usted-repitió.

-¿Puedo verla? -interrogó el muchacho. Había una gran ansiedad en su voz, algo parecido a una súplica, y su mirada era huidiza.

-Todo se andará, aunque usted ya la ha visto -sugirió el inspector. -Él arqueó las cejas.

-Eso no es cierto.

-Si me permite que le contradiga, hay huellas de usted por todas partes, aunque eso es en cierto modo natural. Pero usted ha movido el cadáver.

Por primera vez, el recién llegado miró de frente al policía. Sus delgados labios se contrajeron.

-¿Qué está diciendo? No gaste bromas, por favor. Para usted esto no tiene ninguna importancia, no es más que una parte de su trabajo. Pero yo...

-¿Cómo se explica entonces que la almohada donde reposa la cabeza esté completamente limpia? ¿Y que el arma se encuentre tan lejos de la mano?

Él reflexionó, tratando de comprender. El otro frunció el ceño.

-Y hay algo más extraño todavía: el cuerpo se ha movido, porque la sangre corría por su frente en posición horizontal. Las huellas de usted están en la pistola. ¿Es que me va a obligar a detenerlo por asesinato?

El muchacho se estremeció y permaneció silencioso. Luego, su voz degeneró en un murmullo ronco y profundo.

-Se lo voy a aclarar. Ella me ha dejado una carta, explicándolo todo.

Sacó un papel del bolsillo, y se lo tendió. El inspector lo estuvo hojeando. Aspiró hondo.

-Ha hecho bien con guardarlo.

Él no sabía cómo seguir. Dijo que la chica estaba embarazada, y pasaba por una depresión. Tenían intención de casarse pero él, que era actor, llevaba mucho tiempo parado.

-Anoche me dejó un mensaje, pero yo estaba fuera y tardé en acudir.

-Y, ¿qué ocurrió luego?

-Cuando llegué, vi que ella se había disparado un tiro en la sien. Estaba encogida, como una muñeca de trapo... -El otro asintió.

-Y usted retiró la pistola, movió el cadáver, lo estiró en la cama y, asustado, se fue. Pero antes recogió la carta, no quería verse involucrado. ¿No es así?

Él escuchaba con expresión ausente, como si estuvieran hablando con otro.

-Es cierto, sí. Precisamente ahora, iban a darme un buen papel en un musical, ¿se imagina?

-Y temía que el escándalo lo perjudicara. -Él prosiguió:

-Estaba como dentro de una nube. Todavía al pensarlo, tiemblo de terror.

-¿A qué hora salió de la casa?- Él hizo un esfuerzo para recordar.

-Eran las doce, más o menos.

-Tuvo suerte, porque nadie lo vio. -El muchacho preguntó en voz baja:

-¿Por qué alguien llega a suicidarse?

El policía meditó durante unos instantes.

-La respuesta no es fácil, porque la naturaleza humana no es tan simple. Los psiquiatras dicen que los suicidas son enfermos mentales, porque hay que estar

realmente loco para querer morir.

-Ella no estaba loca...

-Lo sé. Una persona se suicida porque se ve incapaz de superar las dificultades que le presenta la vida.

Los ojos del chico cobraron un brillo tembloroso, y aparecieron lágrimas.

-El suicidio es la ausencia de otros... es la soledad -musitó. El hombre asintió con parsimonia.

-Una persona puede llevar una vida normal y caer en una profunda depresión. Aunque la familia, los amigos, los compañeros de trabajo nos protegen sin mover un dedo, sólo con acordarse alguna vez de nosotros.

Se detuvo un momento, y agregó:

-De todas formas, nunca podremos impedir que el que desea suicidarse lo intente, y muchas veces lo consiga...

EL PAPÁ

La mansión estaba situada en una de las zonas residenciales más tranquilas y alejadas de la ciudad, y la ocupaban personas acomodadas. El padre de los actuales dueños había sido un hombre importante, muy influyente y con muchos amigos.

El edificio era totalmente rural, con un porche que se hundía bajo el peso de un emparrado. La casa estaba completamente aislada, bien construida, y con gruesos cristales instalados en todas las ventanas. Frente a ella se extendía un jardín.

La habitaban tres hermanos, dos mujeres y un hombre de edad, que vivían juntos en la gran vivienda que había pertenecido a su padre. Éste había tenido un alto cargo y, cuando murió, su poder llegaba a todas partes. Era demasiado rico, decían los que conocieron sus comienzos. Primero había muerto su esposa; luego él, tras una penosa enfermedad.

-No se lo montó mal -pensó el recién llegado a la finca.

Husmeó un rato por los alrededores. Era un caballero bajo y colorado, de pobladas patillas blancas. Al entrar en la zona boscosa que circundaba la antigua granja, se acercó a la vivienda cruzando un viejo huerto de manzanos.

Un hombre estaba cortando un seto detrás de la casa. Era un hombrecillo enteco, con una larga nariz, que estaba casado con la cocinera y se encargaba del cuidado de los jardines.

El caballero se acercó y le hizo una pregunta.

-Sí, son ellos. Siga por ahí -indicó el hombre con un gesto. .

Él continuó por el sendero que conducía a la mansión. Luego, cruzó el porche hasta llegar a la puerta de entrada. Llamó al timbre y esperó.

La criada bajó la escalera, y atravesó deprisa el vestíbulo. Cuando la puerta se abrió, vio ante ella a un hombre regordete y le preguntó qué se le ofrecía.

-Tengo una cita con la señora -La criada vaciló un momento.

-¿Con cuál de las señoras?

El hombrecillo parecía nervioso, y apretó el asa de su maletín negro.

-Con... la soltera, la que lleva la finca -concretó.

-Entonces, pase por aquí -dijo la chica, y se hizo a un lado para cederle el paso. Lo condujo hasta un amplio salón que además era biblioteca.

-Aguarde aquí un momento, por favor -indicó.

Él entró despacio en la pieza, pisando las gruesas alfombras de nudo, y pensó que el antiguo dueño lo había decorado todo sin reparar en gastos. Examinó la biblioteca con detenimiento.

-Se nota que le sobraba el dinero -pensó. -Por supuesto, no tuvo que alquilar una casa amueblada de cualquier manera, como otros -se dijo, con cierto rencor.

A poco la doncella volvió y lo invitó a pasar al interior, que estaba silencioso y oscuro.

Encontró a la señora en la parte de atrás, en una habitación con puertas correderas de vidrio. La mujer tendría casi ochenta años Era una anciana de cabello canoso, pero no le pareció que estuviera senil.

Él sabía que se encontraba en buena posición económica, ya que la muerte de su padre la habría dejado en posesión de una buena fortuna. La anciana no disimuló su sorpresa.

-No lo esperaba tan temprano -dijo, en tono autoritario. Luego agregó: -Lo siento, pero estoy aguardando a mi peluquera.

El rechoncho hombrecillo la miró, enojado.

-¿Cómo a su peluquera? Yo tengo que hablarle de algo muy importante- objetó.

Pero ella tenía un aire de firme determinación. Se levantó calmosamente y se encaró con él.

-Lo siento mucho. Si no le importa, puede volver más tarde. O, mejor, puede venir mañana. -Él alzó la voz.

-Le conviene escucharme -advirtió. Una sonrisa burlona iluminó el rostro de la anciana.

-Venga otro día -Él soltó un gruñido.

-Vendré entonces mañana, a esta misma hora -accedió de mala gana, y abandonó la habitación. .

Al otro día repitió su visita, y fue recibido por la vieja señora. Él se había asesorado bien, y sabía que era la mayor de los tres hermanos, y administradora de la fortuna familiar.

La anciana procuró reprimir cierta irritación por la insistencia de aquel desconocido. Tenía las mandíbulas tensas.

-Bien, explíquese. No tengo mucho tiempo -le dijo.

Él estuvo hablando un buen rato. Se refirió primero a su penosa situación económica. Más tarde le habló a la dama de su propia familia.

-Su padre conservó siempre su fama de hombre honesto, por lo que su memoria sigue siendo muy respetada -insinuó. -Pero en su actuación hubo varios puntos turbios, como ocultar situaciones de peligro en la industria nuclear, y bien que se aprovechó de ello. Aquello sucedió hace mucho tiempo, y muy pocas personas conocieron el fraude.

Ella lo miró, atónita.

-¿Qué me está diciendo?

El hombre prosiguió: según dijo, él era hijo de un colega que, en su momento, se había mantenido al margen de estas dudosas actuaciones.

-Pero un colaborador se entera de los secretos de su socio. Oye conversaciones y tiene a mano pruebas escritas... -le entregó unos papeles que sacó del maletín. -Bien. Voy a dejarle estos documentos, y más tarde me pondré en contacto con usted.

Dicho esto, el extorsionador hizo una pausa.

-Son sólo copia de los originales, como es natural -indicó, sonriendo. -Espero que nos pongamos de acuerdo, y olvidaré todo este asunto.

Se mostraba seguro. Sabía que los ancianos eran fácilmente extorsionables, y que llegaban al juez muy pocas denuncias de chantaje. Existían familias muy sensibles a toda sospecha acerca de su honorabilidad.

-Ella dio un paso atrás y lo miró iracunda. Se apoyó contra la pared, tambaleándose, con las manos encrespadas como garras.

-Por favor, salga de esta casa -dijo con frialdad. -O llamaré a la policía.

Sin impresionarse por la tibia amenaza, él le dio la espalda y abandonó la habitación. Fuera lo aguardaba la doncella.

-¿Han terminado ya? -preguntó.

Él pensó que había estado escuchando detrás de la puerta, aunque no le importó demasiado. Pensó que la chica podía ser curiosa, pero sería bastante fiel. Lo acompañó hasta el porche; él lo atravesó sin decir nada, y desapareció en el jardín

exterior.

La anciana estuvo reflexionando un rato. Luego, cuando terminó de leer los documentos y las cartas, se mostró consternada. Era como si sus pensamientos se atropellaran.

El delito cometido por su padre había pasado inadvertido en su momento; pero alguien lo conocía, y tenía justificantes...

Y ahora, pasado el tiempo, se presentaba en casa de los herederos, amenazando con dar publicidad al asunto, si no le entregan una elevada cantidad de dinero. La afirmación no sólo tenía que ser cierta, sino demostrable, y allí estaban las pruebas. Y es que se pueden borrar muchas huellas, pero no sacudirse a los conocedores...

Aquella noche se acostó pronto, pero durmió muy mal. Estaba perpleja. Le parecía retorcerse por dentro, al darse cuenta de que la estaban chantajeando.

Consideraba necesario tomar una decisión, pero no sabía qué hacer. Se levantó, se acercó a la ventana abierta y subió la persiana. Fuera el silencio crecía, amenazador y profundo. Pronto amanecería: las nubes habían vuelto a aparecer, después de algunos días de sol. Permaneció unos minutos cabizbaja, hundida en su desesperación.

Volvió a la cama, cerró los ojos y procuró no pensar. Al final, lanzó un profundo suspiro y rompió a llorar; después de algún tiempo sintió una agradable sensación de seguridad y paz.

El interior de la casa también permanecía en silencio. Cuando por fin se levantó se miró en un espejo, y advirtió que su rostro estaba profundamente demacrado.

Aspiró hondo: necesitaba recobrar su aplomo, examinar todo fríamente, con lógica, como solía hacer.

***

Su hermana estaba bordando en un pequeño bastidor, y le dirigió su más encantadora sonrisa. Era una mujer menuda y delgada, de brillantes ojos azules y cabellos entrecanos. En tiempos había contraído matrimonio con un ejecutivo, ya maduro. Estuvo casada algunos años, pero se quedó viuda y ahora vivía con sus hermanos. Y estaba al margen de todos los problemas.

Quizá, porque todos consideraban a la hermana mayor como la más fuerte de la familia. Además, ella no se había movido nunca de la casa, y desde que su padre murió se hizo cargo de la responsabilidad familiar.

-Ya estoy terminando el pañuelo -dijo con un tono de voz suave. -¿Quieres verlo?

La otra cruzó la habitación y se detuvo enfrente.

-Toma, tienes que ver esto -le dijo, entregándole los papeles.

A la primera ojeada, la menor pareció extrañarse mucho. Luego, cuando hubo estudiado bien las fotocopias, pasó de la sorpresa al estupor. Su sonrisa se había desvanecido.

-No puedo creerlo -decía.

La mayor movió la cabeza.

-Pues tenemos que pensar que es verdad -afirmó, convencida. -Me ha amenazado con publicarlo en los periódicos.

-¿Qué haremos? -dijo la otra, con su voz de anciana casi inaudible.

-Lo mejor es denunciarlo a la policía -afirmó ella, pensativa. Puso su mano sobre el teléfono, pero vaciló. La otra pareció consternada: no se podía consentir que la memoria de su padre quedara mancillada. Un hombre tan respetado, con tanta

influencia y buenas amistades...

-¡De ninguna manera! -chilló, y ella la observó con sus ojos de color gris pizarra.

-Entonces... habrá que pagar -suspiró. -Él conserva el original de las pruebas, y por eso nos hace chantaje. Ha prometido entregármelas, cuando le verifique el pago.

La otra dio un respingo. En sus ojos se leía una especie de inocencia sincera.

-¡Se trata de la herencia de papá! -dijo en tono quejumbroso. -Es el dinero de la familia, recibido por herencia...

Las manos de su hermana se abrieron y cerraron en un gesto desvalido.

-Ya lo sé, pero este hombre no quiere renunciar a una parte. Quizá nos haga una rebaja -añadió, dudosa.

Le estuvo explicando que, mientras nadie supiera lo ocurrido, sería un secreto entre ellos y el extorsionador.

Luego, fingiendo una serenidad que no sentía, fue a consultarlo con su hermano y lo encontró cabizbajo, recostado sobre unas almohadas.

Era un viejo caballero de semblante agrio; nunca se había casado y vivió primero con los padres, y luego con las dos mujeres. No se parecía a su antecesor, ya que era un hombre débil. Para la mayor de los tres, más que un hermano había sido un hijo.

Ella se mordió los labios, dudosa; luego empezó a exponerle los hechos, pero él se inhibió, como siempre, alegando su falta de salud. Sus ojos parecían vacíos.

-El chantajista es uno de los tipos más abyectos de malhechor -afirmó, condolido. -Por su culpa, el que está más alto puede caer a lo más hondo.

Se detuvo un momento y añadió, con aire ausente:

-Siempre hay fantasmas familiares y pecados ocultos... --se lamentó. -No hay como amenazar a los hijos con revelaciones contra sus papás...

La mujer lo miró con expresión ligeramente amarga, y él sintió en la cara el roce suave de su mano. Así que, como era habitual, ella sola tendría que tomar la decisión: era la única persona en la casa capaz de hacerlo.

Bien sabía que nadie en este mundo estaría dispuesto a ayudarla. Pagaría, aunque se quedara en la ruina, a cambio de los documentos acusatorios. Respiró profundamente.

-Está bien -dijo con aplomo. -Me encargaré de todo. Le daremos todo lo que pide.

-Lo dejo en tus manos -contestó él, meditativo.

La menor estaba en su alcoba sentada en un pequeño sillón, con las rodillas juntas y los dedos de las manos entrelazados. Parecía haber cambiando inopinadamente de parecer. Dio su conformidad, aunque se mostró muy afligida. Miró a su hermana, que estaba parada en el umbral.

-Si crees que hay que hacerlo... -pronunció en voz baja.

A continuación, no pudo evitar que la vergüenza le encendiera las mejillas.

-El banco no tardará en apropiarse de la casa -gimió. -¿Te imaginas? A nuestra edad, podemos encontrarnos en la calle...

Parecía aterrada. La hermana salió, y ella se quedó rumiando sus ideas. Por encima de todo, decidió que éste era su hogar, y tenía que seguir siéndolo. Allí se conservaban las armas de caza y los avíos de pesca del anciano señor, un fanático de estas actividades en cualquier estación del año. Sin ir más lejos, varios trajes del caballero colgaban todavía en un armario del piso superior.

Ella pensó en la habitación que habían conservado como una reliquia, la que fue dormitorio de su padre, donde ella se había aproximado al cuerpo para darle un último

beso en la frente...

Ésta era la simple y triste historia de su vida: ahora no había más que un padre muerto, un hogar al borde de la ruina...

Tratando de espantar sus amargas ideas fue a buscar a su hermana mayor, y la halló acomodada en un viejo *chester* de cuero que había en el despacho. Tomó asiento a su lado y se quedó pensativa, mirando el jardín.

-¿Dónde vive ese hombre que dices? ¿Te lo ha dicho?-preguntó, y sus ojos brillaron.

La otra la observó, sorprendida. Se encogió de hombros, y asintió con la cabeza.

-Me ha dejado sus señas. Dice que vive en un pequeño piso de alquiler. ¿Por qué quieres saberlo? -Ella se justificó:

No, no es por nada en especial. Pura curiosidad. -La mayor prosiguió en voz baja:

-Nunca se ha casado, al parecer. Su padre murió hace años, según me ha dicho, y él vive con una madre débil y quejumbrosa. -La otra aspiró profundamente.

-Me gustaría conocerlo -dijo, meditativa.

La hermana no disimuló su extrañeza.

-Pero, ¿qué estás diciendo?-Ella enarcó las cejas.

¿Es que no puedo hablar con él?

-Es mejor que no -afirmó la más vieja. -¿A qué viene tanto interés?

La viuda se mordió los labios. Se levantó, salió del despacho y volvió a su alcoba. Allí se echó en la cama, sobre la colcha de seda rosa, y cerró los ojos.

Su esposo había muerto hacía muchos años, tantos que no lo recordaba. Ella no se había vuelto a casar, y se veía condenada a pasar el resto de su vida con una hermana solterona, y un hermano enfermo.

-Quisiera verlo -suspiró. -¿Cómo será? El pobre, debe estar muy solo -se dijo amargamente. - Al fin y al cabo, ambos nos parecemos en algo: la vida no nos ha tratado muy bien...

LA NOTA

Eran las diez y media de una fría mañana de enero, cuando una voz femenina llamó a Comisaría. El policía que cogió el teléfono era un hombre muy joven, y estuvo tomando nota con un bolígrafo mordisqueado.

-Yo soy la enfermera. Vengan cuanto antes, por favor.

-Está bien, iremos enseguida, no se mueva de ahí.

Él se volvió, con el teléfono todavía en la mano.

-Se trata de una inválida de unos cincuenta años, y ha aparecido muerta en su casa -le explicó al superior. -Al parecer, con muestras de violencia. Parece que el móvil ha sido el robo, según dice la enfermera. -El subinspector se volvió con cierta impaciencia.

-Vaya, nos han arreglado el día -gruñó. El otro se encogió de hombros.

-Ya ve.

El Inspector jefe, encargado del caso, era un hombre alto y flaco, casi esquelético, de larga nariz. Aparentaba más de cuarenta años y tenía los ojos de un tono pardusco y un cabello oscuro, fuerte y ondulado. Se puso de pie, empujando su silla tan bruscamente que casi la tira al suelo.

-Bueno, más vale que salgamos pronto. Ven tú, y que nos acompañen un par de hombres. Y que vayan avisando al forense, y al juez.

Marcharon hacia la casa, los cuatro policías y el conductor. Éste mostraba una calva incipiente, con el cabello escaso y unas entradas demasiado pronunciadas.

-Parece que es ahí -indicó.

Después de abandonar el coche tomaron un sendero y llegaron ante la vivienda. Era un edificio antiguo, clásico, con la planta baja y una superior, pero había sido remozado y tenía una hermosa parra que remontaba la fachada hasta las ventanas del piso alto, con maderas pintadas de azul.

Subieron varios escalones, y se detuvieron junto a un árbol pelado. Accionaron una campanilla y aguardaron unos minutos antes de que nadie acudiera.

-¿Hay alguien ahí? Somos de la policía -dijo el jefe en voz alta.

Finalmente, apareció a la puerta una mujer de edad indefinida, vestida de blanco. Llevaba una melena corta y rizada, y sus facciones eran grandes y ordinarias. Su mirada recorrió a todos los presentes, yendo a detenerse en el que estaba más cercano.

-Soy la enfermera de la señora -dijo. -Yo los he llamado.

Se detuvo un momento y agregó, nerviosa:

La hermana de ella acaba de llegar. Ha subido a echarse un poco, está destrozada...

-Parece que no es para menos -sonrió el policía.

El vestíbulo donde los hizo entrar era recargado, y decorado con mal gusto. Había un sillón de orejas tapizado en terciopelo azul, y enfrente una cómoda barroca sostenía un angelote de bronce. Las cortinas azules estaban descoloridas. Junto a la escalera, una pequeña plataforma hacía de ascensor.

-¿Lo utilizaba la señora? -Ella asintió.

-Sí, para venir hasta la planta baja, y ya había bajado esta mañana. Entren, ella está ahí.

Nada más pasar al comedor vieron un cuerpo femenino que yacía sobre la alfombra, con un abrigo oscuro por encima, cubriéndole las piernas y parte del cuerpo. Su aspecto denotaba a la legua que estaba bien muerta.

-Vaya -gruñó el inspector, agachándose.

La habían golpeado brutalmente en la cabeza, que había sangrado. Sus facciones y sus pómulos estaban demacrados, como si hubiera sufrido una larga y grave enfermedad.

El policía observó con atención a la mujer caída, junto a la que había una silla de ruedas. Un pequeño pequinés retozaba en torno, ladrando. Unas naranjas y manzanas, en una fuente de metal dorado, daban sobre la mesa una nota de color.

Se fijó en que la señora mantenía cerrada la mano derecha. Era una mano esquelética, que permanecía sobre la alfombra, y parecía sujetar algo. Él la alzó por un momento, y la abrió. Extrajo un papel, cuidadosamente doblado y rasgado por la parte inferior.

La mano estaba fría y húmeda al tacto, y él limpió con disimulo la suya.

-Hace poco que ha muerto -comentó. -No hará más de dos horas, el cuerpo no está rígido.

Tomó el papel con la punta de los dedos y lo desdobló: la nota tenía el tamaño de una cuartilla y estaba escrita con bolígrafo, nerviosamente, de forma que la escritura casi había roto la hoja. Él alzó la mirada.

-¿Qué es esto? -La enfermera se encogió de hombros.

-¿Cómo voy a saberlo? -Él cambió de tema:

-¿Ese abrigo es de usted? -Ella afirmó con la cabeza.

-Sí, señor. Me pareció que debía cubrirla...

El inspector miró alrededor. Había una chimenea de hierro negro adosada a la pared; dentro se habían amontonado troncos y astillas, pero el fuego estaba apagado. Al lado, junto a una mesa baja había un cuaderno, y al parecer era de donde se había rasgado la hoja, ya que las características del papel eran las mismas. Comprobó que el resto de las hojas estaban en blanco, y acto seguido llamó con un gesto a uno de los hombres que efectuaban la inspección. Le dio unas instrucciones al oído, le entregó el cuaderno y se volvió de nuevo a la enfermera.

-¿Dónde está la cocina?

-Venga, yo lo acompañaré.

Cruzaron de nuevo el vestíbulo y entraron en una gran pieza que daba al jardín.

-Es aquí -indicó la mujer.

De nuevo, él miró alrededor. La cocina le pareció cómoda y moderna, con todos los adelantos de la técnica.

-Vaya, no está mal -gruñó.

En una panoplia había tijeras, varios cuchillos cortos y otros largos. Todos tenían el mango de hueso. Junto al fregadero le llamó la atención un escurridor de metal esmaltado en azul. Tenía dos estantes, y en el de la parte superior, recién fregado, un rodillo de los que se usan para hacer las empanadillas. La voz de la enfermera lo sobresaltó.

-¿Le apetece un café?

-Pues mire... sí, se lo agradezco.

Ella puso dos tazas humeantes sobre la mesa, y al lado unas pastas. Él tomó un sorbo de café, paladeándolo apreciativamente.

-Bueno, cuénteme lo ocurrido.

Ella asintió con un gesto. Al parecer, sobre las diez de la mañana había llegado a la casa, como siempre. No llamó, porque tenía llaves. Entró directamente a la cocina, donde estuvo recogiendo unas cosas. Más tarde, sacó del botiquín lo que necesitaba para asear a la señora.

-Cuando entré al comedor, me encontré como la ha visto. Aunque no lo crea, me ha impresionado mucho. -Él carraspeó.

-Sí, claro. Siga, por favor.

Al parecer, según dijo, la señora era viuda desde hacía mucho tiempo. El marido había muerto en accidente de automóvil y ella lo sobrevivió, aunque quedó inválida.

-La hermana la ha estado cuidando durante todos estos años. Está arriba, echada... -El inspector la interrumpió.

-Espero que no tarde en bajar. Tendré que interrogarla, como es natural. Por cierto, ¿estaba la señora bien... situada? Me refiero a su situación económica. -La mujer pareció dudar.

-Pues... creo que sí. Había heredado la casa, y algunas fincas y dinero de su marido. -Se detuvo un momento. -Siempre pagaba religiosamente, lo mismo a mí que a una chica que la acompaña... la acompañaba por las noches. Ella ha ayudado a bajar en la plataforma a la señora, y después se ha ido. Luego, he llegado yo...

No tardaron en sonar pasos en el vestíbulo, y en la cocina apareció una mujer de unos cuarenta años. Estaba pálida, y sus cabellos eran de un rubio teñido. Se notaba que había llorado.

-Perdone, no he podido bajar antes. ¿Es usted de la policía?

Él la observó con curiosidad. Daba la sensación de ser una persona frágil, con grandes ojeras y una sonrisa triste. Luego, el inspector se puso en pie.

-Siento de veras lo ocurrido -le dijo. Ella dejó escapar un sollozo.

-Es una cosa tan horrible... -Él la miró de frente.

-¿Usted estaba fuera cuando ha ocurrido todo? -la mujer asintió.

-He pasado la noche en casa de una amiga, la enfermera puede decírselo.

Se detuvo un momento, y agregó:

-Por cierto, que arriba han robado. La habitación de mi hermana está revuelta, y faltan todas las alhajas. Él pareció extrañado.

-Ahora veremos todo eso -pronunció despacio.

Estuvieron registrando la casa, tomando las posibles huellas y haciendo fotos, tanto de la muerta como de todo lo que la rodeaba, incluido el perro. También se fotografió el jardín, y se trazó un pequeño esquema. Habían pasado casi cuatro horas desde que llegaron al lugar, y todo el mundo parecía cansado, y un tanto aburrido.

La hermana se había retirado de nuevo al piso superior, y la enfermera trasteaba en la cocina, de donde surgía un apetitoso olor. Llamaron a la puerta de la calle, y entró el policía joven.

-Me mandan con esto de la comisaría -indicó. -Ya han hecho las pruebas.

Le entregó al inspector el cuaderno, y una carpeta que contenía varios papeles. Él cerró cuidadosamente la puerta, se sentó en el sillón de orejas tapizado de terciopelo, y estuvo hojeando el dossier con un extraño brillo en los ojos.

Dentro de la carpeta venía la cuartilla rasgada, junto a varios negativos y fotografías. Una hoja, de tamaño folio, reproducía el mismo texto de la nota, pero más completo y el doble de largo. Leyó:

“Mi testamento está en la caja fuerte del banco, con otros papeles. En él, nombro única beneficiaria a mi hermana menor, que me ha cuidado y administrado mis bienes desde que murió mi marido, ahora hace diez años. ”

Hasta aquí llegaba lo escrito en la cuartilla, pero el texto seguía en el folio:

“Últimamente, sé que ella me ha estado robando, aprovechando mi invalidez. Así que es mi deseo cambiar el dicho testamento, y que todo lo que tengo pase a manos de las monjas que llevan el asilo local. Mi leal enfermera firma como testigo, y a ella le entrego esta nota para que la conserve hasta mi muerte. ”

Estaba firmado por la enfermera, y fechado la víspera.

El inspector jefe se enderezó en el asiento. Ahora su tono era enérgico, profesional.

-Hagan venir a esas mujeres -ordenó. -No las pierdan de vista.

La primera que apareció fue la hermana de la fallecida. La mano le temblaba mientras cogía el folio, y miró alrededor.

–¿Qué es esto? -preguntó.

-Lea lo que dice -indicó él en tono grave.

-Le juro...

-¿Conoce esa letra? -Su voz se había hecho fuerte y severa.

-Sí, es la de mi hermana -dijo ella, tratando de sonreír. En apariencia, nada había envejecido tanto en ella como sus ojos.

-¿Usted conocía esta nota?

-¿Yo? No... -Él la cortó a mitad de la frase.

Su hermana había hecho testamento a su favor, pero se dio cuenta de que la estaba robando.

-Sí, pero...

-Escribe un testamento hológrafo, y reclama a la enfermera como testigo. ¿No es así?

Ella había fijado la mirada en el suelo. Estaba aún más pálida, y seguía moviendo las manos con gestos nerviosos. Luego se echó a reír: una risa suave, confiada.

-Sabía que no podía salir bien... -musitó.

***

A continuación el policía hizo llamar a la enfermera y le tendió el folio completo.

-¿Reconoce esto?

Ella cogió el papel y frunció el ceño, como tratando de recordar. Parecía confusa.

-¿Qué?...

El policía hizo una pausa, en que se oyó el tictac de un reloj. Él indicó, muy serio:

-Por favor, siéntese.

Ella así lo hizo, sin levantar la vista. En la voz del policía había una nota de severidad.

-Vamos, no disimule. Se trata de algo que ocurrió ayer mismo, ¿no es así?

Ella pareció estremecerse, y el inspector siguió:

-Por lo que veo, usted firmó este documento, ¿verdad?

Ella no contestó, y el hombre aspiró hondo.

-Corríjame si me equivoco. Después de firmar como testigo la última voluntad de la señora, a usted le faltó tiempo para decírselo a la hermana perjudicada.

De nuevo hubo un silencio tenso. La voz de él se hizo más áspera.

-... Y entre las dos la golpearon, hasta matarla. Conservaron lo que interesaba del

papel, y rasgaron la otra parte.

La mujer seguía silenciosa, y él afirmó:

-El documento estaba roto, y sólo podía leerse lo que a ustedes les convenía. Por cierto, ¿sabían una cosa? Se puede leer el resto de la nota, por los rastros que ha dejado el bolígrafo en el folio siguiente del cuaderno.

Ella se echó a llorar. Por primera vez, pareció derrumbarse.

-Usted la mató -insistió el policía.

-Yo no... -Él la interrumpió con un gesto.

Lo planearon entre las dos, pero usted sola cometió el asesinato. La hermana es una mujer demasiado débil y nerviosa. Usted, no lo es.

Ella no dijo nada. Respiraba con dificultad, y el hombre prosiguió:

-Tuvieron unas cuantas horas para proyectar el crimen. Ambas saldrían ganando: ella no perdería su herencia, y usted se llevaría una buena tajada -se detuvo un momento. -En cuanto a las joyas robadas, estoy seguro de que las tiene a buen recaudo.

La mujer había enrojecido. Se sentía cercada y comenzó a explicarlo todo, como si hablara consigo misma:

-Yo había sufrido mucho en mi país. Acababa de llegar aquí cuando conocí a la señora... -Él la interrumpió de nuevo:

-Comprendo que su vida no ha sido fácil en ningún sentido. Pero eso no le da facultad para matar a una mujer inválida.

Él se había puesto en pie, y se dirigió a la cocina. Dentro estaba la hermana, y la miró de arriba abajo.

-Me imagino que lo habrá oído todo -le dijo. - Por eso, podrá imaginar que ambas van a ser detenidas por asesinato. -Ella rió con nerviosismo.

-Pero, yo no he hecho nada... -El policía soltó un gruñido.

-Usted estaba al corriente de todo -dijo, contundente. -Es cierto que se ausentó de casa de su hermana, para crearse una coartada mientras la enfermera la mataba. Por cierto, ¿conqué la golpeó?

Fue la propia enfermera quien contestó con voz chillona:

-Con el rodillo de la cocina, y lo fregué a continuación...

-Ya lo oye -sonrió el policía, volviéndose.

La mujer dio un respingo. Parecía furiosa.

-¿Pero, qué dice esa? -se detuvo un momento, jadeando. -Y en cuanto a usted, no puede acusarme sin pruebas...

El inspector estaba serio.

-No tienen disculpa -le dijo. -La voz de la enfermera sonó desde el vestíbulo:

-Tiene razón, señor. Después de todo, ella fue la única persona en mucho tiempo que me había tratado con bondad...

LA LENTILLA

La casa era grande, situada en medio de varias hectáreas de arboleda. La chica que abrió la puerta era una muchacha agradable, y estaba muy asustada.

El inspector era un hombre robusto, de rostro cuadrado y recortado bigote. Iba seguido de dos policías, ambos de paisano. Él estaba de guardia en Comisaría, a cargo de cualquier inspección rutinaria, cuando recibieron el aviso por teléfono.

-¿Es usted la persona que ha llamado? -preguntó, contemplando la graciosa figura.

Ella asintió con la cabeza y apoyó la espalda contra la pared. Era morena, bien proporcionada

-Sí, yo he sido. -Mi hermano está muerto -dijo, sin inflexión.

-¿Qué es lo que ha ocurrido? -Ella aspiró hondo.

-Yo vivo sola en un apartamento. Aquí vive... vivía mi hermano, desde que murieron mis padres. Como estaba solo, venía yo un rato todas las mañanas, por si necesitaba algo... Hoy he llegado sobre las diez.

Mientras hablaban, los dos acompañantes habían entrado en la casa para hacerse cargo de la situación.

-¿Así que sus padres han muerto? -Ella asintió con la cabeza.

-Sí, fue hace dos años, en un accidente de automóvil.

-¿Son sólo dos hermanos? -Ella estaba a punto de echarse a llorar.

-Sólo dos, un chico y una chica. Él era el mayor, se quedó con la casa y yo compré un apartamento en el centro de la ciudad.

-¿Qué vida hacía su hermano? -Ella dudó un momento.

-Todos los días, él salía temprano a correr durante una hora, más o menos. Luego se duchaba, y subía a trabajar al ático, donde tiene su estudio de escultor. Allí pasaba gran parte del tiempo, y recibía a sus amigos.

-¿No tenía novia?

-Que yo sepa, no.

-¿Y usted, tiene novio? -Ella arqueó las cejas.

-Pues... sí. Él es... era también amigo de mi hermano

-Siga, por favor.

-Esta mañana, cuando vine, lo encontré muerto. Estaba muerto, desplomado en el suelo -sollozó.

Los suntuosos muebles oscuros resplandecían en el salón. El inspector encontró al chico hecho un ovillo, sobre la alfombra y al lado del sofá. Parecían haberlo matado con un objeto punzante, y la alfombra había absorbido una buena cantidad de su sangre, que había manado del cuello, seguramente de la yugular.

Dobló la rodilla para inclinarse sobre el cuerpo.

-¿Ha tocado algo? -preguntó, volviendo la cabeza.

-Absolutamente nada -dijo ella sin dejar de llorar. -Ni siquiera me he acercado al cadáver.

-Han debido matarlo con unas tijeras o algo parecido, y ha muerto en el acto -observó el policía. -Por supuesto, no lleva mucho tiempo muerto, según creo. El forense lo dirá con exactitud.

La chica estaba descompuesta. Ellos estuvieron registrando la casa, y no se

encontraron ningunas tijeras. El inspector giró en redondo.

-¿No hay tijeras aquí?

Ella no pareció oírlo. Estaba cada vez más nerviosa, y temblaba como una azogada. El policía se dirigió a sus hombres.

Llévenla al dormitorio, y que descanse un poco -indicó. -No la dejen sola, y procuren que tome un sedante. Seguramente, habrá un botiquín con medicinas en el cuarto de baño del hermano.

La obligaron a echarse, y uno de ellos se quedó acompañándola. El otro volvió, y halló a su jefe que observaba, incrédulo, al muerto.

-Es raro -indicó. -He observado que en su cara hay incrustado un objeto, algo como un pedacito de cristal.

Se acercó al cadáver y observó aquellos ojos, ahora completamente ciegos. Encendió una linterna y dirigió el haz luminoso sobre él. Junto a su ceja brillaba algo, muy pequeño. El compañero interrogó:

-¿Qué puede ser? -El jefe se encogió de hombros.

-Aguardaremos al forense, y él nos lo dirá.

***

Después que el médico forense llevara a cabo su labor, los hombres de la brigada de homicidios estuvieron estudiando a fondo el escenario del crimen, y el resto de la casa, de forma que dejaron todo en desorden. El inspector, por su parte, volvió a su despacho y estuvo haciendo unas gestiones: al parecer, el novio de la chica era bastante mayor que ella, sin oficio ni beneficio.

Según el dictamen del médico, el pequeño fragmento de cristal hallado en el rostro del muerto pertenecía a una lentilla contra la presbicia.

-Tiene una fuerte graduación -indicó.

Al día siguiente, el policía volvió a la casa. Como siempre, iba acompañado de dos subordinados.

De nuevo lo recibió la chica, que le tendió la mano.

-¿Ocurre algo? -le preguntó, alarmada.

-No se preocupe, no es más que una visita de rutina. Terminaré enseguida. ¿No estará su novio con usted?

Ella se había tranquilizado. Aspiró hondo.

-Pues mire, sí. Lo he avisado para que venga a acompañarme, y aquí está -señaló hacia el interior.

Apareció un hombre alto, probablemente de más de treinta años y complexión atlética. Ella se apartó a un lado.

-Éste es mi prometido, y este es el inspector que lleva el caso -los presentó.

El novio de la chica se inclinó.

-Gusto en conocerlo -pronunció con frialdad.

El inspector se había acomodado, y le tendió unos folios que llevaba en una carpeta.

-Este es el informe previo -le mostró. -Me gustaría que le dieran un vistazo, usted y su novia. A ver qué les parece.

Él los tomó en la mano, y los estuvo hojeando. Luego los devolvió, sin haberlos leído. El inspector era persistente.

-¿No piensa leerlo? -interrogó. El otro se encogió de hombros.

-¿Tengo que hacerlo? Prefiero que lo lea ella. -El policía suspiró.

-¿Es que no puede? -El hombre pareció extrañado.

-Pues... no... no he traído las gafas. -La chica ladeó la cabeza.

–¿Pero tú necesitas gafas? Ahora me entero.

El inspector se volvió hacia ella.

-No, pero lleva lentillas -dijo secamente.

-Ah, pues no lo sabía.

El policía hizo un gesto de condescendencia.

-Hay muchas cosas que no sabe.

-¿Por qué me dice eso?

-Resulta difícil saber todo de todos. Aunque sean de la propia familia. -Ella asintió, pensativa.

-Sí, tiene razón -concedió.

El hombre les daba la espalda y miraba por la ventana. Luego giró sobre sus pies.

-¿A qué viene todo esto? -preguntó, impaciente.

El inspector tosió.

-Hemos hablado con las ópticas de la ciudad. Que yo sepa, ni el fallecido ni su hermana usaban lentes de contacto. Hemos dado con una donde usted ha encargado unas lentillas nuevas.

Él ni siquiera parpadeaba. Se inclinó ligeramente hacia adelante.

-Usted no puede meterse en mi vida privada.

Se quedó con la vista fija, tamborileando con los dedos sobre la mesa. El policía carraspeó.

-El óptico nos ha informado de que usted normalmente usa lentillas -continuó diciendo, con aire pensativo.

Yo no... -El inspector se encogió de hombros.

-¿Sabe que voy a detenerlo? -dijo tranquilamente. El hombre lo miró como si estuviera loco.

-¿Cómo dice? -Él tosió nuevamente.

-Es usted un asesino -afirmó, y se volvió hacia los suyos. -Esposen a este hombre -indicó.

Luego se dirigió a la muchacha:

-Le agradecería que nos dejara solos. -Ella estaba confusa.

-No entiendo nada -pronunció en voz baja.

-Por favor -insistió el inspector. El rostro de la chica estaba pálido.

-Está bien, está bien.

El policía esperó a que saliera; después, se volvió a preguntar:

-¿Por qué lo mató? Él otro se encogió de hombros.

-Dígamelo usted. -El hombre arrugó el ceño.

-En realidad, conocemos la causa. Ha sido por celos, ¿verdad? -Él lo miró de frente.

-No me diga.

-Por supuesto, ha sido por celos -dijo, ahora con más firmeza. -Usted se aproximó a la chica para estar cerca de su hermano, que es el que le gustaba de verdad.

Él no dijo nada, y el policía continuó:

-Más que su amigo, era su amante, ¿no es así?

Hubo un silencio tenso, y él continuó:

-Pero el hermano de su novia tenía un nuevo amigo, y pensaba dejarlo por él. Se

lo comunicó, y usted no se lo podía perdonar, por muchos motivos. -El inspector entrecerró los ojos. -Tuvieron una discusión y usted lo mató con unas tijeras, que luego retiró.

Hubo un nuevo silencio, donde se escuchaba volar a una mosca. El policía aspiró hondo.

-En éstas pierde una lentilla, que se rompe y se clava en la cara de su víctima. Y, mientras encarga unas nuevas, no puede leer...

-Él parecía aturdido. Comenzó a decir algo, pero el otro lo interrumpió:

-¿Qué pensará su novia de esto? Va a ser la primera sorprendida, ¿no cree?

Cuando el inspector se encaminó hacia la puerta, él lo siguió con la mirada. El policía se detuvo un momento.

-Bien, no tenemos nada más que hablar. Ahora va a acompañarnos.

El reloj del vestíbulo hacía tic tac, y él consultó el suyo de pulsera.

Pobre chica -pensó, mientras salía.

LA PLUMA

-Ha muerto por ingestión de barbitúricos -diagnosticó el médico del hotel.

Se trataba de una dama anciana, que había llegado la víspera, acompañada de una enfermera. La mujer había sido guapa, pero estaba demasiado gruesa ahora y, aunque se arreglaba mucho, no podía disimular sus kilos de más. Pasaba unos días en un hotel de París, donde había ido a visitar a una sobrina muy querida, según dijo.

El director cerró los ojos, pensativo. Era un hombre maduro, de una gran personalidad. Sus facciones eran duras, aunque agradables, y lucía una casi perpetua sonrisa, que actualmente se había eclipsado.

-Hay una nota de suicidio -indicó. -Ella ha querido dejar las cosas claras, al parecer. -El médico carraspeó.

-¿Parecía gozar de buena salud? -El director giró en redondo.

-Pues sí, lo parecía. Sólo que, según dijo la enfermera, a veces estaba deprimida. Por eso la acompañaba ella.

El doctor era un hombrecillo barbudo, de cabello escaso. Lo alisó con su mano delgada.

-¿Puedo ver a la enfermera? -inquirió.

-Desde luego, la avisaremos.

La mujer no tardó en llegar. Era alta y un tanto varonil, embutida en un traje gris de chaqueta con los hombros cuadrados. Llevaba la melena suelta, y andaba elásticamente. Pareció abrumada al conocer la noticia y, durante algunos minutos, evitó mirar a la señora.

-Nunca había tratado de suicidarse, no tenía motivos para ello -aseguró.

Miró luego a la mujer, que yacía de bruces sobre la cama, sin haber llegado a acostarse. Tenía los ojos entreabiertos, y en su rostro había una expresión de serenidad. Desde que ella la dejara a última hora de la tarde, se había cambiado de indumentaria y tenía puesto el camisón. Encima, llevaba una bata con pequeñas florecillas en tonos de verde y rosa.

-¿Ha mostrado síntomas de demencia? -le preguntó el médico, y ella denegó. Se quedó mirándola de nuevo: tenía alborotado el cabello canoso, que había sido rubio, y sus ojos azules eran hermosos todavía, aunque en ellos se hubiera esfumado cualquier signo de vida. La enfermera aspiró hondamente, y contestó:

-En absoluto, señor. La casa que tiene en la Riviera está perfectamente organizada, y es ella quien se ocupa de todo... bueno, se ocupaba. En las vitrinas guardaba todavía trofeos deportivos, tanto de ella como de su esposo. Ella misma cuidaba las plantas de interior, aunque tiene... tenía un jardinero.

El policía cogió el trozo de papel que había sobre el escritorio. Era un papel corriente, y la nota estaba escrita a lápiz. En ella, la señora declaraba su intención de quitarse la vida. Al parecer, según decía, ya no tenía ningún sentido para ella. Se la mostró a la enfermera.

-¿Reconoce su letra? -Ella dudó un momento.

-Sí, aunque parece... algo alterada, pero eso es natural.

-Sí, claro. -El médico intervino:

-¿Ella misma se administraba la dosis de sus medicinas?

-No, eso no. Era yo quien le echaba las gotas en el agua del vaso, las gotas

justas. Anoche hice lo mismo. Un exceso hubiera resultado perjudicial, incluso... mortal. Ella lo sabía, y de eso se aprovechó, según parece.

Sobre el escritorio había un vaso casi vacío, con un líquido transparente. Aparentemente era agua, pero al lado había un frasco de gotas mediado.

-Ayer lo dejé más lleno -indicó la enfermera. -Ella misma tuvo que aumentar la dosis. El médico asintió.

-Dada la nota, el diagnóstico es de suicidio -confirmó el médico, con su voz áspera y cansada. Y dirigiéndose a la enfermera: -Ya puede marcharse. -Ella se volvió.

-Si me lo permiten, quiero abandonar el hotel. Quisiera volver a mi casa cuanto antes. -El director asintió cortésmente y le tendió la mano.

-Gracias por todo -dijo. -No es necesario que se quede.

Ella salió, con el bolso en bandolera, y caminando a largos pasos sobre sus altos tacones. El director suspiró.

-Espero que no haya problemas -pronunció despacio. -Ya conoce la... política que seguimos en el hotel. -El médico asintió, cachazudo.

-La conozco muy bien, y no tiene por qué preocuparse. El caso está claro. Enseguida tendrá el certificado de defunción.

-Se lo agradezco mucho. Hemos avisado a la sobrina, que vendrá para recoger el cadáver. -Se detuvo un momento, y se humedeció los labios. -En realidad es sobrina de su esposo, ya fallecido, un hombre que se había hecho muy rico gracias a la importación de pescado. Era muy buen cliente nuestro -añadió.

-Bien, hasta la vista.

El médico se alegró de marcharse y no tardó en desaparecer escaleras abajo, sin aguardar al ascensor.

El director volvió a la habitación. Había en el escritorio papel bueno, de color crema, con el escudo del hotel. Además, unas cuartillas con el membrete de la dama. También había una estilográfica muy cara, que recogió para entregar junto con la nota, y los enseres de la muerta.

Nadie conocía la existencia de ningún pariente varón, y avisaron a la sobrina. Ella acudió, y se llevaron a cabo con toda discreción los trámites del traslado, la cremación y el entierro en el panteón familiar.

***

La sobrina se llamaba Marie, y no había tenido conocimiento de la policía más que a través de las novelas y en el cine. Cuando entraba en el establecimiento policial, pensó que alguien le saldría al paso pronunciando la frase: *"¿Jura usted decir la verdad... ?"*, pero nadie lo hizo. Aquélla era una oficina como otra cualquiera, bastante sórdida.

-Quisiera ver al jefe -indicó.

Un policía de uniforme se hizo a un lado, y la muchacha pasó delante.

-Entre aquí -le mostró, observándola. Dentro, estaba el inspector consultando un fichero.

-Con permiso, señor -dijo él.

El hombre que la atendió tenía el pelo canoso y unas grandes entradas. Tenía los ojos pequeños y oscuros, y había algo en aquel rostro que le confería una gran cordialidad. Tendió la mano a la muchacha, que parecía cohibida.

-¿Le molesta hablar con un policía?-preguntó.

-¿Va a detenerme? -El hombre se echó a reír.

-¿Por qué iba a hacerlo? No tengo nada contra usted.

La muchacha se ruborizó. Era una chica delgada, de esqueleto pequeño, rostro delicado y un modo de hablar lento y suave. Tenía unos ojos profundos y las cejas bien dibujadas

-Tengo que decirle algo importante -susurró.

El hombre se dejó caer en una butaca no muy cómoda, y la chica lo hizo frente a él, en otra butaca igual. Pero ella parecía sentirse a gusto en su asiento.

-La escucho -dijo él.

Ella lo puso en antecedentes, mientras el inspector no le quitaba ojo. La muchacha parecía tranquila, y él escuchaba con evidente interés.

-Es una jovencita muy valiente , aunque quizá un poco curiosa -le dijo.

Hablaron de la anciana, y de lo ocurrido en el hotel. La actitud de la chica era tranquila y, al mismo tiempo, arrogante. Le tendió al inspector la nota de suicidio, escrita en el trozo de papel.

-Era una mujer detallista -dijo, bajando la mirada. -De hecho, con las cosas que me devolvieron había papel de escribir impreso con su nombre. También me devolvieron su pluma estilográfica. Ella no hubiera podido escribir con otra cosa, creo yo. Nunca lo había hecho.

-¿Tenía más familiares? ¿Alguien más va a heredarla? -Ella asintió.

-Está otro sobrino, hijo de un hermano de mi madre. Aunque tenían poco trato, él también va a heredar, lo haremos a partes iguales. Somos los únicos herederos -añadió tristemente.

-¿Él se llevaba bien con su tía? -La muchacha vaciló.

-Pues... verá. Habían tenido problemas, por lo visto, pero la cosa no llegó a más. Es que. . bueno, ella no estaba conforme con su forma de vida... digamos, bastante irregular.

El policía tomó unas notas en un cuadernillo. Luego comprobó la hora en su reloj de pulsera. La chica lo miró.

-Lo estoy entreteniendo -le dijo. -Pero le juro que todo esto me preocupa mucho. No acabo de creer que mi tía se... haya suicidado. Estoy segura de que ella nunca tuvo deseos de hacerlo.

El policía supo que decía la verdad. Su gesto era demasiado expresivo, y su mirada una de las más francas que recordaba haber visto nunca.

-¿Le importa dejarme la nota? -Ella denegó.

-Quédese con ella, y con el frasco de las gotas -le dijo. -Yo no los quiero para nada.

Él guardó la nota en el cuaderno, y metió el frasco cuidadosamente en una pequeña bolsa de plástico.

-Tendrá noticias nuestras-le dijo, sonriendo. Ella también ensayó una tímida sonrisa.

-Le estoy muy agradecida-afirmó con sinceridad.

La acompañó hasta la puerta de entrada, y ella le dio nuevamente las gracias mientras se marchaba.

***

No volvieron a ponerse en contacto. Un día, en un lujoso edificio del centro de París, el inspector pulsó un timbre. El portón era macizo, de madera noble; al segundo timbrazo la puerta se abrió, y un hombre joven apareció ante él. Era bien parecido, de

cabello castaño y mandíbula cuadrada. El muchacho iba vestido con una camisa a rayas rojas, verdes y azules, y unos pantalones ajustados. Encima llevaba una gastada chaqueta.

-¿Sí?... -preguntó

El policía pensó que se trataba de uno de los jóvenes más guapos que había conocido. No era muy alto, tampoco excesivamente corpulento, sino más bien menudo; llevaba el cabello castaño cuidadosamente peinado, y tenía unos bonitos ojos azules.

-Policía -dijo el hombre, mostrando su placa.

Su interlocutor parecía tener unos veinte años, y pareció muy sorprendido. Se pasó la mano por su espeso cabello ondulado.

-¿Qué desea? -El inspector se aclaró la garganta.

-Quiero hacerle unas preguntas acerca... de su tía fallecida.

El sobrino de la muerta ladeó la cabeza y escuchó con atención.

-Dígame.

-¿Podemos pasar? -En la cara atezada del joven aparecieron diminutas arrugas.

-Cómo no, pase.

Una vez dentro se arrellanó en un sillón, estiró los brazos y bostezó.

-Usted dirá. Pero dése prisa, tengo cosas que hacer. Puede sentarse -indicó.

Él lo hizo a su lado. Le parecía un muchacho demasiado vehemente.

-Según tengo entendido, la fortuna su tía se ha repartido entre dos herederos, ¿no es así? -Él soltó una risita.

-No es asunto suyo -le dijo. La expresión pensativa del hombre se profundizó.

-Puede que lo sea.

El policía sacó cuidadosamente la ajada nota del bolsillo. Desdobló el papel y mostró la página, escrita a mano con un lápiz negro.

-¿Reconoce esto?

El muchacho sacudió la cabeza, sonriendo mientras se ponía en pie.

-No tengo ni idea. ¿Qué es?

Tomó el papel en la mano, se acercó al escritorio y encendió una lámpara flexible que había encima. Estuvo leyendo la nota.

-Es de la vieja, ¿no? No la había visto hasta ahora.

El inspector lo observó, y vio que su mano temblaba.

-¿Está seguro?

-Pues claro que lo estoy -rió. -Ha muerto por ingestión masiva de barbitúricos, y ha dejado la nota. ¿No está todo claro?

Entonces, el inspector hizo la pregunta crucial:

-¿No la escribió usted mismo? Porque usted conocía su letra por las cartas suyas que había recibido. Además, la investigación ha dado como resultado que las huellas de usted están en el papel. -El otro se volvió en redondo.

-¿Cómo dice? -saltó. Los ojos del policía lo escrutaron.

-Usted había acudido a pedirle dinero aquella tarde, pero ella no se lo dio. Lo amenazó con que al día siguiente viajaría en avión hacia su casa, llamaría al notario y cambiaría el testamento a favor de la otra sobrina, su prima...

Él se mordió los labios, pero no dijo nada. El inspector se encogió de hombros.

-Entonces, usted le pidió perdón. Le juró que cambiaría de forma de vida, y logró convencerla. Se ofreció a darle la medicina para la depresión, que ya la enfermera le había dejado preparada en un vaso, y ella accedió. Pero añadió una buena cantidad

de las gotas que había en el frasco...

-¿Qué dice? -De nuevo sonó la voz del policía, que hablaba fría y calmosamente:

-Usted la mató, y lo hizo por motivos económicos -afirmó. -A la mañana siguiente la encontraron muerta, con la nota escrita. El hotel no quería problemas, y el hecho no se puso en conocimiento de las autoridades; un médico conocido firmó la defunción, con la afirmación del suicidio. Los datos fueron anotados, pero no se les prestó atención. -El chico aspiró hondo.

-Entonces, ¿cuál es la dificultad? -El hombre sacó la libreta del bolsillo, y comenzó a escribir. Luego siguió hablando despacio:

-Pero su prima no estaba convencida. Le habían entregado la nota de suicidio, y ella se presentó en comisaría. Hablamos, y ella me la dio, junto con un pequeño frasco. Y hemos comprobado que las huellas de usted están en el papel, y en el frasco de las gotas que le entregaron a su prima. Son huellas muy claras, y se corresponden con las suyas. Porque usted está fichado, tenemos sus huellas dactilares -afirmó, mirándolo.

El otro soltó una risita. Parecía estar ordenando un sinfín de ideas en su cabeza.

-¿Qué más? Es una historia muy interesante... -El inspector hizo caso omiso de la interrupción. Prosiguió:

-Sabemos que ella nunca hubiera intentado suicidarse. Y otra cosa: según nos han informado, ella era detallista y usaba siempre papel bueno, impreso con su nombre. Escribía con una pluma cara, y no podía hacerlo con otra cosa.

-Siga.

-Creyó que engañaría por completo a la policía, verdad? Pero no fue así. -Se detuvo, y aspiró hondo. -La nota fue escrita en papel malo, y a lápiz. Imitando su letra, usted escribió la nota de suicidio con un lápiz que sacó del bolsillo. Para eso utilizó un trozo de cuartilla, que también llevaba encima. Y entre las cosas de su tía no ha aparecido ningún lápiz...

Se aclaró la garganta, con un profundo carraspeo. Luego prosiguió:

-Cuando comprobó que ella estaba muerta, usted abandonó la habitación. Cuando bajó en el ascensor el recepcionista se había ido, y usted saludó al vigilante de noche.

-¿Cómo sabe tantas cosas? -El inspector se puso en pie.

-El portero del hotel nos dijo que usted había visitado a la anciana la tarde anterior a su muerte. También nos dijo que no lo vio salir. El motivo es que, a partir de las doce, sólo queda el conserje de noche.

-¿Y a mí qué me cuenta? -La voz del policía era grave y autoritaria.

-Seguramente, usted no lo ha olvidado. Es un hombre grueso, que respira con dificultad -se detuvo un momento. -Él nos ha asegurado que lo vio salir.

Llamaron a la puerta, y fue el propio inspector quien abrió. Dos hombres de uniforme aparecieron a la entrada.

-Pueden llevárselo -indicó.

Cuando el muchacho abandonó la casa iba esposado, con los ojos enrojecidos, y escoltado por los dos policías.

EL TREN

El guardagujas de una pequeña y remota localidad llamó al cuartelillo: al parecer, el tren había arrollado a un hombre, que iba en bicicleta con un pequeño remolque.

Se había puesto en contacto con la Guardia Civil, pero ellos le dijeron que aquello eran palabras mayores, que avisara a la Policía Nacional. Él así lo hizo.

-Yo había ido a hacer unas compras urgentes al pueblo -dijo nerviosamente. -A la vuelta, me avisaron unos chavales, que habían encontrado el cadáver.

-El policía que había descolgado el teléfono se volvió. El despacho aparecía iluminado por el sol que se filtraba oblicuamente. Había allí cuatro hombres, y el más grueso tenía un cigarrillo pegado al labio inferior. Era el comisario Román.

-Una pandilla de niños han encontrado a un hombre muerto y avisaron al guardagujas -dijo, cubriendo el auricular con la mano. -Son del pueblo, y estaban jugando al fútbol en una explanada. Lo encontraron muerto en un paso a nivel.

El policía estuvo pidiendo unos datos, y colgó el teléfono. El comisario se volvió en redondo.

-¿En un paso a nivel? -repitió, pensativo. Uno de sus hombres asintió.

-En España quedan todavía más de tres mil, en los que hay una media de treinta accidentes al año -explicó, y el jefe dio un bufido.

-Ya lo sé -dijo, levantándose. -Iremos para allá, ustedes me acompañarán. -Uno de sus hombres meneó la cabeza.

-Si no hay más remedio... -dijo, de mal humor. -Hace un frío que pela.

Estaban en vísperas de Navidad y el día era claro, aunque helado.

Había poco tráfico. Se cruzaron con unos obreros en bicicleta que volvían del pueblo. Después de muchas vueltas llegaron al lugar: se trataba en efecto de un paso a nivel, y no lejos se hallaba la caseta del guardagujas. El comisario se asomó a la ventanilla.

-Debe ser aquí - gruñó, quitándole el cigarrillo de los labios y abriendo la portezuela, porque ya habían llegado cerca de la vía. El viento era helado, y se alegró de haberse puesto el abrigo. Por fortuna no había mirones, tal como había previsto.

-Vamos -indicó. -Si no me equivoco, aquel debe ser el tipo que ha llamado.

Cuando estuvieron frente a frente, él le tendió la mano. Era un hombre de unos cuarenta años, de aspecto recio. Tenía el cabello castaño y un grano en la frente, tan grueso que seguramente era un forúnculo, de un color que iba pasando de rojo a morado.

¿Dónde ha ocurrido exactamente? -preguntó el comisario, mientras lo observaba con curiosidad.

El hombre reaccionó de un modo extraño, volviendo la cabeza y emitiendo un gruñido. Su voz era sibilante.

-Los acompañaré -se limitó a decir.

Hablaba como si padeciera de los bronquios. Añadió, con la respiración entrecortada:

-Estoy a su disposición. Contestaré todas sus preguntas...

Tenía los dientes manchados de marrón, y el comisario se dio cuenta de que era fumador como él. Cuando empezó a andar, vio que cojeaba de la pierna izquierda.

-Sólo quiero que me lleve al lugar. Luego, ya veremos. -Él pareció disculparse:

-En el paso no hay visibilidad, no hay barreras. Hace tiempo que lo estoy advirtiendo, pero no me hacen caso.

Se detuvo, conteniendo la respiración:

-El carrito se debió enganchar en la vía -indicó.

El viento seguía barriendo el lugar. En las inmediaciones, grabadas en el barro helado, había numerosas huellas de animales domésticos.

-Vamos -indicó el policía.

El camino había quedado reducido a sendero, ahogado de hierbas. Cuando llegaron vieron que, lo mismo la bicicleta que el carrito, estaban destrozados. La víctima ofrecía un aspecto deplorable. No obstante, debía haber fallecido de un fuerte golpe en la cabeza, y ni siquiera había sangrado. El hombre tenía facciones africanas; era de tez oscura y cabello negro y rizado, con una barba rala. Llevaba puesta una zamarra de cuero negro con cremallera.

-Lo conozco, una vez vino a pedirme trabajo. Era zurdo -aclaró el guardagujas. -Se trata de un antiguo plomero, que trabajaba en el pueblo haciendo chapuzas. Tiene antecedentes de robo, y ha estado en prisión -carraspeó. -Últimamente se había colocado en una herrería.

Después de estar haciendo fotos, uno de los policías se volvió.

¿Buscamos alguna prueba más? -El jefe habló en tono de burla:

-No encontraréis ningún arma del crimen, si te refieres a eso, porque el crimen no existe. Ha sido un accidente, un simple atropello por tren.

La vegetación era oscura y densa, y llegaba al borde de la vía. En el remolque de la bicicleta hallaron diversos objetos insólitos: había bandejas y cubiertos de plata, y una gruesa cadena de oro. El comisario emitió un silbido.

-Tiene que ser el producto de un robo. Y ha debido ser aquí cerca -dijo, mirando alrededor. -¿Hay alguien... adinerado, por aquí? -El hombre cojo pareció dudar. Luego, uniendo la punta de sus dedos, dijo cautelosamente:

-Bueno, sí. Hay un tipo muy raro. Es un antiguo bailarín, y hasta se dice que había sido espía. -El comisario dejó entrever un cierto asombro.

-Sí que parece un buen elemento -rió. El otro lanzó una ojeada al hombre muerto. Habló con voz chirriante.

-Luego se dedicó a la construcción, ya sabe... -sugirió. -Y se rumoreaba que estaba arruinado. Tenía un guardaespaldas, pero había prescindido de él. Si quieren, yo los llevo a la casa... -se ofreció.

-Y yo se lo agradeceré -le dijo el policía.

-Tendremos que ir a pie.

Los caminos estaban desiertos, blancos y duros como el mármol. Pateaban el sendero para combatir el frío.

-Un poco más allá -indicó el hombre, frotándose las manos.

Se trataba de un lugar idílico, enmedio de frutales y olivos. Rodeado de árboles, ni el ruido de los coches ni los sonidos de la ciudad perturbaban el tranquilo ambiente rural. El hombre señaló:

-Allí vive él, en aquella casa del fondo.

Les pareció una vivienda de ensueño, con piscina y pista de tenis. Junto a la piscina podía verse una agradable barbacoa, y ante ella varias cómodas tumbonas con cojines a rayas. El jardín estaba impecable, como atendido por las manos de un experto jardinero. El silencio era sepulcral.

La reconstrucción del edificio había respetado todos los elementos de la arquitectura tradicional en la zona, combinando piedra y madera. Uno de los policías lo estuvo rodeando. De pronto se oyó una aguda exclamación, y el hombre volvió, corriendo.

-Parece que un tipo se ha suicidado en la casa -jadeó. -Está caído en la parte trasera, sobre un suelo de losas. Al parecer, se ha tirado desde una terraza que hay en el último piso.

Todos acudieron: el sujeto era un hombre maduro, casi anciano; en realidad, era imposible adivinar la edad en aquel rostro gris e inexpresivo. El comisario maldijo entre dientes:

-Lo que nos faltaba. Fotografíen cuanto antes la posición del cadáver. -gruñó.

***

La casa era grande, de planta baja y dos pisos, con siete habitaciones y cinco baños, un amplio salón, cocina con office y un espacioso comedor. Con aire malhumorado, el jefe giraba la cabeza como un oso, observándolo todo:

-La puerta estaba abierta, nadie la ha forzado -aclaró. El inspector que lo acompañaba se limitó a asentir con la cabeza.

-No hay vecinos en este lugar, nadie que haya visto nada -dijo luego, con una tosecita. El otro ordenó:

-Avisen cuanto antes al forense, y al juez. Mientras, intentaremos descifrar este misterio.

Uno de los subinspectores intervino:

-¿Qué opina? ¿Pudo empujarlo el ladrón? -aventuró.

Román lo miró con desdén. ¿O sea que aquel hombre, que trabajaba con él desde hacía tiempo, aún no comprendía nada?

Abrió la boca con ánimo de echarle un rapapolvo, pero se contuvo. Luego afirmó, calmosamente:

-De ninguna manera, eso es imposible. El plomero se disponía a robar, y lo encontró donde está. Saldría corriendo por el miedo...

El otro esbozó una sonrisa.

-Pero no desaprovechó la ocasión... -Él estaba a punto de estallar.

-Normal -resopló. -Entró en la casa, aprovechando que estaba abierta, y se apoderó de algunos objetos valiosos. Ni siquiera se acercó al cadáver, que lleva puesto un costoso reloj.

El aire entró por una ventana abierta y desordenó los papeles que había sobre una mesa de despacho. El jefe se acercó, y vio un periódico doblado.

Desplegó las hojas y, muy interesado, encontró en la primera página una noticia a toda plana, con la fotografía de un hombre mayor.

-Mirad, esto es quizá lo que buscábamos -mostró. -Se trata del mismo tipo que está abajo.

“Un grupo de ciudadanos afectado por la estafa de un especulador inmobiliario... ”

Al lado había un sobre con papeles dentro. El policía los estuvo hojeando y los guardó en el bolsillo. El subinspector intervino de nuevo:

-Es posible que se haya suicidado, por temor de que vinieran a detenerlo.

He pensado en ello -respondió él. -Es un buen motivo, verse arruinado y en peligro de ir a la cárcel.

El olfato no bastaba. La convicción tampoco. La justicia exigía una prueba y Román seguiría buscando.

Uno de los hombres que estaba tomando fotos en torno a la casa, subió los escalones de dos en dos. Al llegar junto al comisario, se detuvo en seco.

-Ya está todo -informó. Por cierto, hemos visto que el hombre tiene un botón en la mano.

-¿Que tiene un botón?

-Sí, señor, lo tiene agarrado fuertemente. Lo hemos dejado así, hasta que venga el juez.

-Eso está muy bien. -El otro siguió, gesticulando:

-Aparte del edificio principal, hay un garaje independiente para varios vehículos. Hay un coche negro, un sedán, que tiene un rasguño. Y hemos encontrado en el suelo un spray con pintura especial de carrocerías.

-¿Pintura negra?

-No, señor. Cosa rara, la pintura es de color rojo. -Él jefe carraspeó.

-Recojan el bote -indicó. -Puede tener huellas.

A cinco kilómetros estaba el pueblo, un lugar típico donde podían encontrarse comercios para las necesidades diarias. Un recadero pasó silbando en su bicicleta. El camino describía una curva alrededor del cementerio, y ellos detuvieron el coche ante una tienda que vendía de todo. Allí supieron que el caballero tenía un hijo de unos treinta años.

-Apenas viene por aquí -dijo un hombre, con las manos violáceas de frío. -Hace mucho que no lo vemos.

-Bien, gracias -sonrió el comisario, y cerró los ojos, escuchando el zumbido del aire

***

Aquella noche el Servicio Meteorológico había registrado seis grados bajo cero. Por la mañana estaban todos ellos en el pasillo de la Policía Judicial, además de otros que no habían intervenido en el caso, pero que estaban al corriente. Por el frío y el dormir mal, al jefe se le había enrojecido el borde de los párpados. Incluso, había un detalle divertido: el subinspector también estaba resfriado. Tenía la nariz enrojecida.

-He investigado al hombre -informó el comisario. -Y hay una cosa cierta: es verdad que, bajo su fama como bailarín, había pertenecido a los Servicios de espionaje rusos. -El inspector soltó una risita.

-Un guión para una buena película. -El otro siguió:

-Actualmente se dedicaba a los negocios y, como ya sabíamos, era dueño de una importante inmobiliaria, que quebró hace poco. -El otro chasqueó la lengua.

-Todavía mejor.

Una puerta se abrió, y volvió a cerrarse. Alguien había dejado una bandeja con cerveza y bocadillos encima de la mesa.

-Antes que nada, vamos a comer algo -indicó el jefe, cogiendo un bocadillo de tortilla. Antes de morderlo, prosiguió:

-Hay algo más: tiene un hijo joven, escritor, que vive a expensas del padre. -El inspector se encogió de hombros.

-Algo dijeron en el pueblo. -Él hizo como que no lo había oído:

-El hijo había fundado una editorial con la ayuda de su padre, pero fracasó, y debía mucho dinero -agregó, y mordió el bocadillo. El otro abrió una lata de cerveza.

-Un hijo de papá -gruñó.

-O un sinvergüenza, llámalo como quieras. Para empezar, habrá que dar con él.

Comprobaron que su domicilio era un hotel de baja categoría, una especie de pensión. Lo citaron en Comisaría. A las cuatro de la tarde, Román recorría su despacho a grandes zancadas.

Hasta las cinco menos cinco no recibió una llamada del teléfono interior. Un último rayo de sol, de ese sol puntiagudo de invierno que acompaña a los grandes fríos, entraba por la ventana. La aguja avanzaba a sacudidas por la esfera blanca del reloj.

Alguien dio unos golpecitos en la puerta, y asomó la cabeza: era un policía de uniforme, y acompañaba a un chico delgado, con el pelo oscuro y corto, una camisa impecable y un chaquetón azul marino.

Román abrió la puerta del todo y lo invitó a entrar con un gesto. Le adelantó una silla y se dejó caer en otra.

Él se sentó incómodo, silencioso. El comisario no tenía prisa: quería inducirlo a hablar por voluntad propia.

-Siento lo de su padre -le dijo.

El hombre lo miraba con sus pupilas claras, de un azul grisáceo, que daban a su fisonomía el aspecto de un extranjero. La ropa que usaba indicaba una posición aceptable: eran prendas sobrias, pero de buena hechura.

-Gracias -contestó con sequedad.

Debía de tener unos treinta y cinco años. Estaba pálido, recién afeitado. Su interlocutor sonrió paternalmente.

-Cuénteme lo que pasó en la casa -le dijo. -Sabemos que estuvo allí.

El recién llegado no se tomó la molestia de adoptar un aire inocente. Al contrario, le lanzó una mirada dura.

-No le diré nada, mientras no cuente con un abogado.

Aquello no podía llamarse arrogancia ni desafío. Si estaba inquieto, no lo demostraba. Su rostro expresaba más bien tristeza, pero una tristeza tranquila. Se alisó la camisa y se enderezó el cuello.

-Lo de su padre no ha sido suicidio -dijo el comisario con firmeza. -Esa hermosa casa ha sido testigo de un violento asesinato.

Él se irguió en el asiento.

-Está usted mal de la cabeza -dijo, con una sonrisa torcida.

Los labios del policía se estiraron en una mueca de contrariedad.

-Ustedes tuvieron una pelea y él cayó, o mejor fue empujado desde la terraza -prosiguió, despacio. El joven no había movido ni un sólo músculo de su cuerpo.

-Puede -contestó. -¿Qué más?

El otro lo miró de frente.

-Usted no tiene coartada. Y ha cometido un grave error. -Él no se inmutó en absoluto. Mostraba una gran sangre fría.

-Hace mucho tiempo que no piso el pueblo -afirmó.

El policía meneó la cabeza.

-Si usted lo dice... -indicó, con sorna. -Por cierto, veo que lleva roto el chaquetón.

El otro pareció sorprenderse. Había en su tono una mezcla de hostilidad y sarcasmo.

-¿Eso importa mucho? -preguntó con desprecio.

-Además, le falta un botón -observó el comisario.

-¿Qué dice?

-El botón que le falta lo tenía su padre en la mano -añadió con suavidad. -Y hay otra cosa... usted conduce un automóvil rojo, según hemos visto.

-¿Y qué? -El jefe aspiró hondo.

-En el garaje de la finca lo rozó con el negro, de su padre -pronunció fríamente. -Hemos sabido que siempre lleva un spray de urgencia, y quiso reparar el suyo enseguida. Hay pinturas que secan en el acto.

-Usted lo sabe todo...

El jefe estaba ahora en pie, junto a la mesa, con las mandíbulas crispadas.

-El polvillo que suelta el spray de pintura, permanece adherido a la ropa. ¿Quiere que analicemos la chaqueta? -gruñó. -Aunque no hace falta: las huellas que hay en el bote de pintura roja son las de usted, y están recientes.

El muchacho permaneció en silencio, y él siguió hablando despacio:

-Dicho de otra manera, casi cometió el crimen perfecto, pero algo le falló.

Ambos guardaron un tenso silencio. El policía movió la cabeza.

-Podía haber aguardado algún tiempo. Su padre estaba desahuciado, era un enfermo terminal.

Le tendió un sobre abierto, que contenía unos papeles.

-Lea esto. Es el diagnóstico de un especialista, y no ofrece duda.

-No... no me habló de ello -dijo el muchacho, estremeciéndose. Durante unos minutos los estuvo revisando, y se mordió el labio inferior.

-Se lo diré todo, no perdamos más tiempo -suspiró, como una persona que desea descargar su conciencia.

Su voz era ronca, pero sus ojos siguieron secos y duros como antes. Mientras hablaba, el comisario lo escuchaba en silencio.

Le hubiera gustado poder decir, como los policías ingleses: «Le advierto que todo lo que declare podrá utilizarse en su contra».

Estaba oscureciendo, y vio que los copos de nieve revoloteaban en la calle, al otro lado de la ventana.

LA NOVELA

La casa estaba situada en uno de los barrios residenciales más tranquilos de la ciudad. El edificio, cubierto de hiedra, se alzaba en la línea de un poco frecuentado camino vecinal, en una altura que dominaba todo el valle.

La chica que llamó a la puerta a última hora de la tarde llevaba el pelo corto, lo que la hacía parecer aún más joven de lo que era en realidad. El viento era frío, demasiado frío para mayo, y se alegró de haberse puesto el abrigo. Se estremeció.

Antes de dos minutos un hombre enorme, pelirrojo, se encontraba ante ella, con la mano en el pomo. Miró fijamente a la muchacha, preguntándose quién sería. Ella le tendió la mano, sonriente, pero él no la tomó.

-Perdone que no le haya anunciado mi visita. Soy... soy escritora, y vengo a hablarle de un original que envié hace tiempo a su editorial. He aguardado durante muchos meses, y... por fin he decidido hablar con usted en persona.

-¿Así, sin previo aviso, y a estas horas? -dijo él con aire distraído.

Se mostraba tan brusco que casi llegaba a la rudeza. Su voz era sorda e intensa.

-Por favor, ¿me deja que entre? -Él pareció titubear.

-Está bien. Ya que está aquí, pase. Pero dése prisa, estoy ocupado -terminó con la misma voz monótona.

Retrocedió unos pasos y se dirigió a la biblioteca, con la chica detrás. En realidad, pensó, era muy bonita y, en ese momento, necesitaba compañía.

-Entre aquí, siéntese -indicó.

-Se lo explicaré todo con detalle -dijo ella.

La escuchó atentamente, mientras relataba su caso. Según dijo, la novela trataba de un crimen, efectuado por medio de una embolia gaseosa, provocada con una jeringa hipodérmica.

El hombre aspiró el humo de su pipa. Se acercó al bar para beber un whisky.

-Ah, vaya.

-El cadáver es identificado como el de una persona que está realmente viva -añadió la muchacha.

-Siga, por favor.

Él estuvo pensando mientras fumaba. Recordó que una escritora medianamente conocida, pero ya en declive, había escrito una magnífica novela. Le envió el original mecanografiado, y a él le gustó tanto que lo guardó, sin dar contestación.

Había decidido plagiarla en cierta forma, por lo que dio largas a la autora que lo acosaba por carta, y al final consiguió deshacerse de ella. Así pasó el tiempo, hasta que la escritora, al parecer, se dio por vencida. De eso hacía ya mucho, y durante varios meses no volvió a tener noticias de ella. Ahora, se presentaba allí, y el hombre se quedó sorprendido: era mucho más joven y bonita de lo que él imaginaba.

Para entonces, él tenía ya preparadas las galeradas de la obra, y no pensaba renunciar; no podía consentir que la mujer echara por tierra sus propósitos. Para impedirlo, estaba dispuesto a cualquier cosa. Lo que tenía que hacer estaba claro. Le ofreció un cigarrillo a la chica, y ella lo rechazó.

-Gracias, no fumo.

La escuchó sin interrumpirla hasta que hubo terminado. Luego intervino con voz

firme:

-Perdone, creo que ha habido un error. Parece interesante, pero nunca he recibido una novela como esa. -La muchacha enarcó las cejas. Se detuvo, expectante.

-¿Cómo puede ser?-Él carraspeó.

-Hay un montón de editoriales. Por eso, sin duda se ha confundido usted -repuso, aspirando el humo de su pipa. Por cierto, ya va haciéndose tarde. Si me lo permite, me gustaría invitarla a cenar. Una cena fría, ligera... Más tarde tendré gusto en acompañarla, esta casa queda demasiado alejada del centro

-Ah, no, por favor. Puedo pedir un taxi... -Él la observaba, sonriendo.

-¿No se fía de mí? -Ella aspiró hondo. Una vaga desazón la angustiaba.

-De ninguna manera, no es eso. -La muchacha enrojeció un poco. -Es que no quiero molestarle... -Él se puso en pie.

-No es ninguna molestia, sino un gran placer -sugirió, con sus modales más untuosos.

Ella terminó mordiendo el anzuelo. Después de unos momentos de titubeo, accedió por fin:

-Está bien, como quiera.

Sentada como estaba se inclinó hacia adelante, con las manos sobre las rodillas, y la mano de él acarició suavemente su cabello castaño. El sol había desaparecido, y la transición del día a la noche apenas si se advirtió. El hombre encendió una luz indirecta.

-No está obligado a invitarme -dijo ella bajando la mirada, pero él insistía:

-Le repito que lo hago encantado.

Con alivio, observó que la chica respondía afirmativamente.

-Es usted muy amable, gracias.

Se dirigió hacia la puerta para abandonar la biblioteca y, mientras se alejaba, ella lo siguió con los ojos.

-Es agradale -dijo para sí.

Cuando él volvió, llevaba en las manos una bandeja grande, con todo lo necesario para una cena informal. La dejó sobre una mesa baja, y se sentó a su lado.

-Buen apetito -sonrió.

-Lo mismo digo -le respondió ella.

Por primera vez se advertía en su voz una nota de alivio. Mientras cenaban, apenas hablaron dos palabras. En el vaso de la mujer, él echaba vino una y otra vez. Consumieron entre los dos la botella, y con los postres llegaron el café, y bebidas más fuertes. En un momento dado él le ofreció una copa, y ella la tomó. Habló, mirando hacia otro lado.

-Nunca he bebido tanto... -comentó en voz baja.

Los ojos de la chica ardían y sus mejillas se habían coloreado. Fuera, el viento aullaba sordamente. Las escaleras y el descansillo estaban oscuros, y la casa sumida en el más completo silencio. Él se le acercó.

-Me gustas mucho -le dijo al oído.

Se hizo un largo silencio. Al final, ella se mostró complaciente, y llegaron a hacer el amor. En la copa había un fuerte somnífero, y la chica no tardó en caer bajo sus efectos. El hombre recordó el pasaje cumbre de la novela:

-Entonces, él le introduce aire en la vena, por medio de una jeringa... -pronunció en voz muy baja.

Decidió en un momento seguir paso a paso el relato y le inyectó el aire intravenoso, con mucho cuidado de no dejar rastro.

Poco después, no parecía la misma: sus dientes castañeteaban, y su rostro estaba amoratado. Más tarde, llegaría la lividez de la muerte...

-Me encuentro mal -le dijo ella en un susurro.

A él le pareció que estaba a punto de morir y, cosa extraña, sintió pánico. Nunca perdía el control de sus nervios, pero esta vez le costó dominarse.

Finalmente, decidió llamar a una ambulancia, pero antes retiró todo resto del somnífero, haciendo desaparecer cualquier indicio que pudiera involucrarlo.

No obstante, cuando llegó al hospital, la chica estaba muerta. La policía la identificó como una estudiante de literatura, asidua a los talleres literarios, que no se trataba con su familia y vivía de alquiler con una amiga, también escritora.

Él declaró ante la policía: la mujer se había presentado en la editorial con signos de embriaguez, el domingo por la tarde, a hablarle de una novela que estaba escribiendo. No la conocía de nada.

-Desde el principio, vi muy claro lo que pretendía...

-Y usted...

-En fin, ya sabe. Me lo puso en bandeja.

-Sí, claro. ¿Qué tomaron?

-Yo tomé un whisky, y le serví otro. Nunca pensé...

-Y luego tomaron otro, y otro.

-Bueno, yo... Luego me pareció que estaba indispuesta, y preparé un café.

-Siga. -Él tragó saliva.

-Como le digo, le puse el café, pero no fue más que beberlo, y... pareció muy enferma. -Telefoneé a una ambulancia, y ellos se la llevaron. Después de esto, no sé nada más.

-¿Nada más?

-Ya lo sabe. Llamé enseguida al Samur, que la recogió y se la llevó al hospital más cercano. Eso es todo.

-¿Le parece poco?

-Por favor, le ruego que no hagan publicidad del caso. Podrían perjudicarme...

-¿Es lo único que le preocupa?

-Comprenda, estoy casado...

-Ya.

Al día siguiente, llegó el informe del forense.

-Coincide con lo que ha dicho el hombre. En la sangre de ella había rastros de alcohol. Además, en su estómago ha encontrado restos de algunos alimentos, además de café. Parece que había tomado un somnífero. -El funcionario responsable asintió.

-Pero eso no prueba nada... -El otro afirmó, convencido:

-Es cierto. No hay manchas sospechosas en la piel, no hay heridas. No hay estrangulación. Hemos interrogado a la compañera de piso de la muerta, quien asegura no saber nada de lo ocurrido.

-Bien, daremos el caso por cerrado. No hay duda de que se trata de muerte natural.

***

La novela se publicó por fin, y fue un gran éxito de un misterioso escritor. Al parecer, la había presentado en la editorial con un lema, aunque en círculos literarios

se hablaba de que el artífice no era otro que el propio editor.

-Se trata de un desconocido, pues firma con seudónimo, y pronto alcanzará récords de venta -se decía.

-¿No se sabe quién es?

-Parece que no lo sabe ni el editor. Y eso que es un fenómeno editorial, que va a producir varios millones.

Un día, después del verano, la voz de una mujer, por teléfono, pidió hablar con él. Después de intercambiar varias palabras, el hombre empalideció.

-Está bien -dijo con un gruñido.

La mujer que acudió a la editorial se presentó con quince minutos de antelación. Además de no ser joven, era desaliñada y muy poco agraciada. Su cabeza era grande, demasiado para un cuerpo tan frágil y unos miembros excesivamente delegados. Era imposible adivinar la edad en ese rostro gris e inexpresivo. Él le tendió la mano.

-Usted dirá -carraspeó. Le adelantó una silla y se dejó caer en otra.

Tuvo buen cuidado de situarse en un lugar desde donde podía ver la puerta. Se sentaron incómodos, silenciosos. Tenía que inducirla a hablar por voluntad propia.

-¿Qué asunto tan privado era ese? -preguntó él, mientras la observaba con curiosidad

La mujer apoyó la palma de una de sus manos contra el frío cristal de la mesa y miró hacia abajo. Luego, uniendo la punta de sus dedos, habló cautelosamente.

-Es un asunto serio -dijo.

Su cuerpo se enderezó. El cabello negro le colgaba en dos gruesos mechones que enmarcaban su rostro, de una palidez mortal, en el que unos ojos profundos, oscuros e intensamente vivos, miraban por encima de una barbilla más bien masculina. Meneó la cabeza lentamente, de un lado para otro.

-Yo soy la autora del libro que usted ha publicado, la verdadera autora. -Se detuvo un momento. -Sabe a qué libro me refiero. -Él no pudo disimular su asombro.

-Explíquese -le dijo, mirando alrededor.

La luz gris de fuera se filtraba por dos altos ventanales. Ella comenzó a hablar despacio: tenía las manos entrelazadas en el regazo, pero su rostro estaba tenso.

En realidad, dijo, había enviado a su anterior entrevista a una compañera de piso, una estudiante de literatura joven y atractiva. Sería la encargada de convencer al editor para que devolviera el antiguo original de la novela. Las dos se habían conocido en un curso de relato.

-Un curso sobre novela policíaca, historias de crímenes reales -explicó ella, estremeciéndose, mientras él jugaba con sus gafas de concha.

-No sé de qué me habla -dijo el hombre en tono de burla. -¿A qué viene todo esto?

Ella lo examinó, con la cabeza inclinada hacia un lado.

-No puede negarlo -le dijo. -Ayer mismo, he hablado con el profesor al que, hace tiempo, le mostré el original de la novela

Sacó algo de un gran bolso de mano.

-Es este - mostró. Se trataba de una fotocopia escrita a máquina, en un papel amarillento.

Él se volvió en su silla giratoria y hojeó las páginas del voluminoso cuaderno. La mujer habló en tono mordaz.

-Un plagiario hábil, debe asegurarse de que no existen copias anteriores -indicó,

con una sonrisa retorcida.

Él se quedó mudo. El papel estaba ajado, cualquiera podía advertir que era el primer original de su novela. La voz de ella sonó punzante:

-Hay varias copias más -añadió. -Varias personas las tienen. Es un papel viejo, por lo que está claro que es anterior a la obra que usted ha publicado -afirmó.

-No sé de qué me habla. -Ella continuó como si no lo hubiese oído:

-En la novela se habla de un asesinato por embolia gaseosa, y usted lo puso en práctica con mi pobre amiga -dijo con voz monótona. -Sólo que, en la novela, la mujer fue enterrada en el huerto. Había allí una parte removida... Por eso lleva el título: “El caso de la mujer enterrada en el jardín”.

Él no había movido ni un sólo músculo. Intentó llevar la conversación por otro terreno.

-¿Ha escrito algo nuevo? Me gustaría verlo, a lo mejor me interesa. -Ella hizo caso omiso.

-Mi amiga entró, pero no salió por sus pies -movió la cabeza. -Yo la estaba aguardando en mi coche, frente a la editorial, y vi cómo se la llevaba la ambulancia.

Se detuvo, conteniendo la respiración.

-No sabía lo que estaba ocurriendo. Sin embargo, me volví sola a casa -sonrió tristemente.

Durante unos momentos no pudo continuar. Luego prosiguió:

-Usted pensaba que ella era la autora de la novela, ¿verdad?

Él estaba atónito, y ella se quedó pensativa. Luego aspiró hondo:

-Decidió matarla con el mismo sistema que se usa en el relato, introduciendo aire en la vena, ¿no es así? Un sistema que no deja huella.

Su voz se estremeció, pero sus ojos siguieron secos. Añadió, como para sí:

-Pero el forense no consideró necesario hacer ninguna prueba...

Él seguía jugando con sus gafas. La mujer se enderezó de nuevo.

-Lástima que no las hiciera, porque los pulmones estarían violáceos, congestionados, con espuma... -Él la interrumpió con decisión.

-Usted sabe de eso más que yo.

La mujer se volvió bruscamente. Le hizo una pregunta que lo dejó sorprendido:

- Dígame,¿dónde la pinchó? Lo haría bajo los vestidos, en un lugar oculto, difícil de detectar por el forense... ¿o es que estaba desnuda?

El rostro del hombre se alteró. Ella le lanzó una mirada intensa.

-La policía tampoco hizo nada. Por eso, yo misma he tratado de descubrir este misterio.

Se detuvo un momento, y siguió hablando despacio:

-Eran demasiadas coincidencias. Sobre todo, cuando vi la novela publicada. Entonces, supe que usted la había matado.

La mujer quedó silenciosa, su rostro muy pálido. Luego, pareció decidirse:

-Pero no pienso denunciarlo -dijo con firmeza. -En fin, ahora ella está muerta, y nadie podrá resucitarla. No lo denunciaré, a cambio de que me haga beneficiaria de los ingresos generados por el libro.

Él no estaba dispuesto a ceder.

-¿Está utilizando sus conocimientos policíacos para hacerme chantaje?

Ella asintió.

-Llámelo como quiera. -Él pareció considerar seriamente el asunto:

-Estoy dispuesto a ofrecerle una cantidad de dinero... . a cambio de los derechos de autor. -Ella apretó los labios.

-Pero yo exijo la totalidad de los beneficios. Además, usted ha de publicar mis novelas inéditas... Comprenda, no es fácil para mí ocultar un hecho punible, tan grave como un asesinato...

Se detuvo de pronto:

-Tenga mucho cuidado -advirtió. -No piense que va a burlarse de mí, lo tengo todo bien atado.

Él maldijo entre dientes.

-Está bien, usted gana.

La mujer suspiró.

-De esta forma, todos saldremos ganando -terminó, con una risita. -No se olvide de que somos socios... o le pesará.

LA RESIDENCIA

El barrio, de casas lujosas, estaba sombreado por diversas especies de árboles, con diferentes tonos de verde. Por encima, se alzaban los desiguales tejados de un tono ocre, y a un lado sobresalía una esbelta torrecilla, con cubierta terminada en punta. Delante se extendía una plazoleta redonda, donde jugaban algunos chiquillos. El cielo era muy azul, surcado de pequeñas y vaporosas nubes blancas.

-Puedes parar ahí -indicó la mujer fríamente.

El moderno todoterreno se detuvo ante el edificio más grande. Era un caserón de fachada de piedra gris, horadada de pequeñas ventanas cuadradas, bajo una cubierta de tejas árabes.

El hombre que conducía el automóvil bajó a la acera, y dio la vuelta al coche para ayudar a la enfermera, que se apoyó en su mano para bajar.

-Hemos llegado -dijo él, y había en su boca un rictus de preocupación.

La enfermera asintió. Era una mujer cejijunta, de labios delgados.

-Ya lo sé, conozco el lugar.

Entre los dos, hicieron descender del coche una silla de ruedas, donde una anciana parecía dormitar. El traqueteo hizo que abriera los ojos, de un tono azul descolorido. Con ayuda de la enfermera que la acompañaba, logró enderezarse en el asiento.

La dama que viajaba junto al conductor, había bajado del coche, y cerró la puerta. Era una mujer alta, de figura esbelta. Llevaba las uñas muy largas, y esmaltadas de rojo.

-Aguarda, que no tardaremos -le dijo. -Es mejor que tú esperes aquí.

Él escuchó la voz de la enfermera que estaba detrás.

-Sí, es mejor que se despida ahora.

Al principio, la anciana lo miró con ojos de niño sorprendido, en un rostro todavía agradable. Se veía que había sido hermosa, pero ahora sus mejillas estaban fláccidas, y numerosas arrugas surcaban su rostro. Aún así, podía apreciarse que conservaba un cierto aire de juventud. No tenía el aspecto de una mujer enferma, ni parecía mostrar un gran deterioro. De pronto empezó a preocuparse.

-¿No vienes conmigo? -Él tosió.

-Hoy no puedo, pero te veré pronto. -La anciana lo miró con gran afecto.

-Como tú quieras, hijo. Pero no tardes.

Él cerró los ojos: todavía recordaba cuando el color de aquellos cabellos era deslumbrante, de un tono cobrizo. La enfermera había entrado en el coche, volvió con una pequeña maleta y la encajó en la parte trasera de la silla. Ahora, el hombre miraba a la anciana con aire culpable. Pero estaba viva, estaba bien, y era lo que importaba.

-Vas a ser muy feliz -murmuró, besándola en la frente.

Ella juntó las manos, e inclinó la cabeza, sonriendo, para expresar su conformidad.

-Si tú lo dices, hijo...

Un niño pasó por la calle en bicicleta; se reía y sus mejillas estaban coloradas. Él subió de nuevo al coche y, desde dentro, bajó el cristal de la ventanilla. Las vio alejarse del automóvil, la enfermera conduciendo la silla, y su esposa con un bonito jersey

blanco, y a la cabeza un pañuelo azul en forma de turbante.

***

La joven señora fue quien primero franqueó la verja de entrada. Abarcó de un vistazo el edificio, una construcción de tres plantas y un ático, que había sido recientemente restaurado. Tenía las ventanas pintadas en blanco, y el muro era gris.

Seguida de las otras se dirigió a un extremo del jardín, donde aguardaba una mujer delgada, con un vestido negro, largo hasta los tobillos. Era la encargada de la residencia. La mujer, de aspecto monjil, levantó un brazo, tratando de llamar su atención.

-Es por aquí -señaló.

Durante un segundo los ojos de la anciana recorrieron el lugar, dos ojos de niño que se ha lastimado y está a punto de echarse a llorar. Había un hombre recortando los setos; la mujer de negro lo llamó con un gesto.

-Suba esa maleta -indicó.

El hombre recogió el exiguo equipaje. Al cabo de un momento se perdió de vista, oculto por los frondosos árboles. La encargada se volvió en redondo.

-¿Es ésta la señora? -preguntó. La otra se retorció las manos, un poco nerviosa.

–Sí, es mi suegra -dijo, sin mirarla.

La mujer de negro fue hacia la anciana, la abrazó y la besó.

-Hola, encanto -le dijo, y el tono de su voz era zalamero.

Fueron caminando hacia un pequeño estanque, rodeado por varios árboles, con vistosas hojas de un tono rosado. Se detuvieron a la sombra de un gran alcornoque. Por algo era un sitio tan caro, pensó la joven señora. No obstante, podían permitírselo, gracias a la posición de su marido.

-Va a cumplir setenta años -indicó, sin que nadie se lo preguntara. -Está un poco abatida, pero tiene buena salud.

En efecto, la tez de la anciana era blanca, pero no estaba pálida. La de negro pensó que estaba bien nutrida.

-¿Le gustan los dulces? -preguntó, y ella se encogió de hombros. La observó, inquisitiva.

-Según.

La encargada se metió la mano en el bolsillo y sacó algo envuelto en un papel dorado. Era un bombón de chocolate, y se lo ofreció.

¿Le gustan los bombones de licor? -Ella no lo dudó.

-Pues claro que me gustan. ¿Y a quién no?

-Ella deshizo el envoltorio y le puso el bombón en la mano, mientras la enfermera las observaba, con el ceño fruncido.

-Ni que fuera tonta -gruñó, de mal humor.

La de negro se había acercado a la joven dama y, en un gesto de confianza, le puso la mano en el hombro. Iba a besarla, pero ella la rechazó con suavidad.

-Estoy encantada de verla de nuevo -sonrió tensamente. Ella la miró de hito en hito.

-¿Ha traído los papeles? -Ella asintió y sacó un sobre de su bolso. La encargada lo cogió.

-¿Está aquí todo? -insistió. La otra afirmó con un gesto.

-Está la firma de mi esposo, con la de mis cuñados, así como la autorización judicial. -A continuación, lanzó una precavida mirada a un grupo de ancianas, que

ocupaban un banco con sus familiares. -Si quiere, podemos entrar, para que lo compruebe. -La encargada movió la cabeza.

-No hace falta, seguro que están bien -carraspeó. -Tratándose de una persona anciana con deterioro cognitivo, y que no tiene que dar su consentimiento, no necesitamos más.

Se detuvo un momento, y agregó:

-De todas formas, si surge algo, ya lo pondremos en su conocimiento.

Pasó delante, y se volvió.

-¿No quiere entrar? Verá que los ancianos son atendidos con una gran calidad, no sólo en los servicios, sino en el trato. -Ella negó con un gesto.

-No hace falta, ya conozco la casa, y todas las dependencias. Por cierto, que el gimnasio está muy bien. También la habitación, y todo lo demás.

Al lado de la puerta principal, y junto al portón, había dos macetas de barro con sendos geranios con flores, de un rojo muy vivo. Desde el exterior se distinguía el gran salón de estilo clásico, destinado a las visitas. Sus columnas eran blancas, de mármol, y contrastaban con un techo de ladrillos tostados.

La joven esposa se volvió. Desde allí podría ver una extensa terraza, y más allá los montes, punteados de verde.

Ahora tengo que irme -indicó en tono seco.

-¿No quiere tomar un café?

-No hace falta, gracias -la sonrisa de la mujer fue breve. -Esta enfermera que viene con ella la acompañará por unos días, hasta que se acostumbre, como hablamos...

-Eso está muy bien.

Oyó que la anciana la llamaba en el mismo momento en que se iba, pero no se volvió La enfermera no pudo evitar un estremecimiento. Era incapaz de mostrarse franca y abiertamente cruel.

-Vaya -pronunció en voz baja.

Luego, la anciana empezó a sollozar, y ambas desaparecieron en el interior del edificio, la enfermera empujando la silla.

***

No habían transcurrido ni veinte minutos desde que llegaron al lugar. Mientras cruzaba la calzada, la mujer aceleró el paso y, una vez en la acera, miró su reflejo en el escaparate de una tienda: su aspecto no la defraudó.

Un momento después ocupaba el asiento dentro del cómodo automóvil, junto a su marido. Dejó caer la palma de la mano en la de él.

-Ahí estará muy bien -le dijo. -Él carraspeó.

-Tengo una tristeza enorme. Ella nos quiere, y nos ha tratado genial siempre, y lo mismo a los niños...

La mujer suspiró. Sacudió la cabeza, mientras él ponía en marcha el vehículo.

-Todo el mundo nos ha aconsejado que lo hiciéramos, he hablado con todas mis amigas, y ellas me lo han recomendado... . Sobre todo, cuando han sabido que desde hace un año le han diagnosticado degeneración cognitiva, o demencia senil... -él se mordió los labios.

-Todavía está en la fase inicial. Aunque los recuerdos actuales se le borran, no así los antiguos, los adquiridos a través de los años. No me parece que sea el momento de meterla en una residencia... -Ella suspiró:

-Pero cuando avance un poco, no sé dónde vamos a llegar. El tiempo pasa, y ella no tiene idea del día, de la semana o del mes en que vive. -El hombre la miró.

-¿Podrá venir de vez en cuándo a casa?-preguntó, inquieto. -¿Nos la podremos llevar a temporadas?

La mujer aspiró hondo. No necesitaba responder, eso ya se vería. Dijo, insinuante:

-Te juro que es una residencia nueva y confortable, de muy pocos residentes y llena de gente encantadora. Pueden salir a pasear, hacen excursiones... -Los músculos de él tensaron.

-Pero ella no los conoce. No conoce a nadie de ahí.

-Los conocerá pronto.

-No sé. Estoy amargado, porque con mi madre no me había planteado esto.

Ella se irguió tensamente, y consultó el reloj. Temía que él insistiera en lo mismo, pero pareció cambiar de opinión:

-Bueno, mis hermanos son mayoría, y si ellos quieren que mi madre se interne... pues habrá que acatarlo. Lo malo es si han decidido ingresarla para poder disfrutar de sus vacaciones... -Ella le acarició la mejilla.

-Es ella quien no quiere moverse de casa, y rechaza todas las ofertas para pasar el verano con ellos.

Hubo un largo silencio, mientras ella observaba a su esposo: era un hombre guapo, de perfil regular y pequeñas orejas. La miró de reojo.

-¿Lo harías si fuera tu madre? -preguntó. Ella pareció sorprendida, y dudó unos momentos.

-No tengo padres, ese no es el caso. -El hombre insistió:

-Pero, ¿si los tuvieras? -Ella vaciló un momento.

-Pues, verás... -Él la hizo volverse de modo que lo mirara.

-¿Qué harías? -preguntó.

-Pues... claro que haría lo mismo, cariño -sonrió la mujer. -Claro que sí. Hubiera solicitado plaza en una residencia que hay en el pueblo donde vivieron siempre...

-Pero aquí es distinto, ¿no crees? -Ella se apoyó en el respaldo.

-Aquí son muy amables, y van a quererla mucho. No imaginas, al menos lo que yo he visto, lo bien que están atendidos y lo bien que se sienten. . tienen cubiertas todas sus necesidades, pero lo que más agradecen es el cariño y la compañía... -añadió con una mueca tierna.

El hombre se quedó pensativo. Tenía cincuenta años y llevaba quince casado con esta mujer. En cuanto a ella, se trataba de su segundo matrimonio, y en ambos había tenido hijos. Tenía una hija mayor, de dieciséis años, que vivía con ellos.

Él dejó por unos momentos de prestar atención a su esposa, y se emocionó al pensar en su madre. En su juventud, había sido considerada la mujer más guapa del pueblo. Ella nunca le hizo saber sus intenciones, ni como quería vivir la vejez. De todos los hijos era su preferido, y nunca se habían separado. Pero ahora... ahora sería distinto.

Arriba, el cielo era de un azul límpido. El hombre condujo lentamente bordeando los jardines, y tomó una calle lateral hacia la carretera. Esperó luego en una esquina a que el semáforo le diera luz verde. Dejaron atrás el conjunto residencial y enfilaron la autopista, donde el automóvil rodó velozmente. Luego, la vía se convirtió en una caravana continua de vehículos.

De cuando en cuando, daba un vistazo a su compañera, y ella le sonreía. No

entendía demasiado de mujeres, pero lo daría todo y arreglaría cualquier cosa a cambio de darle gusto. Ella continuó:

-Yo he elegido tener hijos y cuidar de ellos, pero ellos no han elegido tenerme a mí, como tampoco yo elegí tener a mis padres...

El hombre apretó los labios y se quedó pensativo. Quizá, ya iba siendo hora de que aprendiera a comprender a su mujer. Habían transcurrido más de quince años desde que se prometieron, y se dio cuenta de que no la conocía del todo. Durante los últimos tres meses habían hablado por encima del tema, sin que él le prestara la menor atención. Sólo ahora había aceptado la idea.

-Tiene sesenta y nueve años - vaciló, reflexionando. -Su mente y su juicio son rápidos y originales. A lo mejor se iría recuperando, y podría ser feliz y disfrutar. Porque tiene unos nietos preciosos... -Ella no pudo evitar una sonrisa amarga.

-Claro, sin querer beber ni comer, porque según dice todo está envenenado - agregó con vivacidad. -Cada vez es más difícil la convivencia con ella. Se niega a ducharse, y con las medicinas, pasa de todo y no quiere tomar nada... -Se detuvo un momento y luego prosiguió: -¿Dónde acabara nuestra vida social?

Él tenía la vista fija en la carretera, y observó un momento el paisaje que transcurría al otro lado de la ventanilla. Los árboles, de un verde brillante, parecían saludarlo a su paso. Oyó de nuevo la voz de su mujer:

-Supongo que no habrás visto cómo algunas familias se destruyen a causa del cuidado de sus mayores -le dijo. -Sobre todo los jóvenes, que han de pasar la adolescencia rodeados de ancianos... Estamos en el mundo para cuidar de nuestros hijos, no para que ellos nos cuiden. Hay que cambiar de mentalidad. -Él habló sin apartar la vista de la carretera.

-Puede que tengas razón. En la residencia tienen sus médicos. Además, si se caen los pueden levantar mejor que si están solos en la casa, con la persona que los cuida -siguió, pensativo. -Abandonas a alguien cuando no vas a verlo, cuando no te preocupas...

La mujer suspiró, aliviada. La asombraba el repentino cambio de su esposo. Asintió:

-Es lo mismo que cuando llevamos a los niños a guarderías y a colegios, y no nos dan ninguna pena -le dijo. -Pensamos que ahí están mejor, se relacionan con más niños, juegan, y aprenden cosas...

Él se acercó a la mujer y apretó fuertemente su mano.

-Sí, es verdad -dijo ansiosamente. -En realidad, estoy de acuerdo contigo. Y lo tengo claro: cuando sea mayor no quiero que mis hijos pierdan la salud por atenderme. Entonces, desearía que me enviaran a una residencia. -Ella se echó a reír.

-Tú sí que eres previsor...

Se inclinó hacia la ventanilla para dar un vistazo al cielo azul, y se quedó con la mirada fija en un punto incierto. Nunca había tenido una sensación de libertad tan agradable: era lo que había deseado desde que se casó. Por fin lo había conseguido, podría vivir una experiencia nueva...

Procuró imaginarse el futuro. Pensó en su hija mayor, que se estaba convirtiendo en una muchacha muy linda. Iba a ingresar en la universidad, y habría que presentarla en sociedad. Ahora, tendría su propia habitación, un baño para ella, y hasta un pequeño gabinete para recibir a sus amigos y amigas...

-Odio vivir con esa señora -le había dicho ella. -No es abuela mía...

Contuvo el aliento. Se preguntó qué pensarían los pequeños cuando supieran la verdad, cuando supieran lo que sus padres habían hecho, y dónde estaba ahora la anciana, que sí era su abuela... Habría que darles una buena explicación. La mujer retiró el rostro de la ventanilla.

-Su padre lo ha querido así -pensó. -De todos modos, qué diablos nos importa ella...

-¿No la echas de menos? -oyó.

El coche estaba subiendo la cuesta final hasta su propia casa. La entrada estaba sombreada por la presencia de grandes cipreses y palmeras, junto a otros más bajos como naranjos y mimosas. Una escalera con peldaños hechos de cantos rodados daba acceso a un gran portón, en torno al cual se extendía una espesa buganvilla.

Las facciones de la mujer se habían endurecido. No contestó; no tenía tiempo ni deseos de remover el asunto. El hombre movió la cabeza. Recordaba haberse hundido en el regazo de su madre cuando era sólo un niño. Y tenía ahora la impresión de haberla abandonado para siempre, de haber dejado que su mente se perdiera en las tinieblas.

-Me da pena de ella- pronunció en voz baja. La mujer humedeció sus labios.

-De acuerdo, querido. Pero ahora, vamos a darnos prisa. Mañana temprano tenemos que coger el avión.

LAS TIJERAS

Era domingo, y hacía buen tiempo. El mes de marzo llegaba a su fin, y el aire era templado. Aquella mañana, a las 12,30, en la comisaría de policía se recibió un aviso telefónico

-¿Qué ocurre? -preguntó el comisario. El inspector cubrió el teléfono con la mano.

-Parece un doble asesinato -dijo ambiguamente.

El hombre emitió un sonido de neumático pinchado.

-Vaya.

Un policía uniformado acababa de entrar en el despacho. El detective siguió escuchando a su interlocutor, al tiempo que afirmaba con la cabeza. Colgó luego el auricular, y se volvió.

-Una modelo de alta costura ha sido asesinada en una finca de recreo. Mejor dicho... son dos las chicas muertas. -El comisario giró sobre sus pies.

¿Dónde han aparecido?-inquirió.

En una granja, en la carretera de la sierra -contestó él brevemente.

-¿En una granja?

El inspector tragó saliva para aclararse la garganta. Carraspeó:

-Es propiedad de un matrimonio, dueño de una conocida firma de alta costura. Al mismo tiempo, al parecer, la finca sirve de taller. -El policía uniformado tenía los labios fruncidos en una sonrisa torcida.

-Ya sé cuál es. En ocasiones, montan en el jardín la pasarela -se detuvo un momento. -Y también, otras cosas...

-Hay que ver lo que sabes -dijo el inspector, riendo en una breve carcajada. -Él se puso colorado y por un instante se sintió muy violento.

-Ya ve. Uno anda por ahí... -dijo, vacilando.

***

Se personaron en la granja el inspector jefe, un ayudante y dos subalternos de uniforme. El que conducía paró el coche junto a la entrada, sin meterlo en el jardín.

El camino serpenteaba, retorcido y tortuoso, y el inspector tuvo que bajar la cabeza para no tropezar con una rama. Vieron una gran casa rectangular y cubierta de enredaderas. Al lado había otra de las mismas características, pero más pequeña.

-Debe ser aquí -indicó el policía.

Al llegar al lugar del suceso, les abrió la puerta un individuo, que dijo haber denunciado el hecho por teléfono. El hombre era de mediana edad, bien vestido, con el cabello peinado hacia atrás y un pequeño bigote. Sus manos eran fuertes y grandes.

-Pasen, por favor -indicó.

Estaba pálido y abatido. El inspector notó cómo le temblaba la mano.

Aunque la casa era antigua, había sido remozada por completo y se le había dado un aire moderno. Las paredes estaban empapeladas en tonos claros, las cortinas en las puertas y balcones eran blancas con rayas amarillas, y la tarima del suelo estaba recién barnizada y brillante. Había cuadros con marcos blancos en la pared, y una mesa baja lacada en negro, sobre una alfombra de nudo color marfil. Dos sillones redondeados estaban tapizados de rojo. Había varias revistas sobre la mesa, y una caja de madera. Las fundas del tresillo estaban nuevas y flamantes.

Se encontraron ante una escena dantesca: sobre la alfombra había una mujer

muerta, con unas grandes tijeras de costura clavadas en el abdomen. Era alta, esbelta y muy hermosa, con cabellos oscuros y pómulos altos.

-¿Quién es la víctima? Me refiero a la que tiene las tijeras clavadas.

-Es una modelo que trabaja... trabajaba en la casa -contestó él en voz baja.

El policía lo observó sin disimulo. Era un hombre francamente apuesto. Llevaba un jersey de punto blanco, con el cuello muy alto, y un pantalón vaquero. -El inspector asintió:

-Y muy bonita, según veo.

Un poco más allá había otra mujer, también muerta: la habían matado, al parecer, de un golpe con un atizador, que estaba a su lado en el suelo, manchado de sangre.

-¿Conoce a esta muchacha? -Él asintió con un gesto. Su cara estaba tan blanca como la panza de un pez

-También es modelo -afirmó.

La chica tenía la tez muy morena, casi negra. Tenía el cabello muy negro y rizado, una nariz fina y proporcionada, y la boca pequeña. Sus facciones eran las de una niña: puras y fragantes.

El inspector pasó los dedos sobre las hojas de una planta que había junto a la ventana.

-Y, ¿conoce usted esas tijeras?

El hombre sacó del bolsillo un pañuelo, se secó la frente y volvió a guardarlo.

-No son las mías -dijo, con un movimiento de cabeza. -Yo siempre utilizo las mismas, desde el principio de mi profesión -afirmó. -Éstas pueden ser de cualquiera, en el taller que está aquí al lado las hay por docenas.

Estaba de espaldas a la ventana, y una profunda arruga surcaba ambos lados de su boca.

-Yo no me puedo pasar sin las mías -añadió en tono pensativo. -Las tengo siempre afiladísimas, es como una obsesión.

Estuvieron rastreando el lugar. El cuarto de baño de la planta baja era muy luminoso, con las paredes de un amarillo tostado, y los aparatos sanitarios de un delicado color caramelo. Había repisas de cerámica con frascos de cristal, y sobre el lavabo un espejo biselado, redondo por su parte superior. El ambiente era cálido y perfumado.

-Den un vistazo arriba -indicó el inspector.

Una moderna escalera de caracol comunicaba la planta baja con el piso superior. El grueso soporte central, los escalones y la balaustrada estaban lacados en blanco. Uno de los hombres, que había salido al exterior, volvió después de unos minutos.

-No parece que haya nadie en el taller -indicó. -Pero hay un coche deportivo en el cobertizo. Es un coche pequeño, de dos plazas, pero muy moderno y potente -terminó, accionando.

El dueño de la casa reflexionó.

-Es de Fanny, la amiga de mi mujer. Es esa -señaló a la negrita.

El inspector jefe se acercó a ella.

-No lleva el bolso encima -observó. -Habrá que buscarlo.

El policía uniformado dijo, después de un momento:

-Hay otro coche en el garaje. -El hombre respondió con voz profunda:

-Sí, el del garaje es mío -El otro lo miró agudamente.

-Además, ante la vivienda hay huellas muy recientes de un tercer automóvil.

El inspector pareció interesado. Apretó los labios en un gruñido silencioso.

-Eso es muy importante. ¿Las huellas son claras? -Él asintió con parsimonia.

-Totalmente claras, el barro está húmedo todavía -contestó. -Hemos tomado fotos.

Al inspector le había chocado que, a pesar del buen tiempo, la chimenea estuviera encendida. Era una gran chimenea con el frente de piedras calizas, la repisa de gruesa madera y el fondo de ladrillos oscuros. Había dos leños ardiendo sobre los morillos.

-¿Y ese fuego, en el tiempo en que estamos? -preguntó. El dueño de la casa se encogió de hombros.

-Por las noches, refresca mucho -dijo. -Estamos a un paso de la sierra... .

Las ventanas estaban cerradas y la chimenea humeaba. El jefe la estuvo observando: a ambos lados había dos apliques dorados de pared, formando hojas y vástagos vegetales. En el de la derecha faltaba una bombilla. No lejos había una jaula negra para pájaros, pero sin ningún pájaro dentro.

En esto, acompañando a una ambulancia llegaron el juez y el forense. El inspector miró el reloj. Mandó hacer un diseño del lugar, y ordenó que nadie tocase nada, excepto el médico. Marcaron la posición de los cadáveres antes de moverlos; luego, después del reconocimiento judicial, los cuerpos fueron cargados en la ambulancia y un policía uniformado permaneció en el lugar.

Fuera, desde la extensa terraza con barandilla de hierro esmaltado en blanco, podía verse la ladera del monte cubierta de árboles. Más acá se extendía al jardín de la casa, en esta época lleno de macizos con flores, entre cipreses y palmeras.

Por la tarde, cuando el modisto acudió a declarar ante el comisario jefe, se reiteró en que no conocía las tijeras. Luego, él lo comentó con sus subordinados:

-Asegura que no son suyas, que él las había entregado a un afilador que tiene el local junto al mercado. -Se detuvo un momento, y agregó con decisión: -Habrá que comprobarlo.

El inspector parecía desconcertado. Vaciló.

-Por más que lo pienso, no se me ocurre ninguna explicación posible -dijo con un gruñido. -¿Quién de las dos mujeres ha muerto primero?

El comisario se quedó pensativo, dando pruebas de no saber la respuesta. Sostenía en la mano un vaso de agua con bicarbonato. Habló lentamente, como consigo mismo:

-Es imposible que una persona muerta mate a otra -bromeó. -Luego ha tenido que haber una tercera...

***

Al día siguiente, el comisario reunió a sus subordinados en el despacho. Y allí estaban todos, preguntándose unos a otros con la mirada.

Él era un hombre achaparrado, con una nariz prominente, y el pelo ridículamente pegado a la frente. El cabello negro le blanqueaba en algunos puntos. Vestía un traje oscuro, y una corbata oscura de rayas sobre la camisa de un blanco dudoso. Estaba sentado ante el escritorio abarrotado de papeles, y hacía todos los esfuerzos posibles por estarse quieto en su silla.

-Hemos adelantado poco -gruñó. Se inclinó gravemente sobre la mesa y revisó los papeles sobre su escritorio. Luego se levantó, y empezó a rebuscarse los bolsillos.

-Tendremos que considerar todos los detalles -continuó. Nadie dijo nada, y él los miró a todos, uno por uno.

-Él es un modisto famoso, al parecer. ¿Qué más sabemos del tipo?

El teléfono sonó bruscamente. Él lo cogió, y a continuación garabateó varios números en un sobre. El inspector sacudió la cabeza.

-Sólo, que está casado con la dueña del negocio -dijo, balanceándose sobre las puntas de los pies. El otro habló en tono despectivo.

-Eso ya lo sabemos. -El inspector se encogió de hombros.

-Parece que tiene clientas muy ricas... Una de ellas, su mujer -añadió, con una risita.

-Su esposa es la verdadera dueña de todo -dijo el ayudante. El inspector se echó a reír.

-Es muy atractivo, según dicen ellas, y la mujer se enamoró de él.

El comisario se restregó los pies por debajo de la mesa.

-¿Qué tal funciona el matrimonio?. -El inspector habló lentamente.

-Él era un mujeriego, y ha seguido siéndolo después -explicó. -Tiene los ligues que quiere, y los exhibe sin ningún pudor.

El comisario arqueó las cejas.

-¿Quién es la víctima? Me refiero a la chica blanca, la que tenía las tijeras clavadas.

-Es una bonita modelo. Resulta que el modisto se había liado con ella...

El jefe pareció sorprendido.

-¿De modo que era la amante del modisto? -El otro chasqueó la lengua.

-Según hemos sabido, no era más que una recién llegada -explicó. -Pero enseguida accedió al puesto principal.

El ayudante estaba escuchando con mucho interés. Intervino de nuevo:

-Sus compañeras han comentado que era una muchacha ambiciosa. -El comisario se apoyó en el respaldo de la silla.

-¿Y la negrita? -preguntó, frunciendo el ceño.

-Parece que también es modelo, y muy buena.

-¿Una modelo negra?-preguntó el jefe, sorprendido. El otro asintió.

-Ahora abundan. ¿No lo ha visto en las revistas? -El comisario contestó, muy serio:

-No suelo ver las revistas del corazón.

-Pues debiera hacerlo, son muy instructivas -bromeó el inspector.

El jefe se había levantado y empezó a pasear por la habitación.

-Parece un asunto de celos -dijo, pensativo. -El autor puede ser el marido... -El otro hizo un gesto de duda.

-O puede ser la esposa.

-¿Tienen antecedentes?

Él inspector apoyó ambas manos sobre la mesa.

-Bueno, él no era más que un empleado, que se ha casado con la dueña...

El comisario lo interrumpió:

-Pero alega una coartada: las tijeras suyas están en el afilador, según nos ha dicho. -El otro movió la cabeza.

-Una falsa pista, quizá.

El comisario fue hacia la salida, y se volvió:

-Parece el argumento de una serie barata de televisión... Bueno, seguiremos con esto más tarde, si les parece bien. Es tarde, se va haciendo la hora de comer.

***

Por la tarde, llegó el informe del forense. El médico llamó suavemente con los nudillos, y el comisario abandonó el sillón donde estaba leyendo un libro.

-Pase -indicó.

Él entró sin hacer ruido. Sus ropas parecían haber sido extraídas de una bolsa de andrajos.

-Tengo ya algunos datos -dijo, tendiéndole unos folios en una carpeta. -Faltan algunos más.

El jefe los estuvo hojeando.

-¿Qué tenemos?

El hombre miró alrededor, y el jefe le indicó una silla.

-Siga.

-Los crímenes ocurrieron sobre las once de la mañana -dijo él, sin ninguna duda. -El comisario le dedicó una mirada rápida.

-¿Alguna cosa más? -Él afirmó con una inclinación de cabeza.

-El primer crimen se llevó a cabo con una buena dosis de veneno.

-¿Veneno? -El jefe se mostró sorprendido, y el médico asintió.

-La autopsia muestra un envenenamiento por estricnina, aunque se simuló que fuera con unas tijeras.

-¿Está seguro?

El otro se removió en el asiento.

-He descubierto algo importante -afirmó. -La chica no ha sangrado. Luego, cuando le clavaron las tijeras, ya estaba muerta.

Él dejó escapar un silbido.

-¿Y el atizador?

-Han encontrado en el atizador unas huellas grasientas, de mujer.

El comisario se inclinó hacia adelante.

-¿Cómo? ¿En el mango del atizador había restos de grasa? ¿Qué clase de grasa? -El otro vaciló un momento.

-Parece que es una crema de belleza... -Él se quedó pensativo.

-Una crema de esas estaba en el cuarto de baño -recordó.

Hubo un silencio tenso, y el comisario encendió un cigarro. Le ofreció otro al médico, que lo rechazó.

-Según creo, el frasco de crema pertenece a la señora de la casa -añadió el policía.

-En efecto, a ella corresponden las huellas -indicó el forense. El otro frunció el ceño.

-El jardinero vio entrar y salir a la señora en su coche -dijo, como para sí. -Había llegado a las once, y salió sobre las once y media... -El médico asintió.

-Si es así, la dueña de la casa es la sospechosa número uno.

El jefe siguió hablando despacio:

-Seguramente, tiene usted razón: el jardinero la vio, las ruedas de su coche han dejado rastro, el atizador tiene sus huellas...

Se detuvo un momento, y el otro continuó:

-Por cierto, en la chimenea había cabellos quemados, pero un mechón estaba intacto. -El comisario saltó en su asiento.

-¿Cómo dice? -El médico habló con parsimonia.

-Sí, la chica negra usaba peluca de cabellos lisos. -El jefe estaba atónito.

-¿Cómo? - El otro siguió hablando despacio:

-En realidad los tiene crespos, pero se los cubría. Hay restos de su ADN en la peluca.

El jefe sacudió la ceniza del cigarro y habló con voz monótona.

-Vaya, con los cabellos crespos y una peluca de pelo liso... quién lo hubiera dicho.

***

Después de saberse los últimos resultados enviados por el laboratorio, el matrimonio fue citado de nuevo, a fin de llevar a cabo un careo. Estaban de pie, uno al lado del otro, rígidos, a la puerta del despacho. La esposa sonreía apenas, mirando a lo lejos, con sus brazos cruzados ante el busto. Llevaba un vestido sencillo, de color terroso, con unos botones cilíndricos negros y brillantes. Una cinta negra de terciopelo ribeteaba el cuello, formando delante una pequeña lazada.

Parecía una mujer dinámica, aunque en sus rasgos se apreciaba que no era muy joven. Llevaba el cabello, liso y de color trigo maduro, peinado despreocupadamente, o más bien despeinado, como si el aire lo hubiera alborotado. Sus grandes ojos castaños estaban ribeteados de oscuro por un sabio maquillaje, y sus cejas eran finas y bien dibujadas. Sus manos eran alargadas y nerviosas.

-Pase, señora, no tardaremos mucho -indicó el comisario. Vino hacia el marido y le tendió una mano, que él ignoró. La mirada del policía fue elocuente.

-Usted, pase también -le dijo.

El hombre iba bien vestido, mucho mejor que la víspera. Miró inquisitivamente al policía, pero no dijo nada. El jefe se volvió a los suyos.

-Que no nos interrumpan -ordenó.

Estaban pálidos cuando se sentaron uno junto a otro. El comisario cerró la puerta. Comenzó a hablar en tono indiferente, como quien no da importancia al asunto.

-Iremos derechos al grano -dijo. Se quedó un momento mirando por la ventana la casa de enfrente, gris y agujereada por negras ventanas.

Hablaba bajo, deprisa, moviendo apenas los labios. Las preguntas fueron escuetas, seguras. Al final, el policía se inclinó sobre la mesa. Habló acusadoramente.

-Me parece que todo ha quedado muy claro -les dijo.

Cuando salieron, el marido estaba rojo. El sudor le corría por el cuello. En las otras oficinas se oía ruido de pasos y de voces, y el comisario se dirigió a dos subordinados que aguardaban a la puerta.

-Por favor, esposen a este hombre -indicó.

La acompañó a ella a la salida, donde el forense estaba hablando con dos policías de uniforme. Uno estaba fumando. El del cigarro hizo una seña con la cabeza a un hombre flaco, que acudió enseguida. Fuera sonaba el largo y continuo martilleo de los remachadores, que trabajaban en un nuevo edificio.

***

El comisario reunió de nuevo a los suyos. Miró a través de la ventana una nubecilla que se dibujaba contra el cielo, completamente azul. Dijo sin volverse:

-Todos pensamos al principio en los celos de una esposa, o en la venganza de una compañera... ¿no es así?

Nadie contestó, y él dio un vistazo alrededor.

-Vamos, siéntense. -Un policía había asomado la cabeza por la puerta, pero su superior le indicó que saliera. Volvió a mirarlos y sonrió, con un gesto torcido.

-Pero siempre existe un error del delincuente...

Del vestíbulo llegó el chirrido de la puerta principal al abrirse, y un murmullo de voces. El inspector se había recostado en el asiento.

-Es el acostumbrado fallo del criminal -dijo, escéptico. -¿De qué se trata ahora?

El hombre caviló un momento, como tratando de poner en orden sus ideas.

-En esta ocasión, han sido unos cabellos quemados -contestó, volviéndose.

-¿Qué ha ocurrido? -El comisario aspiró hondo.

-He conseguido una declaración en toda regla -dijo, moviendo la cabeza. -El culpable ha cantado de plano.

¿Cómo ha sido eso?

El jefe se pasó la mano por la frente. Parecía cansado.

-La esposa se ha puesto de mi lado - sonrió. -Bueno, del lado de la justicia, digamos... y por la cuenta que le tiene. En un principio, yo sospeché que ella era culpable.

-Todos lo sospechamos.

Un nuevo policía entró con unas cuartillas en la mano. El comisario las tomó, las empezó a leer y él abandonó de nuevo la habitación. Cuando vio que la puerta se cerraba suavemente, el jefe se volvió y habló despacio:

-Pues no es así -negó con la cabeza. -Al parecer, el hombre solía citar a su amante en la casa de campo que tiene el matrimonio, yendo hacia la sierra. -El otro alzó las cejas.

-La conocemos, claro -afirmó. -Es allí donde ocurrieron las muertes. -Él se dejó caer en un sillón.

-Ya lo sé -resopló. -Bien, llegó a introducir a la modelo en su estudio, y la colocó en el puesto principal. -El otro soltó una risita.

-Qué bien se lo montaron. -Él hizo como si no lo hubiera oído.

-Pero no contaba con que, poco a poco, las exigencias de ella serían cada vez mayores. -El ayudante suspiró:

-Normal. -Él se echó atrás en su asiento.

-Ella le hacía chantaje.

-¿De qué tipo? -El comisario cerró los ojos un momento.

-Lo amenazaba con hablar con su esposa... -Él lo interrumpió.

-... que es la verdadera dueña, además. Vaya marrón. -El jefe asintió:

-La citó en la granja, donde se sirvieron unas copas -se detuvo un momento. -Discuten, y ella lo apremia para que se divorcie...

-Y él le dice que no puede, o no quiere hacerlo... -El jefe afirmó con la cabeza.

-Exacto. Él, entonces, se vio acorralado.

Se había apoyado en el respaldo, y dijo animadamente:

-Por cierto, me ha repetido con pelos y señales la conversación que tuvieron. Lo ha hecho como una... liberación. Me ha cogido por sorpresa, y más teniendo en cuenta que la esposa estaba presente. Al parecer, la chica ya estaba muy borracha cuando llegó a la granja, y luego se puso peor. Así, que empezaron a discutir.

-No me quieres- le dijo ella, y él trató de justificarse.

-No es eso. Es que...

Al parecer, la muchacha se puso agresiva:

-¿Tanto temes a tu mujer? -le dijo. -¿Temes que te deje sin dinero? -Él negó de nuevo:

-No es eso.

-Pues entonces, te va a dar igual divorciarte que no, porque yo pienso hablar con ella, lo primero. Luego, con todo el mundo...

El comisario se había quedado callado, y se puso en pie.

-Él quería deshacerse de ella, y no sabía cómo. Estaba aturdido, casi fuera de sí.

-¿Y allí la envenenó?

-Sí, la envenenó con estricnina en una copa, y ella murió casi en el acto.

-¿De dónde sacó la estricnina? -el jefe movió la cabeza.

-En todos los huertos y jardines la hay. La contienen muchos preparados contra los roedores.

Rompió el silencio la llamada aguda e insistente del teléfono. El comisario se detuvo, pero no lo cogió. El otro estaba en ascuas.

-Y, ¿qué pasó luego? -Él alargó la mano, descolgó el aparato y lo dejó a un lado.

-Estuvo dudando si llevarse a la mujer al cobertizo para, más tarde, hacerla desaparecer -se detuvo un momento. -Pensó llevársela en su coche, y tirarla al río, o por algún barranco.

-Vaya. ¿Y por qué no lo hizo? -El jefe volvió a cerrar los ojos.

-Tuvo mala suerte -contestó. -En estas llegó la modelo negra... -El inspector no le dejó acabar.

-... y lo sorprendió. -Él asintió con la cabeza.

-La negrita había ido en su coche, a ver a la esposa. Dejó el coche en un cobertizo. La puerta estaba abierta, y ella entró en la casa. -El ayudante sonrió.

-Muy típico. Oye ruidos en el salón, y se acerca. -El comisario asintió, con un gesto.

-Su amiga no estaba, tan sólo el marido, y la amante, caída en el suelo. Así los encontró.

-Vaya coincidencia. -Él continuó:

-Entonces, él se la enfrenta, y ella lo amenaza. -El inspector intervino de nuevo:

-... y la mata con el atizador de la chimenea, que está encendida. Tiene unos guantes, y se los pone. Suena un grito, y hay golpes de muebles, y de un cuerpo que cae... Muy cinematográfico todo.

El comisario prosiguió, como si no lo oyera:

-No sabía qué hacer con los dos cuerpos -dijo. -Entonces, ideó una estratagema: Sacó unas tijeras que tenía en un cajón. En realidad, aunque en un principio lo negó, eran las suyas, las que utiliza siempre. Después, grabó en ellas las huellas de la negrita.

Todo el mundo escuchaba, y en el despacho podía oírse el vuelo de una mosca.

-Luego, con los guantes, se las clavó en el vientre a la modelo, que ya estaba muerta. Y se dio cuenta de que en el suelo, cerca de la negrita, había una peluca de pelo liso y negro.

El inspector se enderezó en su asiento.

-Si no me equivoco, todas sus compañeras han dicho que su pelo era liso y negro -dijo, y él denegó.

-Tenía el cabello crespo, pero usaba peluca, y ésta quedó en el suelo. -El otro rió brevemente:

-Vaya complicación. -El comisario prosiguió, algo molesto:

-Así que, apresuradamente, él cogió la peluca y la quemó en el fuego de la chimenea. Nadie podría saber lo que había ocurrido allí. Pero llega la esposa, y a la

entrada de la finca se encuentra con el jardinero, que acaba de llegar.

-¿Qué hacía la esposa allí? -El otro explicó:

-Ella había quedado en la granja con la negrita. Parece que se llevaban demasiado bien... -dijo en tono de burla, y el otro se volvió.

-No fastidies -dijo, asombrado. -Pero, ¿dónde estaba ella mientras tanto, y qué estaba haciendo? -El jefe explicó:

-Se estaba arreglando en el tocador. Había ido directamente al baño, y allí se aplicó una crema. Luego entró en el salón, y se encontró con las dos mujeres muertas. El hombre oyó ruido, y se fue. Ella estaba confusa, y cogió el atizador en la mano.

-¿Y no llamó a la policía? -Él denegó.

-Horrorizada, no llamó a la policía, sino que cogió el coche y abandonó la finca. -Se detuvo un momento. -Pero él la estaba vigilando. Entonces, es él quien llama a la policía.

El comisario se aclaró la garganta, y siguió:

-Luego, en cuanto pudo, llevó unas tijeras a afilar. Lo hizo para disimular, para curarse en salud. Yo no tuve más que seguir la pista a las tijeras. Localicé al afilador.

-¿Y... ?

Hubo un nuevo silencio, que aprovecharon los presentes para removerse en sus sillas. Luego, el jefe contestó con voz grave:

-Resulta que las había llevado a afilar el mismo día del crimen. Todo parecía perfecto, sólo que el afilador jura y perjura que no es el mismo modelo de tijeras que él siempre le lleva.

De pronto, el teléfono de la mesa empezó a sonar. El comisario lo descolgó.

-Llámeme más tarde -dijo secamente. Después de haber colgado, prosiguió:

-Citamos al hombre, que reconoció enseguida las tijeras del crimen. Dice que son las que suele llevar el modisto.

-No puedo equivocarme -afirmó con convicción.

El inspector aguardaba con expresión curiosa, pero paciente. Hizo una pregunta directa:

-¿Cuál pudo ser el móvil? -Su jefe frunció el ceño.

-Está claro, librarse del chantaje. O librarse de un doble chantaje.

El inspector se levantó.

-Finalmente han hallado el bolso de la negrita muerta -informó con rapidez.

-¿Dónde lo han encontrado?

-Estaba medio enterrado, en una cabaña junto al río. Por cierto, ¿qué le dio a usted la clave de todo? -Él se echó a reír.

-Es muy sencillo. Una corazonada -dijo, no muy convencido.

-¿Se trata de un sexto sentido? -insinuó el otro, en tono de burla. -Él admitió la broma.

-En cierto modo, sí. Suele tenerlo el policía, cuando sospecha que alguien miente, que hay algún dato incorrecto...

Siguieron conversando entre ellos, hasta que al mirar el reloj el jefe pareció sorprendido.

-Vaya, no pensé que fuera tan tarde. Si no se les ofrece nada, me voy...

Se levantaron. Ya en la calle, el comisario aspiró el aire con todas sus fuerzas. El coche continuaba ante la puerta, cubierto de polvo.

En el campanario de la iglesia, un reloj dio las doce. Se acercó a un quiosco

cercano para comprar la prensa. La noticia, en un periódico de difusión nacional, se había limitado a ocupar un recuadro en una de las últimas páginas, la dedicada a los sucesos.

EL AHORCADO

Finalizaba el mes de septiembre. Aquel jueves, a las cinco de la tarde, había caído un ligero chaparrón que dejó las aceras marcadas por grandes goterones.

-Vaya, se nos fue el verano -dijo el comisario Román, y el subordinado le contestó con un gruñido.

-Sí, eso parece.

El jefe estaba en pie, junto a la ventana de su despacho, y miraba a la calle.

-Ha sido un mes tranquilo, cosa rara -indicó con un gesto. El otro asintió:

-Es cierto, pero todavía no ha terminado. Nos faltan varios días, ya veremos.

Aquella noche no llovió. Por la mañana, el jefe dejó el automóvil a la puerta de la comisaría. Eran las ocho y media según su reloj de pulsera. De nuevo brillaba el sol y el firmamento azul aparecía aquí y allí entre las nubes blancas que surcaban el espacio.

Cuando entró, dos subordinados se pusieron en pie. Un tercero estaba consultando un fichero, y se volvió.

-Acaban de llamar por teléfono.

-¿De qué se trata? -dijo él.

-Un hombre ha aparecido ahorcado. Lo ha encontrado la limpiadora, hoy viernes, a primera hora de la mañana. -Su compañero asintió:

-Al parecer, son dos los cadáveres. Un hombre ahorcado de una viga en el salón, y una mujer arriba, en la cama del dormitorio, al parecer muerta. -Él tosió.

-Vaya, nuestra suerte ha cambiado -El otro asintió tristemente.

-Así es. La asistenta no ha tocado nada, ni siquiera ha fregado los baños. Enseguida ha llamado a la policía, según dice, y nos ha rogado llorando que acudamos cuanto antes a la casa.

-Buena chica -resopló el comisario.

Román tenía una calva brillante y oscura, y sus pocos cabellos eran agrisados hacia las patillas. Lucía barba de un par de días y vestía ropas de paisano. Se volvió hacia los suyos.

-Vamos -masculló. -Y que nos sigan tres o cuatro hombres con su equipo -indicó, saliendo.

No habían pasado tres minutos cuando ya ocupaban los dos vehículos. Un policía joven se sentó ante el volante del primer automóvil, y condujo hacia las afueras. El comisario ocupaba el asiento de al lado. Dejaron atrás una multitud de chalets y edificios de varias plantas rodeados de jardines, hasta tomar una desviación.

-Es allí enfrente -indicó el conductor. -Es esa casa grande.

Se encontraban ante una edificación sólida y extensa, con muros de piedra que alternaban con otros encalados. Las ventanas tenían rejas de hierro negro con volutas. En el piso superior había una larga balconada con baranda de hierro forjado.

Los dos hombres recorrieron el sendero de gravilla, seguidos de sus compañeros, uno de los cuales llevaba en la mano un maletín. Llamaron a la puerta, y abrió una muchacha menuda, con el cabello castaño atado sencillamente atrás. Tenía la piel muy morena por el sol, y llevaba un traje de algodón color de rosa, perfectamente planchado.

-Policía -dijo el comisario, mostrando su placa. Ella se apartó a un lado.

-Pasen, por favor.

Su rostro estaba húmedo de lágrimas. Suavemente, pero sin vacilar, le contó todo lo ocurrido.

-Como todos los días, he llegado aquí a las ocho de la mañana, y he encontrado los cadáveres. Sin tocar nada, he llamado a la policía. -El hombre la miró por encima de los lentes, caídos sobre su gruesa nariz.

-Eso está muy bien.

Se encontraban ante un salón elegantemente amueblado. En el techo había gruesas vigas oscuras, y de una de ellas pendía el cuerpo de un hombre, con el torso desnudo. La boca del muerto estaba abierta y por ella le asomaba la lengua. El hombre tenía un brillante cabello negro, abundante y largo, y unas patillas que llegaban hasta los ángulos de una estrecha mandíbula. Su pecho aparecía desprovisto de vello, y sus brazos eran largos y poderosos. Su cara se había puesto del color del yeso.

Una escalera con pasamanos de nogal comunicaba con el piso alto, y se prolongaba en una barandilla alrededor de la habitación. Tanto en la planta baja como en la alta había macetas de cerámica con plantas de interior. Los muebles eran antiguos y de hermosa línea, contrastando con los suelos de cerámica brillante.

-¿Dónde está la mujer? -La chica comenzó a temblar violentamente.

-Arriba, en el dormitorio principal -susurró.

Era una habitación grande y alegre, con techos muy altos pintados de blanco. Los sillones y el sofá eran de caoba, torneados, y estaban tapizados en terciopelo gris. En la ventana que daba al jardín había cortinas lisas y amarillas. Fuera, a través de los cristales cuadrados, se divisaban las copas de los árboles.

-Está ahí -dijo ella, señalando.

La iluminación era indirecta y, por consiguiente, muy matizada. La mujer que estaba en la cama tenía el busto menudo, y largas y torneadas piernas. Parecía dormida, si no hubiera sido por la mueca que marcaba su rostro. Sobre la mesa de noche había un vaso con un poco de líquido blancuzco.

-Tiene restos de espuma seca en la cara -indicó el policía. -Procedan a sacar muestras y a estudiarlo todo, sin perder un detalle. -Por cierto, ¿quién es el dueño de la casa? -La muchacha parpadeó.

-Es un arquitecto conocido, y se encuentra en el extranjero por asuntos de negocios. A primeros de este mes, el dos de septiembre, envió a la península a su socio y a la secretaria. Los dos se alojaban aquí... y ahora están muertos -dijo, estremeciéndose. -Román habló sin alzar la cabeza.

-¿Qué clase de persona es? -Ella continuó:

-Está casado, y tiene hijos mayores, pero no los conozco. Parece ser que actualmente trabaja en Marruecos, para los altos cargos y para el gobierno. Según he oído tiene allí un importante estudio, desde el que construye una gran torre. Actualmente, su esposa está con él.

-¿Conoce a su esposa?

-Sí, es una señora muy rica y elegante. Fue ella la que me contrató, y me paga un buen sueldo, aunque pasan fuera la mayoría del tiempo. Antes de llegar los... difuntos, me dio orden de que viniera a diario a limpiar la casa, y todo lo demás -suspiró.

El comisario Román dio un vistazo a la habitación que había ocupado la muerta. Se volvió hacia sus hombres y carraspeó secamente:

-Sigan con su tarea. Estoy abajo, si me necesitan para algo -indicó, y salió del

dormitorio, con la chica pegada a los talones.

Una vez en el salón principal dio un vistazo a la grande y maciza mesa de billar con sus cortas y gruesas patas torneadas, y el tablero cubierto de fieltro verde, donde destacaban tres lustrosas bolas, dos blancas y una roja. El cuerpo seguía colgado de la viga, en espera de la visita del juez.

-Bien, ahora puede irse -le dijo a la muchacha -Pero no se vaya muy lejos, podemos necesitarla. -Ella movió la cabeza, aliviada.

-Descuide, así lo haré.

Se volvió en redondo, dándole la espalda, y salió. Encima de los bonitos muebles se podían admirar cerámicas floreadas, y en una vitrina acristalada, adosada a la pared, había juegos de porcelana china.

***

El comisario subió de nuevo, fue hacia la puerta del cuarto de baño y la abrió En el lavabo de la muerta, además de sus huellas, los especialistas habían hallado una única huella, más grande, de hombre.

-Al principio, hemos sospechado que fuera del ahorcado, pero no es así. De todas formas, habrá que comprobarlo con más seguridad en el laboratorio -dijo el subordinado. Román miró el reloj

-Está bien. ¿Alguna cosa más? -El otro sacudió la cabeza.

-Sí, claro. Hemos comprobado que la secretaria se había acostado con un hombre, poco antes de morir. Sin duda, se trataba del ayudante...

-Posiblemente. Eso ya lo veremos.

-Se acostaron, y dejaron claras muestras de ello. Habían bebido mucho... -El comisario arqueó las cejas.

-No está mal. -El otro aventuró:

-Parece que haya sido un doble suicidio. ¿No cree?

-También lo veremos -dijo él. -No hay que precipitarse, aguardaremos al juez y al forense.

El comisario estuvo revisando el armario ropero; fue hacia la puerta y se volvió.

-Lo primero, tenemos que saber lo que contenía el vaso que está encima de la mesilla. Luego, podremos sacar conclusiones.

***

A partir de entonces, los sucesos se precipitaron. En el laboratorio forense, se comprobó que en el vaso había restos de fósforo blanco. La voz del especialista sonó alterada a través del teléfono:

-El fósforo, en su variedad blanca, es un veneno muy violento -afirmó. -Algunos centigramos bastan para causar la muerte. Este es el motivo de que se utilice en ciertas pastas para matar ratones. -El comisario frunció el ceño. -Entonces, no será difícil de conseguir. -El otro no tardó en contestar:

-La facilidad de procurarse estos preparados fosforados, hacen que esta sustancia haya sido con frecuencia el instrumento de envenenamientos criminales. -Se detuvo un momento. -Ocasiona una fuerte inflamación y hasta la ulceración del estómago. La intoxicación por fósforo produce vómitos, seguidos de la muerte...

El policía estuvo rumiando todo aquello. Según declararon algunos testigos el socio era argentino, lo que se deducía por su acento.

-En cuanto a la chica, todos coinciden en que parecía bastante ligera de cascos...

El sábado, por orden del juez, se habían retirado los cadáveres. No habían podido

localizar al dueño de la casa, pero sí se presentó una mujer que dijo ser su secretaria. Ante la sorpresa de todos, aseguraba ser la verdadera secretaria del arquitecto. Cuando supo lo ocurrido, pareció derrumbarse. Sus ojos se llenaron de lágrimas.

-¿Cómo iba yo a pensarlo? -sollozó.

Por la tarde, volvió la policía. Cuando Román acudió, se llevó una de las mayores sorpresas de su vida: la muchacha que tenía delante parecía una copia de la que encontrara la víspera, muerta sobre la cama. Era una chica de aspecto sereno y ojos verdosos. Su cabello era bonito, no enteramente rojo, pero tampoco dorado, y lo llevaba peinado con un gracioso desorden. Como el de la otra mujer, su rostro estaba cubierto de pecas.

Ella le tendió la mano.

-La muerta era mi hermana gemela -gimió. -Él la observó de nuevo y asintió, despacio:

-No tiene que jurarlo. ¿Qué ha ocurrido aquí? -Ella sonrió tristemente.

-En realidad, me siento culpable...

La voz del policía sonó grave y autoritaria.

-¿Puede explicarse, señorita? -Ella se sonrojó.

-Haré lo que pueda -dijo, mirando hacia otro lado.

El policía no dijo nada; estaba muy serio, y, a través del ventanal abierto, siguió con la vista el vuelo de unos pájaros. Ella tomó asiento y comenzó a hablar despacio, con la cara ligeramente encendida.

-Se lo contaré todo, al menos lo que sé -pronunció en voz baja. -El comisario estaba impaciente.

-Vamos, empiece ya. -Ella apartó la vista de nuevo.

-Hace más de un año que me contrataron como secretaria en un estudio de arquitectura. Ofrecían un buen sueldo, y las condiciones eran buenas, siempre que se accediera a vivir en Marruecos...

-Siga.

-Pronto supe que mi jefe era un estafador. Lo había sido ya en otros países, vendiendo viviendas inexistentes. -Se detuvo un momento, y prosiguió, en tono seco: -Cuando otros están en crisis, él parece ir viento en popa. Su estudio es un modelo de lujo y tecnología. -Él la miró con ojos investigadores.

-¿Actúa solo? -La chica pareció dudar.

-A veces actúa solo, y luego huye. No obstante, ahora estaba a punto de desatarse un escándalo, y el arquitecto nos mandó aquí a la península, al socio y a mí, para tener libre el camino...

Se interrumpió, mirándolo fijamente:

-Envió aquí a su socio con la excusa de que se ocupara de unos asuntos pendientes, y a mí para ayudarlo, con la intención de librarse de ambos...

Pareció haber perdido momentáneamente el aplomo, pero se recuperó enseguida. Con aire resuelto miró de nuevo al policía que estaba sentado, con el cigarrillo colgado del labio, soltando nubes de humo.

-Tiene una trama ilegal en Marruecos, con negocios sucios como armas, petróleo e incluso drogas -afirmó ella con seguridad.

-Y tiene esta gran casa en la costa sur de la península, en una lujosa urbanización... no se lo monta mal. Y ustedes saben demasiado de él. Además, posiblemente, el socio le estaba haciendo chantaje, apretándole demasiado las clavijas,

por lo que se había convertido en un serio inconveniente...

-Eso lo ignoro. Sólo sé que, como arquitecto, el fallecido tenía una buena reputación, y estaba muy preparado.

-También usted lo está, ¿no es así? -Ella lo observó, con la cabeza un poco inclinada hacia un lado.

-¿Usted qué cree?

El comisario Román dejó apagar un fósforo y encendió otro. Su sonrisa había desaparecido cuando la miró.

-No lo he dudado ni un momento. Por si fuera poco, parece usted una muchacha equilibrada, y es simpática, y amable... Con todo eso, es orillada por su jefe, enviada a la península acompañando al socio, que sospecha una trampa... Lo he entendido muy bien, no me extraña que esté muy enfadada.

Ella había contenido la respiración. Luego aspiró hondo.

-No vaya a equivocarse conmigo...

Se quedó callada unos instantes. Cuando habló, lo hizo en voz tan baja que más parecía un susurro.

-Decidí volver de incógnito a Marruecos, estaba en mi derecho. -El hombre asintió:

-Dejando que su hermana gemela la sustituyera junto al socio, suplantando su personalidad... -Ella pareció sobresaltarse.

-Yo no sabía que... -Él la interrumpió:

-Que ella aprovecharía la ausencia de usted para *ligar* con el socio, ¿no es así?

La muchacha guardó silencio, y el comisario prosiguió:

-El compañero del arquitecto apenas la conocía a usted; no sólo no notó la sustitución, sino que aprovechó las circunstancias.

Ella trató de contestar, pero sólo consiguió emitir un sollozo. Cerró los ojos un momento.

-No podía pensar que mi hermana iba a terminar de esta manera... En realidad, el compañero de mi jefe no era mala persona. Pero estaba harto de sus abusos y chanchullos, y hasta había pensado en denunciarlo. -El policía asintió:

-Sí, pero no sólo eso. Antes de nada lo presiona, e incluso le hace chantaje. -La chica dudó:

-Algunas personas pueden aguantar muchas cosas, pero no que se burlen de ellos.

Román golpeó distraídamente con los dedos sobre la superficie de la mesa. Procuraba centrar sus pensamientos, y repasar con orden lo sucedido.

-Por cierto, ¿ha conseguido algo en Marruecos? -Ella esbozó una débil sonrisa.

-Lo suficiente, no ha sido muy difícil. Como comprenderá, allí conozco gente, y he utilizado mis contactos. Muchos allí conocen demasiado los negocios sucios de mi jefe. Lo que no podía imaginarme es que mi hermana estuviera en peligro...

El comisario se quedó pensativo. Carraspeó de nuevo, y habló como para sí:

-En fin, digamos que usted decide iniciar la investigación por su cuenta. Y cuando vuelve con las pruebas se encuentra con que el socio ha aparecido ahorcado, y su hermana está muerta... -Ella habló en tono inexpresivo.

-Ha sido mi jefe, no me cabe duda. No imaginé que estuviera dispuesto a asesinarnos...

***

Ya en la comisaría, Román sintió pasos junto a su puerta. Llamaron con los

nudillos.

-Adelante -dijo con voz ronca.

La puerta se abrió y entraron dos hombres en la habitación. El más alto le alargó el dossier que llevaba en la mano. El policía jefe lo tomó, mientras el otro le explicaba:

-Es el informe del forense. Dictamina muerte por ahogamiento en el hombre y, en el caso de la mujer, corrobora el envenenamiento por fósforo blanco. -Él habló sin alzar la mirada.

-Está bien -resopló. -Espero que lleguemos a buen fin.

Empezó a hojear el dossier. Cuando llegó a un punto, tenía los ojos dilatados de excitación.

-Jo... joder -masculló.

Al parecer, la huella del lavabo pertenecía al arquitecto jefe, y tenía restos de fósforo. Pensó que la mañana del jueves, la limpiadora lo había fregado cuidadosamente, lo que demostraba la presencia del hombre a partir de ese momento. Las otras huellas eran de la muerta, y no de la verdadera secretaria. El comisario miró a su ayudante y emitió un silbido.

-Vaya, ¿qué le parece? -gruñó. -El asesino se lavó las manos en el lavabo.

Se detuvo un momento; después siguió leyendo. En realidad, todo había empezado entre las diez y media y las once y cuarto de la noche del jueves, cuando el arquitecto había viajado a la península en un vuelo nocturno.

-Todos pensaban que estaba ausente del país. Llegó a la finca y cumplió su propósito: encontró al socio bebido, lo estranguló, y simuló un suicidio por ahorcadura -le dijo el ayudante, y él asintió.

-Más tarde, envenenó a la que creía su secretaria, que también había bebido mucho. La vio de noche, y no notó la diferencia... Cuando se fue, había dejado atrás dos cadáveres.

Hubo un corto silencio, y el ayudante habló de nuevo:

-Hemos traído aquí a la secretaria, como usted mandó. Está fuera, aguardando. ¿Le digo que pase?

-Claro, por supuesto -indicó Román.

La chica entró y él le mostró una silla, frente a su mesa. Le estuvo exponiendo los últimos progresos de la investigación, mientras ella escuchaba en silencio. Estaba a punto de echarse a llorar.

-Yo he tenido la culpa de todo, no puedo perdonármelo. -El hombre denegó.

-Usted no tiene la culpa de nada. En realidad, con su declaración ha aclarado mucho los hechos. Sólo nos falta comprobar algunos datos, y atar todos los cabos.

-Así lo espero -suspiró la mujer.

-Haremos todo lo posible, se lo aseguro.

-Gracias por todo, señor comisario.

Ella se puso en pie y vaciló un momento. Luego, le dirigió una triste sonrisa y salió de la habitación.

Román siguió enfrascado en el dossier. En efecto, el arquitecto había tomado un vuelo nocturno el jueves, a última hora. Al llegar al aeropuerto, debió comprobar que su coche estaba averiado en el aparcamiento, por lo que se vio obligado a coger un taxi.

Habían localizado al taxista que lo llevó esa noche al estudio. Según todos los indicios, el recién llegado entró en la casa y estranguló a su socio, que estaba borracho,

simulando después un suicidio. Se acercó al dormitorio de ella, creyendo que era su verdadera secretaria, y le puso veneno en la bebida que tenía junto a la cabecera. Utilizó fósforo blanco, “sopa de cerillas”, que tenía para combatir a los ratones. Para ella, el tiempo en este mundo había dejado de existir.

Ahora, en la frente curtida de Román apareció un hondo pliegue.

-Parece que no es tan listo como cree -gruñó, y siguió leyendo.

Más tarde, a fin de volver al aeropuerto donde cogió un vuelo para Marruecos, había hecho auto-stop en la carretera: había un testigo de que un hombre lo hizo, pero no sabía quién, e ignoraba la matrícula del coche. Estaban buscando a la persona que lo transportó.

-Estamos en el buen camino -masculló el comisario, dirigiéndose al subordinado, que no hizo ningún comentario. El jefe prosiguió:

-Pero nada se hubiera resuelto si no aparece la verdadera secretaria -tuvo que reconocer a su pesar. -El otro se encogió de hombros.

-¿Usted cree?

-Por supuesto. Ella, cuando volvió, aparte de darnos la sorpresa a todos, fue quien desenmascaró al asesino.

Se estaba haciendo tarde y, como todos los sábados, Román había quedado con su hija a cenar. Se estuvo aseando un poco. Luego bajó la escalera, decorada con tiestos con palmeras, hasta la puerta de la comisaría.

Por fortuna, se había aclarado todo. Ahora, por mediación de la Interpol, conseguirían detener al culpable...

EL CARAMELO

-Hay que hacer todo lo que nos pida -balbuceó la mujer. -Nos tiene bien cogidos. No podemos admitir ese escándalo.

Era una mujer pequeña con ojos muy negros y una cara arrugada, surcada por una fina cicatriz. Sentada frente al espejo del tocador, frotándose con una toallita, se quitaba la crema del rostro.

Fue al cuarto de baño y cogió uno de los vasos que había en la repisa. Lo llenó en el grifo y se lo bebió de una vez.

El cuarto de baño tenía forma de un semicírculo, totalmente acristalado. El agua, en la gran bañera circular, se revolvía entre espumas. En realidad, todo eran comodidades en el palacete que ambos ocupaban ahora, y donde desarrollaba la señora sus actividades benéficas.

Un hombre, que daba vueltas por el dormitorio contiguo, se volvió y chasqueó la lengua.

-No te preocupes, todo se arreglará. Llegará un momento en que nos deje tranquilos.

-No sé.

Ella empezó a sollozar débilmente, hundida la barbilla en el pecho. El hombre se le acercó, puso la mano sobre su hombro y le acarició suavemente la espalda. Ella levantó la mirada con un gesto de desesperación

-Yo no lo creo, ella seguirá.

La verdad es que no se sentía la misma de un tiempo a esta parte; lo ocurrido en aquel par de meses parecía haberla trastornado. El gran prestigio del que gozaban, parecía encontrarse en peligro.

Todo, desde que empezaron a recibir aquellas cartas, pidiendo dinero y amenazando con dar publicidad a un oscuro pasado.

Recordaba como si fuera ayer el día en que, siendo ella directora, llegaron las dos niñas al orfanato. No era la primera vez que ingresaban dos hermanas gemelas en aquella casa de acogida. Éstas tenían doce años, y eran idénticas.

-Sus padres han muerto en un accidente -la informaron. -Al parecer, no tienen parientes cercanos.

Ella movió la cabeza, y sonrió:

-Ni tampoco bienes de fortuna, por supuesto -dijo, con un suspiro. -Bien, espero que se adapten al centro, y no den demasiados problemas.

Una de las dos, al parecer la que nació primero, era sumamente tímida. Como su hermana, era una bonita niña, con la nariz respingona y la frente despejada, y el pelo peinado en dos coleta sueltas.

-La otra es demasiado atrevida -comentaban las profesoras. -Parece mentira que sean tan distintas, pareciéndose tanto.

***

Después de tres años, las dos gemelas seguían allí. No eran las más guapas del grupo, pero tenían unos cuerpos bonitos y un aspecto saludable. Ya habían cumplido los quince y, aunque en su aspecto seguían iguales, la más atrevida se afirmaba cada vez más en su fuerte personalidad: no daba su brazo a torcer, y siempre decía lo que pensaba.

Nadie se daba cuenta de lo que estaba sucediendo en el orfanato, pero ella había sido testigo de una escena, que la hizo sospechar. Su perspicacia la hizo ser consciente de ciertas irregularidades

Habían muerto en los últimos tiempos varios bebés, que ingresaron recién nacidos. El médico de la institución, un hombre completamente calvo, había firmado las defunciones, y no sin cierta dificultad, pues le faltaba el dedo pulgar de la mano derecha. Ella estaba de guardia en el servicio de comedor, y, sin querer, desde el office había sorprendido una conversación entre el médico y la directora.

-Este verano hemos dado por muertos a dos, ¿no será demasiado? -le había dicho ella, y él denegó:

-Los veranos siempre han sido nefastos para los niños. No te preocupes, y confía en mí. Todo lo tengo bien dispuesto.

La alumna se limitó a guardar silencio, pero no pudo evitar obsesionarse con el tema. Al poco tiempo, se repitió el caso, lo que hizo que se asegurara en sus sospechas.

Por fin, la chica tomó una decisión: entró una noche en el despacho de la directora, y estuvo revisando sus papeles con mucho cuidado. En un cajón halló varios documentos que le parecieron interesantes: eran expedientes de adopción, y sacó el más reciente de ellos, guardando el resto. Se trataba de los documentos referentes al último bebé desaparecido. Luego, dejó los demás perfectamente ordenados dentro de sus carpetas respectivas. La directora, ni se percató de su falta.

Pudo por fin confirmar todo el revoltijo de sospechas que tenía en la mente: la directora, en ocasiones, vendía a los recién nacidos a familias adineradas, simulando su muerte y falsificando los papeles.

Ni corta ni perezosa, decidió pedirle dinero para callar lo que sabía. Pidió permiso para entrar al despacho; la directora estaba sentada a su mesa, y le indicó que se sentara. Ella tuvo buen cuidado de hacerlo en una silla desde la que podía ver la puerta.

-¿Qué tripa se te ha roto? -La chica contestó sin mirarla:

-Ninguna, señora. Sólo que sé muy bien lo que está ocurriendo aquí con los bebés.

-¿Qué dices?

-No puede negarlo, he visto los papeles. Además, tengo un expediente. Y no lo busque, porque no lo va a encontrar.

-¿Pretendes hacerme chantaje?

-Llámelo como quiera. Usted va a darme dinero, y a cambio guardaré silencio.

La mujer se había puesto en pie. Acercándose a la librería, cogió un libro y lo abrió.

-Aquí no tengo mucho. Tú dirás lo que quieres.

La chica la observó: tenía los ojos negros, el cuerpo frágil y unos miembros demasiado delgados. Le tendió un papel, que ella cogió.

-Aquí se lo he escrito. Pero tiene que prometerme que me lo dará todo. -Ella asintió.

-Te lo prometo -dijo, cerrando el libro. -Esta misma tarde puedes venir a recogerlo. A cambio, me devolverás los documentos.

-Tan sólo una parte. -La directora la miró con el ceño fruncido.

-¿Cómo, una parte?

-Tan sólo le daré una parte -indicó ella, tozuda. -El resto lo reservo... para otra ocasión.

Cuando acudió a última hora de la tarde, la otra la aguardaba con el resto del dinero.

-No temas, no voy a expulsarte, ni nada por el estilo -rió quedamente, mostrando unos dientes que tenían una forma extraña. -Vete con los demás, o llegarás tarde a la cena. Pero no sigas por ese camino -suspiró. -¿No te das cuenta de que te expones a cualquier cosa? ¡A cualquier cosa, óyeme! -Ella se encogió de hombros.

-No se preocupe, sé cuidarme sola.

-Por cierto, toma esto -indicó, con sus modales más untuosos. -Pero tómalo de postre, puede quitarte la gana de cenar.

Ella cogió el obsequio en la mano, lo miró y le resultó conocido: era un caramelo relleno, envuelto en un papel dorado, que la directora solía regalar.

-Así lo haré, descuide -le dijo, y se marchó de nuevo con el resto de sus compañeros.

No sabía que estaba a punto de pagar por su ligereza. En su hora libre, después de la cena y antes de irse a dormir, las dos muchachas estuvieron charlando.

-Tengo un caramelo -le dijo ella a su hermana. -¿Lo quieres? -ella denegó.

-Gracias, no quiero caramelos ahora.

Dos horas más tarde, no se veía luz alguna en la gran casa, cuando la más tranquila notó que su hermana se había echado a su lado en la cama. Sus sedosos cabellos le rozaron la mejilla.

-¿Qué ocurre? -preguntó. Ella dio media vuelta, y suspiró. Durante mucho tiempo no podría olvidar su voz ahogada:

-No... no me encuentro bien -dijo en un susurro.

Permanecieron abrazadas durante un buen rato. Luego, la chica empezó a agitarse, con grandes espasmos.

-¿Qué me han dado? -gimió.

Los espasmos cesaron, y el silencio volvió.

Y ella murió aquella misma noche.

***

Fue el propio médico de la institución quien certificó la muerte.

-Peritonitis aguda -diagnosticó. La directora se volvió hacia él. Estaban solos en el despacho, y se mostraban algo tensos. Ella lo miró.

-Producida por un ataque agudo de apendicitis, ¿no es así?

-Sí, así es. No hubiera podido hacerse nada por salvar su vida.

La hermana estaba consternada. Se sentía débil y abatida, y hubiera querido alejarse de aquel lugar que la aterraba.

Antes de acostarse, la muerta le había entregado una cantidad de dinero para que lo guardara, prometiéndole que habría mucho más.

-Es mejor que te lo quedes tú -le dijo, sin más explicación. -Y escóndelo bien

También le dio, para que lo guardara, un sobre cerrado con unos papeles dentro. En recuerdo de su hermana, ella había guardado en el sobre el dorado papel del caramelo.

Se imaginó de que algo anormal había sucedido, pero su timidez la impidió desahogarse con nadie. Ni siquiera leyó los papeles. No quiso reaccionar, todo le daba igual. Ya nada le importaba. Hubiera querido llorar, pero no tenía lágrimas.

La policía no halló nada extraordinario en esta muerte, y no se llevó a cabo ninguna inspección en el colegio.

Ella guardó en su escondite secreto, en una caja que enterró en el jardín, todo lo que le había dejado su hermana.

La directora de la casa de acogida iba a jubilarse, al parecer, y adelantó la jubilación. El médico desapareció, y no volvieron a saber de él.

Al final, la directora había hecho una pequeña fortuna con sus enjuagues. Según supieron luego, después de abandonar la institución, se había establecido por su cuenta.

Por su parte, el médico tenia vía libre; estaba a salvo, se habían olvidado de él. Ambos siguieron escalando puestos, llegando a ocupar importantes cargos en las altas esferas.

***

En cuanto a la antigua alumna, se había convertido en una muchacha inteligente, muy elegante y moderna. Había logrado obtener el título de abogado y trabajaba en una importante empresa, por lo que tenía que viajar a menudo, incluso al extranjero. En uno de sus viajes coincidió con sus antiguos conocidos.

Era un día de verano silencioso, tranquilo, un día en el que nada había sucedido. El sol era cálido, y el zumbido de los insectos añadía una nota de pereza. Abandonó los soportales y cruzó lentamente la plaza, para entrar en un local, donde el ambiente era más fresco que en el exterior.

Después de hacer unas gestiones regresó sin prisas a la plaza y se sentó en una de las mesas, a la mejor sombra que encontró. Pensó en lo agradable que sería encontrarse en casa, el sitio ideal para descansar. Un camarero se acercó.

Ella pidió café, mirando a continuación hacia las mesas, muchas de ellas ocupadas y algunas vacías.

Mientras el camarero regresaba con el café, ella dirigió la mirada hacia la glorieta. El sonido de una conversación llegó a sus oídos y buscó con la vista su origen, en una mesa vecina, mientras en su rostro aparecía un gesto de alarma.

Nunca hubiera pensado que se encontraría con aquella pareja, después del tiempo transcurrido, pero las voces eran inconfundibles. Hablaban de algo relacionado con el ministerio de Sanidad. El rostro de la mujer estaba oculto, y aún así algo en su aspecto la hacía parecer pasada de moda. Luego, pudo verle la cara: reconoció aquella boca demasiado pequeña, pintada de rojo de una manera antigua, sus ojillos tan negros y el cabello alborotado. La señora tenía una fina cicatriz en la mejilla

-No cabe duda, es ella -se estremeció.

En cuanto a él, era sin duda el médico de la casa de acogida, y seguía siendo el hombre más calvo que había conocido. Por si fuera poco, pudo ver que le faltaba el dedo pulgar de la mano derecha. Era pequeño y huesudo y parecía nervioso, con un traje que le sentaba mal, demasiado ancho de hombros.

El odio la inundó por completo, de forma que llegó a sentir dolorida la mandíbula a fuerza de apretar los dientes. Su columna vertebral estaba rígida, helada. Le pidió la cuenta al camarero.

-Quédese con la vuelta -indicó.

Suspiró, se puso en pie, y haciendo un esfuerzo se acercó a la mesa vecina.

Advirtió que aumentaba la sensación de angustia que la atenazaba, aunque con el tiempo hubiera perdido su timidez.

-Vaya, qué agradable sorpresa -trató de bromear. El hombre se volvió, sobresaltado. Miró alrededor, y detuvo la mirada en la chica.

-¿La conozco de algo?

-Soy una antigua alumna del orfelinato. Mi hermana gemela murió allí. Y usted era... la directora, ¿no es así? -le dijo a la mujer. -Ahora soy abogado, y una buena amiga del juez.

El hombre hizo una breve inclinación. La antigua directora movió la cabeza.

-No sé de qué está hablando -musitó.

-¿Que no lo sabe? Pues yo se lo diré: usted mató a mi hermana, y se quitó de enmedio antes de que nadie la descubriera. Pero tengo pruebas, y pienso utilizarlas, ya que conservo todavía documentos incriminatorios... y algo más.

-La señora la miró con los ojos muy abiertos. Se puso en pie de un salto , casi violenta.

¡Está loca! -chilló, y entonces la chica vio que se había arreglado sus dientes desiguales. Casi le dieron ganas de reír.

-Usted sabe que no lo estoy. Bien, estaremos en contacto -le dijo, volviéndose.

Cruzó la glorieta, emprendiendo con paso ligero su vuelta al hotel. Experimentaba una gran repugnancia, y hubiera dado cualquier cosa por perder de vista para siempre a aquellos mal nacidos. Pero trataría de sobreponerse a su rabia, había que actuar con frialdad.

-Tengo que enterarme de sus señas -pronunció en voz alta.

***

Al cabo de unos días volvió a la ciudad. En la estación de servicio preguntó por una dirección, y se la indicaron.

-Está a cosa de un kilómetro, por ahí -le dijo el mozo de la gasolinera.

Por fin halló la mansión. Paró el coche ante una verja de hierro caprichosamente forjada y apagó el motor.

La tarde enrojecía con la puesta de sol. Aunque la casa era lisa y chata, y de una sola planta, parecía tan extensa que podía haberse instalado una escuela allí. Las ventanas, altas y apaisadas, estaban protegidas por rejas, y dentro por visillos blancos.

Tenía el corazón de la garganta, latiendo fuertemente. No obstante, pudo recuperar su dominio habitual.

Pulsó un timbre y la verja se abrió. Al parecer, funcionaba con control remoto electrónico.

Una terraza a varios niveles rodeaba la casa, construida en ladrillos naturales. Losas cuadradas dejaban de trecho en trecho espacio para un gran árbol, y había una larga jardinera de piedra poblada de margaritas y petunias.

Aparcó el coche bajo el cobertizo y aguardó unos segundos al pie de las escaleras de entrada.

Él le abrió la puerta. Se inclinó hacia adelante y la observó. Vestido con un traje marrón, parecía el típico campesino con la ropa de paseo de los domingos.

¿Se acuerda de mí? -sonrió la chica. Él la miró fijamente.

-¿Qué quiere? -balbuceó.

-Me gustaría entrar, ¿le importa?

Su tono era de afirmación, no de pregunta. Él hizo un amplio ademán con las manos.

-No me parece un buen momento...

-Pues a mí sí. No tengo otro.

Él permaneció en silencio, porque no tenía nada que decir. Ella lo observó, con una curiosa risita dibujada en su rostro.

-Vamos dentro -añadió con voz clara. -¿Está la señora?

-Ella está indispuesta, no puede recibirla.

-Está bien, me basta con usted.

La hizo pasar a un gran salón, encendió la luz y le indicó que se sentara. Le ofreció una bebida.

-No quiero nada, gracias.

La habitación era confortable. En el grueso muro se habían practicado varias hornacinas de distintas formas y tamaños, y luego se habían ocupado con objetos de adorno: un reloj antiguo, una alegre jarra de cerámica, un florero blanco con flores de diversos colores, y en un hueco mayor había varios libros y discos.

Él se acercó al bar para beber un whisky. Lo apuró de un trago y jugueteó nerviosamente con la copa vacía.

-Usted dirá.

Ella se había acomodado en su asiento.

-Espero que lleguemos a un acuerdo -le dijo.

Él la miró con el ceño fruncido.

-¿Cómo, un acuerdo? ¿Acerca de qué?

-Ya lo sabe muy bien. Acerca de... los niños muertos.

El hombre se detuvo en el centro de la habitación, como si hubiera recibido un disparo.

-¿Qué niños?

-Los niños que luego fueron adoptados por familias pudientes.

Él enrojeció de pronto, y después de mirar furtivamente a derecha e izquierda, avanzó tambaleándose.

-No sabe lo que dice.

-Siento sobresaltarlo -dijo ella, conteniendo la risa. -Lo siento de veras.

El hombre la observó, convencido de que era una mujer peligrosa. No se trataba de una baladronada.

-¿Qué es lo que quiere?

Ella rió entre dientes.

-Nada más que lo que me corresponde, como indemnización por la muerte de mi hermana gemela.

Él se limitó a mirarla de un modo extraño, y comprendió lo que pretendía.

-El diagnóstico fue de apendicitis aguda, con peritonitis, si mal no recuerdo.

-Claro que lo recuerda, eso es lo que usted firmó. -Se detuvo un momento, y dirigió la mirada a la mano del hombre. -Por cierto, su amiga se ha arreglado los dientes, y a usted le sigue faltando el dedo pulgar de la mano derecha... ahora no es difícil conseguir una prótesis, ¿no cree?

Las mandíbulas del hombre se movieron, aunque ninguna palabra salió de su boca. Ella prosiguió:

-Aquella noche, la señora le dio a mi hermana un caramelo que le tenía preparado -pronunció despacio. -Ella murió, y yo guardé el papel dorado como un inocente recuerdo. Hace poco que hice analizar el papel, y resultó que contenía restos de cianuro, procedentes sin duda del caramelo que había contenido... A eso se llama error

del delincuente, ¿no cree?

-¿Qué quiere decir?

-Quiero decir que ella le dio un caramelo envenenado, y que ese crimen no prescribe nunca. Pueden juzgarla por asesinato...

-¿Nos está sobornando?

-Quizá. Aquí tiene las instrucciones -dijo, tendiéndole un sobre que sacó del bolso que tenía a su lado.

El hombre parecía ausente; sus pequeños ojos la observaban fijamente, sin verla.

-No nos apriete -dijo luego. -El soborno es delito. -Ella se enderezó en su asiento.

-¿Y usted me habla de delito? Sin duda, sabe mucho de eso...

Él debió percibir el furor en sus ojos y en su voz, porque se calló. La muchacha se puso en pie.

-A mí no van a envenenarme con un caramelo -sonrió con tristeza. -Espero que no se resistan, será lo mejor para todos.

Antes de salir, se dio la vuelta.

-Ah, y con un poco más de dinero, la señora podría corregirse esa cicatriz que tiene en la cara...

Él se había puesto tenso.

-¿Cree que va a salirse con la suya? -resopló. -Eso lo veremos.

Ella se detuvo en el umbral, y estalló en una carcajada.

-Creo que nunca he disfrutado tanto -le dijo.

El médico se tragó las palabras. Estaba furioso por la situación en que lo había colocado aquella insolente.

-Maldita... -gruñó.

Luego apagó la luz de la habitación, y se sentó en la butaca a fumar.

En cuanto a ella, ya no tenía nada más que decir. Su anterior actuación había sido un acierto, pero tendría que superarse en el futuro.

Dio la vuelta al coche, y se dispuso a regresar al hotel.

***

-Familia de chantajistas -dijo ella con voz chirriante. -Un par de taradas. -Él respiraba agitadamente,

-Un par de taradas muy listas, sobre todo ésta hermana -le contestó.

-Tenía que ocurrir -suspiró la mujer. -Santo cielo, esta chiflada es capaz de acudir a la policía. Si yo hubiera sabido lo del papel del caramelo...

Sostenía un sobre en la mano. Sentados frente a frente en el salón, con la lámpara encendida de nuevo, él le había contado lo ocurrido hacía unos minutos.

Aquella noche, los peores temores de la antigua directora se habían convertido en realidad. Sabía que nada podía hacer contra una persona fanática y vengativa como aquélla. Se volvió hacia su compañero.

-Hay que darle todo lo que ella pida -indicó. -No tenemos salida.

Aquel día casi perfecto se había convertido en una jornada desastrosa. El médico llegó a la conclusión de que aquella brillante abogada estaba completamente loca. No obstante, se dispuso a seguir la indicación de su compañera.

Habían matado a su hermana, y ella no se lo perdonaría.

***

Las cortinas seguían corridas, aunque era ya media mañana.

El dormitorio estaba decorado en color rosa, desde la pintura de la puerta al papel

con fino dibujo de la pared. Junto a una ventana en forma de ojo de buey se apelotonaban un grupo de muñecas, así como varios cuadros enmarcados, con motivos infantiles.

Ella estaba echada sobre una cama de metal dorado, cubierta por una gruesa colcha blanca, guateada. Sobre la mesa de noche, una lámpara permanecía encendida, esparciendo un suave resplandor.

El hombre entró arrastrando los pies, y se sentó al borde de la cama. Se inclinó sobre la mujer y le besó los párpados suavemente.

-Querida -murmuró con ternura.

De pronto lanzó un grito, que cortó como un cuchillo el silencio.

-¡Oh, no!...

Levantó la colcha que ocultaba la sangre, y no pudo creer lo que veía: al parecer, ella se había cortado las venas. Estaba fría, mantenía los ojos cerrados, y sus miembros estaban fláccidos. Se arrodilló a su lado, en un esfuerzo por mantener el equilibrio.

¡Oh, no!... -repitió

Se tambaleó, mareado, en medio de la habitación. Luego se dirigió a la suya y sacó algo de una caja, dentro del escritorio. Entró en su propio baño y cerró la puerta, sin echar el pestillo.

La bala se alojó en su cerebro. Él resbaló en el húmedo suelo y se desplomó blandamente. Al caer, le pareció ver un disco verdoso y brillante sobre su cabeza.

El jardinero que estaba recortando las petunias se detuvo un momento, oteando: el repentino sonido que acababa de oír no era nuevo para él, y reconoció el disparo de un arma de fuego. Se aproximó a la vivienda, y a los cinco minutos estaba llamando por teléfono.

-El dueño de la casa se ha disparado un tiro -informó.

Las autoridades ocultaron el doble suicidio, después de una tensa reunión donde no se había convocado a la prensa.

-Hay que ser discretos -había sugerido la personalidad responsable. -En cualquier caso, el suicidio es un acto que molesta y atemoriza a la gente, y más aún tratándose de unas personas influyentes, con un gran peso en la Administración. -Su segundo en el cargo afirmó con un gesto.

-Yo pienso lo mismo. Dicen que la señora se ha cortado las venas... -El jefe asintió.

-Y él se ha pegado un tiro. No es plato de gusto, como ustedes comprenderán...

***

La calle era un hervidero de gente ruidosa, a esa hora de la tarde, tras concluir la jornada laboral.

En la Comisaría, el inspector jefe acababa de leer las últimas noticias, y hojeó la página de las notas necrológicas. En el periódico aparecía la fotografía de un hombre delgado, muy calvo y cargado de hombros. Él lo conocía de vista.

-Vaya, lo siento -pronunció en voz alta, con muy poca emoción.

Abrió una lata de cerveza y se bebió la mitad de un trago. Era joven y alto, tenía cara de niño y el pelo cortado a cepillo. Sus ojos azules eran fríos. Dos corpulentos policías vestido de paisano y de aspecto cansino aparecieron juntos a la entrada del despacho. Le tendieron un sobre.

-El comisario le traslada una carta que acaba de recibir, quiere que usted la lea.

-¿Quién se la ha enviado?

-Eso es lo raro, señor. Al parecer, la carta es anónima.

El inspector se limpió la boca con el dorso de la mano y miró el sobre. Dejó el periódico en la mesa y sacó la carta. Cuando terminó de leerla, la puso al lado del periódico.

-Eso que dice es increíble -gruñó.

Parecía asombrado. No se consideraba un genio, pero sí un policía duro e inteligente, y tenía experiencia. Estaba acostumbrado a un método de trabajo simple, pero efectivo. Se puso lentamente en pie.

-Es curioso -observó. -Acabo de leer en el periódico el fallecimiento de un tipo, al parecer de muerte natural, y en esta carta dice que se suicidó, pegándose un tiro...

Apareció un hombre en mangas de camisa, con la chaqueta al hombro. Llevaba una taza en la mano.

-Inspector, le traigo un café -le ofreció.

-Ah, gracias.

No tenía ganas de café, pero se obligó a beber un poco.

-Tengo el coche aparcado abajo -le dijo el otro.

No contestó enseguida. Abrió de nuevo el sobre, le echó una ojeada al documento y lo guardó después.

-Sí, voy enseguida.

De pronto, el silencio fue interrumpido por el sonido del teléfono.

-Vaya, ¿qué tenemos ahora?

El detective alzó el auricular. Era el comisario, y le estaba hablando de la carta.

-Sí, señor, la he leído. Sí, ahora mismo voy.

Se volvió a sus hombres con un gesto expresivo.

-Vaya, ya me jodió.

***

Había conciliábulo en el despacho del comisario. El inspector abrió la puerta con el mayor sigilo.

-Es un poco tarde -indicó, a guisa de saludo. El otro, sentado a su mesa, lo miró con el ceño fruncido. Era relativamente joven, de buena presencia. No tenía aspecto de policía, más bien parecía el director de un banco.

-¿Ha leído la carta?

-Sí, ya le he dicho que acabo de hacerlo, señor comisario. Aquí la tiene -carraspeó. -Por cierto, yo conocía al susodicho, un tipo muy calvo... -El jefe asintió.

-Yo también creía conocerlo, pero, al parecer, no era así.

El inspector pareció dudar un instante.

-¿Serán ciertas las acusaciones? -sugirió. -Nadie parece saber nada. -El comisario se encogió de hombros.

-Me temo que sí, que son ciertas. -El inspector se había acomodado en un asiento.

-¿Quién puede haber escrito la carta?¿La misma chica que hizo de detective?

-Es muy posible. O quizás se trate de otra persona, de algún conocido, con quien tenga mucha confianza. Es alguien muy bien preparado, y que ha tenido buen cuidado de no pillarse los dedos.

El inspector estaba asombrado.

-¿Algún profesional del derecho? El jefe asintió.

-La carta ha sido analizada en el laboratorio, y carece por completo de huellas, como si la hubieran manejado con guantes. No hay ninguna pista, y puede haber sido escrita en cualquier ordenador. Como habrá visto, está sin firmar.

-Así es. ¿Puede haberla escrito la misma persona que hacía chantaje a la pareja?

El jefe habló con acento grave.

-No es necesario. Quizá algún conocido de la persona afectada, seguramente un abogado.

-¿De la gemela que sobrevivió? -El otro contestó con aplomo:

-Es posible. Quien sea, conoce a la perfección los hechos: la carta describe en concisos términos la naturaleza y circunstancias del asunto. Dice que la muchacha fue a visitarlos y empezó a hacer chantaje al matrimonio... o a lo que fuera. Luego ella siguió, y siguió...

-Y ellos respondieron a sus exigencias -terció, seco, el inspector. -El jefe asintió con un gesto.

-Pero ella les apretaba más y más. Hasta que la presión llegó a ser tan fuerte que la débil cuerda se hizo trizas. Tanto, que la señora decidió suicidarse, cortándose las venas. Y a continuación, él se disparó... -Se detuvo un momento. -Un hombre no puede soportar estar condenado a sufrir un chantaje a lo largo de toda su existencia. -El inspector tosió.

-Pero no nos consta que todo eso sea verdad. -El jefe habló con voz ausente:

-Es cierto, por eso hay que ser discretos.

-Pero, ¿qué interés podía tener nadie en desprestigiar a la pareja de esa forma? -preguntó el inspector -El jefe se volvió en el asiento.

-La mente humana, a veces, es muy retorcida... El asunto, no obstante, parece estar muy claro. Es cierto que ambos trabajaron en una casa de acogida, ella como directora y él como facultativo.

-Pero no por eso tenían que vender a los niños. Además, el resto es muy fuerte: Eso de que la hermana gemela fuera asesinada... ¿Usted piensa en un crimen? -El otro afirmó:

-Efectivamente. Mataron a esa muchacha con un caramelo envenenado.

El diálogo quedó en suspenso. Después fue el inspector quien preguntó de nuevo:

¿La envenenaron? ¿Está seguro?

¡Y tan seguro! -El inspector de guardia fijó en él una mirada socarrona.

¿Por qué? -preguntó. El jefe se encogió de hombros.

-Parece que hay pruebas de ello. Está el papel del caramelo. y en él se hallaron restos de cianuro.

-Eso es lo que dice la carta, pero no lo hemos visto.

El comisario fijó un instante la mirada en su interlocutor.

-El tema de los niños vendidos está de bastante actualidad, ¿no cree?

Hubo un corto silencio, y el otro asintió:

-Sí, es terrible -El comisario jefe hizo un gesto vago.

-Y eso que no se conoce más que una mínima parte del tema -Él estaba de acuerdo.

-Sí, es como la parte que emerge de un iceberg.

El comisario volvió a leer la carta.

-La mayoría de los raptos de niños son consumados por mujeres que, ansiosas

por tener familia, no pueden. Otras recurren a una compra... fraudulenta.

El inspector forzó una sonrisa.

-Que produce pingües beneficios a terceros, ¿verdad?

Permanecieron un momento silenciosos, y el comisario hizo una mueca.

-Había demasiados cabos sueltos en ese... tranquilo desenlace -dijo finalmente. -Había algo que fallaba... y aquí lo tenemos. -El otro lo miró.

-¿Qué piensa usted hacer al respecto? -El jefe lo observó con los ojos entornados.

-Absolutamente nada -contestó. -Los políticos han tomado cartas decisivas en el asunto. Los hombres de la brigada de investigación criminal no tenemos nada qué hacer, y menos yo, un comisario jefe de servicio.

Se detuvo un momento y prosiguió, despacio:

-Archivaré la carta, sin más. Los protagonistas ya están muertos... Además, la chica que murió ya está vengada. -razonó.

-Me ha convencido usted -sonrió el inspector. -Cualquiera puede comprender que se despreocupe del asunto. -Luego, con indiferencia, añadió: -Y, si todo eso es cierto, los culpables ya han pagado con creces... -El jefe indicó, poniéndose en pie:

-Ya puede marcharse. Por el contrario, yo no he acabado todavía. He entrevistarme con el agente encargado de una indagatoria. Además, tengo que recibir al juez de guardia, con sus acompañantes. Así que, como ve, no puede quejarse de su suerte.

El inspector encajó con una leve sonrisa la admonición. Después, con el más displicente de los acentos, se ofreció:

-¿No puedo atenderlo en nada más? -El otro encajó la ironía con un gesto de cansancio.

-Me temo que no. -El inspector volvió a sonreír:

-Muy bien, señor, que tenga buenas noches.

Los últimos funcionarios policiales salían del café y, ya en la calle, daban por terminada la tarea del día. Segundos después el inspector, solo, abandonaba el recinto, mientras lo despedía el sonido apagado y lúgubre de una sirena policial.

LA VENDIMIA

Era el principio del otoño, tiempo de vendimia en las bodegas de Castilla. Comenzaba octubre y ya no hacía calor; de todas formas, no había sido un verano excesivamente caluroso.

Cuando llegó septiembre el fruto de las cepas, con las lluvias de la primavera y el calor y la luz del verano, había madurado lo suficiente y estaba listo para su recolección. Esto dependía del grado de maduración de la uva que se deseara, según el tipo de vino que se quisiera producir: una mayor cantidad de azúcar aumentaría el grado alcohólico del vino. Los viñedos de uva blanca maduraban generalmente antes que los de negra.

Todos aguardaban la vendimia, en que se recogía el fruto para transformarse en vino, una vez llegaba a la bodega. Pero no todas las vendimias eran iguales: existía la vendimia en verde, la de noche, la ecológica de cepas emparradas, o la tradicional de cepa en bajo…

El trabajo comenzaba ya desde el momento en el que se cortaba el racimo y era transportado hasta la bodega. Los viñedos estaban llenos de mujeres, y hasta de niños, que recogían cuidadosamente las uvas, y las depositaban con el mismo cuidado en cestos de mimbre.

Uno de los principales viticultores de la zona era un viudo, dueño de unas famosas bodegas. Era un hombre alto, de rostro severo, con barba canosa. Podía tener cualquier edad entre los sesenta y los setenta años. Era ancho de espaldas, de nariz aguileña y ojos negros, y siempre fue amado por las mujeres. En aquellas fechas solía tener numerosos invitados y visitantes, todos de la buena sociedad.

Su hija única, de veinticinco años, lo adoraba. Era pequeña cuando la madre murió, y su padre no le había negado ningún capricho. Era una pelirroja delgada y atractiva, con la cara llena de pecas y una nariz respingada.

Uno de los visitantes que llegó aquel día era un hombre moreno, con los músculos redondos y firmes. Era joven, de rostro tostado por el sol, con un pequeño bigote negro y cejas pobladas, y una mirada penetrante. Sus padres habían sido grandes amigos de la fallecida, y él había heredado por su parte extensas tierras de cultivo.

Aquel hombre anciano, alto y delgado como un jovencito lo imponía, muy a su pesar. Al llegar a la finca estaba nervioso, pero poco a poco se fue relajando. Sobre el arco que daba acceso a la hacienda podía verse el nombre de la propiedad, pintado en negro sobre el fondo blanco de cal.

La casa era grande, blanca y cuadrada: una suntuosa estructura arábiga, de dos plantas, con un porche de altas columnas y balcones exteriores de hierro forjado. El verde intenso de las viñas que había detrás hacía que la edificación apareciera especialmente bella. Fuera, en las colinas adyacentes, podía ver a las gentes que pasaban y repasaban en sus vueltas interminables

Un criado le abrió la verja, y le señaló el aparcamiento. Él se bajó del coche y lo siguió por los altos escalones de piedra, hacia el porche de la mansión.

El porche era también de piedra, y al entrar le sorprendió el interior de la casa. Era tan grande y espacioso como había imaginado, pero casi carente de mobiliario. Sólo

había unos cuantos muebles antiguos, aunque de la mejor calidad.

Nada de tapices ni cuadros en las paredes. Eran de mármol, al igual que el suelo. Detrás de las ventanas, las pintorescas colinas sembradas de vides se recortaban contra un cielo azul brillante.

Estuvo allí de pie durante unos minutos, hasta que el criado lo hizo pasar a la gran biblioteca. El hombre que estaba sentado tras la mesa, ocupando un gran sillón frailero, lo miró con la total indiferencia que le era usual. Aquel hombre no inducía a la sonrisa. Él recordaba muy bien su pelo canoso, y su modo vigoroso de hablar.

Levantó los ojos hacia el recién llegado, que se mantenía de pie junto a la puerta, y de momento no lo reconoció. Podía ser un profesor, un periodista, o cualquier otra cosa. Lo miró con una muda pregunta, y el otro se presentó a sí mismo:

-¿No me recuerda? Soy el hijo de sus vecinos, mi madre fue amiga... de su esposa.

Hubo un instante de vacilación. Captó el rápido parpadeo del hombre, el fruncimiento de sus cejas. Luego, sin levantarse, le tendió la mano, y él se la estrechó.

-Por supuesto que sí. Me alegro de su visita, y lo invito a que nos acompañe esta noche a la cena. Es para celebrar la vendimia, ya sabe. -Él asintió.

-Lo sé, pero no sabía que fuera precisamente hoy. No quisiera ser inoportuno... -vaciló.

El hombre negó con la cabeza. Sacó una pitillera del bolsillo de su chaqueta y le ofreció un cigarrillo, que él aceptó. Cogió a su vez otro, y lo llevó a los labios. Guardó la pitillera, sacó un encendedor de oro y encendió los dos cigarrillos.

-De ninguna manera -objetó. -Tendré mucho gusto.

Después de haber charlado durante unos minutos de temas intrascendentes, el dueño de la casa se puso en pie.

-Ahora va a perdonarme, estoy corrigiendo el primer tomo de mis conferencias. Además, tengo que arreglar esta parte de la estantería, que alguna sirviente ha descolocado en un exceso de celo. -Agitó la mano hacia los estantes de libros -No me gustan en modo alguno las irregularidades, y las cosas incompletas y en desorden -añadió, con el ceño fruncido.

El visitante carraspeó. Aquella salida lo hizo sentirse incómodo.

-Claro que sí, es usted quien tiene que disculparme.

Iba a abandonar la biblioteca, cuando se abrió la puerta y apareció una joven con un corto vestido blanco, que contrastaba fuertemente con el bronceado de sus hombros y brazos. Era delgada y de estatura mediana, y sus cabellos de tono cobrizo. La observó un momento, imaginándose quién era.

-¿Se puede pasar? -El dueño de la casa le echó un vistazo a su reloj. Dirigió luego una cálida mirada a la joven.

-Ah, eres tú. Pasa. Voy a presentarte a nuestro vecino, que ha venido a visitarnos. Ella es mi hija -añadió con brevedad.

La muchacha se detuvo en seco y le ofreció su pequeña mano. Sus movimientos eran de una delicada elegancia.

-Lamento interrumpir una conversación de trabajo -dijo, realmente sorprendida. El recién llegado se quitó el cigarrillo de la boca antes de contestar:

-No hay conversación de trabajo -sonrió. -Por esta vez, mi visita ha sido únicamente de placer. Por cierto, su padre es muy amable: como verá, me ha ofrecido un cigarrillo -dijo con suavidad.

Se miraron el uno al otro con agrado. El padre se acercó a las estanterías de libros que había al otro lado de la habitación.

-¿Querías algo? -preguntó sin volverse. Ella denegó.

-No es nada, no tiene importancia. Y tú, ¿necesitas alguna cosa?

-Pues mira, sí. Vas a mostrar su habitación a nuestro amigo. Es posible que quiera asearse y cambiarse de ropa, si es que la ha traído consigo. Él asintió:

-Algo tengo. No me vendrá mal, si es que voy a cenar con ustedes, aunque no quisiera... -El otro lo interrumpió.

-Ya le he dicho que es bien recibido -dijo con cortesía. -Y puede quedarse con nosotros durante las fiestas que celebramos ahora, a principios de octubre. Estarán bastante concurridas: habrá certámenes de cata, y el desfile de carros utilizados en la vendimia. -Se detuvo un momento, y agregó: -Son de tradición muy antigua, surgieron como símbolo de la alegría por el final de la cosecha. Cada región las celebra a su manera...

Él ya lo sabía, y asintió con un gesto. Era un espectáculo que había disfrutado con su padre, y antes con su abuelo. Desde niño esperaba siempre aquellas fiestas, con sus desfiles de carrozas y toros, actividades deportivas y verbenas populares. Siendo adolescente tomó ya parte en la tradicional capea, en la que los mozos debían beber el vino de una cuba, después de burlar al toro en el ruedo.

-Muy bien, hasta luego -se excusó el caballero con una ligera inclinación.

La chica lo acompañó al primer piso, a uno de los apartamentos de invitados. Imponía aquella gran mansión de estilo colonial, con sus dos pisos y sus más de veinte habitaciones. Mientras charlaban, él pudo fijarse en sus bonitos ojos verdes, en el color rojo de su cabello, muy corto, y en las cejas finas y también rojizas.

Al separarse, la muchacha volvió a darle la mano, sonriente. Era muy bonita y habría sido fácil enamorarse de ella. Le recordaba a alguien. ¿Quién era? Intentó en vano recordarlo, mientras se despedía y entraba en el cuarto.

***

El sol había desaparecido, y la transición del día a la noche apenas si se advirtió. Una campana llamó a la cena, que tuvo lugar en el gran comedor de la planta baja. Asistieron más de treinta personas, y estuvo presidida por el dueño de la casa. Las mujeres maduras no podían por menos que observar con disimulo a aquel hombre alto y delgado, con el cabello casi blanco y la postura de un dignatario, y que usaba camisa de seda bajo un traje impecablemente cortado.

Fue una reunión amistosa, donde todo el mundo parecía contento, y el invitado empezó a creer que la experiencia iba a ser grata, pese a todo...

La muchacha, sentada frente a él durante la cena, literalmente resplandecía. Se había cambiado y llevaba un traje de cóctel de un verde muy pálido. Pudo admirar a gusto su cabello rojizo, y un cutis precioso con unas cuantas pecas alrededor de su fina naricita. Ella también había estado mirándolo con sus redondos ojos verdes, húmedos y claros. Intentó adivinar a quién le recordaba. Era sin duda a otra persona muy lejana, alguien anterior en su vida. La muchacha le hizo una pregunta:

-¿Te aburres?

-Ah, no, de ninguna manera.

-Estás muy callado. ¿Siempre eres así?

Él sintió que un estremecimiento le recorría todo el cuerpo.

-No suelo hablar mucho -se sonrojó un poco. -Supongo que, como la mayoría de

la gente, tengo cierto miedo a expresar mis sentimientos. Sobre todo, cuando estoy ante alguien tan fascinante como tú.

La muchacha había bajado la mirada.

-Vamos, no es para tanto... -se reclinó graciosamente. Él la interrumpió:

-Tú sabes que es la pura verdad.

Nunca había experimentado una sensación tan agradable. Se recostó en la silla y miró por la ventana que tenía lado. Los edificios vecinos se iban apagando, y sólo vislumbraba una estrella en el trozo de cielo. Cuando la cena terminó, el dueño de la casa puso en pie con la copa en la mano, y todos hicieron lo mismo.

-Brindemos por la prosperidad de todos -sugirió.

A continuación llegó el discurso de rigor. Les había prometido no aburrirlos, pero estuvo recordando la historia, desde los comienzos, de una profesión común a casi todos los presentes.

-Como todos ustedes saben, la vid es conocida desde tiempos remotos -carraspeó. -En Egipto antiguo hay representaciones de escenas relativas a la vendimia, y otras labores relacionadas con la vid.

Se detuvo un momento, con todos los ojos fijos en él. Luego, continuó:

-Los hebreos fueron cultivadores de la vid, y en Israel, las viñas fueron objeto de especiales atenciones. En la Biblia hay múltiples referencias a ella, como ya sabrán.

Hubo un murmullo de asentimiento, y siguió:

-En la Grecia clásica, el vino se asoció a la religión. Tanto la vendimia como el pisado de las uvas se solían acompañar de fiestas y músicas. Dionisio, hijo de Zeus, era el dios de la viña y el vino. Por eso, la introducción de la vid en España pudo ser obra de los griegos. Estrabón menciona el vino de Hispania que se exportaba a Roma...

Siguió relatando otros hechos, entre ellos que la mitología de Roma consideró dios al vino, y de la vendimia a Baco.

-Nuestra zona cuenta con una tradición antigua, ya que hay noticias de cultivo de la vid desde la edad media, sobre todo elaborando vinos tintos -agregó, dejando la copa en la mesa

Se detuvo un momento, y miró alrededor.

-Bien, después de esta disgresión que me perdonarán, les deseo buenas noches a todos...

***

Al día siguiente, el dueño de la finca invitó al visitante a dar un paseo, y él aceptó. Era de mañana, y había en el jardín un silencio que presagiaba algo extraño. El hombre vestía en aquella ocasión ropa deportiva, lo que le daba un aspecto más joven.

En un recodo del camino, alejado de la vivienda, había una zona de parras leñosas que alcanzan los quince o veinte metros de altura, utilizando como soporte a algunos árboles. Cualquier zarcillo, en contacto con un tutor, le servía para trepar.

-Son plantas que algunos llaman parra rusa -señaló él y añadió, con voz impersonal: -Se trata de plantas invasoras nocivas, pero las mantenemos a raya. Y eso, que sus raíces alcanzan por lo menos dos metros de profundidad.

El muchacho se dirigió hacia ellas, caminando sobre un lecho de hojas secas. Conocía la planta por haberla visto de niño, y sabía que existían docenas de especies semejantes, pero todas distintas. En ésta llamaban su atención los vástagos rojizos, manchados de rojo, con restos de flores pequeñas, rosadas y blancas, que seguramente habían formado racimos densos durante el verano. El hombre siguió

hablando despacio:

-Es muy difícil erradicar esta planta -observó. -Hay que cortarla, segarla, cavarla -se detuvo un momento. -Eso, y utilizar unas buenas dosis de herbicida, son los tratamientos utilizados.

El joven asintió con un gesto, y luego algo pareció llamar su atención.

-¿Tienen un pozo ahí? -señaló. El hombre pareció sobresaltarse.

-Se está haciendo tarde -objetó, dándose la vuelta, y a él le pareció advertir que no le agradaba mostrar esa parte de la finca, más bien lo evitaba.

Antes de volver a la casa, se detuvieron en el porche. Desde allí, el jardín era una explosión de color: flores exóticas, jacaranda, jazmines. El hombre parecía algo más cordial, y le estuvo contando que se marcharía a primera hora de la tarde, a hacer unas gestiones en la ciudad.

-No volveré hasta mañana, o quizás hasta pasado mañana -dijo, casi alegremente. -Usted puede quedarse cuanto quiera.

-Es muy amable. Pero me parece un abuso...

El otro no contestó. Avanzó hacia la casa, resuelto, y pudo oírle subir las escaleras en largos y ágiles pasos.

Él se dejó caer en una silla de mimbre. Por más que lo intentaba, aquel hombre no le resultaba simpático.

-Es demasiado... misterioso -pensó.

***

Tras el almuerzo, todo volvió a la normalidad. Cuando ya avanzaba la tarde, el invitado se acercó paseando hasta los viñedos. Oía crujir las piedrecillas a su paso. No dejó de caminar durante un buen rato, entre aquel aroma dulzón. De pronto la chica apareció, recortada contra el resplandor del poniente. llevaba puesto un vestido-pantalón, con flores estampadas de colores.

-Te tengo abandonado -dijo con un mohín. -Si te parece, podemos llegar hasta las bodegas. Ahora es el mejor momento para visitarlas, cuando el olor a mosto lo impregna todo, desde los campos hasta las viviendas...

Así lo hicieron, y recorrieron parte de la finca, con sus colinas repletas de cepas. Todavía podían verse algunos pámpanos y brotes aún verdes entre los sarmientos; otros se habían secado, y sus hojas habían caído.

Descendieron al valle, donde el suelo empezaba a secarse. Ella mordisqueó una uva, despegando el hollejo, y arrojando la piel del fruto.

-Algunas de estas viñas tienen treinta, y hasta cuarenta años -indicó.

Charlaron de muchas cosas y, como era obvio, no dejaron de hablar de la elaboración de los vinos. Se veía que la chica lo llevaba en la sangre.

Explicó que existían dos métodos de llevar a cabo la vendimia: el manual, utilizado para la producción de vino de elevada calidad, para lo que era necesario elegir cada uno de los racimos.

-Eso aumenta los costos de producción, puesto que el obrero debe estar de sol a sol recogiendo la uva -explicó. -La vendimia mecánica resulta más económica.

Se detuvo de pronto:

-Perdona, te estoy aburriendo. Olvidaba que tú también eres del gremio. -Él desechó la idea con un gesto.

-De ninguna manera, me encanta oírte.

Poco a poco el sol se fue poniendo, y ellos se acomodaron en unas piedras que

había en un alto.

-La invitación te hizo mi padre fue una buena idea -dijo ella.

-Una buena idea para mí. -Ella parpadeó.

-¿Sólo para ti?

Hablaron de la madre, a la que apenas recordaba.

-Tenía yo cinco años cuando murió... Recuerdo pocas cosas de ella, pero sí que su cabello era de un rubio casi blanco. Su cara era pálida, y apenas si se maquillaba.

Él la observó un momento. De nuevo pensó que la muchacha le recordaba a alguien. Ella prosiguió:

-Estaba muy débil -se detuvo un momento. -Y, aunque yo era pequeña, me parecía que estaba asustada...

Hubo después un largo silencio. Pasados un par de minutos él la observó de nuevo, y la encontró muy tensa.

-¿Te sientes bien? -le preguntó. A la chica le temblaron los labios.

-Todo fue tan extraño... Al poco tiempo me dijeron que había muerto, y no pude verla nunca más.

Él le tendió la mano; sus ojos eran cálidos y amistosos.

-Tienes que guardar solamente los buenos recuerdos. -Ella sonrió.

-Perdona, estoy cansada. Me noto febril, tal vez tenga algo de calentura.

Cuando volvieron a la casa, hallaron el vestíbulo sumido en la penumbra. En el office tomaron una cena ligera. Subieron charlando de cosas sin importancia, y se detuvieron en el rellano.

-Yo creo que debías tomar algún analgésico -le dijo él, y la chica asintió.

-Te agradezco lo bien que me cuidas. Lo haré.

***

Antes de dormirse, él estuvo haciendo unas llamadas desde su teléfono móvil. Lo obsesionaba la idea del misterioso pozo, y la extraña reacción del dueño de la finca. Aprovechando su ausencia, había decidido poner en guardia a sus superiores en la policía, y a los hombres de la Brigada. Al mismo tiempo, le parecía recobrar su verdadera personalidad.

Como ya imaginaba, el Comisario se había ausentado y tuvo que hablar con el inspector jefe de guardia. Después de identificarse le expuso los hechos, y sus suposiciones. El otro carraspeó.

-Creo que hay suficientes motivos para que enviemos esta misma noche a un equipo especializado. Localizaremos al juez de guardia, y llevarán consigo una orden judicial -informó. -Y que haya suerte, compañero. Vas a necesitarla.

Entre los dos trazaron cuidadosamente los detalles, y en pocas palabras pusieron en marcha su estrategia: él se levantaría a medianoche y, junto con los suyos, visitaría los lugares sospechosos y llevaría a cabo en ellos una minuciosa inspección.

-Con un poco de suerte, podré llegar allí sin ser visto -subrayó.

Cuando se despertó, algún tiempo más tarde, estaba oscuro: el mismo teléfono, con su vibración, lo había avisado antes de la hora acordada. Permaneció rígido en su cama durante un par de minutos, con el corazón latiendo alocadamente y la respiración entrecortada. Buscó el conmutador, pero pensó que era mejor no encender la luz. Cerró un momento los ojos, escuchando el zumbido del aire en el ventilador; luego saltó a la alfombra, se calzó y se vistió.

Tenía que tener cuidado, no podía permitir que nadie en la finca advirtiera sus

movimientos nocturnos. Él mismo, a una hora pactada, fue a encontrarse con los demás a la entrada de la hacienda.

Los otros no habían llegado todavía y, lejos de la casa, permaneció atento, a la luz de la luna. Tuvo la sensación de que unos ojos invisibles lo vigilaban. Llegó hasta las plantaciones de viñedos, y volvió al lugar. En ese momento oyó chirriar los frenos de un vehículo, y en unos segundos hubo un coche de la policía junto a la acera. Se bajó un hombre de paisano.

-¿Traen los equipos que indiqué? -le preguntó al que llegaba, y él asintió.

-Todo se ha hecho como usted dijo, señor inspector -añadió, guiñando los ojos como si espantara el sueño.

Se sentía excitado, y ello contribuía a aclararle las ideas. Se dedicó a repasar lo que tenía entre manos. Hubiera deseado con toda el alma no tener que actuar, pero los acontecimientos lo obligaban. Dirigió una vez más la mirada hacia el bosquecillo que había a lo lejos, y se estremeció. Dio la señal a los hombres situados junto a las puertas de la reja.

-Vamos, vengan conmigo.

El comentario de un subordinado lo enojó. Era un muchacho duro, y demasiado vehemente.

-¿No podíamos dejarlo para mañana, señor? Digo que... -Él lo interrumpió con sequedad.

He dicho que vamos, ahora -añadió en tono brusco.

Tomaron la dirección que indicaba y él los precedió, apretando el paso. El camino ascendía a un cerro y se detuvo, conteniendo la respiración. Ni un alma, ni un sonido. Todas las luces en el exterior de la casa, excepto una, habían sido apagadas durante la noche.

-Busquen por ahí -dijo, haciendo un amplio gesto con las manos. -No dejen ni un solo palmo sin rastrear.

El agente de paisano asintió. Era corpulento y tenía anchas espaldas; llevaba una camisa a cuadros y una gafas con montura dorada.

-Está bien, señor.

El lugar estaba solitario, y sembrado de brotes de polygonium. No le extrañó que la consideraran como una especie de planta invasora, y que suprimiera a otras especies, si no se lo impedían. Crecía rápidamente durante el verano, desarrollando una extensa red de rizomas. Algunas eran acuáticas, creciendo incluso como plantas flotantes dentro de los estanques.

-Examinen el pozo con detenimiento, y si hace falta draguen el fondo -indicó. -No tendremos ocasión de volver.

Observó los hombros encorvados del policía de la camisa a cuadros, inclinado sobre el agujero.

-Va a ser difícil, está completamente lleno de hojarasca y de ramas -objetó, volviéndose. Tenía una cara franca y alegre, y una sonrisa que parecía el anuncio de un dentífrico. -Hace tiempo que nadie ha usado este viejo pozo -agregó, moviendo la cabeza.

Ello no impidió que se pusiera, junto a los otros, manos a la obra. Las inundaciones y los desbordamientos habían lavado las plantas que se encontraban en las cercanías, dando lugar a nuevos brotes: los fragmentos de la raíz y el vástago, aunque no tuvieran más que un centímetro, habían dado lugar a nuevas colonias.

El inspector se aproximó con cautela, y los estuvo viendo trabajar. Parecían incansables, aunque pasaba el tiempo y no encontraban nada de interés. De cuando en cuando un policía interrumpía sus esfuerzos, incorporándose con una sorda exclamación. Luego, a la luz de varias linternas, los hombres seguían buscando. Cuando lograron desbrozar por completo el lugar, bajaron con ayuda de una escalerilla portátil hasta el fondo.

Al cabo de un rato, oyó que alguien trepaba por la escalerilla, hasta la trampa abierta que había servido para cerrar la boca del pozo. Lo que sucedió luego, no era lo más apropiado para aumentar su tranquilidad: vio en la penumbra la silueta de un hombre, y lo que oyó lo dejo sorprendido.

-El fondo está seco, y hemos hallado unos restos humanos. Seguramente de una persona joven, un varón -agregó. -El cadáver está bien conservado, por causa del frío que hace ahí abajo.

Una vez que todo el grupo estuvo fuera se miraron unos a otros, atónitos. Uno de ellos se había quedado rezagado y se les unió, rascándose la piel por debajo de la camiseta. Reconoció al descontento de antes, que soltó una imprecación.

-Cómo pican estas condenadas hojas -se quejó. -Parece que fueran ortigas... -Una vez más, el inspector lo interrumpió.

-Tienen que volver enseguida a Jefatura. Traten de localizar al Comisario, y pónganse en contacto con el juez de guardia. También con el forense -añadió. -Mientras, yo voy a volver a la casa, no quiero que me echen de menos -se detuvo un momento. -Cuando estén a punto de llegar, quiero que me avisen por teléfono.

-De acuerdo, señor.

Cuando todos se hubieron marchado, llevando sus equipos con ellos, el inspector regresó a la vivienda. Rápido, subió de puntillas hasta el rellano que lo conducía a su habitación. Cuando se halló en el dormitorio se dejó caer en la cama, con el corazón abatido.

Para entonces ya sabía que el dueño de la casa había asesinado a su esposa. Recordó al hombre del pozo, y estuvo seguro de que él los había matado a los dos.

***

¿Cómo había llegado hasta allí, a aquella extensa heredad vecina a la de su familia, a la que tan poco visitaba? Y, ¿por qué se encontraba ahora, a medianoche y en actitud de acecho, enmedio de ninguna parte? A veces, la suerte se entretenía en componer unas extrañas coincidencias. El pensar demasiado en ello le hacía sentirse incómodo.

Estuvo recordando lo ocurrido en las dos últimas semanas:

Actualmente, el hermano de la mujer fallecida estaba en una residencia de ancianos, una especie de preparación al cementerio para sus ricos usuarios.

Recordó su conversación con aquel hombre, no hacía más de quince días; él lo conocía desde niño y, en un arranque de solidaridad lo había visitado. Lo recordaba como un caballero calvo, de rostro bien afeitado.

Se encontraron en una terraza al aire libre, donde el anciano ocupaba un sillón de ruedas. Ahora se había convertido en un hombre casi esquelético. Él cogió una de las sillas plegables que estaban apiladas, y se sentó a su lado.

-Lo veo muy bien -dijo piadosamente.

El hombre lo miró con fijeza: sus ojos eran grises y serenos, y estaban hundidos en las órbitas. A él le pareció que aquellos ojos estaban acostumbrados a mirar a la

muerte.

-¿Usted es?... -comenzó a decir. Él se lo explicó.

-Éramos vecinos, ¿no se acuerda? Mi familia ha sido amiga de toda la vida de usted y de su hermana.

Pensaba que la mención de ella lo alegraría; por el contrario, ante el recuerdo el hombre pareció intranquilo.

-¿Ha pasado algo nuevo? ¿También usted sospecha? -Él se acomodó en el asiento y se cruzó de brazos.

-Perdone, no lo entiendo. -El pálido rostro del anciano se contrajo en una mueca. Golpeó al muchacho en el hombro con una mano huesuda.

-¿Conoce a mi sobrina? -preguntó. -Ella no sabe nada... En realidad, yo también tenía que haber muerto, envenenado. No fue así, pero guardo todavía una muestra de la bebida él que me dio...

-¿Él? ¿A quién se refiere?

-A mi cuñado, por supuesto. Fue el mismo día en que me ocurrió el accidente.

El anciano suspiró. Sus ojos estaba muy abiertos, mirando con el horror del recuerdo. Él observó aquel rostro flaco, anguloso, y pensó que el hombre había perdido la cabeza. Frunció el ceño.

-No quiero que se altere. Si usted lo desea, me voy. Ya volveré otro día. -Él lo asió con fuerza por los hombros.

-¡Por favor, no se vaya! -dijo ansiosamente.

Reflexionó durante algunos segundos, y luego prosiguió:

-¡Pobre hermana mía! La dejaba sola, la asustaba, a fin de que muriera del corazón. Ella estuvo enferma mucho tiempo, debió suministrarle algún veneno -dijo. -Cuando murió, toda la ciudad asistió a los funerales. Todos la querían... menos él.

Se quedó un momento pensativo, y recordó, pronunciando despacio:

-Yo le decía que estaba demasiado pálida -suspiró. -Y era porque sus mejillas parecían de cera. Estaba muy desmejorada, y con una mirada tan triste...

-Se detuvo, y se volvió hacia su visitante. Se había desabotonado la camisa, dejando al descubierto sus hombros y sus brazos flacos.

-Yo también estuve muy enfermo... nunca más me recuperé del todo, como ve -señaló. -Lo vigilaba desde la muerte de mi hermana, y él arruinó mi vida. Desde entonces, estoy impedido...

Siguió comunicándole sus oscuras sospechas que, según él, eran certezas. Le habló del enfermero de su hermana.

-Era un muchacho de unos veinte años -rememoró. -Lo recuerdo como si fuera ayer. -Se detuvo un momento. -El muchacho la atendía muy bien y, sobre todo, hablaba mucho. Parecía demasiado curioso...

-Y, ¿qué fue de él? -El anciano hizo un gesto vago.

-Después de morir ella, observé que el enfermero ya no estaba -suspiró. -Mi cuñado me dijo que lo había despedido, pero yo lo dudo. Pienso que lo golpeó hasta matarlo, lo enterró en la finca, o lo tiró al pozo, quizá... -Pensó un momento, y añadió: -El chico era listo, y pudo descubrir la verdad. Quizá lo extorsionaba, y él quiso librarse así del chantajista... Tenía un buen móvil, ¿no cree?

En el rostro del inspector habían aparecido unas diminutas arrugas. Lo que le estaba contando aquel hombre le parecía demencial. Estuvo amargamente tentado de contradecirle, pero se esforzó y no lo hizo. En realidad, no era extraño que un anciano

recluido en un geriátrico se hubiera montado una historia espeluznante, que lo arrancaba de su inaguantable rutina. Después de escuchar en silencio, preguntó:

-Si tan seguro estaba, ¿por qué no comunicó sus sospechas a la policía?

El hombre observó a las palomas que picoteaban bajo la ventana.

-Era un trabajo más apropiado para un detective, y yo no lo era -dijo, moviendo la cabeza. -Además, quería mucho a mi sobrina. La niña tuvo que soportar la muerte de su madre, y no podía decirle lo que sospechaba, que mi cuñado era un asesino... Era demasiado pequeña.

Estuvo revelándole ciertos datos sobre la niña. Cuando acabó de hablar, el hombre temblaba violentamente. Le rogó al visitante que no dijera nada a nadie, y él le prometió que así lo haría.

-Será un secreto entre nosotros- sonrió.

Un médico joven se acercó. Usaba una gafas gruesas que aumentaban los ojos, dándole aspecto de lechuza.

-No le haga caso, está senil -le susurró al oído. -Él sospecha que el cuñado mató a su hermana. Además, según él, un enfermero joven que la acompañaba había desaparecido, y él piensa que lo mató también. Y no sé qué cosas raras cuenta de una sobrina que tiene...

El anciano observó al médico con sus ojos profundos.

-Puede usted pensar lo que quiera...

El inspector se levantó. No quería alterarlo, ni revelarle que había acudido a la persona más indicada. Al fin y al cabo, se consideraba un buen detective.

-Bien, nos veremos pronto -le dijo. -Me alegro de que hayamos charlado.

Las semanas siguientes fueron de gran incertidumbre; hasta que, al final, el policía comprendió que aquella situación ya no podía prolongarse. A medida que pasaban los días, y en contra de lo que consideraba razonable, fue asumiendo que se encargaría de las investigaciones. A decir verdad, el papel no le gustaba, pero estaba acostumbrado a hacer cosas que no le gustaban.

Se estaba preguntando hasta donde sería capaz de llegar en aquel endiablado asunto. Sin embargo, cuando llegó el momento de actuar, lo hizo sin vacilaciones.

Lo más importante era empezar a trabajar, de forma que el posible implicado no sospechara nada. De todos modos, tener a un detective pegado a los talones no era agradable en ninguna circunstancia.

Había pasado una semana en la ciudad, consultando datos. Revisó los periódicos de aquellas fechas para ver si encontraba alguna noticia relevante, pero sólo halló el recordatorio de la muerta, y una sentida nota mortuoria en que se ensalzaban sus muchas virtudes. También halló una foto del hermano de la mujer, haciendo referencia a su grave accidente de automóvil.

Era necesario que consiguiera averiguar la causa de la desazón del anciano, si es que había alguna causa. Y, si en verdad existía un culpable, tenía que conseguir que fuera descubierto.

***

cuando terminó de llevar a cabo sus primeras investigaciones, los argumentos del viejo no le parecieron tan descabellados. Después de muchas consultas, y de estudiar a fondo todos los aspectos de la historia, había llegado a una conclusión:

Hacía más o menos treinta años, el actual dueño de la finca se había casado con una mujer rica, dueña de unas grandes bodegas. Ella se quedó embarazada, pero a

los pocos meses abortó. Luego, ya no pudo engendrar. Fue entonces cuando adoptaron a una niña.

Él era un hombre apuesto, al que se rifaban las mujeres, un verdadero play-boy. Después de la boda, él siguió haciendo en secreto su vida. La esposa, una mujer pálida y débil, lo sospechaba, y los celos la devoraban poco a poco. Lo acosaba, incluso en público, y le montaba constantemente escenas de histeria.

El único hermano que ella tenía sufrió un accidente y se quedó inválido, tetrapléjico, aunque no llegó a perder su lucidez.

A partir del accidente, fue el cuñado quien se hizo cargo de la administración de sus bienes. Le contrató un seguro de atención personal y luego, al parecer, terminó arruinándolo. En realidad, las posesiones familiares habían pasado a ser de su propiedad, aunque el inválido no era del todo consciente de ello. Vivía ahora en una residencia para discapacitados, que le proporcionaba el seguro.

Él creía que su cuñado tuvo algo que ver con la muerte de su hermana, aunque no podía demostrarlo.

Pero ahora venía un asunto de la mayor importancia, que el anciano le había insinuado, y él se encargó de comprobar. Ello, además, pudo aclararle el enigma del extraño parecido con alguien conocido, que había notado en la hija de su vecino:

En realidad, la chica era hija de una criada soltera del matrimonio, que se la había dado en adopción. La madre era muy joven y, después de dar a luz, la obligaron a abandonar la hacienda. Pero, para no dejar de ver a la niña aunque fuera de lejos, ella entró a servir en la finca de unos vecinos, que curiosamente eran los padres del futuro inspector. Se trataba de una mujer pelirroja, de ojos muy verdes, que él recordaba muy bien, y que había muerto prematuramente. El policía la había visto muchas veces, desde que era niño, cuando ella iba a su casa a planchar la ropa de toda la familia.

-En realidad, fue una víctima más en una sociedad clasista -pensó.

Y es que nunca había aprobado que este tipo de cosas se mantuvieran en secreto, por el bien de todos.

-He de decírselo a la chica, aunque no sé cómo hacerlo -reflexionó, no muy tranquilo.

***

El dueño de la finca tardó dos días en volver. Para antes de que lo hiciera ya habían exhumado el cadáver de su esposa, por medio de una orden judicial, y hallaron restos de arsénico en sus huesos, y en su cabello.

En cuanto al hombre que fue hallado en el pozo, se supo que el arma del crimen había sido un objeto contundente, algo así como un martillo, que le hundió el cráneo, dejándolo muerto en el acto. Se hallaron en sus vísceras restos de alcohol de madera, que seguramente le habían volcado en el vino, produciéndole una gran confusión previa a su muerte. Y el probable móvil pudo haber sido, en efecto, librarse de un testigo peligroso.

Mientras aguardaba en el vestíbulo, el rostro del policía tenía un aire sombrío y resuelto.

-No vas a salirte con la tuya, maldita sea -gruñó

La puerta se abrió bruscamente y apareció el amo de la hacienda. Cuando halló al vecino en su casa, lo miró con ojos helados. Su gesto era aburrido y altanero.

-Vaya, todavía por aquí -sonrió, mordaz. -Me alegro de que le guste tanto mi finca.

El inspector procuró luchar contra el aturdimiento momentáneo de su cerebro.

Tuvo que encontrar las palabras adecuadas, y lo consiguió con un esfuerzo.

-Lamento que no sea ese el motivo de mi presencia aquí -dijo con serenidad. -Más bien, mis hombres y yo lo estamos aguardando para detenerlo por doble asesinato.

Él se estremeció. Su voz fue como el rugido de un animal.

-Pero, ¿qué está diciendo? -Tenía las facciones contraídas, y las manos cerradas en puño. Oyeron cómo se abría la puerta de la biblioteca, y aparecieron en ella dos funcionarios de uniforme. Él lanzó una maldición.

-¿Se puede saber qué ocurre aquí? -El inspector habló en tono extrañamente sereno y frío.

-Esposen a este hombre -indicó. -Y usted, más vale que no oponga resistencia.

Uno de los agentes dio un paso adelante.

-Dése la vuelta, amigo -exigió.

El dueño le dirigió una mirada de asombro. Estaba furioso, terriblemente furioso.

¿Es esto una comedia?-dijo, soltando una breve carcajada. -¿Es que estamos de fiesta?

Él se encogió de hombros.

-Que yo sepa, no -dijo en tono de burla. -Sólo es que usted va a acompañarnos a la Comisaría.

El otro lo miró incrédulo, mientras trataba de recuperar el dominio de sus nervios. En la habitación resonó su risa artificial.

-Espero que se me informe de los motivos de este abuso -dijo, mirando al inspector. - O me quejaré a sus superiores, querido vecino.

Él iba a salir, pero volvió sobre sus pasos.

-Está en su derecho -le dijo. -Y, como ya sabe, puede llamar a su abogado.

Pero más tarde, en Comisaría, el hombre no tardó en confesar. Aunque empezó negándolo todo, después de un hábil interrogatorio tuvo que admitir todos los cargos: el envenenamiento de la esposa, la extorsión y muerte del enfermero, además de varios delitos contra la propiedad de su cuñado.

En su descarga, alegó que su mujer lo abrumaba con sus celos enfermizos.

-¿Y me preguntan por el móvil? -bromeó. -¿Quieren saberlo? Pues les diré sinceramente que la víctima era yo, y no mi esposa muerta -añadió divertido, como si la cosa tuviera mucha gracia. -Ella pensaba que, como era rica, tenía derecho a atosigarme, y a ponerme en ridículo ante todos...

Admitió que la forma del crimen había sido un envenenamiento lento con arsénico, que abundaba en la finca, tanto para combatir las plagas de la vid, como en forma de raticidas. Se encogió de hombros.

-Pero hace tanto tiempo de eso... -observó con una risa amarga. -Hace lo menos veinte años...

***

En previsión de lo que pudiera ocurrir, la hija había abandonado la vivienda, y estaba pasando un tiempo con unas amigas.

Era un mediodía espléndido cuando el inspector se encontró con la chica en la finca. Deseaba hallarla a solas, porque necesitaban hablar largo y tendido. Cuando lo vio llegar, ella alzó las cejas con desagrado,

-Vaya, si es nuestro amigo -dijo sordamente. -Y al parecer, además es policía.

Él trató de explicarse. No tenía valor suficiente, y no lograba ni siquiera encontrar las palabras. Cerró los ojos y asintió.

-Sí, así es, lo siento. Lo siento mucho -repitió, desconcertado. Ella soltó una risa chirriante.

-Pues no lo sienta -le dijo. -No ha hecho más que cumplir con su deber, ¿no es así? Al menos, podía no haber abusado de nuestra confianza.

-No lo pretendía -dijo él, vacilando.

No lo dudo -asintió ella con aburrimiento. -Me temo que yo misma lo he ayudado, a mi pesar. ¿Está contento ahora? -inquirió.

Ella se levantó sin decir una palabra. Anduvieron paseando por el jardín; hicieron lentamente el camino largo hacia las viñas, descendiendo luego por la carretera hasta la verja de la entrada. Él estaba abatido, y ella parecía estar muy lejos. Lo miró con gesto de reproche.

-De veras, tengo la sensación de haber sido utilizada... -Él la interrumpió con rapidez.

-Quisiera que entendieras que no ha sido nada personal. -La chica lo miró con ojos ausentes, y a su mente acudió una idea horrible

-Para mí sí lo es. ¿Piensas que puedo olvidar que mi padre está acusado del asesinato de mi madre, su esposa?

Él miró al suelo, y permaneció inmóvil.

-Tengo que decirte algo -murmuró. Ella lo miró, sorprendida.

-¿Qué es? -preguntó ansiosamente.

Al principio él regateó la verdad, pero luego la historia quedó muy clara. Le dijo que había ido a visitar a su tío a la residencia, y ella no disimuló su extrañeza.

-¿Cómo, dices que has ido a verlo? - Él asintió.

-No ha sido la primera vez, porque es antiguo amigo de mi familia, como ya sabes -declaró con firmeza. -Allí, cuando estábamos los dos solos, me comunicó ciertas dudas que tenía acerca de la muerte de tu madre. -La chica estaba demasiado aturdida. Su respiración era entrecortada.

-Pero él está inválido, en silla de ruedas... -El policía asintió.

-Eso es cierto, pero de ninguna manera tiene perdida la cabeza. según me dijo, hace mucho tiempo que sospecha que su cuñado es un asesino.

Antes de concluir la frase, ya la lamentaba. Hizo una pausa y bajó la voz.

-Siento que tengas que oír todo esto, pero tengo el deber de decírtelo. -Ella se inclinó hacia adelante.

-Está bien, sigue. Estoy preparada. Puedes decir las cosas más atroces, no voy a desmayarme.

Él se volvió con gesto de desolación.

-Te juro que yo también lo estoy pasando muy mal. Pero es mi deber... -En los ojos de la chica vio súbitamente un reflejo de lágrimas. Ella había levantado la mano para detener sus palabras.

-No hace falta que te disculpes. Sigue.

El policía accedió a seguir su consejo. Sin embargo, experimentaba un sentimiento de culpabilidad. Le explicó cómo había pasado varios días consultando datos, y que estuvo revisando los periódicos de aquellas fechas. Atando cabos, había decidido tomar en cuenta las sospechas expuestas por el anciano.

-Ese fue el motivo de mi visita, y de mi presencia aquí -se justificó. -Vine para sacar a tu tío de dudas, y poder exculpar a tu padre.

La chica se limitó a mirarlo de un modo extraño, y él comprendió que no lo creía.

Se aborrecía a sí mismo por haber accedido al reto que el anciano le planteara.

-Te juro que digo la verdad -insistió. -Quería comprobar que el asunto del cadáver dentro del pozo no era más que la idea delirante de un viejo -explicó luego. -Con todo, te juro que aborrezco el papel que me he visto obligado a interpretar -añadió con expresión de tristeza.

Pero todavía quedaba lo peor: tenía que comunicarle a aquella chica que no era hija natural del dueño de la finca, decirle que no tenía nada que ver con el acomodado matrimonio que la había acogido desde que nació. Que en realidad era hija adoptiva, aunque no lo supiera.

Y luego, contarle que su verdadera madre era una pobre sirvienta, joven y desvalida. Él mismo la había conocido, puesto que su propia familia la tuvo a su servicio como planchadora temporal... Era una idea tan dolorosa, que quiso apartarla con un ademán. Cerró los ojos y se estremeció:

-También, tu anciano tío me dijo que eras adoptada, ya que su hermana era incapaz de procrear... -Ella lo miró, desconcertada.

-Pero, ¿qué dices? No puedo creerlo... -dijo con voz ausente. -¿Qué va a ser de mí?

Se habían detenido al pie escalera y ella comprendió, con desaliento, que estaba oyendo la verdad. Comenzó a llorar en silencio.

El hombre estaba enojado consigo mismo, y se culpaba por haberse expresado con tan poco tacto. Puso el brazo alrededor del dorado hombro y atrajo a la chica hacia sí; le dio tiempo para que se repusiera un poco y luego comenzó a hablarle despacio. Le apartó el cabello de la cara.

-Intenta enfocar el lado positivo de toda esta tragedia -le dijo, y se miraron el uno al otro. -Piensa que tu sangre está limpia de cualquier herencia culpable... Y, por favor, debes esforzarte por borrar de la memoria todo lo malo que has vivido -insistió. -Recuerda sólo las cosas buenas que la vida te ha dado, y que son muchas, ¿entendido?

Miró fijamente aquellos ojos verdes, intentando leer en su interior. Ella se echó a llorar de nuevo.

-Por favor, ayúdame -rogó. Él la estrechó entre sus brazos y susurró a su oído:

-Puedes contar con ello. Yo no voy a dejarte, ¿de acuerdo? Somos vecinos, además...

EL PROFESOR DE VELA

Las ventanas de la Comisaría estaban abiertas, y desde allí podían contemplarse las tierras bajas con sus villas y jardines. Al otro lado estaba el mar, de un azul intenso, y más allá el cielo, de un tono más pálido, surcado de alguna leve nubecilla.

El inspector había desdoblado un ejemplar de un periódico comarcal. En un pie de fotografía, representando una playa abarrotada, se afirmaba que la afluencia de turistas había desbordado durante el mes de agosto todas las previsiones. Ahora, los veraneantes comenzaban a abandonar la costa.

Aquella mañana, una señora había denunciado por teléfono la desaparición de parte de sus joyas. Dijo que ocupaba actualmente un apartamento de verano, al parecer junto a un lujoso club náutico.

Hacía buen tiempo, sin demasiado calor. El viento salobre del mar venía lleno de aromas. De camino al lugar, el inspector miró a la lejanía, sobre la superficie brillante. Las barcas de los pescadores se divisaban muy pequeñas, por la distancia. Cuando llegó al club vio que ocupaba el centro de una plazoleta de césped, surcada por caminos hechos con baldosas de piedra de forma irregular. Ante el edificio había una pérgola redonda, y al otro lado, el valle caía en suave pendiente. No lejos, algunos bloques de apartamentos se escalonaban en terrazas hacia el mar.

El policía dio un vistazo a la playa, que no estaba muy concurrida. Por ser de acceso privado, era uno de los pocos lugares que quedaban en la costa donde alguien podía tomar el sol y correr a sus anchas, sin que nadie lo molestara. Varios turistas estaban tendidos al sol y contemplaban el mar azul que bordeaba el suntuoso club. No lejos, podía verse una barca de nariz chata que la marea había echado sobre la costa.

Cuando el inspector llegó a la residencia de la señora que había llamado, se encontró ante una casa a un solo nivel, edificada al borde de una pared rocosa que caía abruptamente sobre el mar. Su arquitectura era moderna, con paredes cubiertas de tablas de pino y una pequeña terraza protegida del viento.

Una doncella lo introdujo en un lujoso hall. Poco después se abrió una puerta al fondo. Debía ser de un cuarto de baño, porque estaba lleno de vapor, y de él surgía una suave y perfumada humedad.

El policía se halló ante una mujer alta, con el rostro muy maquillado. El hombre hizo una profunda inspiración

-¿Es usted quien nos ha llamado, señora?

Ella asintió. Era esbelta, de cabellos rojizos, de piernas largas y prominentes senos, y llevaba puesto un jersey muy ceñido y una falda muy corta.

-Ah, inspector, le agradezco que haya venido tan pronto -dijo, al tiempo que le dedicaba una altiva sonrisa. Él también procuró sonreír.

-No tiene que hacerlo, es mi obligación -carraspeó.

Poco después se hallaban en un cuarto de estar de ambiente agradable, con paredes claras y dos grandes balcones a una terraza. Los muebles estaban espaciados, pero eran confortables y de muy buena calidad. Sobre una mesa baja había una reproducción en mármol blanco de la venus de Milo. Ella le mostró un sillón de madera clara y aspecto macizo.

-Siéntese, por favor.

Él así lo hizo. Tras dar un vistazo alrededor, se volvió.

-Necesito que firme unos papeles, y que conteste a algunas preguntas. Cuanto antes se empiece con la investigación, será más fácil recuperar sus alhajas. Por cierto, ¿tiene fotos de ellas? -La mujer asintió.

-Sí, yo se las daré. -El inspector guardó silencio por un momento, y respiró profundamente. Era un hombre joven, con una negra barba y el cabello también negro,

-Ahora, quiero que me diga todo lo que sepa acerca del caso, ¿de acuerdo?

Ella comenzó a hablar despacio, a media voz. Según dijo, su marido era un político muy conocido.

-No es la primera vez que me roban las joyas -continuó. -Ya me ocurrió otra vez.

-Y, ¿no se encontraron? -Ella dijo que no con la cabeza.

-Nunca se encontraron -manifestó con rapidez. -La compañía de seguros se hizo cargo de la indemnización. -El hombre sonrió.

-Las compañías de seguros tienen mucho dinero.

La puerta se abrió inesperadamente y entró una mujer joven, que llevaba puesto un traje de baño claro, completo pero muy ceñido. El hombre frunció el ceño.

-Es mi hermana -explicó la señora. -Ocupa un pequeño apartamento aquí al lado, un estudio con una pequeña cocina, pero con espléndidas vistas al mar. -Y añadió, complacida: -Es aspirante a actriz...

Era una esbelta mujer de unos treinta años, con una abundante melena de cabellos también rojos, y un rostro perfecto. Se sentó en el gran sofá y estiró las piernas. La dueña de la casa se la quedó mirando.

-Este es el inspector, que viene por lo de las joyas... -aclaró. Ella lo miró, fascinada.

-Vaya, qué interesante -dijo, cruzando las manos sobre las rodillas. El hombre la observó.

-Imagino que no puede informarme al respecto. Me refiero al asunto de robo, si vio a alguien sospechoso, si algún detalle le llamó la atención... -Ella se encogió de hombros.

-Yo no sé nada de las joyas -dijo tranquilamente. -Este lugar es tan... alborotado, hay tanta gente que entra y sale, aparece y desaparece, todos hablando a voces, haciendo planes para ir a algún sitio... -El hombre asintió.

-Comprendo. De todas formas, muchas gracias -dijo, tratando de sonreír.

Los tres se pusieron de pie y se dirigieron al hall, precedidos por la dueña de la casa. Ella se detuvo un momento, y se volvió hacia el policía.

-Bien, confío plenamente en usted -dijo, sosteniéndole la mirada.

Antes de salir, la más joven se arregló el cabello ante un espejo con marco dorado. Abandonaron el lugar y fueron hacia el club; cuando atravesaban el amplio vestíbulo, alguien los llamó desde el salón.

-Ah, sois vosotros -dijo la señora, volviéndose. -Habéis venido a tiempo. Inspector, le presento a mi esposo -dijo ella, besando en la mejilla al marido.

De manera que aquél era el famoso político. Se trataba de un hombre de mediana edad, bien vestido, con el cabello peinado hacia atrás y un pequeño bigote. Había un extraño brillo en sus ojos grises, tan claros que contrastaban con el intenso bronceado de su piel.

-Gusto en conocerlo -le dijo el policía.

Le pareció que estaba ligeramente bebido. Le habían dicho que le faltaba un ojo, que lo tenía de cristal, pero debió costarle muy caro, porque no se percibía en su rostro

ninguna anomalía.

-No se le nota nada -pensó él, intentando desviar la mirada.

Iba acompañado por un apuesto joven con el cabello corto, de un castaño claro, casi rubio.

-Es nuestro amigo Héctor -indicó el hombre. -Es profesor de vela, de los buenos... Antes, había estado haciendo trabajos ocasionales, relacionados con el mar -sonrió. -Y ahora está aquí para darles clases de vela a mi esposa y a mi cuñada. Por cierto, que a ésta parece que le gusta... -dijo en tono de burla. Eran arrogantes su risa, su gesto, sus afirmaciones.

La muchacha se sonrojó un poco. No trató de ocultar su disgusto.

-Qué cosas tienes -lo increpó.

El muchacho fue hacia ella, y la tomó del brazo. Habló con voz tranquila y gutural.

-Digamos que es justo lo contrario... Es ella quien me gusta a mí.

El policía hizo un movimiento nervioso.

-Bien, tengo que irme, me he entretenido demasiado. -El político le dio una palmada en la espalda.

-No deje de venir por aquí... a todos nos encantaría verlo de nuevo. -Él contestó secamente.

-Lo mismo digo.

Se despidieron con un gesto. Sólo la señora le tendió su pequeña y suave mano, y él la sostuvo por un momento dentro de la suya, fuerte y vigorosa.

-Ha sido un verdadero placer -dijo con franqueza.

Miró su reloj y se precipitó hacia la salida. Una vez fuera, caminó hundiendo los pies en la arenilla blanca y húmeda, dejando las huellas de sus flexibles zapatos marcadas en el suelo del paseo. Del lado del mar se alzaban algunos arbolillos jóvenes, y unos macizos de geranios.

El cobertizo donde se dejaban los coches tenía una barandilla sobre la carretera. Más allá había un bosque de pinos, y al otro lado, tras unas matas floridas, estaba la playa. Corría la brisa, y aliviaba el calor de aquella mañana de últimos de agosto.

***

Pero no habían pasado tres días cuando el inspector, acompañado de dos hombres, tuvo que personarse de nuevo en el club náutico. En esta ocasión mostraba una expresión huraña. Con su cabello oscuro despeinado sobre la frente, parecía mascullar maldiciones.

-Vamos a ver qué ocurre ahora.

Caía la noche; el mar se había oscurecido y soplaba un viento fresco. Algunas ventanas comenzaban a encenderse en la calle, en las edificaciones vecinas, cuando atravesaron la plazoleta de césped y subieron los escalones hasta el vestíbulo del club, en la planta baja.

Ingresaron en el interior. Dentro, el policía se dirigió a un hombre alto y algo afeminado, que ocupaba la recepción. Después de mostrarle la placa, le habló con brusquedad.

¿Qué es lo que pasa ahora? -gruñó. -Según mis noticias, ha desaparecido un hombre. Esta vez, ha sido la cuñada del político quien ha llamado a la comisaría. -El otro vaciló un momento.

-Ah, sí, la señorita... Por cierto, no está. Ninguno de ellos está -agregó, moviendo la cabeza. -De todas formas, creo que no es para tanto, que se preocupa demasiado

por ese profesor de vela. Desde que empezaron las clases, me ha parecido ver demasiada simpatía entre las alumnas y el profesor...

-¿A qué se refiere? -dijo él, observándolo con severidad.

El hombre miró alrededor. Había dos muchachos morenos en el mostrador, y una chica de cabello liso con una blusa llena de bordados.

-Venga, vamos fuera -señaló con un gesto. El inspector se volvió a sus hombres.

-Aguárdenme aquí.

Uno de ellos se quedó observando una vitrina, con una colección de grandes copas plateadas. Su compañero lo imitó, y los otros salieron.

La terraza exterior era de losetas oscuras, que formaban contraste con el verde césped. Estaba adornada con muebles de bambú, y almohadones de algodón con alegre estampado de flores. Al fondo, al otro lado, se distinguía la piscina. El recepcionista se adelantó unos pasos.

-Podemos sentarnos, si quiere -indicó.

La terraza y la piscina daban sobre el mar. De vez en cuando, un hombre en mangas de camisa cruzaba con una bandeja de platos. Se oían voces sofocadas, y el tintineo de la vajilla subía apagado desde la cocina.

Ocuparon un sofá de bambú, ante una pequeña mesa alargada. Sobre la mesa de cristal, estrecha y baja, había una gran caracola rosada que se reflejaba en el tablero. El sol se había ocultado tras la línea del mar, transformando en púrpura el color anaranjado del cielo. Un camarero se aproximó, y el recepcionista le pidió un refresco.

-Lo mismo -dijo el inspector.

-Aquí estaremos mejor -comentó el empleado.

Encendió un cigarrillo y le ofreció otro al policía. Luego siguió hablando despacio:

-Yo de usted, no haría mucho caso a la denuncia, señor -sonrió. -Las dos mujeres son muy caprichosas, sobre todo la soltera. Claro, ellas son las dueñas del dinero...

Su voz tenía un tono ligero y desenvuelto.

-Las hermanas están muy unidas -añadió, mojando los labios en su vaso. -Al parecer sus padres murieron muy pronto, y ellas son dueñas de una gran fortuna. -El otro alzó la vista.

-¿El dinero es de ellas?

El hombre no contestó enseguida.

-Así es -suspiró.

En la piscina una mujer nadaba de espaldas, con los ojos cerrados. El policía se había quedado pensativo.

-Entonces, el político se ha podido casar por dinero...

El otro se estiró en el asiento, y sus labios se afinaron.

-¿Y eso le extraña? ¿No sabe cómo funcionan los políticos? -Dejó su vaso y sonrió, con expresión conciliadora. -Por cierto, espero que nuestra conversación no trascienda. Me gusta colaborar con la justicia, pero las normas del club son muy estrictas en este sentido, ¿me entiende? -El otro asintió:

-Desde luego, no tiene por qué preocuparse. Gracias por todo, y buenas noches.

Se puso en pie y se dirigió hacia la salida, sin sospechar que no tardarían en estar de nuevo frente a frente.

Cuando volvieron a Comisaría, ya la luz de la luna se reflejaba sobre las oscuras aguas del mar. Dentro, el inspector miró por la ventana. No se veían edificios, ni siquiera el paisaje, sólo la negra oscuridad de la costa punteada de luces, bajo un cielo

tachonado de estrellas.

***

Veinticuatro horas después, el inspector ya había olvidado el tema del profesor de vela, y su dudosa desaparición, cuando sonó el teléfono de la oficina policial. Al parecer, en el puerto se había encontrado un cadáver. La llamada era de un vigilante jurado.

-Parece ser que le han disparado un tiro, y arrojado al agua. -Él preguntó en tono seco:

-¿Cómo, disparado? -La misma voz bronca contestó:

-A primera vista, le han disparado en el pecho con una pistola. -El policía hizo una mueca de disgusto.

-Está bien, vamos para allá.

Hoy, el cielo estaba tan limpio y suave como una fuente de porcelana, y el mar era de nuevo de un azul intenso. El vigilante resultó ser un tipo alto y musculoso, con el pelo casi rapado. Vestía ropa deportiva, y calzaba botas de piel. Dijo que el cuerpo había aparecido en el mar, cerca de unos barcos de pesca. Lo habían sacado entre varios y se hallaba ahora en el muelle, envuelto en una manta.

-Lo cubrió un compañero -indicó. -No estaba demasiado presentable. Parece que la víctima es un profesor de vela, muy conocido por aquí, y está claro que lo han matado de un tiro -agregó, muy seguro. -El policía se encogió de hombros.

-Eso lo veremos -gruñó.

Pese a los daños que en el rostro habían causado los peces, enseguida lo reconoció: en efecto, era el mismo cuya desaparición se había denunciado la víspera. Pensó en todas las muertes que había presenciado, pero no imaginó ningún final tan triste como aquel.

-La señorita no andaba tan descaminada- masculló entre dientes. Luego dio a sus hombres varias órdenes tajantes:

-Despejen todo esto -indicó. -Rastreen el lugar, busquen indicios y háganse cargo de las pruebas que haya. Bueno, y avisen cuanto antes a la autoridad judicial. -Un subordinado asintió:

-Por supuesto, señor.

-Ah, y quiero que citen mañana en Comisaría al político y a las dos mujeres. También, al recepcionista del club. -Se detuvo un momento, y añadió: -Es preferible a media tarde, tengo que hacer gestiones antes. Entre otras cosas, haremos una visita al barco que tiene la familia.

-De acuerdo, así se hará.

Él dio un último vistazo al cadáver, y un escalofrío lo recorrió de arriba a abajo. Luego habló como para sí:

-Ellos son los principales sospechosos -gruñó. -Hay que interrogarlos a todos.

***

El día amaneció fresco, con una capa de nubes que parecía lo bastante próxima para poder tocarla. A primera hora de la mañana el inspector, acompañado de dos subalternos, se personó en el pequeño yate, que era propiedad del político.

La víspera, sin ir mas lejos, una llamada anónima y en directo a la emisora local había puesto en entredicho la eficacia de la policía. Podía matarse impunemente en la costa, dijeron, sin que nadie localizara al agresor.

A un extremo del puerto deportivo, a espaldas del club, el barco se balanceaba

suavemente con el largo y lento movimiento del mar. Dos marineros estaban sentados en las hamacas de cubierta, en un lugar resguardado del sol. Sobre la mesa había dos platos de pollo frío y dos botellas de cerveza.

-Traemos una orden judicial de registro -indicó el policía. -Pueden seguir donde están mientras hacemos nuestro trabajo.

Él y sus hombres dieron una vuelta por cubierta, se apoyaron en la barandilla y miraron a la bahía. El agua aparecía transparente, el mar estaba en relativa calma y lamía dulcemente el costado del barco.

-Registren la cubierta, luego lo haremos con el resto -indicó. -Yo miraré abajo.

La brisa le acariciaba la cara. Bajó unos escalones y se halló ante un pequeño camarote fresco, con una escotilla solitaria como el ojo de un cíclope. El movimiento del barco apenas era perceptible, y comenzó con su investigación. Caído en el suelo, tras una mesa baja, encontró un periódico doblado, con fecha de tres días antes. Dentro había un recibo, y lo estuvo observando con detenimiento: parecía de un receptador, y mencionaba un valioso collar, además de varias pulseras y sortijas.

-Vaya, ha habido suerte -pronunció en voz alta. -Esto aclara muchas cosas.

Por más que buscó no encontró la cartera del muerto, que tampoco estaba en los bolsillos del cadáver. Pensó que quizás hubiera caído al mar, y siguió registrando los cajones. Cuando hubo terminado, salió de nuevo al exterior.

En la cubierta olía a gasoil y a un detergente de limón. Sus hombres parecían haber terminado. Estaban de nuevo apoyados en la barandilla de cubierta, y los dos marineros no se habían movido de su sitio.

El cielo era ahora más claro y luminoso que antes. Seguía con la vista el vuelo de unos pájaros, cuando vio a una pareja que avanzaba por el malecón y se dirigía hacia el barco. Se trataba de la esposa del político, y caminaba junto a un individuo moreno, que llevaba puesta una gorra de marino.

Observó a un tipo que estaba despatarrado en un banco, y que había vuelto la cabeza cuando ella pasó. Le pareció adivinar los ojos voraces del hombre pegarse al cuello, a los muslos y a las pantorrillas de la mujer, que llevaba puesto un vestido blanco y ceñido.

Cuando ella subió al barco, el sol centelleó en la montura de sus grandes gafas. El policía giró en redondo, sin ocultar su sorpresa.

-Ah, vaya -exclamó -No esperaba verla ahora sino esta tarde, en la comisaría.

Ella no pareció extrañada. Lo miró fijamente.

-Tengo algo muy grave que decirle. Mi hermana está muy mal, casi muere asfixiada. -Él dio un paso hacia atrás.

-Pero, ¿qué está diciendo? -casi gritó. -¿Qué le ha sucedido?

Ella movió la cabeza. Se quedó mirando fascinada la ondulación del mar.

-No me explico lo que ha ocurrido -pronunció en voz baja. -Por suerte, se me ocurrió esta mañana entrar en su casa. Al principio noté un olor raro, y abrí enseguida las ventanas del apartamento. A ella la he encontrado, ya sin conocimiento, caída en el suelo de la cocina. -El hombre la miró fijamente.

-¿Dónde notó el olor a gas? -Ella se humedeció los labios.

-Olía ya en el descansillo -contestó.

-Y, ¿dónde está su hermana ahora? -La garganta de la mujer latió fuertemente.

-Llamé enseguida a un médico, y la han llevado al hospital. El parte facultativo es de estado muy grave. Mi esposo piensa en un suicidio -añadió en voz baja. Él la miró,

asombrado.

-¿Un suicidio, dice? -Ella se encogió de hombros. Una hebra de húmedo cabello le rozaba la mejilla.

-Eso ha sugerido, cuando hablaba con el médico. Se ve que no conoce a su cuñada...

El hombre aspiró hondo. Se concentró nuevamente, con dificultad, en sus pensamientos.

-Estoy seguro de que va a recuperarse-dijo por fin. -Ella movió la cabeza con expresión dubitativa.

-Nunca le había ocurrido nada así -suspiró. -Al principio, pensé que había bebido más de la cuenta anoche. Al parecer, se dejó abierta la llave del gas.

La boca de la mujer se contrajo en una sonrisa helada. Se detuvo un momento y siguió hablando con aspereza:

-Pero no había bebido, su aliento no olía a alcohol. Y estoy segura de que no intentaba suicidarse. -Se quedó rígida. -Es más, me temo que, si mi hermana mejora, alguien le dispare un tiro desde el jardín, o algo por el estilo.

El hombre la miró de hito en hito.

-No se preocupe, tomaremos medidas -le dijo.

El mar se aclaraba cada vez más y el aire se hizo más cálido. Percibían claramente el rozar de las olas, debido al profundo silencio.

-Mi pobre hermana -se quejó ella. -Me parece estar viviendo una pesadilla... En cierto modo, yo tengo la culpa de todo.

Él se inclinó.

-No diga eso, y tranquilícese -dijo con voz profunda -Bien, luego nos veremos, ahora tengo que irme.

Ella permaneció silenciosa. El inspector se dirigió a los suyos con un gesto expresivo, y abandonaron la cubierta del barco. Luego, los tres hombres desaparecieron en el malecón.

***

El detective consultó su reloj y vio que temprano todavía. Pensaba ir al hospital, pero antes quería hacer otra visita.

La hizo, y a continuación visitó el centro médico. Se dirigió hacia el despacho de recepción, donde una luz suave y azulada se reflejaba en el suelo.

-Soy policía -dijo, mostrando la placa. -La enfermera se puso en pie.

-¿En qué puedo ayudarlo?

Le dio el nombre de la paciente, y la mujer asintió con la cabeza.

-Es la de la intoxicación -pronunció en voz baja. - Ha ingresado esta mañana. Venga conmigo, por favor.

Recorrieron un largo pasillo, hasta llegar al ascensor. Le llamó la atención la cantidad de personas que iban y venían, alguna conduciendo camillas con gran celeridad. Cuando llegaron al segundo piso ella lo precedió, hasta llegar a una puerta al fondo, donde se detuvo.

-Pase, es aquí -indicó.

Una vez dentro, le dirigió un saludo y abandonó la habitación.

La chica estaba reclinada en la cama. Tenía el rostro sudoroso y, aún así, no había perdido su atractivo. A su lado un médico joven, con una bata verde claro, parecía atenderla. Al descubrir al inspector, ella se quedó rígida.

-Es usted... -El hombre la tranquilizó.

-Sí, yo soy. Y sé que está mucho mejor. -El médico hizo un gesto rápido.

-Está completamente fuera de peligro -repuso. La chica esbozó una débil sonrisa.

-¿Se han creído ya lo que les dije, que el profesor de vela había desaparecido?

El policía frunció el ceño. Hizo un esfuerzo para contestar:

-Sí, desde luego. Lo siento mucho. -La muchacha se encogió de hombros.

-Es lo mismo, nadie me cree.

-Vamos, no diga eso.

Luego, ella empezó a reír con suavidad. Sus labios temblaron.

-¿También usted piensa que he intentado suicidarme?

De pronto, pareció que iba a echarse a llorar. El hombre tenía la garganta seca.

-De ninguna manera -dijo, titubeando.

-Entonces, ¿qué cree? ¿Que ha sido un accidente? -Él denegó.

-Tampoco lo creo. -La chica lo miró con inquietud.

-¿Y entonces?...

-Tranquilícese, todo se arreglará.

La mirada de ella tenía una expresión vaga y retraída.

-Dígame la verdad. ¿Estoy en peligro? -se expresó con torpeza. -Yo creo que sí. Tengo miedo de salir de aquí, de abandonar el hospital...

El médico se le acercó, y ella se apoyó en su brazo. Su tono era de súplica.

-No me deje sola, doctor...

El policía se aproximó también.

-No se preocupe, no vamos a dejarla sola, ¿entendido? Ahora, tiene que descansar. ¿No quería ser una estrella? Pues tendrá que ponerse bien...

-Eso ya se acabó -dijo la chica, con una sombra de melancolía.

Tenía las mejillas muy pálidas. Miró hacia otro lado, y un mechón de cabellos rojizos le cayó sobre la frente. Los vio desaparecer por la puerta, y escuchó sus pasos. Durante unos segundos permaneció inmóvil, y luego se dejó caer blandamente sobre la blanca almohada.

Fuera, el inspector se detuvo. Estuvo hablándole en voz baja al médico, mientras él lo escuchaba con atención.

-Vigílela estrechamente, doctor. Y, sobre todo, no propague su mejoría. Deben trasladarla a una zona privada, con la excusa de que está moribunda, ¿comprende?

El facultativo miró alrededor.

-No tenga cuidado -murmuró.

El inspector tomó unas notas, y se fue. Al llegar al despacho era pasado el mediodía, casi la una de la tarde. Hizo varias llamadas, y a todas recibió contestación.

Cuando se dirigía a su casa a comer, parecía satisfecho. Las cosas estaban encajando, pensó.

***

A media tarde, cuando volvió a la oficina, varias personas lo aguardaban en el vestíbulo. Todos estaban ya sentados, pero él pasó sin detenerse y atravesó la sala en dirección a su despacho, seguido de un policía de paisano. Una vez dentro, el ayudante le entregó varios informes, uno de ellos del forense.

-Esto es todo -le dijo.

El inspector miró el reloj; acostumbrado al resplandor de fuera, le parecía que estaba medio a oscuras. Levantó la persiana.

-Siento haberme retrasado -dijo, sin mucha convicción.

-¿Los hago pasar? -Él dudó un momento.

-Deje, yo lo haré.

Abrió la puerta, y dio un vistazo fuera. Lo primero que advirtió fue que la señora se había cambiado de ropa: ahora estaba allí, sentada en el banco de madera, con unas sandalias plateadas y un vestido largo color hueso.

En cuanto al marido, se había recostado en el banco con las manos en los bolsillos, sin disimular su aburrimiento. Finalmente, vio al recepcionista del club. Había estado leyendo un libro, al parecer, y se lo metió en un bolsillo. Sin mirarlos, él les dirigió la palabra:

-Van a pasar a mi despacho, conforme mi ayudante los vaya nombrando. Quiero hablar a solas con cada uno de ustedes -indicó.

Volvió dentro y se acomodó tras la mesa. El primero en ser citado fue el recepcionista, que dejó en su asiento del banco las gafas y el libro.

Cuando entró, lo hizo de mala gana. El policía le indicó que se sentara, y él obedeció.

-Yo no sé nada de todo este lío -dijo nerviosamente. -Y... no soy más que un empleado, ¿o es que no lo sabe? -Él lo miró.

-Todavía no he preguntado nada -indicó. -El otro frunció el ceño.

-No tengo nada que ver con esa gente.

-Bien, algo podrá decirme. -Él habló con dificultad. .

-Bueno, yo... sé lo que todo el mundo. No los conocía de antes. Desde la primera vez que llegaron al club, me di cuenta enseguida de que el marido gastaba muy por encima de sus posibilidades. Se permitía demasiados lujos. La mujer no se quedaba atrás, pero eso es natural... ella es la que tiene el dinero. Solían estar fijos en el club por lo menos durante un mes al año... -El policía asintió, sonriendo.

-Eso ya lo sé. Yo también me apuntaría a eso...

-Además, la relación que hay entre el matrimonio es... podemos decir fría.

-¿Por qué lo sabe? -El otro reflexionó por un momento.

-Hay cosas que no pueden disimularse. Además, están las habladurías. La servidumbre no tiene pelos en la lengua. Aún así, tratan de guardar las apariencias... -Él lo interrumpió:

-Hasta que la esposa ha echado de menos las joyas, ¿no es así?

-Claro, eso lo ha desencadenado todo.

-Y, ¿en cuanto a la cuñada? -Él movió la cabeza.

-La cuñada no se fía de él.

-¿Y eso?

-Es que ahora viene lo gordo: el marido... hace a pelo y a pluma. Vamos, que es bisexual, ¿sabe usted? -El policía se echó a reír.

-Y se llevaba demasiado bien con el profesor de vela, ¿o no? -El otro enrojeció un poco. Dijo quedamente:

-Es seguro que mantenían una relación, aunque trataban de ocultarlo.

-¡No me diga! Así que al tío, aunque está casado, le gustan los hombres... Entonces, ¿el móvil del crimen, en caso de que lo cometiera, pudo ser su tendencia sexual?

El recepcionista se mordió los labios.

-Bueno, visto así... Más bien, lo asustaba el peligro de escándalo.

Hubo un corto silencio, y el inspector se volvió a mirar por la ventana hacia el mar.

-Dígame qué piensa del tema. Parece un poco... complicado.

-Pues no es muy difícil -dijo el muchacho, encogiéndose de hombros. -Él mismo les presentó a las dos mujeres al profesor de vela. Lo hizo como una provocación.

-¿Con qué objeto?

-Le gusta provocar, por causa de la gran soberbia que tiene. Es un engreído.

-Ya. ¿Y, por qué se encaprichó con el chico? -El empleado se mordió los labios.

-Y yo qué sé... Él era muy guapo, al menos eso me parecía. - El otro disimuló una sonrisa.

-Pues vaya un embrollo. -El muchacho asintió.

-Y tanto. La primera semana transcurrió sin problemas. Cuando no estaban juntos en el club, el político se llevaba al otro en una lancha, a los bares y antros de los alrededores. Siempre por la noche, cuando ellas dormían.

El inspector soltó una risita. Luego se puso serio.

- Y, ¿cómo lo justificaba? -El muchacho se encogió nuevamente de hombros.

-Al parecer, achacaba su amistad a que la esposa no suele acompañarlo. Según dicen padece jaquecas, y se acuesta muy pronto.

-¿Y la cuñada?

-La cuñada, que es actriz, se queda leyendo guiones y cosas de esas. También ve mucho la televisión.

El policía aspiró hondo. Trataba de comprender aquel enredo, pero le resultaba difícil.

-Hasta aquí, todo parece muy normal -afirmó. -Luego, la chica conoció al profesor de vela, y creo que se enamoró de él. Pero el muchacho no la correspondía... ¿verdad?

El otro simuló indiferencia

-A quien quería el profesor era a la esposa del político. Ella jugaba con él, como con todos. Es una mujer ligera, y yo diría que promiscua, si usted lo permite...

Se detuvo un momento, y habló con lentitud.

-¿Qué otra cosa quiere saber? -dijo, frunciendo el entrecejo.

-Quiero que me hable de los movimientos del político, en el día del crimen, y cuando ocurrió el accidente de la cuñada. Usted se pasa gran parte de su vida en recepción, y ve muchas cosas... ¿no es así? -Él asintió con viveza.

-Eso sí que es verdad, es mi obligación. -Él lo miró fijamente.

-Entonces, dígame cualquier cosa que pueda recordar. Cualquier detalle puede servirme.

***

La segunda en comparecer fue la señora. Tomó asiento y, durante unos segundos ambos guardaron silencio.

-¿Se encuentra bien? -preguntó el hombre, cortésmente. Ella habló con tranquilidad.

-¿Cómo quiere usted que me encuentre? No es raro que esté destrozada, teniendo en cuenta que mi hermana está moribunda. Ni siquiera he podido verla en el hospital, la tienen aislada y han prohibido las visitas -añadió en tono de reproche.

El inspector arqueó las cejas, pero no contestó. Se levantó, y explicó que iba a buscarle algo de beber.

-¿Le apetece un zumo? -Ella se encogió de hombros.

-Está bien, lo que usted quiera.

El hombre salió, y tras unos minutos volvió al despacho. Traía en una bandeja dos vasos, y una jarra con refresco de naranja. La dejó a un lado, sobre una mesa baja, y le tendió un vaso lleno a la señora.

-Gracias -dijo ella, y bebió largamente, hasta apurar la última gota. -La verdad es que estaba muerta de sed.

De pronto, el teléfono de la mesa empezó a sonar. Él lo descolgó, pero en lugar de contestar cubrió el micrófono con la mano y siguió con la conversación. Luego lo dejó en su sitio.

-Tengo que decirle algo importante.

-¿Qué es? -El policía pensó durante unos instantes.

-No es cierto que su hermana esté grave, pero le aconsejé al médico que lo dijera así. -Ella lo miró con expresión de duda.

-No puedo creerlo. -Él asintió con parsimonia.

-Señora, su hermana quiere verla. En realidad, está mucho mejor.

El policía tamborileó en el brazo del sillón.

-Usted temía que alguien la disparara desde el jardín del hospital, o algo parecido, ¿recuerda? -prosiguió. -Por eso la hice trasladar de habitación, y se hizo correr la voz de que estaba en coma.

-Es increíble. -Él alzó la mirada.

-Falsas pistas, que dicen -sonrió. -Pero le ruego que lo guarde en secreto.

Desde la sala calurosa y llena de humo llegaron algunas voces. El inspector se puso en pie.

-No se mueva, señora -indicó. -Quiero que siga aquí. Y no se asombre de lo que va a escuchar.

El inspector volvió al lugar, donde el ayudante estaba consultando una lista. Vio al recepcionista sentado en el borde de una silla. A continuación, le hizo seña al político para que lo siguiera. Él aplastó el cigarrillo que tenía en la mano.

-¿No va a salir mi esposa? -El policía denegó.

-No, no hace falta. Pase.

-Bueno, usted manda -le dijo el hombre, resignado.

Una vez dentro le hizo varias preguntas de rutina, y luego comenzó el verdadero interrogatorio.

-¿Cuándo vio a su cuñada por última vez, antes del... accidente?

El político caviló un momento, como tratando de poner en orden sus ideas.

-No la había visto desde el día antes, por la mañana -contestó con seguridad. El inspector hizo una pausa para estudiar su reacción.

-Mis noticias son otras. Alguien lo vio entrar en su apartamento por la noche. Por cierto, tengo que decirle que en su ausencia, y con una orden judicial, acabo de registrar la casa de usted.

La sonrisa del hombre se desvaneció Apretó los puños y se contuvo a duras penas.

-Vaya -dijo sordamente. El otro prosiguió:

-Tengo pruebas más que suficientes para inculparlo.

Hubo un nuevo silencio, que aprovecharon los presentes para acomodarse en sus asientos. Luego, él siguió hablando despacio.

-Hace días, la hermana de su esposa acudió al barco a ver al profesor, quizá tratando de conquistarlo. Cuando llegó, los sorprendió a ustedes allí. Por cierto, ¿de

qué hablaban?

El hombre había encendido un nuevo cigarrillo y miró con fijeza la brasa.

-Muy seguro está de lo que dice -gruñó. -No hablábamos de nada, porque yo no estuve en el barco. -El inspector se acarició la barbilla.

-Claro que sí -insistió. Ella no pudo evitar sorprender una disputa entre ustedes, y así descubrió la condición sexual de su cuñado, vaya numerito... -sonrió, mordaz.

El político no dijo nada, y el otro prosiguió:

-Y, por si fuera poco, supo que al muchacho no le gustaba ella, sino que estaba enamorado de su hermana.

La mujer no pareció sorprenderse. Hubo un silencio tenso, y el marido se pasó una mano por los ojos.

-Usted no sabe lo que dice -masculló. -Además, ella ya no puede darle la razón -afirmó en tono desagradable.

El inspector estaba muy serio.

-Corríjame si me equivoco. En aquel momento usted desafiaba al profesor, y le ordenaba que se mantuviera a distancia de su esposa. Él le respondió amenazando con desatar un escándalo, contando la verdad entre ambos. Lo cierto es que el muchacho tenía poco que perder...

El hombre sacudió la ceniza del cigarro. Recobró de pronto su serenidad.

-Eso es mentira -dijo secamente.

-Y le pidió dinero, ¿no es así? De forma que a usted no le quedaba más remedio que pagar, o ceder algunas joyas de su esposa.

Le pareció ver un destello raro en la mirada del político y, muy a su pesar, recordó que uno de sus ojos era de cristal. Se detuvo un momento, y luego prosiguió:

-Puedo imaginarme el estupor de su cuñada, que salió corriendo... o más bien, huyendo de allí.

La mujer se había quedado rígida. Un río de malicia cruzó por su rostro.

-¿Así que las joyas las robó mi marido? -dijo, con su fría sonrisa. Él policía afirmó:

-Pues sí. Estaban también aseguradas, por lo que las cogió y se las entregó al profesor. Él se encargaría de venderlas a algún receptor, con la condición de que le devolviera la mitad de su importe.

El hombre aplastó su cigarrillo a medio fumar, y frunció el entrecejo. Ella insistió:

-Pero, ¿y el asesinato? Sigo sin entender nada. -confesó.

-En eso estoy. Luego, al día siguiente, cuando el muchacho navegaba solo, su esposo utilizó una lancha para alcanzarlo y pedirle el dinero. Él se negó a dárselo y se pelearon brutalmente. Es entonces cuando su esposo le disparó, y lo lanzó al mar. -Ella no disimuló su extrañeza.

-Eso no puede ser. -El inspector hizo caso omiso, y habló muy despacio:

-No es difícil matar a un hombre cuando está desarmado. Entonces, sin perder tiempo, buscó su cartera de mano y se la llevó, con todos los papeles dentro, para revisarlos con calma. Pero olvidó buscar por todos los rincones.

El hombre tiró el cigarrillo. Se echó a reír.

-¿Qué ocurrió luego? -preguntó con sorna. El policía aspiró hondo.

-Usted cogió la lancha y volvió al hotel, se encerró en su despacho, y abrió la cartera. Pero, después de hacerlo, vio que no estaba el resguardo de las joyas, ni tampoco el dinero. En la cartera no hay más que el recibo de una tintorería, por una chaqueta azul marino.

Él mantuvo la mirada fija en el encendedor mientras urdía una explicación. El otro prosiguió con flema:

-Naturalmente, el profesor no vuelve al hotel, y es cuando su cuñada denuncia su desaparición.

Hubo un corto silencio, y el inspector carraspeó. Luego siguió hablando despacio:

-El cadáver emerge del mar. Al parecer, lo habían matado de un tiro. Y aquí está la prueba mayor, la que lo acusa sin ninguna duda -se detuvo un momento. -Pese al tiempo transcurrido, y a la inmersión, entre sus uñas quedaban partículas de piel humana, que coinciden con el *adn* de usted.

El hombre apretó la mandíbula, pero no dijo nada.

-Además, en la ropa blanca del chico hay marcas de carmín, que pertenecen a su esposa.

Ella se dio por aludida. Pareció despertar de un sueño, y preguntó:

-Entonces, ¿el disparo le causó la muerte? -El inspector esbozó una triste sonrisa.

-Si lo hubieran matado primero, y arrojado al mar, no tenía que haber agua salada en sus pulmones. Pero la había. Luego, cuando usted lo lanzó al agua desde el barco, todavía no estaba muerto.

El hombre pareció recibir un puñetazo en plena cara. Trató de balbucir algo, y la sorpresa no se lo permitió.

Ella movió la cabeza tristemente.

-Lo ahogaste a él, y has tratado de asfixiar a mi hermana -susurró. El policía, que se había puesto en pie, se dejó caer de nuevo en el sillón. Habló despacio, en forma casi paternal:

-La señorita cometió el error de chantajear a su marido -trató de explicar. -Por eso, cuando tuvo ocasión, él vertió algo en su bebida; llevó a la chica desvanecida a la cocina, y abrió la llave del gas. Su análisis de sangre ha dado positivo en cuanto a la droga que ingirió. Y había restos de ella en un vaso, sobre la mesa del comedor.

Se interrumpió de nuevo y siguió, pensativo:

-Pero en esta ocasión hubo suerte, ya que usted, alarmada por la ausencia de ella, fue a buscarla al apartamento. Se dio cuenta de que estaba muy mal. Así que, por medio del conserje, avisó a un médico, y a una ambulancia. -Se humedeció los labios. -Y luego, esta mañana, nos encontramos en el barco... La voz de la mujer sonó ronca, como si viniera de muy lejos:

-Yo temía que ella hubiera muerto -Él enarcó las cejas.

-Pero no murió.

El político dejó escapar una risita.

-¿Cómo puede saber tantas cosas? -Él habló sin mirarlo.

-Simplemente, seguimos las huellas del resguardo de las joyas -carraspeó. -Un prestamista se ha presentado con varias de ellas, y son las mismas que hay en las fotografías que me dio la señora. Y no fue ese su error principal... -El político se quedó suspenso. Apareció un destello de miedo en su mirada gris.

-Me parece que está desvariando...

-Ahora, escúchame bien, -lo interrumpió él. -En su teléfono había un mensaje del profesor de vela, hablando de la venta de las joyas.

Los dedos del hombre se aferraron a los brazos del sillón. El otro sonrió.

-Y, por si fuera poco, en el despacho de su casa estaba la cartera de la víctima,

con la inicial H. Además, en el cajón de su mesa hallé la supuesta pistola del crimen. No tardará el perito en saber si es la misma con la que dispararon al muchacho.

Cuando el hombre trató de encender un nuevo cigarrillo, su mano temblaba. La esposa lo miraba con la boca abierta.

-Canalla... -musitó.

-También había guardado en su despacho una camisa blanca con manchas de sangre -añadió el policía.

Sus palabras dieron en el blanco. El hombre se levantó de un salto, movido por la excitación.

-¡Está usted loco! -masculló.

Una carcajada seca y satánica se escapó de sus labios. Como si no lo oyera, ella asintió con la cabeza.

-Todo eso es verdad. Yo misma vi el arma entre sus cosas.

Él soltó un bufido. Sin volverse, le habló a su mujer con voz sorda y grosera:

-Pero, ¿qué estás diciendo, desgraciada? ¡Eres una perfecta hija de puta!

La esposa se había puesto en pie. Estaba lívida.

-Todo lo que ha dicho es cierto -afirmó. - Eres un asesino.

La arrogancia del hombre parecía haberse esfumado. La miró con expresión vacía, y guardó silencio.

El inspector se había levantado también. Giró sobre sus pies, caminó en dirección a la puerta, y la abrió. Desde allí, se expresó en voz alta:

-Puede irse la señora -indicó. -Un coche patrulla la llevará de regreso a casa. También usted -dijo al recepcionista, que aguardaba fuera. -Pero no se vayan muy lejos, puede que los necesitemos.

Se detuvo un momento, y agregó:

-En cuanto al caballero, siento mucho tener que retenerlo.

El hombre parecía atontado, y su rostro tenía el aspecto de una máscara mortuoria.

-Quiero llamar a mi abogado -musitó. El otro asintió con un gesto.

-Por supuesto. ¿Algo más?

El hombre se estremeció a ojos vistas. Pronunció entre dientes:

-Nos veremos las caras cabrón. -El policía se encogió de hombros.

-Eso espero. Ahora espósenlo, por favor- les dijo a sus hombres.

***

Apenas habían salido los testigos, cuando del vestíbulo llegó el chirrido de la puerta principal al abrirse, y un murmullo de voces. A la entrada había un grupo de personas, y uno de los hombres hablaba con vehemencia. El coche patrulla estaba aparcado en una zona de carga y descarga delante de un comercio, a poca distancia de allí.

Un agente uniformado se había acercado al inspector y le habló al oído.

-El señor comisario quiere verlo. Lo espera en su despacho.

El inspector giró en redondo, y a largos pasos atravesó la sala hacia una puerta de cristales.

-¿Quería verme?

Dentro, sentado ante una mesa y en mangas de camisa, había un hombre bajo y grueso. El comisario se había desabrochado el cuello, y se quitó la corbata.

-Sí, pase.

El jefe lo observó con sus ojos pequeños, desplegó un periódico y lo dejó sobre la mesa. Se quitó las gafas de concha, limpió los cristales y las volvió a colocar sobre su gruesa nariz.

¿Cómo va el tema del político? -preguntó, dando un vistazo al diario. -De un tiempo a esta parte, tengo que enterarme por la prensa de lo que está pasando en mi propio distrito. -Él aspiró hondo antes de contestar:

-Estamos en ello -carraspeó.

El comisario tenía la camisa pegada al cuerpo, y había pequeñas gotas de sudor en su frente y en su barbilla. Además, las moscas se estaban poniendo insoportables.

-Ya -dijo en tono seco. -Por lo que dice aquí, parece el argumento de un novelón. Un club de lujo por un lado, y la víctima, un guapo profesor de vela...

Al inspector le dieron ganas de aporrearlo, pero se contuvo:

-Ya que sabe los antecedentes, ¿quiere saber el desenlace?

El comisario lanzó un suspiro, como si aquello lo aburriera. El otro prosiguió, muy despacio:

-El político es el autor del crimen. Le disparó al otro con una pistola, y lo lanzó al mar. Se le acusará de la muerte del profesor, y de intento de asesinato de la cuñada.

El jefe lo observó, con los codos sobre la mesa.

-No me diga. ¿Y qué pasa con la señora, la dueña de las joyas? -Él se encogió de hombros.

La señora no está, para nada, en el ajo. Tan sólo es culpable de ponerle los cuernos al marido, lo cual no es ningún delito.

El comisario sonrió:

-¿Y la hermana?

-No es más que una chantajista de pacotilla. Pero no le ha salido bien... hay que ser un experto para esas cosas.

El comisario sacudió una molesta mosca que se le había posado en la calva. El insecto no tardó dos segundos en volverse a posar en el mismo centímetro cuadrado de piel. Se quitó las gafas y las dejó a un lado.

-¿Qué tenía que ver con la víctima? -El otro chasqueó la lengua.

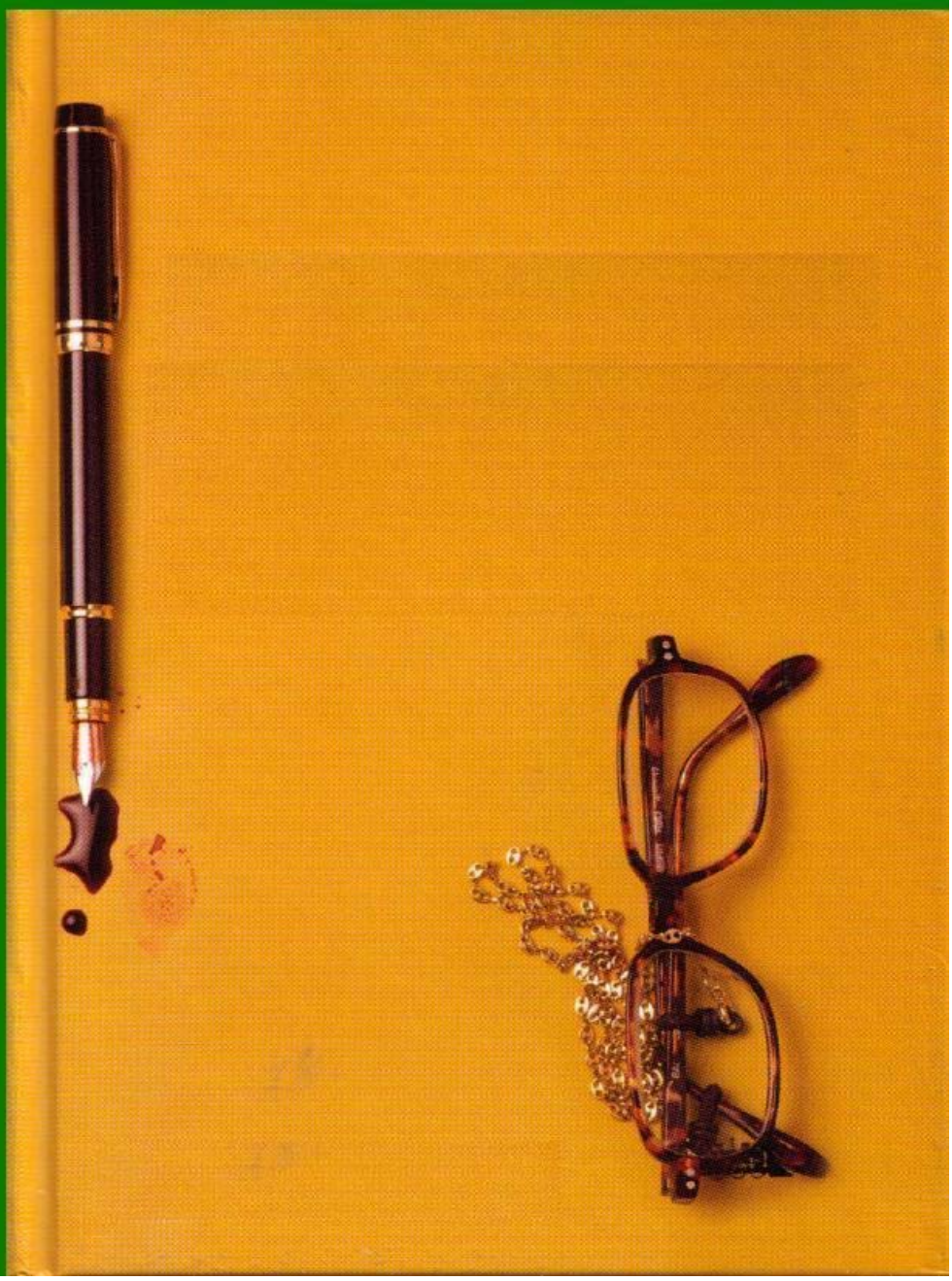
-Parece que estaba enamorada de él. -Se detuvo un momento, y añadió: -Yo diría que el chico era un gigolo profesional.

El jefe tomó el diario, lo dobló, y lo metió bajo la carpeta de la mesa.

-Abra esa ventana, por favor -indicó.

El olor que llegaba del mar evocó en su interior sensaciones que nunca se esfumaban. El mar le hablaba siempre, no podía remediarlo. Pronto, la nube de veraneantes iría abandonando el lugar, y la costa recobraría su aspecto otoñal, mucho más tranquilo y placentero, a su manera de ver.

-No se puede mezclar el amor con los negocios... -dijo, moviendo la cabeza.



Knossos